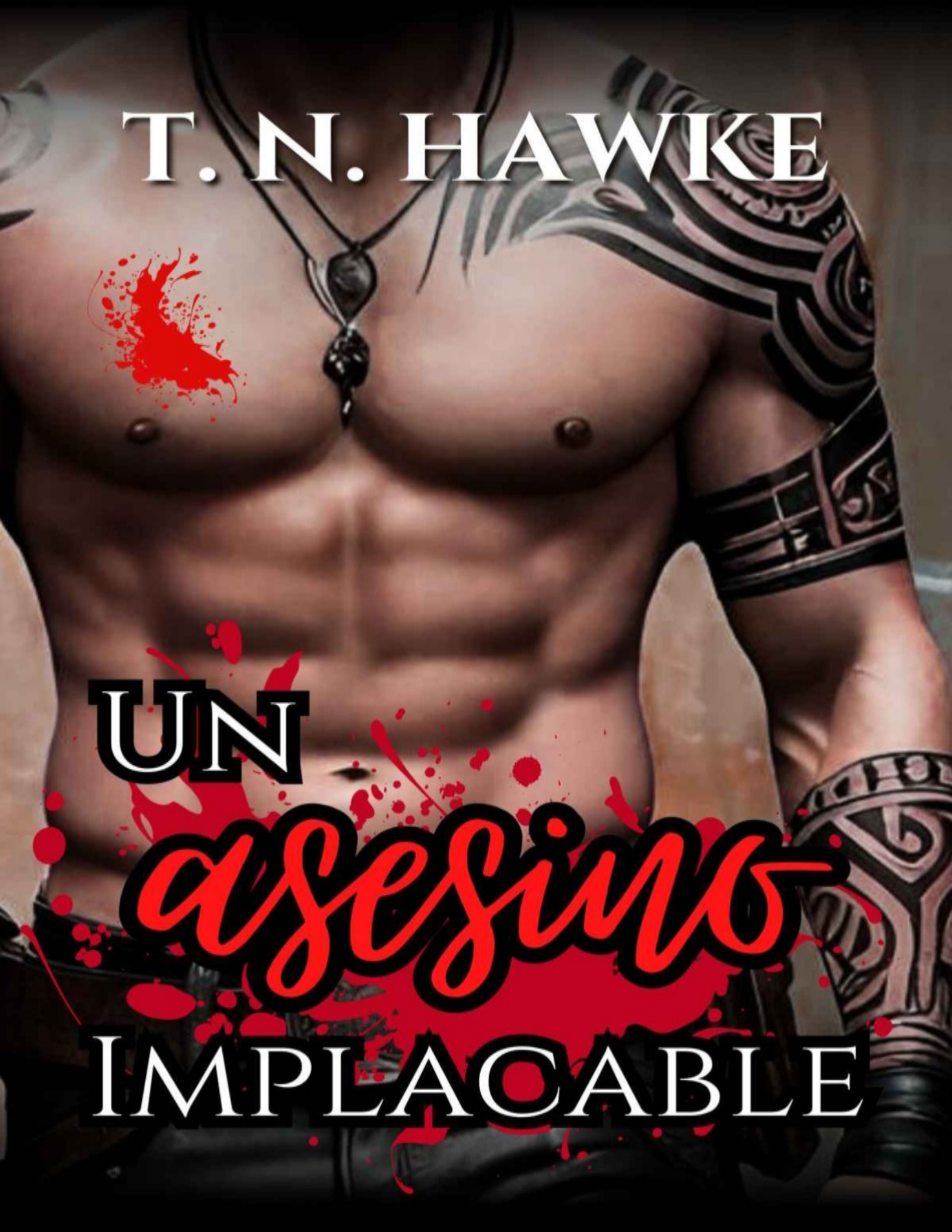

T. N. HAWKE
UN
asesino
IMPLACABLE



Un asesino implacable

de

T. N. HAWKE

@del libro T. N. Hawke (Marta Guinart).
Publicado en exclusiva a través de Amazon KDP.
@de la portada T. N. Hawke (Marta Guinart).
Todos los derechos reservados.
Corregido por Virginia de Novoa.

Sinopsis

Final de la bilogía.

Para rescatar a mi hermana, Kasem y yo nos adentramos en uno de los países más peligrosos del mundo incluso cuando está en paz: Rundra.

Aquí, wendigos, hombres lobo, brujas, cambiapieles, tribus caníbales, necrófagos y lamias, entre otros, pueblan cada rincón de las accidentadas tierras.

He aprendido rápidamente que Rundra es un territorio sin ley, en el que quien tiene las fauces más grandes, hambrientas y poderosas suele ser quien manda.

Pero, aunque yo ya he tenido mis encuentros con algunas de estas criaturas y he vivido para contarlo, no se me olvida que el ser más peligroso de todos es también mi guía: Kasem Katari.

El vampiro mestizo del que me estoy enamorando… y el mayor tocapelotas adicto al sarcasmo (y a sacarme de mis casillas) del mundo entero.

Bienvenidos al episodio final de un romance oscuro repleto de criaturas que te pondrán la piel de gallina y de escenas sensuales que te caldearán la sangre en las venas.

Género: romance con toques de *thriller* paranormal. Sangriento y trepidante.

Índice

Sinopsis
Índice
Dedicatoria
Mapa de la isla
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62

Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85

Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98

Dedicatoria

Para mis lectores.

¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

Hacéis posible que pueda seguir escribiendo cada vez que compráis uno de mis libros o pasáis una página más en Kindle Unlimited.

Os quiero.

T. N.

Mapa de la isla



Creado por la autora con Inkarnate.

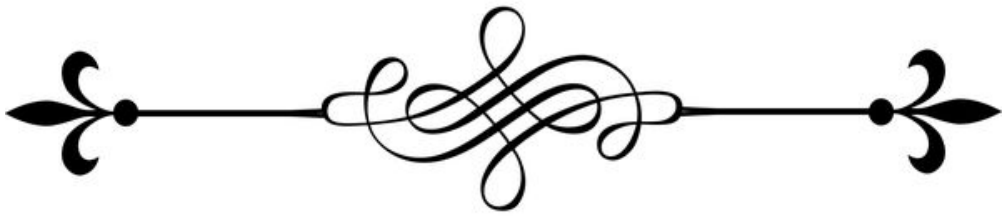
¿Quieres ver el mapa en grande?

LINK AL MAPA



Prólogo

Último capítulo del libro anterior



Kasem

Darle el libro ha sido una buena y mala idea a la vez.

Buena, porque el viejo grimorio de mi adorada y fallecida abuela, que también era una bruja de tipo tormenta, la ayudará a controlar su don y a distraerse de su constante preocupación por su hermana pequeña.

Malo, porque mi abuela tendía a usar su grimorio, no solo para apuntar sus descubrimientos sobre el uso de la magia eléctrica y los conjuros que iba inventando, sino también para hacer anotaciones sobre sus nietos mientras crecíamos junto a ella. Para mi abuela, era una especie de diario. Cuando yo lo releía, encontraba esas anotaciones enternecedoras y nostálgicas, pero Noemí seguro que las va a encontrar *adorables*. Y ello me hace tener ganas de quitárselo y esconderlo.

No quiero que lea sobre cómo era yo de crío ni que me humanice todavía más. Quiero que siga pensando en mí como el tipo frío, cruel, sarcástico, calculador, asesino y cabrón que soy. Uno del que no debe enamorarse porque da miedo y es peligroso y problemático… Pero con el que quizá podría tener sexo.

El sexo estaría jodidamente bien.

El grandísimo problema que veo es que Noemí, que al inicio de nuestra relación sí que me veía así, ya me ha calado. Y ahora no hay quien vuelva atrás, por muchas cabezas que reviente o nigromantes que despelleje y se me *olvide* ponerle un escudo para no recubrirla de gelatina podrida (que no puede enfermarla porque, como bruja, es inmune a las enfermedades contagiadas por otras brujas. Aunque una pulmonía común podría matarla igualmente).

—Deja el grimorio y vete a dormir —le ordeno.

Ella ni siquiera parece oírme. No reacciona a mis palabras. Su nariz está casi metida entre las viejas páginas del grueso libro y está murmurando para sí misma mientras trata de deducir el significado de una frase.

He de admitir, cuando oigo cómo va deduciendo los significados de cada palabra por el contexto, que no se le da nada mal. Hasta puede que no tenga que darle pistas.

—Noemí —llamo de nuevo. Ni caso—. ¡NOEMÍ!

Ella se sobresalta y yo evito reírme porque, con la mirada que me dirige una vez se le pasa el susto, estoy seguro de que sería capaz de intentar chamuscarme con un rayo.

—¡¿Qué?!

—Que te vayas a dormir.

—No.

Enarco una ceja.

—Ahora, listilla.

—No soy una niña. Déjame en paz.

—Eso suena a adolescente rebelde —me burlo—. Es tu hora de ir al saco. —Le señalo el saco de dormir que le he tendido en el suelo—. Así podrás descansar las horas que tu cuerpo requiere.

—Ya no necesito dormir tanto ahora que soy bruja y tengo magia —gruñe.

—Niña rebelde.

—Brujo de Sangre anciano y gruñón —me replica.

Qué cojones tiene esta mujer.

Nunca me acostumbro del todo a esa lengua suya.

—Ya tenías magia antes, solo que no estaba activa.

—No quiero oír demagogia.

Vuelve a hundir su nariz en el grimorio.

—Te confiscaré el grimorio —le advierto, irritado.

Es importante que duerma. Su cuerpo todavía tiene que adaptarse a tanto cambio rápido por el que ha pasado tras despertar. Saltarse horas de sueño no es bueno para ella (para ese

cerebro que tanto valora es malísimo, especialmente. Sus conexiones neuronales se realinean para lidiar con sus poderes mientras duerme, así que es imperativo que lo haga). Pero no me apetece explicarle todo esto, abriría un debate eterno debido a su infinita curiosidad. Ya lo haré cuando me apetezca ser más sociable.

Posiblemente nunca, siendo sincero.

—¡No puedes hablar en serio!

—¿De verdad tengo que demostrarte que voy muy en serio? —me exaspero—. ¿La evidencia anterior no ha sido suficiente?

Si las miradas matasen, bueno…, digamos que me habría intentado matar de nuevo en un arranque de ira inocente pero poderosa. Y que luego habría llorado sobre ello otra vez.

—Muy bien —masculla rechinando los dientes—. Mi mente funciona mejor tras un buen descanso, de todas formas. Así que no es que lo haga porque tú me lo dices.

Qué orgullosa que es.

Igual que yo.

Se levanta y deja el libro dentro de su saco de dormir, junto a ella, entrecerrando sus ojos y advirtiéndome en silencio que ni se me ocurra quitárselo mientras descansa.

—No trates de leer creyendo que no me daré cuenta y no lo haré.

—No pensaba hacerlo —miente.

—Puedo oler la mentira, ¿recuerdas?

No pienso decirle que, desde que se ha despertado del todo su sangre de bruja, me resulta cada vez más y más difícil hacerlo. Si no fuera por lo fácil de leer y lo expresiva que es, no las tendría todas conmigo para saber cuándo miente y cuándo no.

Ella suelta un resoplido y cierra los párpados, fingiendo que duerme durante un rato, hasta que al fin el cansancio del día puede con ella y se duerme de verdad.

—Ya puedes salir de tu escondrijo —susurro una vez me aseguro, con un silencioso conjuro de protección y otro de burbuja de silencio, que Noemí está a salvo y que no va a oír nada que pueda herirla potencialmente—. Dime, ¿eres Arya?



Capítulo 1

Kasem

—¿Eres Arya?

—¿De qué conoces a Arya? —pregunta la mujer con evidente desconfianza, cerrándose a cal y canto ante mis ojos.

Supongo que no lo es, pues.

Mi gozo en un pozo.

—Depende, ¿de qué Arya hablas? —Finjo pensármelo—. Solo hay una que conozco en persona a la que no me he follado.

—Serás gilipollas…

Tiene la misma manera de fruncir los labios con irritación que Noemí.

Solo que ella no es adorable. Y no sé por qué coño ha aparecido de repente. Porque, si no es Arya, con esa energía tan semejante a la de Noemí solo queda una única respuesta: debe de ser o su madre o, como mucho, la gemela de su madre.

Hasta las hermanas que son brujas y no han compartido útero tienen manás distintivos, que solo se heredan de madre a hija (cuando ello pasa, que no es siempre).

Es como si alguien fuera azul y de esa persona naciera otra azul marino, luego una mujer azul verdoso y unos años después una tercera hermana que sería azul turquesa, y después esas mujeres tuvieran hijas con un maná teñido de azul por su linaje, pero nunca iguales entre sí. Reconoces el linaje de una bruja si has tenido contacto con él antes y se te da bien sentir el maná de los demás.

A mí se me da de puta madre.

—¿Se te ha comido la lengua un perro sarnoso?

A ella le confunde mi sarcasmo.

—¿Qué? —balbucea—. Claro que no. Evidentemente. Debes de haber visto mi lengua al pronunciar ciertas letras del alfabeto. Es una pregunta inane.

—Ya. Ya.

Se hace el silencio de nuevo.

¿Qué mierda querrá?

Como no deja de mirarme como si quisiera asesinarme con los ojos (que no se parecen en nada a los de Noemí y en comparación son bastante feos, por muy verdes que sean, aunque la forma en la que me fulmina con ellos sí que se asemeja), decido azuzar ese carácter que se vislumbra con claridad bajo su tensión solo porque puedo… y porque me jode que me traiga sus dramas personales sin preguntar.

Y además que, potencialmente, moleste o incluso (más le vale que no) haga llorar a la listilla con su repentina reaparición, tras haberla abandonado tantos años sin explicación alguna.

Si Noemí sufre, la decapitaré.

Con mis manos desnudas.

Nada de magia. Me basta con una de mis buenas amigas: las dagas que uso para cazar lamias y otros bichos similares.

—Espero que alguna de las Aryas que sí que me he follado no sea pariente tuya y hayas venido a luchar por su honradez o algo semejante porque… —me interrumpo a mí mismo, finjo un bostezo, y le dejo ver la longitud de mis colmillos tras alargarlos al máximo, abriendo bien las mandíbulas.

Soy consciente de que el espectáculo de un vampiro descolocando los huesos de su mandíbula para abrir sus fauces de manera antinatural es terrorífico para la mayoría de las personas (no digo todas porque estoy seguro de que a Noemí solo le resultaría fascinante. Y porque es una insensata).

Además, si esta tipa sabe algo de los vampiros, estará al corriente de que mis colmillos son jodidamente enormes en comparación con los de cualquier mierdecilla que haya conocido hasta ahora, y que más le vale andarse con cuidado.

Emito un ronroneo satisfecho cuando huelo su miedo.

Ahora sí que la situación es más normal. Ella me teme y yo tengo el control. Como debe ser en mi vida.

—¡No te burles de mí, mestizo! —protesta con ganas, rabiosa y asustada.

O no.

Quizá no sea muy lista.

—¡No me hables en siseos, bruja! —le digo, imitando su tono de voz y divirtiéndome con el color rojo de rabia del que se tiñe su piel—. De todas formas, para que quede bien claro: juro que ninguna de las ocho Aryas con las que me acosté tenía honradez.

—Deja de importunarme. Sabes muy bien que solo estás diciendo necedades.

—Ni virginidad —añado porque su rabia se está incrementando.

Y su miedo también.

—¿Alguna vez te han dicho que te comportas como un crío? ¿Qué edad tienes? No puede ser que tengas menos de quinientos años, con esa aura…

—Señora —la interrumpo, adoptando un tono serio y severo y bajando la voz varias octavas—, ha aparecido usted de la nada; es, evidentemente, pariente de mi protegida; y, además, tiene usted un interés en ella y en preguntar por su hermana desaparecida, cosa que habría hecho que le cortara las piernas y la obligara a hablarme de sus motivaciones si no fuera por el curioso punto número dos.

—¿Por qué las piernas? —pregunta con extrañeza.

Esta mujer no tiene bien atornillada la cabeza.

—Porque así puede hablar, pero no huir, ya que no podría correr.

—Soy bruja —alza las manos—, sería mejor si me cortaran estas en vez de las piernas. Más efectivo.

—Gracias por el consejo. —Me trago una carcajada incrédula.

Ella prosigue, impaciente por mi interrupción.

—Además, me desangraría antes de poder contarte nada si me cortas las arterias de las piernas. Tu método no tiene sentido.

Otra jodida listilla. ¿Qué pasa? ¿Que les viene de familia?

—Te cauterizaría las heridas —rechino los dientes—. Y anularía tu magia. No es difícil.

Ella frunce el ceño.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo —objeto—. Tengo muchos conjuros para anular magia.

Menuda conversación tan exasperante y estúpida. Por eso nunca hablo con nadie durante más de cinco segundos por norma general.

La única excepción es Noemí.

Ella me mira de arriba abajo, fijándose en los sellos que guardan mis hechizos, inscritos en mi piel muchos siglos atrás.

—Eso es vadálico —cambia de tema de repente—. Del antiguo, no del nuevo posconquista. Lo que significa que eres un Brujo de Sangre, ¿verdad?

Otra que tal. Joder con los parecidos familiares. ¡Madre de todos los chupasangres! Ni que el interés en el puto idioma de los cojones fuera hereditario.

—Señora, hace demasiadas preguntas, ¿no cree?

—No. No lo creo —me discute.

Es la segunda persona en toda mi vida que no es de mi propia sangre que se atreve a discutirme.

A pesar de mi creciente irritación, la invito a sentarse en la roca que hay a mi lado con un gesto de la mano. Ella, cuyo parecido con Noemí es bastante ligero (deduzco que mi listilla debe de asemejarse más a su progenitor varón), camina con pasos inseguros y toma asiento con calma, mirándome con desconfianza.

Decido ir directo al grano.

—¿Eres su madre? —Señalo hacia Noemí.

—Kaela —me dice—. Me llamo Kaela.

Su mirada no deja de desviarse hacia Noemí, a quien estoy seguro de que lleva espiando desde hace unos veintipocos minutos, cuando nos ha encontrado en el bosque.

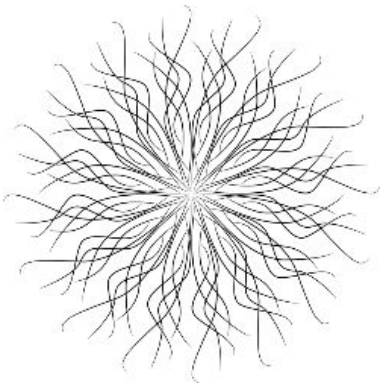
Si no me recordase continuamente en mi cabeza el enorme parecido de la magia de ambas (tienen casi la misma esencia, aunque no comparten el mismo elemento), habría cedido a mi instinto sobreprotector y la habría matado por ese interés antes de que le causase problemas a mi listilla.

Pero ya es tarde. Y la familia, mal que me pese, es una de las pocas cosas que respeto en esta vida. Así que no le tocaré un pelo a no ser que sea una amenaza real para Noemí o su hermana.

—No has respondido a mi pregunta, Kaela —insisto con la misma voz de antes, amenazadora, baja y grave—: ¿eres su madre o no?

Ella aspira una bocanada de aire y se arma de valor antes de confrontarme.

—Sí. Soy la madre de Noemí.



Capítulo 2



Noemí

—¡No me lo puedo creer!

Dejo de fingir que duermo y me levanto de golpe, deshaciéndome del saco de dormir de una patada una vez estoy fuera de él.

Colorido, que había estado dormitando sobre mi cabeza de manera protectora, eriza las plumas, haciéndose eco de mis emociones alteradas.

Kasem me sonríe, pero no aparta su vista de la mujer que dice ser mi madre. Y no es que la esté observando de manera muy amigable. Pero ello no le suma puntos en mi cabeza.

—Noemí… —Se levanta la mujer. Una mujer que se parece sospechosamente a Arya—. Yo…

—Nos debes una buena explicación a mi hermana y a mí —le gruño cuando deja de balbucear y se queda en silencio—. ¿Por qué nos abandonaste en aquel orfanato? ¿Y a qué viene lo de presentarte aquí, en medio de la nada en un país como este, así sin previo aviso? Y, espera —le ordeno callar alzando una mano cuando parece que va a hablar porque todavía no he terminado—, ¿por qué dices que eres mi madre, pero no mencionas a mi hermana?

Ella aparta la mirada ante esa última pregunta, incómoda y triste.

—La di a luz, cierto, pero Arya no es como tú, Noemí. Ni como yo —tiene la mala suerte de decirme—. Ella no tiene el don.

Lo veo todo rojo.

Antes de darme cuenta, le he lanzado un potente rayo directo a la cabeza.

Ella se aparta justo a tiempo.

No muere por un pelo.

El rayo impacta contra una roca, a la que hace pedazos, y rebota de ahí contra un pobre árbol que se incendia con un potente estruendo a pesar de la humedad de la que estaba cubierto.

—¡Hija! —se altera ella.

—¡No me llames hija, pedazo de traidora! —le grito. La tormenta ruge en mis venas con mayor fuerza que nunca—. Has tenido algo que ver en la desaparición de Arya, ¿a que sí? Si le has hecho daño te juro que…

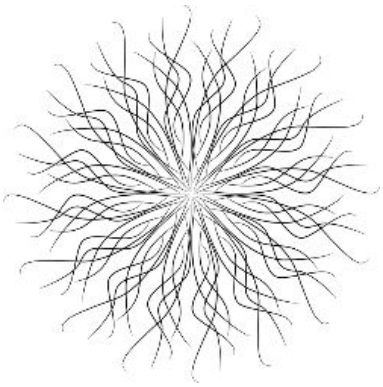
Avanzo un paso hacia ella. Nunca en mi vida había tenido ganas de hacerle daño a alguien, pero si ha dañado de algún modo a mi hermana…

Kaela hace algo que, por segunda o tercera vez, la convierte en alguien que no querría en mi vida ante mis ojos: saca un

medallón de su bolsillo y lo carga de su magia, desapareciendo en microsegundos.

Ni siquiera Kasem tiene tiempo de detenerla, y eso que lo intenta.

Qué rápida es, la hijaputa.



Capítulo 3



Noemí

—¡No me lo puedo creer!

—Ya has dejado constancia de tu incredulidad unas… —Kasem finge que está calculando el número mentalmente y va elevando los dedos mientras cuenta en voz queda— quince veces.

—¡Pero es que no me lo puedo creer! —repito con un resoplido —. ¿Tú te lo puedes creer?

—Dado que mis ojos lo acaban de ver, sí —replica en plan borde con sequedad.

—¡Habrase visto! ¡Qué cabrona!

—Exacto. Visto.

Se señala ambos ojos con dos dedos extendidos.

—¡Menuda energúmena! —me sulfuro cada vez más.

Estoy muy cabreada.

—Concuerdo —asiente el vampiro—. Aunque es una palabra más cordial de lo que usaría yo.

—¡Hijaputa! —grito hacia el viento.

Él chasquea la lengua con desaprobación.

—¿Machismo ensuciando tu lengua por segunda vez, Noemí? —me pica—. ¿No te da vergüenza culpar a su pobre madre y dejar implícito al mismo tiempo que las putas son lo peor de la sociedad?

—Hija de un jodido demonio mutante, machista, político sin pelotas y con el pene inexistente —digo de carrerilla, jadeando por la ira—. ¿Te parece mejor así?

—Y ahora misandria. —Kasem suspira y niega con la cabeza—. Qué decepción.

—¡Calla! ¡Que no puedo pensar!

—Pero si solo vas a decir «¡no me lo puedo creer!» otra vez —me contradice, imitando mi tono de voz cuando repite mi exclamación.

—Es que es algo que, si se lo cuento a cualquiera, ¡no se lo creería! —bufo de nuevo—. Ha desaparecido frente a mi cara. ¡Como cuando éramos crías! Y yo que creía que me había imaginado que nos dejó en la puerta del orfanato y se desvaneció en el aire frente a mis ojos. ¡Pues no! Simplemente nos abandonó allí sin ni siquiera una maldita maleta con nuestros juguetes y se teletransportó.

—¿No había otro adulto en tu casa que tuviera opinión sobre eso? —pregunta Kasem—. ¿Un padre? ¿Otra madre? ¿Alguna tía lejana?

Niego con la cabeza.

—Éramos solo nosotras tres.

—Entiendo.

—¡Pues yo no! —objeto—. ¡Yo no me lo creo aún!

—Lo sabía.

—¿El qué?

Entrecierro los ojos, deseando lanzarme sobre él. No sé si para besarle, morderle o gritarle. Puede que las tres cosas a la vez.

—Que aquí yo soy el verdadero vidente y lo tuyo es más de chiringuito a pie de playa para turistas.

—¿Por lo de que iba a volver a decir lo de antes? —recuerdo.

Si es que no sabe parar con ese humor suyo. Casi me hace reír con esa última pulla.

—Exacto —me confirma—. ¿Podemos dejar de hablar de creencias y, en vez de eso, analizar el hecho de que tu madre está viva, es una bruja y, además, afirma que sabe que tu hermana no lo es?

Tiemblo de la cabeza a los pies de pura rabia y miedo cuando mi cerebro procesa sus palabras. Casi tanto como cuando he perdido el control y he intentado cargarme a mi supuesta madre.

—Lo que implica que en algún momento debe de haberse cruzado con Arya y que quizá Kaela es parte del motivo de la desaparición de mi hermana —suelta mi lengua de golpe.

—*Creo* —rumia Kasem, poniendo énfasis en la palabra porque no puede evitarlo, capullo como es— que deberíamos considerar esa opción, en la que tú ya habías pensado antes, como una posibilidad. Una muy buena posibilidad.

—Yo también lo sospecho, pero ¿por qué haría *ella* algo así? Arya solo quería hacer su trabajo como periodista y salvar a algunos nativos. No tiene nada que ver con las brujas.

Pronuncio el «ella» con una mueca de asco.

Kasem suspira. Le gusta hacer eso cuando se pone melodramático, aunque lo niegue.

—Voy a tener que contarte una historia —se lamenta—. Lo que significa que voy a tener que hablar mucho. Lo que implica que el punto álgido de mi curva de socialización va a ser sobrepasado… otra vez.

—Déjate de idioteces y explícate —le gruño—. ¿Por qué iba Kaela a querer hacerle daño a Arya por no ser una bruja? Te digo que no tiene sentido, especialmente si mi hermana no es bruja. ¿De qué le vale una persona sin poderes?

¿Y para qué querría acercarse a la hija que los tiene?, rumio en silencio para mí misma. *Y encima esperaba que yo despreciara a Arya por no tener el don de la magia. Menuda idiotez sin sentido.*

—Las cosas que hago por ti, mujer —rezonga Kasem en voz baja, y luego añade en un tono más alto—: No lo tiene porque aún no has oído mi historia.

Su tonito de «es evidente» ya ni siquiera me altera. Su arrogancia es como el color de su pelo: creo que nació con ella. Es un rasgo muy suyo.

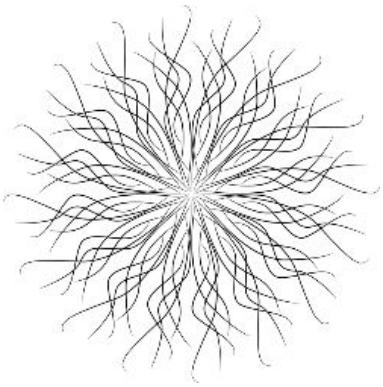
—Pues ya estás tardando en contármela. —Me cruzo de brazos.

Colorido se hace eco de mi exigencia con un gorjeo interesado. Parece que le gusta aprender tanto como a mí. Somos muy compatibles, aunque todavía no sepa para qué es un familiar.

—¿Quién es la tirana ahora? —musita Kasem, huraño y divertido a la vez.

—Kasem, la historia. *Ya*. Si la crees tan importante, no quiero perder el tiempo. Necesito entender todo esto que está pasando.

Ojalá mi rayo hubiera alcanzado a esa maldita mujer. No sé qué está tramando, pero como mi conclusión anterior sea cierta y le haya puesto la mano encima a mi hermana, deseará ir al infierno para poder huir de mí.



Capítulo 4



Noemí

—Érase una vez, en un reino que ahora no existe…

—O la cuentas con seriedad o te vas a hacer puñetas —amenazo con un puño alzado cargado con magia.

Él me lanza una mirada ofendida.

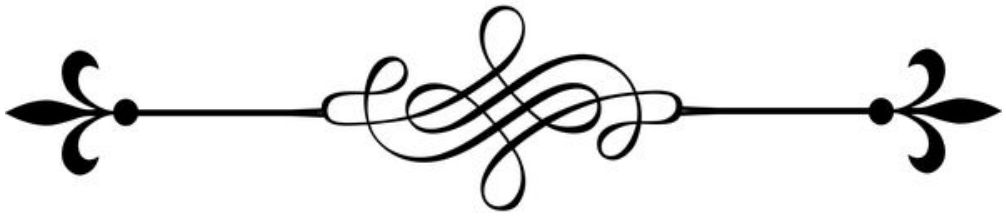
—Estoy muy serio. Deja de interrumpir.

Entrecierro los ojos y lo observo de arriba abajo. Y luego lo hago otra vez solo para darle el gusto a mi vista, aunque eso aumente su ego. Sigue siendo difícil leer sus expresiones, pero sus ojos me dicen que está casi tan enfadado como yo con esa mujer y que va en serio a pesar de las bromas.

Me relajo y me obligo a sentarme. Colorido revolotea hasta ponerse junto a mí y exige caricias que mi mano le da de manera distraída mientras Kasem habla y yo escucho, cada vez más fascinada por sus palabras.



Capítulo 5



Kasem

Érase una vez un reino que ya no existe, gobernado por una poderosa reina bruja, donde nadie vivía en paz porque la monarca era una cabrona a la que le gustaban los sacrificios y la magia de sangre…

—¡No! Nada de interrupciones. Ya te hablaré en otro momento de la magia de sangre. Deja que la historia fluya.

Carraspeo y continúo hablando.

Como iba diciendo: en ese reino existía una princesa. Era muy normalilla en cuanto a poder se refiere, según se dice, con un aspecto físico que me importa una mierda y, ya que estamos, el largo de su cabello también me importa una polla, aunque sé que se menciona en alguna parte porque la gente ha sido siempre así de superficial con las jodidas princesas…

—Me estoy enrollando. Mierda. Me lo has pegado.

—De eso nada.

—Calla o no sigo.

Ella cierra la boca de manera audible.

En fin, que la reina no había logrado tener más hijas. Y de ahí lo de la magia de sangre, que sirve para intentar «mejorar», según dicen, aunque eso es al gusto de cada quien, tu ADN. Pese a que en aquel entonces no se sabía nada de ADN.

—Eres malísimo narrando historias.

—¿Quieres que siga o no? —me indigno.

—Sigue. A ver si llegas a alguna parte de una vez por todas.

—Borde.

—¿Qué quieres que te diga? Tu talento no reside en la narración.

—No —replico—, mi talento reside más en el área del asesinato brutal y directo, con mucha sangre salpicando por todas partes Así tengo almuerzo y diversión a la vez.

Ella se ríe por la broma y yo, complacido por haber provocado ese sonido, prosigo con la maldita historia.

La reina había sacrificado ya a todos sus hijos varones y a la mitad de los plebeyos cuando, ¡alas!, al fin tuvo otra hija cuyo poder mágico no la decepcionó. Al cumplir los cinco, como toda niña bruja que hereda poderes (excepto las latentes, pero de vosotras tampoco se sabía nada en aquel entonces), mostró indicios de una magia

mucho más poderosa que la de su hermana mayor, que estaba hasta los ovarios de su madre y, en vez de odiar a la niña por ser más fuerte que ella, tomó una decisión que yo, personalmente, apruebo: organizó un grupo de personajes variados de razas diversas con el que irse de aventuras por ahí. Lejos de casa.

Y también para follar, según se dice. Poliamor y todo eso. Seguro que se lo pasó en grande porque su madre la ignoraba en pro de comerle la cabeza a la segunda hija. Ésta creció estando muy mal mentalmente en cuanto a esos valores que te gustan a ti tanto y todo eso, porque se dice que ya de cría ayudaba a su madre a capturar más pobres plebeyos que sacrificar y se reía cuando gritaban de dolor.

—Qué horror —murmura Noemí.

Me encojo de hombros.

Ahora que la reina había tenido una hija que la satisfacía, tras aumentar su posibilidad de tener hijas al cien por cien e hijos varones al cero (supongo) con la magia de sangre, resulta que la mujer se había vuelto adicta a dicha magia de sangre y a sus posibilidades. Y, cómo no, se dedicó a matar más gente y a usar su sangre y sus órganos para crear más conjuros y potingues para aumentar lo que ella y su hija, ya adolescente, consideraban belleza: pelo brillante y largo, piel de alabastro y toda esa mierda tan inquietante.

Vamos, que tras unos años de tunearse el cuerpo parecían las dos unas princesas típicas de pelis infantiles, pero de las que asustan. Como muñecas de porcelana con ojos enormes y malvados.

Aunque no tan malvados como los míos…

—Deja de mirarme así.

—¿Cómo?

La miro aún más intensamente, deleitándome en las reacciones de su cuerpo y el aroma de su deseo.

—Como si quisieras follarme.

—Noemí —sonrío con hambre—, ¿quién te ha dicho que no quiero?

—¡Tú lo has dicho!

—No es cierto.

—Sí lo es. Dijiste que nada de líos entre nosotros en la posada, ¿recuerdas? Si has cambiado de idea, podrías decírmelo *claramente*.

—No recuerdo nada de lo que me dices sobre lo de la taberna.

—Mentiroso —me acusa injustamente.

Lo que hay que sufrir en la vida.

—Sigamos. ¿Por dónde iba…? Ah, sí.

Me aclaro la garganta.

Mientras tanto, la hermana mayor seguía a lo suyo con el poliamor. No había tenido hijas, sino hijos varones, pero le importaba una mierda porque había decidido que eran personas que merecían respeto y los quería como a su familia, ya sabes. A diferencia de su mamaíta y su hermanita, no los consideraba sacrificios o plebeyos que ser abandonados por la noche en la puerta de alguna granja de manera anónima pese a tener penes y cero magia.

Sin embargo, llegó el día en el que los plebeyos de la reina, que había descubierto que no podía tener más hijas porque sus conjuros eran una mierda y, tras unos años funcionando, le pudrían los órganos que tuneaba, no fueron suficiente sacrificio para intentar que ella y su hija, adictas a la cirugía mágica, dejaran de pudrirse por dentro.

Y así nacieron las primeras dos liches de la historia. Y también varios libros y películas inspirados en los sucesos reales en dicho reino que, por cierto, no he leído ni visto.

—¿Y qué tiene todo eso que ver con Arya y conmigo?

—A ello voy, impaciente.

—¡Es que no dejas de divagar!

Está tan frustrada…

Bien, así prueba un poco de su propia medicina.

Cuando las dos liches se convirtieron en un problema enorme para todo el mundo, no solo para su pequeño reino, los monarcas de otros lugares, que no paraban de recibir a plebeyos y nobles que huían de ser sacrificados por sus majestades cruzando el mar, intervinieron y dieron con la princesa de mayor edad en una taberna. Desnuda y rodeada de tres mujeres y cuatro hombres, según se rumorea.

—Es un dato irrelevante. Pasa ya a lo importante de la historia —me exige mi listilla.

—Muy bien.

Supongo que es hora.

La princesa, su gran grupo de poliamor diverso y varios de sus hijos decidieron poner fin al terror de su madre y su hermana.

Así que se colaron en el castillo un día haciendo uso de sus habilidades aventureras, esperando pillar a las liches por sorpresa. Pero no les sirvió de nada porque las jodidas eran muy fuertes.

Así que la diñaron todos, liches incluidas.

La única que sobrevivió a todo este embrollo fue el último bebé nacido de la princesa heredera original. Una niña.

No obstante, había un problema…, la niña no tenía el don. Era hija de un mero humano, un mundano sin magia en las venas, y, al cumplir los cinco años (y pasarlos de largo), no desarrolló ni dio muestras de ser bruja.

Así que el reino se sumió en una guerra civil porque solo una bruja con poderes podía ser la heredera y se mataron entre todos

tratando de acceder al trono durante casi doscientos años, hasta que se firmó un tratado de paz y se formaron fronteras legales.

Ella hace eso de fruncir el ceño de manera pensativa. Es un gesto adorable. Pero preferiría cortarme la lengua antes que decírselo. El sentimiento es jodidamente ñoño y me revuelve las tripas de pensar en ponerlo en palabras.

—¿Así que por eso el reino se extinguió? —me pregunta.

—Exacto —asiento—. Dos mil ochocientos cincuenta y seis años después, el reino no existe porque fue dividido en tres territorios gobernados por linajes de brujas: Rundra, Etinodra y Sekdrit. Tres reinos diferentes siempre en guerra fría el uno con el otro.

—La isla en la que estamos era ese reino.

—Sí.

—¿Así que me acabas de contar la versión no oficial de la historia de Rundra?

—Te aseguro que es la verdadera.

—Te creo —frunce el ceño—, pero no corresponde con nuestros… con los archivos históricos a los que tenía acceso en la universidad.

Me encojo de hombros.

—Como bien has dicho, la mayoría de los reinos mayoritariamente habitados por seres oscuros o criaturas mágicas, o como quieran llamarnos, suelen ser aislacionistas y rara vez tienen trato con extranjeros.

—Lo sé.

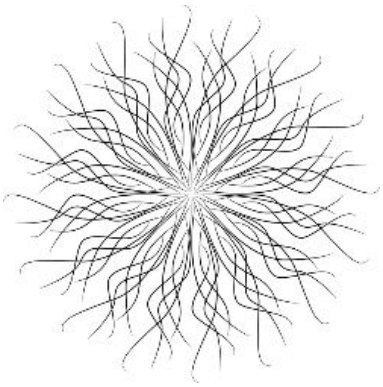
Hace una mueca, enfurruñada por no poder meter las narices fácilmente en los asuntos de otros países para así aumentar sus conocimientos.

—Desde entonces, hay dos normas para las nativas de aquí que ninguna bruja, sea del país que sea de esta isla, incumple jamás —le cuento, volviendo al tema principal de la conversación.

—Déjame adivinar —suspira Noemí—: no tener hijos con humanos y abandonarlos si no nacen con el don de la magia. Como hizo mi madre con nosotras.

Le sonrío con orgullo.

—Pero qué lista es mi chica.



Capítulo 6



Noemí

—Así que mi madre es nativa de esta isla y siguió las leyes de la misma.

—Todos los aquelarres de aquí lo hacen, más o menos…

—¿Más o menos? —inquiero.

Temo la respuesta y, por su cara, mis temores no son infundados.

—A veces simplemente matan a las chiquillas que no desarrollan magia pasados los diez años, en vez de abandonarlas.

Palidezco de angustia y horror.

—¿Cómo lo sabes?

Tengo ganas de vomitar.

Pobres niñas.

—Porque me he cruzado con algún intento de asesinato de alguna de esas crías y las he salvado —me confiesa Kasem—. ¡Alto!

Me sobresalto por su exabrupto.

—¿Alto el qué?

Miro hacia todos lados con sospecha y alarma. Quizá ella haya vuelto con refuerzos para vengarse por mi reacción.

—Pon un alto ahora mismo a hacerte ideas ñoñas sobre mí —me exige.

—Serás idiota —me relajo de nuevo, pero mantengo mis sentidos alerta—, me has dado un buen susto.

Él sigue hablando, deseoso de convencerme de que es un terrible monstruo indomable.

Un ejercicio fútil.

—Lo hice porque me dio la gana. No tiene nada que ver con sentimientos o valores.

Se estremece con cara de repulsión al decir eso, aunque lo conozco demasiado como para tragarme su expresión o sus palabras.

Le sonrío con afecto.

—Mentiroso.

—Mucho —asiente—. Pero no en este caso.

—Mentiras y más mentiras —niego con la cabeza—. En fin, ¿qué hacemos ahora? Si ella y las brujas de su aquelarre tienen a Arya…

—Vamos a ver a la quimera.

Me crispo un poco al oír eso.

—Arya es la prioridad, sobre todo ahora que tenemos una sospechosa a la que localizar —protesto.

—Por supuesto que lo es —me tranquiliza él—. Por eso vamos a ver a la quimera. Me debe un favor y no hay nadie como una criatura que puede verlo casi todo con sus mágicos ojos para rastrear a alguien en una isla tan enorme como esta.

—Así que salvaste a la quimera para cobrarte ese favor, ¿eh? —comento de manera mordaz, sabiendo que quiere manipularme una vez más.

—Por supuesto.

—Y el hecho de que te sorprendiera que no se hubiese muerto no indica que lo hicieras por compasión. —Mi sarcasmo es profundo y muy intenso.

Él eleva un hombro como si no recordara de lo que le hablo.

—Si supieses lo que son las quimeras, habrías pensado lo mismo que yo. —Antes de que pueda preguntarle, se levanta de su roca—. Arriba ese delicioso culito plano, listilla.

—Mi culo no es plano —me indigno.

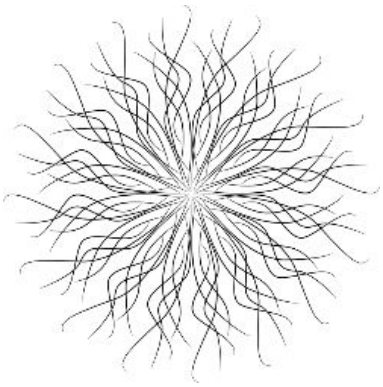
—Me gusta tu culo —ronronea él, haciendo que me ruborice y que olvide momentáneamente que me ha dicho que mi trasero casi es inexistente—. Y también que lo muevas. Ya ha salido el sol. Toca caminar.

Recoge las cosas y elige una dirección por la que internarse en el bosque.

Miro hacia el cielo y gimo de cansancio antes de seguirlo. Tiene razón. Ya ha amanecido. Es hora de ponerse en marcha.

Arya está cerca. Lo presiento. Ya no queda mucho para encontrarla.

Tengo tantas ganas de abrazarla que los dedos me tiemblan con impaciencia.



Capítulo 7



Noemí

La guarida de la quimera no es lo que me esperaba.

—¿Estás seguro de que esta torre no se va a caer sobre nuestras cabezas?

Observo el edificio en ruinas con desconfianza.

—No te preocupes —me contesta Kasem—. Está encantada.

—¡Ah! ¡Pues genial! —replico en tono irónico—. Así me siento más segura.

Él se echa a reír… y me coge de la mano, tirando suavemente de mí para bajar por la pendiente que lleva hasta la maltrecha entrada del edificio, repleta de maleza.

Mi corazón canta de alegría y el panorama ya no parece tan lúgubre. Solo un poquito abandonado. Como uno de esos

encantadores edificios históricos que, por desgracia…

—¿En qué piensas? Pareces en las nubes.

Por la cara que pone el vampiro, está seguro de que es por él. El hecho de que estará oyendo cómo se aceleran los latidos de mi corazón solo aumenta su arrogancia, especialmente cuando enreda los dedos de su mano en la mía y los acaricia, haciendo que yo contenga el aliento y luego lo expulse de manera errática.

Su sonrisilla ufana hace su estelar aparición. Ya tardaba.

—En que, si pienso que este sitio es un edificio histórico en ruinas y que no está encantado, no parece tan tétrico —le confieso solo por fastidiarle la arrogancia, aunque mi nerviosismo, mi alegría y mis latidos apresurados se deban a él, no al lugar en el que estamos.

—En realidad lo es —me dice, aunque parece decepcionado por que yo no le haya dicho lo que quería oír.

—Ah, ¿sí?

—Perteneció a un vampiro majara muy poderoso que fue quien lo encantó para que los cuerpos de sus víctimas protegieran este sitio como su guardia zombi.

—¡No me jodas!

—Una pena. Me encantaría joderte —gruñe él con lujuria.

Me detengo en seco en mitad de la pendiente. Apenas puedo respirar.

—Has vuelto a hacerlo —le acuso.

Él enarca una ceja.

—¿El qué?

—Decir claramente que tendrías sexo conmigo si yo quisiera, ¡y sabes de sobra que sí que quiero!

Él se echa a reír.

—No me había dado cuenta.

Me asusto un poco.

—¿De lo que has dicho?

Si es por eso de ser su vidraz y resulta que lo he seducido con mi magia o algo y se le ha ido la cabeza un instante, me mata.

—No, boba —me pellizca la punta de la nariz con dulzura—, era ironía. Soy muy consciente de lo que digo y hago.

Golpeo su pecho con la palma abierta y, ya que puedo, dejo mi mano ahí, sobre su camiseta, sintiendo sus músculos a través de la tela. Son duros como una piedra.

—Deja de joderme la cabeza, Kasem Katari, y fóllame de una vez —le gruño a la cara, frustrada y lujuriosa como nunca antes.

Sus ojos cambian de color. Sus iris carmesí y plateado están fijos en mí, aunque sus pupilas se han agrandado casi tanto que apenas puedo ver el brillo.

—Esta vez no lo pasaré por alto, Noemí —me advierte en un tono bajo que me pone el vello de punta y, al mismo tiempo, humedece mi canal vaginal como si fuera las cataratas del Niágara.

—¡No lo hagas! —jadeo—. Fóllame, Kasem. Por favor.

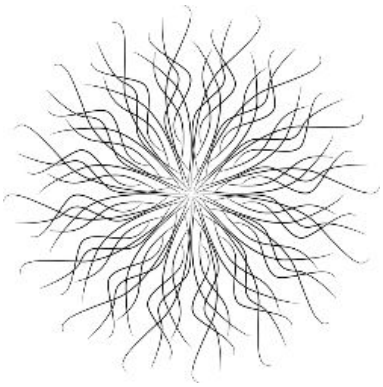
Nunca en mi vida había dicho un «por favor» con tanto deseo.

El sonido que sale de sus labios no es ni siquiera parecido a algo que pueda emitir un ser humano. Es puramente bestial, primario y hecho enteramente de lujuria, posesividad y decadencia.

Kasem me coge del cuello con la mano que tiene libre y yo jadeo con más fuerza. No me causa dolor, pero la sensación de peligro, ante la bestia que es en realidad, meramente cubierta de una fachada de sociabilidad, solo aumenta mi necesidad de abrirme de piernas.

Poco a poco, me hace retroceder hasta que mi espalda choca contra la superficie de un árbol, extrañamente lisa.

Cuando se inclina y me besa, tiembla. Y lo hace, lo sé sin que me lo diga, porque está usando toda su fuerza de voluntad para contenerse y no hacerme daño con su maldita superfuerza.



Capítulo 8



Noemí

—¿Qu… qué? —balbuceo.

Me ha dicho algo cuando ha terminado de devorar mi boca y se ha apartado para que yo pueda respirar (jadeando porque me falta el aliento como si estuviera moribunda), pero no he entendido ni papa.

Ha cumplido su promesa de besarme hasta que no recuerde ni mi nombre. Mis neuronas, estoy casi segura, se han autoinmolado.

—Que si en algún momento quieres que pare…

—¡No! —le grito a la cara, ya que está a escasos centímetros de la mía.

Él sigue con la respiración perfecta, el muy cabronazo. Como si no le afectara a pesar de sus ojos bicolores, que me dicen lo contrario.

—No hace falta que me dejes sordo, mujer —replica con humor—. Tu entusiasmo es evidente en tu lenguaje corporal.

Encima se ríe de mí con total impunidad.

—Tú tiéntame que verás…

Me besa de nuevo para quitarme la cara de malhumorada. Así que le perdono las carcajadas.

Su lengua es puro fuego y sus dedos ríos de lava sobre mi piel desnuda cuando los cuela bajo la camiseta y acaricia mi vientre, haciéndome enloquecer por el contacto.

—Tranquila. Con calma.

Kasem me aparta una mano de su pelo (no sé ni cómo ha llegado ahí) para que deje de tirarle de los cortos mechones negros.

—Lo siento.

Él me sonríe de manera lobuna, hambrienta.

—No lo sientas. Me gusta.

—¿Entonces por qué has…?

No me deja terminar la pregunta. Me besa. Y me vuelve a besar. Una y otra vez, como si tuviera sed de mi sabor; de mi boca.

Como si no pudiera parar.

Cada vez es un poco más descontrolado, más voraz, hasta que, en el último beso, casi me desmayo por falta de aliento porque él se olvida de que necesito más aire de lo que sus pulmones altamente evolucionados requieren para sobrevivir (aunque no más de lo que le necesito a él y a su lengua en mi boca).

—Quiero más —jadeo cuando mi vista deja de estar ennegrecida, aferrándome a su chaqueta, aunque no haga falta porque él me está sosteniendo con firmeza contra su pecho.

—Por hoy es suficiente.

Alzo la mirada y abro la boca para protestar, pero mis ojos se clavan en su rostro.

Jamás, en todos estos meses de viaje a la búsqueda de una pista sobre el paradero desconocido de mi hermana, le había visto tan serio, tan lleno de autodesprecio.

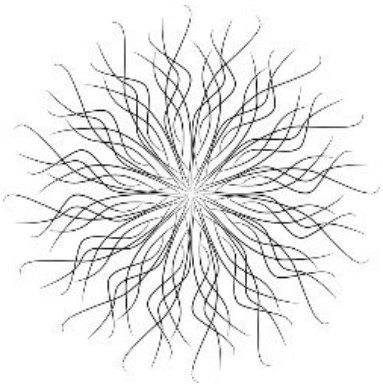
—No es suficiente —le digo en un tono más suave del que pretendía inicialmente.

Un tono que suena a súplica.

Su dura mirada se clava en mí.

—Casi pierdes el conocimiento porque yo era incapaz de parar —declara sin tener en cuenta lo que yo quiero—. Es suficiente.

Y el muy maldito no me deja opinar al respecto sin importar lo mucho que lo intente.



Capítulo 9



Noemí

—¡A este paso, en vez de morir a manos de un monstruo, falleceré de frustración sexual! —le grito a su ancha espalda mientras camino tras él.

Kasem ni se inmuta.

Ni siquiera se ríe. Y eso es extraño. Su momentánea falta de autocontrol debe de ser más grave de lo que yo creía.

Pero ello no me impide hacer que intente escucharme.

—¿Me has oído?

No me responde.

—¡Ni siquiera ha sido algo grave! —insisto—. No hace falta que te pongas así. Estás exagerando. ¡No ha sido nada!

Nada, me digo en silencio, *aparte de que jamás olvidaré sus besos.*

De que jamás volveré a besar a nadie porque algo así, tan increíble, que me ha hecho sentir en llamas, pero tan *viva* a la vez, no es una experiencia que quiera o pueda repetir con alguien que no sea él. Y que Kasem me niegue el volver a disfrutarla por sus estúpidos miedos de hacerme daño me cabrea.

—Tengo derecho a decidir los riesgos que quiero correr…

Eso sí que le causa una reacción. Aunque no la que yo esperaba. No debate ni discute conmigo. Solo se detiene en mitad del camino, gira la cabeza, se me queda mirando con ojos duros y crueles y dice:

—No.

Nunca una negativa ha sonado tan rotunda y sombría como la suya.

Gira de nuevo la cabeza hacia el frente y sigue caminando, sabiendo que yo iré detrás. Me indigno un poco más. Aunque el que se preocupe por mí me caldea la sangre con afecto por este asesino con corazón (aunque esté teñido de negro y manchado con la sangre de otros), a mí nadie me quita mi autonomía sin más. Ni siquiera él.

Acelero mis pasos y le cojo del brazo con brusquedad.

—Deja de ignorarme de una maldita vez —le siseo con ira—. Soy mayorcita, Kasem. No necesito niñeros que decidan por mí lo que es seguro y lo que no. ¡Yo decido! *¡Yo!*

Él aprieta la mandíbula con enfado.

—No si soy yo el que puede hacerte daño.

—¡Joder! —me frustro—. No me has hecho daño. Te lo he dicho.

—Casi te desmayas.

Suelto una risotada vacía de humor.

—Con el trabajo que tienes, eso no debería ser algo que te alarme.

Mala elección de palabras. Si creía que antes estaba cabreado, me equivocaba.

Ahora sí que lo está.

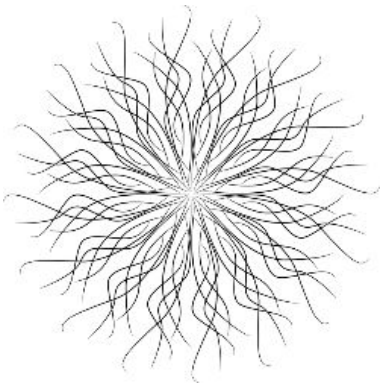
—Despedazaría cualquier cosa que te hiciera daño, aunque ese algo sea yo —gruñe con una voz inhumana. Bestial y cruda—. Especialmente si ese algo soy yo.

Se deshace de mi agarre con facilidad y sigue andando hacia la quimera.

Pero seguro que puede oír cómo los latidos de mi corazón resuenan como un tambor en mi pecho.

Bum. Bum. Bum.

Poderosos, frenéticos y destilando un anhelo que soy incapaz de poner en palabras en ninguno de los lenguajes, vivos o muertos, que conozco.



Capítulo 10



Noemí

La guarida de la quimera es diferente de lo que me imaginaba.

No se trata de una cueva amplia pero húmeda ni de una habitación tallada en la roca medio en ruinas, es… peor. Mucho peor.

—Esto es un maldito laberinto de túneles.

—¿Qué esperabas? —pregunta Kasem.

No respondo. Estoy demasiado ocupada tratando de no admitir que tengo algún tipo de fobia a los túneles que parecen interminables y de los cuales salen más túneles oscuros, en los que el viento crea canciones tétricas; y a todo aquello que de repente parece mucho más ominoso cuando una se está internando bajo una montaña. Y encima la oscuridad que vamos dejando tras nosotros, una vez las esferas de luz que Kasem ha convocado para que yo sea capaz de ver sin caer en algún agujero (esa es otra: hay agujeros tan grandes que podrían tragarme entera) o tropezar dejan de

iluminar las cuevas, me hace pensar en cosas que acechan entre las tinieblas de las que solo he leído en libros.

Como Kasem.

Miro su ancha espalda y me relamo los labios.

—Ahora que estás más calmado, ¿podríamos hablar de lo del sexo?

Él, cómo no, suspira. Aunque más que suspiros, los sonidos que salen de su boca parecen largas y sufridas exhalaciones de aire.

—Antes de que me digas que no —me apresuro a añadir—. Quiero que sepas que tengo una propuesta que podría ser la solución.

Él me mira de reojo y niega con la cabeza.

—Muy bien —se resigna—. Te escucho.

Contaba con que tuviera tantas ganas de tener relaciones conmigo como yo con él, pero no que cediera tan deprisa una vez se le pasase el susto.

Carraspeo para no delatar que me ha sorprendido y que estoy un poco excitada por la idea de que él ceda, pero imagino que lo sabe igualmente, aunque no diga nada. A Kasem no se le escapa ni el más mínimo gesto. Especialmente si ese gesto es mío.

—La próxima vez, te chamusco antes de que puedas hacerme dañ…

—No me sirve —me interrumpe.

—¿Por qué no? —me frustro.

—Porque soy más rápido y más fuerte que tú.

Suelto un resoplido; sin embargo, ambos sabemos que no es arrogancia, sino la pura verdad.

—Por ahora —mascullo.

Él enarca una ceja.

—¿Quieres esperar unos cuantos cientos de años hasta que estemos a la par para tener sexo?

Me detengo en mitad de la cueva. Al menos ya me he olvidado de la tirria que le tengo a este sitio.

—¡Claro que no! —Alzo las manos hacia el irregular techo de rocas con exasperación, recordándome que no nos va a caer encima, aunque a mi miedo se lo parezca—. Primero, porque quiero tener sexo contigo cuanto antes ahora que ambos lo hemos dejado claro. Y segundo, porque no creo que vaya a vivir tantos años por muy bruja que sea.

—Te equivocas en lo segundo. La esperanza de vida de los seres con magia despierta en las venas es de cientos de años, sino miles, dependiendo de su poder. Y tú tienes más que la mayoría —me suelta como si no se le hubiera ocurrido que yo no lo sabía (o, más bien, que no me lo había aplicado a mí misma)—. Y, en cuanto a lo primero, quizá si te doy el control con un conjuro vinculante temporal…

No es que dude al decirlo, es que lo saca de su boca como si él mismo no creyera estar pronunciando esas palabras. Como si no encajase bien con él.

Lo miro con la boca abierta.

No sé qué es lo del conjuro, pero todavía no he digerido lo primero.

—¿Y Arya? ¿Ella también vivirá…? —no termino la pregunta porque sé la respuesta: mi hermana no es bruja. Ella no tiene magia despierta en las venas. Eso mi desgraciada madre lo ha dejado claro —. Joder. ¡Joder!

Me detengo y doy vueltas sobre mí misma.

—¿Noemí?

—¿Voy a ver a mi hermana envejecer y morir? —La mera idea me revuelve el estómago de horror—. ¿Voy a vivir *miles* de años? No puede ser. ¿Cómo coño voy a vivir todo ese tiempo sin volverme loca?

Me cubro la boca con la mano cuando alzo la vista y noto cómo me mira Kasem.

—Nadie puede —dice él con una calma inusual, y esboza una media sonrisa—. Yo mismo soy prueba viviente de ello.

—No quería ofenderte —me lamento.

—No lo has hecho. Es la pura verdad —me asegura—. Nadie puede vivir tantos años sin joderse la cabeza. Y la mía está muy jodida.

Se encoge de hombros, da media vuelta y sigue andando por los túneles con seguridad, sabiendo a dónde va aunque yo no sepa distinguir un túnel de otro.

—Kasem —le llamo, acelerando mis pasos para ponerme a su lado—, no hemos zanjado el tema.

—¿Sexo? —inquiere.

—¡Claro!

Se ríe entre dientes.

—Dame un tiempo, listilla —me pide, acelerándome los latidos —. Y tendrás lo que quieres.

—¿Lo prometes? —le pido sin aliento.

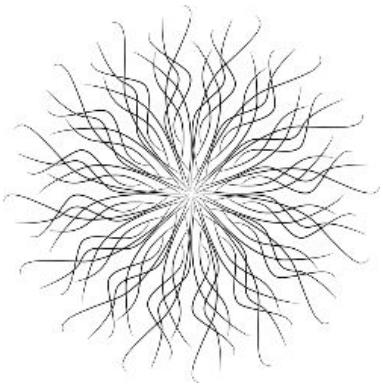
Sus ojos capturan los míos. Están tan llenos de lujuria que me asusta un poco mirarle, pero no aparto la vista.

Quiero todo lo que puede ofrecerme, todo lo que es, aunque dé miedo dar ese salto de nada a todo.

Lo ansío tanto que duele.

Y creo que él también.

—Lo prometo.



Capítulo 11



Noemí

La quimera no se parece en nada a las ilustraciones de los libros.

Para empezar, no tiene cara de león, sino de mujer, como las esfinges, pero su melena, sus orejas y sus dientes, sí que son leoninos. Luego está su cuerpo, tan grotesco que da pena y asco mirarla, a la pobre. No solo porque le sale una cabeza de cabra que parece muerta del lomo, sino porque tiene un gigantesco par de alas que se asemejan mucho a las de una lamia cosidas en los costados, y además las arrastra por el suelo como un peso muerto; al igual que la serpiente de su cola, gigantesca e inerte, de la que queda solo la piel y un montón de carne podrida llena de moscas.

—Hola, Sangriento.

—Hola, Yla —saluda Kasem, observándola con ojo crítico de arriba abajo mientras esta se amontona un poco más en su nido de huesos y mugre—. Estás mejor que cuando te dejé aquí.

—No me mientas —ríe la criatura, cuya voz suena como un silbido susurrante—. Aunque agradezco el cumplido —dirige su mirada hacia mí—. Hola, hermana de sueños.

Me quedo a cuadros cuando me dice eso.

—¿Qué?

Kasem me da un codazo.

—Es un saludo de honor. Ambas sois videntes, boba. Ya te lo dije.

Le devuelvo el codazo, aunque solo le alcanzo a rozar la chaqueta porque se aparta con rapidez para que no le acierte en las costillas.

—Encantada —carraspeo, dirigiéndome a la quimera—, eh…, hermana de sueños.

Supongo que es lo correcto.

Ojalá pudiera ayudarla, pienso con lástima. Parece estar sufriendo mucho. Jadea como si cada una de sus respiraciones fuera un infierno.

—¿Cómo has estado? —le pregunta Kasem con inusual cortesía en él—. He tenido noticias tuyas de lo más interesantes.

A la quimera le brillan los dorados ojos al oír eso.

—Al final logré cazar a mi creador, tal y como juré que haría. Tras eso, ya no me quedaba mucho en este mundo —declara la criatura—. O eso pensaba.

Yla sonríe y sus muchas bocas dejan entrever varias series de afilados colmillos cada una. Es espeluznante.

—Así que es verdad que has puesto un huevo —deduce Kasem.

—Así es —asiente la quimera—. Sé que la bruja Segreilla lo quiere, pero no le daré a mi hijo. Solo lo usará de ingrediente en sus conjuros para hacerse más poderosa. Lo matará, Kasem.

—No he venido aquí a robarte el huevo.

Kasem e Yla se miran a los ojos y ella le sonríe con alivio.

—Hace tiempo que mis poderes me fallan. Aunque sabía que vendrías porque ella te lo pediría, no pude ver nada más allá de eso. El futuro es incierto para mí.

Kasem frunce el ceño.

—Eso significa…

—Que estoy próxima a mi muerte —finaliza la quimera con una felicidad que no cuadra con lo lúgubre que suele ser saber que vas a morir.

El vampiro le sonríe con tristeza.

Es raro verlo así: sin animosidad alguna hacia otro que no sea yo.

—Me alegra que al fin puedas descansar en paz. Tal y como querías.

—Gracias, Kasem —habla la mujer hecha de piezas de animales—. Perdona que use tu nombre real sin permiso, pero creo que mi última conversación contigo lo merece. Al fin y al cabo, tú me conociste cuando yo era humana, y eres el único que lo recuerda.

Mi jadeo es audible y horrorizado.

—¿Alguien te convirtió en… en…? —No quiero ofenderla, aunque ella solo me sonríe.

—Ese alguien, como ya he dicho, está muerto.

—¿Recuerdas al científico loco que resucitó a los dinosaurios? —inquiere Kasem girándose hacia mí—. Pues tiene un hermano que está aún peor de la chaveta —prosigue cuando asiento.

—Y que ya no causará más maldades —determina Yla.

—¿Ni siquiera en el más allá? —bromea Kasem.

La quimera ríe.

—Eso ya no es asunto mío. Yo…

Se interrumpe cuando empieza a toser sangre de repente, manchando el suelo de rojo carmesí.

—¡Joder! —se lamenta Kasem, acercándose a ella. Sin embargo, esta eleva una pata de león y hace que se detenga.

—Me alegra no estar sola en mis últimos instantes —dice cuando termina de atragantarse con su propia sangre—. Y poder ofrecerle la compañía de mi adorado hijo a alguien que lo merece.

Se me queda mirando y yo me doy cuenta de que se refiere a mí.

Alzo las manos, abrumada por sus palabras.

—No creo que yo…

—¡Radiante! —llama la quimera.

Colorido, que se había quedado en la entrada de la cueva, hace su aparición con un precioso trino, sobrevolando a su madre hasta posarse en una roca cercana a la moribunda mujer.

—Oh, madre mía —jadeo de la impresión.

Yla fija su vista en mí.

—Sé que seréis grandes amigos —me asegura en tono amable y agradecido—. Me gustaría ser yo la que os vincule como bruja y

familiar antes de irme.

—Espera un segundo, Yla…

—Me quedan sesenta y cuatro segundos antes de palmarla, Kasem —le corta la quimera con una broma—. No tengo tiempo para esperar.

—Ella no está lista para tener un familiar.

—¿Por qué no? —le pregunto al vampiro, un poco dolida por sus palabras.

Él fija su atención en mí.

—Porque los familiares no solo te ayudan a concentrar y redirigir el poder, ¡también lo maximizan! Por eso —sisea—. Tú ya tienes demasiado con las cartas que te han tocado. Ni siquiera puedes controlar del todo la magia que ya posees y la que gradualmente tu cuerpo va desarrollando, llenándote de maná, ya que no has alcanzado tu límite. Si toda esa magia que tu cuerpo va aceptando lentamente, adaptándose, quedara libre de repente, podrías morir.

—No si Radiante la ayuda, Kasem —interviene Yla—. Y lo hará. ¿Verdad, hijo mío?

Radiante gorjea y asiente con determinación.

—Bien —dictamina la quimera—. Está decidido, pues.

—Aquí no se ha decidido nada —masculla el vampiro—. Es Noemí la que tiene que zanjar el asunto, Yla. No lo olvides.

La quimera se lo queda mirando durante un buen rato. Parece encontrar las palabras de Kasem de lo más humorísticas.

—Nunca pensé que viviría lo suficiente para verte enamorado —bromea—. Todavía recuerdo cuando éramos amantes…, aunque de eso haga más de un siglo.

Tengo la boca abierta. Soy consciente de que mis celos repentinos son estúpidos, pero no puedo evitarlo. Lo que se intuye del rostro de la antigua Yla, antes de que fuese capturada por el brujo científico majara, es hermoso. Y su amabilidad solo la hace más bella.

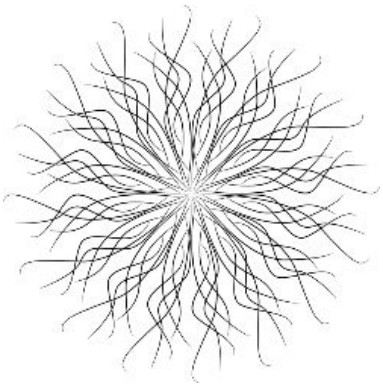
—Es la hora —anuncia la quimera—. Ven, hermana de sueños. Acércate. Os vincularé como bruja y familiar y así podré irme en paz.

Kasem se tensa.

—No tienes por qué hacerlo, Noemí.

Miro a Radiante y a su madre, y luego miro en mi interior. Es evidente que el vampiro está preocupado por mi bienestar, pero sé lo que tengo que hacer. He estado segura de muy pocas cosas en mi vida, y esta es una de ellas.

—Muy bien —decido—. Vincúlanos.



Capítulo 12



Noemí

Yla está muerta cuando vuelvo en mí.

La quimera yace en su nido de mugre y huesos con los párpados cerrados y una expresión de paz en el rostro que choca con su aspecto de inmensa bestia comehombres de leyenda.

—Me alegra tanto que haya podido irse en paz… —grazno.

Radiante trina y, de súbito, me doy cuenta de que estoy llorando. De que estoy sintiendo sus emociones, además de las mías. Su profunda tristeza y pena. Su alivio por que su madre haya tenido el final que deseaba. Su alegría por estar conectado a mí. Sus ganas de ser un buen familiar y ayudarme a controlar el poder que ahora mismo solo Kasem mantiene atado dentro de mi cuerpo.

El vampiro está acuclillado y tiene mi cabeza en su regazo mientras murmura un conjuro que la mente de Radiante me informa de que se trata de un embrujo para calmar la magia de otro.

Es una suerte que el vampiro sea tan poderoso, o no habría conseguido que yo no desatara la mayor tormenta que jamás ha visto este país dentro de esta maldita montaña. Lo sé con certeza. Si él no hubiera estado aquí, lo que pasó en la montaña con su conjuro oscuro suicida sería la única comparación posible a lo que yo podría desatar sobre estas tierras sin pretenderlo.

Me estremezco con fuerza, asustada de mí misma, pero Radiante acaricia mi mente con la suya a través de la barrera natural que las separa para que solo podamos oír y ver del otro lo que el otro desea compartir, tranquilizándome.

—Así que estás enamorado de mí —le digo a Kasem, tragando saliva por lo emocionada que me siento.

Las emociones de Radiante y las mías son una mezcla explosiva, y el que Kasem me esté acunando la cabeza con tanta ternura no ayuda.

Él deja caer mi cuerpo al suelo y se retira de mi lado con rapidez.

—No hagas caso a lo que te digan todas las ancianas moribundas, listilla.

—¡Au! —me quejo, llevándome una mano a la cabeza.

—Levanta. Es hora de encontrar a Arya —me motiva—. Por suerte, Yla sabía a lo que veníamos, así que nos ha dejado una pista de la última ubicación de tu querida hermana.

Eso hace que lo olvide todo. Magia, Kasem, Radiante, la quimera…, todo se esfuma momentáneamente de mi cabeza.

—¿Dónde está? ¿Lo sabes?

El corazón me late tan rápido que se me va a salir del pecho…

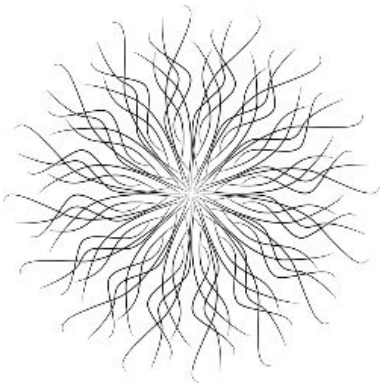
—Sé dónde estuvo hace unas semanas. Antes de que el poder de Yla empezase a desvanecerse, supongo.

… y casi se me cae al suelo de la decepción y las ganas de llorar que siento al oír que todavía no sabemos dónde está mi hermana con certeza.

Ni siquiera mis malditos poderes me lo muestran por mucho que lo intente.

Cojo la mano extendida de Kasem y me levanto. Ya es hora de que seguirle la pista a mi hermana empiece a dar resultados. Estoy cansada de los monstruos que se interponen en nuestro camino y de no saber nada de ella. Ni siquiera si está bien y si está comiendo y bebiendo agua de manera adecuada.

A partir de ahora, si alguien o algo se nos cruza e intenta matarnos o desviarnos del rastro de mi hermana, no será Kasem quien se encargue de él, sino yo, pienso mirando cómo mis venas relucen en la oscuridad con toda la magia eléctrica de la que mi sangre va cargada, recorriendo mi cuerpo como si este fuera el portador de una furibunda tormenta a punto de estallar.



Capítulo 13



Noemí

Kasem entierra a Yla con reverencia y pena.

—Cuando era humana, adoraba sentarse bajo un árbol como este a leer en los días soleados —me explica mientras hace que la tierra se cierre suavemente sobre el gigantesco cuerpo de la quimera.

Siento tanta pena por ella que lloro, y me doy cuenta de que Radiante también está llorando la muerte de su madre. Nuestras emociones crean un cúmulo de magia cargada de tristeza sobre el cielo y la lluvia comienza a caer sin que me lo proponga.

—Lo siento —le digo a Kasem sorbiéndome los mocos.

Él me sonríe. Hay un «no pasa nada» en su expresión.

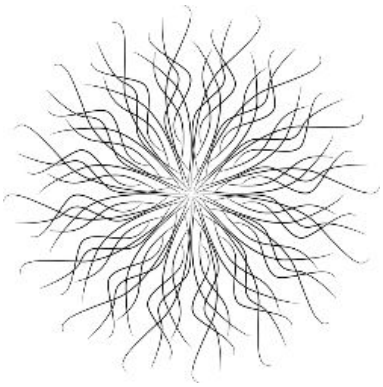
Se queda mirando el tétrico árbol, que parece estar muerto, y murmura las palabras de un conjuro en vadálico con una calma

teñida de tristeza.

—¡Guau! —exclamo cuando veo cómo el árbol se parte en dos con un sonoro crujido y de él nace otro, vivo, vibrante y verde.

—Una de sus raíces todavía palpitaba con algo de vida —comenta Kasem antes de dar media vuelta—. Vamos, es tarde y debemos acampar para prepararnos. Mañana tendremos que acelerar el paso.

Asiento y lo sigo. Pero no se me escapa cómo él muestra más pena de la que sospecho que desearía sentir, aunque sea por una vieja amante que tuvo una vida y un final trágicos.



Capítulo 14



Noemí

—No te pareces en nada a tu madre.

—Grrríoooo.

—¿«Radiante»? ¿En serio? Me parece un nombre ridículo.

—Grríííoo.

—«Kasem» no es ridículo —refunfuña el vampiro—. Es un nombre perfectamente aceptable en la sociedad de la que provengo… O lo era.

—Gríooo roooo roooo.

—¡Ey! No digas eso. A nadie le gusta que le recuerden que sus antepasados perdieron una guerra y la diñaron, ¿no crees?

—Gríííioooo.

—Sí, tu madre era genial. Una pena lo del brujo científico loco. Lo siento. No todos andamos experimentando con la gente. Algunos nos dedicamos simplemente al asesinato o a cosas más chungas, como mi primo, que es contable. ¿Te lo puedes creer? Me pone el vello de punta en las reuniones familiares, lo juro. Es un rarito.

—Griiiiiiiiiiii.

—¡Queréis hacer el favor de bajar la voz un poco! —Los fulmino a los dos con la mirada—. Estoy intentando descifrar el jodido grimorio y vuestra cháchara no ayuda.

—Grrrrrío.

—Qué maleducada que es, ¿verdad? —le dice Kasem a mi nuevo familiar.

—No soy una celosa —rechino los dientes—. Son imaginaciones tuyas.

—¿De qué hablas? —inquiere Kasem.

Lo ignoro. El comentario no iba dirigido a él.

—¡Ya os vale! ¡Chitón! O al menos hablad en voz baja. En este sitio todo hace eco y es muy molesto. Necesito concentrarme.

Todavía me queda muchísimo por traducir. Apenas voy por el primer cuarto del libro, aunque a Kasem le haya dado por soltarme pistas de vez en cuando, cosa que ayuda mucho en mi progreso.

—No nos culpes a nosotros de tus oídos sensibles, mujer —refunfuña el vampiro, que está sentado junto al pájaro en unas rocas a unos metros de mí.

Al parecer, ha decidido que ya no le cae mal porque resulta que era hijo de la quimera. Fíjate tú. Resulta extraño verlo tan amigable. Es como si hubiera acogido al pájaro bajo su ala o algo así.

Y no, no tengo celos, por mucho que Radiante me haya acusado de eso antes cuando le he dicho que su cháchara no ayudaba a mis estudios.

Hundo mi nariz en el grimorio de nuevo y trato de ignorarlos, aunque sea difícil porque el jodido vampiro tiene esa voz que me revuelve las tripas. Y no de una manera buena. De una manera…

Vale, sí que estoy celosa.

¿Por qué está siendo tan amable con el pájaro?

No es que quiera que odie a mi familiar. Al fin y al cabo, como recalca la palabra, Radiante forma ahora parte de mi familia. Pero tampoco es que sea normal que el mercenario se comporte de esa forma.

¿Acaso quería tanto a Yla?, me planteo con angustia. *¿Y si resulta que es hijo suyo?*

Noto un guijarro dándome suavemente en el entrecejo.

—¡Au!

—¿En qué piensas?

—¿Por qué me has pegado con una jodida piedra? —me indigno sobremanera, dejando el libro a un lado y levantándome de mi asiento.

No me ha hecho daño, pero ahora mismo cualquier gesto puede cabrearme o alterarme. Y él debería saberlo a estas alturas.

—¿Te he hecho daño?

—¡Esa no es la cuestión! —protesto, enfadada.

—¿Y cuál es la cuestión?

—Que me has lanzado *una puta piedra a la cara*.

—De unos seis milímetros y con la suavidad de una pluma —bufa.

—¿Te gustaría que te lanzara yo algo? —amenazo.

—Calma, listilla.

—No pienso calmarme. No me digas que me calme, capullo.

El corazón me late a toda prisa por la mezcla de ira, nervios y ansiedad. Estoy elevando esto mucho más de lo que merece y lo sé. Kasem ha hecho cosas mucho peores y nunca me había puesto así. Pero quizá esa es la cuestión. Ya va siendo hora de que tengamos unos límites bien puestos en su sitio.

Él alza las manos en señal de paz.

—Muy bien —dice—. He hecho mal. Lo admito. No volveré a lanzarte granos de arena.

—¡Que te jodan! ¡No es por eso y lo sabes!

Estampo el grimorio contra el suelo de piedras de manera impulsiva y luego me arrepiento, maldigo y lo recojo, comprobando a toda prisa que no haya sufrido ningún daño.

Doy un bote del susto cuando noto que Kasem está a escasos centímetros de mí. Su cara de cabreo es evidente.

—Pues no —sisea—. No tengo ni puta idea de por qué se te han cruzado los cables. —Me tapa la boca cuando la abro—. Y no te atrevas a decirme que es por el puto grano de arena porque estabas de mala hostia horas antes de eso.

Aparta la mano de mi boca para que pueda responderle.

—Podrías haberme hecho daño… —balbuceo.

Ahora que el subidón del enfado y los celos ha bajado un poco, me siento sobre todo incómoda… y muy consciente de lo cerca que está su cuerpo del mío.

—Y una mierda —gruñe—. Sabes que si quisiera hacerte daño lo habría hecho. No me vengas con esas, Noemí. A ti te pasa algo. Dime, ¿es por tu hermana?

Me siento como una cerda culpable cuando pienso de repente en Arya.

Debería estar trabajando con ahínco mis poderes de vidente para encontrarla, y sin embargo solo pienso con la maldita vagina. Soy imbécil.

—Sí —miento.

Él, por supuesto, huele la mentira antes de que salga de mi boca de manera impulsiva. El que yo ahora sea bruja no ha cambiado su habilidad para leerme con facilidad.

Kasem alza una ceja con sorpresa y algo de sorna.

—No me digas… No. No puede ser —hace una pausa y se me queda mirando, pensativo—, ¿o sí?

Rechino los dientes de nuevo. Como hacía al principio, cuando me ponía de los nervios. Aunque ahora me sigue poniendo de los nervios, el hábito se ha reducido con el tiempo, para alivio de mi dentadura.

—No sé de qué me hablas.

Como haya deducido que es por…

—Estás celosa.

Mierda.

—No es cierto.

Se echa a reír al oler la mentira que confirma que sí que es cierto. Y lo hace con tantas ganas que su voz crea eco en todo el acantilado en el que estamos. Hasta Radiante está sorprendido y

divertido por mis inusuales emociones, y me lo comunica a través de nuestro vínculo.

«No de ti —le respondo con un gruñido mental—. De otra cosa».

Cierro mi mente para que no vea que es de su madre. No quiero sentir más vergüenza de la que ya siento.

—¡Estás celosa! —se carcajea Kasem.

—¡No lo estoy! —insisto en la mentira, indignada.

—¡Y una mierda que no!

Enfadada, le doy un empujón. O lo intento, porque el tipo no se mueve ni un ápice si no quiere. Y está claro que no quiere.

Él me sorprende con un beso súbito que hace que todo mi mundo se quiebre solo con el roce de sus labios; de su lengua sobre estos; de su aliento en mi boca.

No me da tiempo a responder cuando se aparta. Demasiado rápido. Lo cojo de las solapas de la chaqueta y trato de atraerlo, pero se ríe y no se deja.

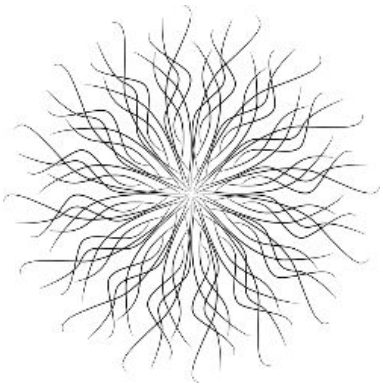
—No tienes motivos para estar celosa, vidraz. No hay nadie más para mí que tú. En este mundo o en cualquier otro. Ya hace tiempo que me he rendido a esa verdad.

Sus palabras me crean un nudo en la garganta por muchos motivos. La emoción se extiende por todo mi cuerpo, pero, aun así, no soy tan feliz como debería serlo al oír eso.

—Deja de llamarme así —le gruño—. No soporto pensar que me quieres solo por la maldita magia que nos vincula. Por lo atraído que te sientes por mi sangre.

Mis palabras hacen que se ponga serio. Sin embargo, es la advertencia de Radiante de que alguien o algo se acerca lo que

causa que los dos nos giremos hacia la dirección que él indica, listos para un posible ataque.



Capítulo 15



Noemí

—Al fin os encuentro.

—Segreilla —saludamos los dos a la vez, casi con el mismo tono de frustración por haber sido interrumpidos.

La bruja arcana da un paso al frente y sale de la linde del bosque, echando un vistazo subrepticiamente al manuscrito que sostengo firmemente bajo el brazo.

—¿Tenéis el huevo que os pedí? —va directa al grano.

—No. —Kasem también.

Segreilla parece frustrada.

—Entonces no hay trato. —Vuelve a mirar de reojo el grimorio —. A no ser que…

—No está a la venta —interrumpo yo con voz cortante antes de que finalice ese pensamiento.

Su cara se vuelve más parecida a la de un limón que antes.

—Nos interesa tener un mapa de la isla —interviene Kasem—. Pero a un precio razonable, Segreilla.

—Os he pedido un precio razonable.

Kasem resopla con fuerza.

—Ni de coña y lo sabes —declara con sequedad—. Además, me he cargado a tu madre. Eso requiere que *tú* me pagues a *mí*, ¿no crees? Al fin y al cabo, ya no tienes que huir.

Ella duda.

—Su aquelarre sigue ahí fuera. Y todavía me odian. Si las cazaras…

Kasem pierde la paciencia.

—¿Quién mierdas te crees que soy? ¿Una puta ONG? —gruñe. Sus ojos cambian de color, uno plateado y otro rojo, durante un instante, y Segreilla da un paso atrás, acojonada.

Creo que está cabreado por mi declaración anterior, principalmente, y la bruja solo incrementa su enfado, pero eso ella no lo sabe.

Segreilla está muy pálida. Casi parece que vaya a desmayarse, y en cambio aguanta muy bien el tipo.

Kasem puede ser aterrador.

—Muy… muy bien. Te daré el mapa —acepta al fin—. Solo dime a quién quieres localizar para que pueda ayudarte. Lo necesito para realizar mis conjuros de búsqueda.

—Lo haré bajo tu juramento de que no meterás las narices en mis asuntos, directa o indirectamente, o te mataré.

—Entiendo…

—Y Arya es mi asunto, Segreilla.

—¿Arya? —inquiere la arcana.

—Así es como se llama la chica que tienes que localizarme en tu puto mapa.

—Muy bien. Arya. Entiendo. Es un nombre muy inusual, no me resultará difícil encontrar a todas las que se llamen así en Rundra.

—Bien.

Segreilla me mira de reojo antes de hablarme. Ese deseo extraño está presente en sus ojos, y a Kasem se nota que no le gusta.

—No he podido dejar de notar, hermana, que eres una bruja de la tormenta muy poderosa.

—Gracias —replico con desinterés.

Todavía pienso en la conversación de antes con Kasem. Y en mis celos. Y en los que siento ahora, estúpidos y sin fundamento, cuando ha dicho que Arya era «su asunto».

—Me preguntaba por qué no estabas vinculada a ningún aquelarre y si te interesaría formar uno conmigo.

Su propuesta me pilla por sorpresa.

—Ah… No, perdona. No me interesan mucho los aquelarres.

Tendría que volver para quedarme en Rundra tras hallar a mi hermana y sacarla de aquí, y ni la cara decepcionada de la pobre bruja ni todo el poder del mundo podrían hacer que hiciera eso.

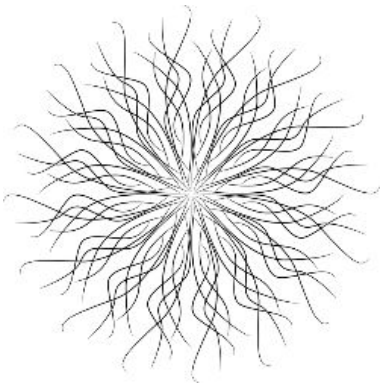
Odio este país y a sus malditos monstruos. No puedo evitar mirar cada recoveco oscuro con paranoia a cada pocos segundos. Me pone tensa.

—Muy bien. —Segreilla se da media vuelta y se interna en el bosque, contrariada—. Tendréis vuestro mapa en unos días. Esperad noticias mías.

—Genial. —Kasem se gira hacia mí—. Un asunto resuelto. Ahora toca resolver otro.

Trago saliva.

Por su cara de mala leche, mi confesión de antes todavía le ronda por la cabeza. Y no le ha gustado un pelo.



Capítulo 16



Noemí

—Ahora que nos hemos librado de Segreilla, hablemos de lo que me has dicho antes.

Me cruzo de brazos.

—Es verdad y lo sabes.

Él enarca una ceja. Su rostro está mortalmente serio. Me siento…, no lo sé, angustiada, feliz de que quiera hablarlo, contenta y triste al mismo tiempo. Una mezcolanza de emociones que me abruman.

—Explícate —me ordena.

—Lo odio —me frustro—. Odio que sea la magia la que decida quién está vinculado y quién no. Hace que no parezca real, ¿entiendes?

Él suspira con frustración.

—Lo de ser mi vidraz no es más que un puto pie de página en lo que siento por ti —me gruñe, impaciente—. Irrelevante. Así que, ¡deja de darle vueltas a la cabeza de una jodida vez!

—No puedo evitarlo —sollozo de repente, estresada.

—Joder, Noemí.

Da un paso hacia mí y me aplasta contra su pecho. Hundo la cara en su camiseta y lloro. Lloro por todo, pero, sobre todo, lloro por Arya y por mi relación con Kasem y por no saber si, una vez todo se acabe, él desaparecerá y no lo volveré a ver más.

Esa idea me asusta más que todos los monstruos de Rundra juntos. Más que lo de ser una mujer cuya sangre le tienta tanto como para resultar un canto de sirena para él, aunque eso último me haga sentir culpable.

—Me siento como una mierda.

—Pues ya somos dos —contesta.

Me río sin quererlo y paso los brazos por su cintura.

—¿Qué hacemos, Kasem?

No lo pregunto solo por lo de ser su vidraz y el consentimiento, sino por mucho más. Y creo que él lo sabe.

El vampiro toma una amplia bocanada de aire, como si la necesitara para ser valiente.

—Confiar en mi buen juicio.

Me río otra vez.

—¿Crees que tienes de eso?

—Qué graciosilla te has vuelto —bufa—. Si te digo que lo de ser mi vidraz no me afecta, ¿por qué no me crees? ¿Qué es lo que te lo impide?

Aprieto las manos en puños sobre su chaqueta.

—La magia.

—¿De qué mierda hablas?

Nunca le he oído tan frustrado. Me aparta un poco la cabeza para poder verme la cara y así leer mis emociones en ella, y yo le dejo, porque quiero que lo haga. Que vea mis miedos sin que yo tenga que exponerlos todos a la cruel luz hablando de ellos.

—Deja de darle vueltas al coco —me ordena de nuevo.

Me río otra vez. Solo él puede creer que eso basta para que mi ansiedad se acalle. Ojalá fuera así.

—No puedo.

Kasem frunce el ceño y se inclina para apoyar su frente contra la mía.

—Dime cuál es la pregunta, el «y si», que más te atormenta.

Me relamo los labios para que dejen de estar tan resecos.

—¿Y si todo lo nuestro es solo por la magia? ¿Por lo del vínculo? —Trago saliva, echándome a llorar de nuevo—. Nunca me había enamorado hasta ahora. ¿Y si no fuera amor de verdad?

Eso hace que su expresión se vuelva una de sorpresa, e instantes después me mira con tanta ternura y maravilla que me doy cuenta de lo que he dicho en voz alta.

—¿Me amas?

Trago saliva de nuevo.

—Creo que lo había dejado claro antes, ¿no? —bromeo—. Seguro que lo has leído en mi expresión cuando te miro… No sé, quizá digo tonterías —balbuceo—. Al fin y al cabo, no sé qué sientes por mí. Si esto te agobia… Quiero decir, si el amor no es lo tuyo… —Niego con la cabeza y me corrijo—. ¿Qué soy para ti, Kasem?

Nunca había sido tan valiente en toda mi vida, pero eso es algo que se repite desde que llegué a Rundra. Puede que este país haya sacado lo peor de mí, sin embargo también ha forzado a salir a la luz mi valentía.

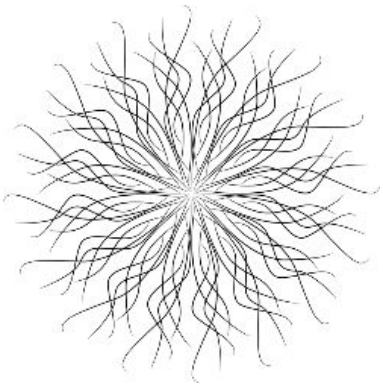
Estoy aquí, plantada, llorando y sorbiéndome los mocos, con mis miedos al descubierto y el corazón en la palma abierta de mi mano, esperando una respuesta que no sé si llegará en forma de sarcasmo y me hará daño, o de negativa y matará mis sueños de ser amada. Pero necesito saberlo con certeza.

¿Puede Kasem quererme de verdad?

Él tiembla de los pies a la cabeza.

—¿Qué eres para mí? —susurra—. Eres como una espina clavada en mi corazón. Me haces sangrar y me envenenas, y en cambio no puedo ni quiero sacarte de ahí, ¿entiendes? —Me abraza de nuevo con cuidado de no hacerme daño—. Me tienes hechizado, maldita sea. Y no por tu magia de bruja, sino por tu jodido ser. Por cómo eres. Por tu jodida alma. No puedo creer que haya llegado el día en el que al fin vaya a decir esto, pero yo también te amo.

Es mi turno de quedarme pasmada. Por eso su beso me pilla desprevenida.



Capítulo 17



Noemí

Kasem usa su lengua como un arma: poderosa, letal, y con conocimiento de qué es lo que causa en su víctima cada uno de sus movimientos.

Me desarma con rapidez. Aunque no es que se me haya ocurrido protestar. Estoy demasiado ocupada siendo engullida por la lujuria; por cómo me tocan sus manos, deslizándose bajo mi camiseta; por cómo me domina y acalla mi mente y mis dudas con un solo beso y con el roce de las yemas de sus dedos sobre mi vientre.

Por cómo me hace sentir, tan segura de lo que quiero y de a quién quiero en mi vida, tras lo que le he oído decir.

Nos besamos hasta que a mí me falta el aliento y él se obliga a apartarse, cuidadoso de no cometer el error de la última vez.

Ninguno de los dos queremos que esto salga mal o tener remordimientos de conciencia que nos persigan y acosen después.

Mientras sus besos descienden por mi garganta, yo paso las manos por su cuello y recupero el aliento entre jadeos deleitados.

—No pares, Kasem —le suplico—. No pares o te juro que… —dejo la amenaza en el aire y siento el aliento de su risa contra mi garganta.

—Voy a enseñarte algo.

Suelto un gemido de frustración, aunque me doy cuenta de que esas palabras parecen haber salido de sus labios empujadas con dureza, como si le costaran.

—¿Enseñarme el qué?

—Repite conmigo: *io eacto er tu meo est per an ora*.

Abro los ojos como platos.

—¿No significa eso…?

Él me pone un dedo en los labios, pero a estas alturas, entre la traducción del grimorio y sus lecciones disfrazadas de pistas sufridas cuando me atasco con algún párrafo (y eso que todavía voy por el principio del libro), entiendo lo suficiente de vadálico como para saber más o menos lo que ese conjuro significa.

—Solo repite para que pueda oír tu pronunciación.

Me relamo los labios.

—*Io eacto er tu meo est per an ora.*

Él suelta un silbido de admiración.

—Ni un solo fallo.

—Soy lingüista.

—Ya, pero aun así es inusual considerando que no conoces del todo mi lengua madre.

—Se parece un poco al latín.

Él se encoge de hombros.

—Roma solía ser vecina nuestra. En fin —se pasa una mano por el pelo, apartándola de mi piel, y la echo en falta de manera inmediata—, tienes que acumular la magia en la lengua para este. Imbuir cada palabra de poder. Es un arcano, aunque creo que funcionará a pesar de que seas una bruja de tormenta. Solo que gastarás más maná que una bruja nacida para la conjuración. Si no, probaremos con otros métodos.

Trago saliva.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

Él, en vez de agradecer mi pregunta, se irrita.

—Jamás te habría propuesto que me lanzases un conjuro de esclavitud que dura una hora si no lo estuviera, ¿no crees?

—¡Ey! Ahórrate el sarcasmo. Solo me preocupo por ti.

Eso hace que su expresión se suavice un poco.

—Te enseñaré también la manera de revertirlo… por si acaso.

Por si no aguanta la falta de libertad. Eso es lo que no dice.

Mi pobre Kasem.

Asiento.

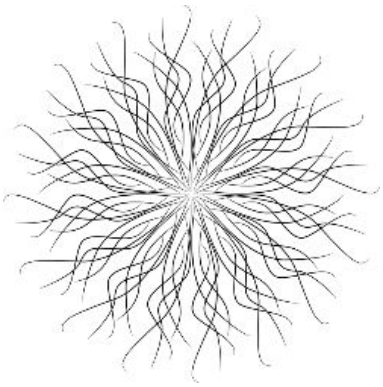
—Muy bien. Como tú quieras. Pero no tenemos por qué hacer así las cosas. Podemos pensar en alternativ…

—Sí —me interrumpe él con dureza—. Sí tenemos. No me discutas esto, por favor.

Está claro que ha tomado una decisión. Y que esa decisión es que mi seguridad vale mucho más que la suya.

Y, si no le quisiera ya, me habría enamorado de él en este momento porque, ¿qué mayor prueba de amor sin palabras puede haber que esta? La confianza no se puede comprar; se gana a base de demostrarle a la otra persona que eres de fiar y que no le fallarás.

Y esa fe inquebrantable en que no usaré a malas el conjuro que Kasem ha depositado a mis pies, vale más que mil poemas de amor.



Capítulo 18



Noemí

—*Io eacto er tu meo est per an ora.*

Esta vez, las palabras hacen tintinear mi lengua cuando salen de mi boca imbuidas con mi poder.

Sí que es cierto que me toma más cantidad de maná que convocar un potente rayo, pero el hecho de que solo hace efecto porque mi víctima voluntaria no se resiste es evidente. Mis instintos me dicen que, en una lucha de voluntades, Kasem ganaría. No porque yo no tenga ovarios para hacer las cosas cuando deben hacerse, el hecho de que estoy aquí ahora mismo demuestra que sí. Sino porque el vampiro jamás aceptaría la esclavitud.

Y de eso trata el conjuro de atadura que acabo de lanzarle. De no dejarle hacerle daño a su ama. De obedecerme. De tratarme como si yo fuera su dueña total y absoluta.

—¿Y ahora qué?

—Prueba a darme una orden.

Kasem elige sus palabras con cuidado, como si le fuera imposible adoptar un tono que no sea de mera sugerencia, como en el que me ha respondido.

—¿Como cuál?

Me mira como si fuera obtusa.

Está claro que el conjuro no afecta a sus pensamientos o a las expresiones de su rostro.

—La que sea, listilla.

—Vale. —Me relamo los labios y pienso en algo—. No me llames listilla.

A veces me irrita. Otras veces, mi corazón palpita por el término cariñoso. Básicamente mi aprobación por el apodo que me ha puesto varía en función de si estoy cabreada con él o no.

—Muy bien…, mujer.

—Ni tampoco eso.

—Aburrida.

—Ni eso.

Me cruzo de brazos, irritada.

—¿Vamos a convertir esto en un juego de palabras tocapelotas o vamos a hacer algo interesante ahora que ya no tienes miedo de matarme por practicar el sexo? —le pregunto.

Él repite «practicar el sexo» para sí mismo en voz baja como si le divirtiera horrores mi elección de palabras.

—¿Y bien? —me impaciento.

—Practicar el sexo me parece una idea fantástica, profe.

Y dale con las palabritas tocapelotas…, aunque admito que esa me ha acelerado un poco los latidos y me ha puesto algo cachonda. Es lo que tiene lo prohibido: siempre me ha fascinado. Por eso solía colarme en la sección ilegal de la sala subterránea de la universidad, en la que se guardaban los tomos y tesoros más antiguos e importantes de la colección de su museo adjunto.

Obviamente, jamás se me ocurrió cruzar la línea y enrollarme con alguno de los alumnos que se me insinuaban. Solo sentía incomodidad cuando ellos (y ellas) dejaban entrever que querían algo más que una estricta relación profesora-alumno.

Pero con Kasem… con Kasem todas mis fantasías prohibidas, todas esas que lo socialmente correcto y mi propia moral me impedían cumplir (que no eran muchas porque nunca me interesó realmente el sexo antes de conocerle), han abierto sus puertas y me incitan a entrar en ese mundo de lo salvaje y lo lujurioso.

Me relamo los labios, resecos por los jadeos que no me había dado cuenta de que estaba emitiendo.

—Te ha gustado, ¿eh? —se burla el vampiro—. Hazme guarradas, profe. O, mejor aún, *oblígame* a hacerte guarradas.

Frunzo el ceño.

—No quiero obligarte —le digo, aunque la idea me ponga a mil.

—Una pena, porque yo acabo de descubrir que es uno de mis fetiches —sonríe de manera lujuriosa—. Venga, pídeme algo. Lo que quieras. Estoy a tu merced, Noemí.

«Estoy a tu merced». Oír eso de sus labios es lo que hace que finalmente me rinda y deje de darle vueltas a la cabeza sobre el amor y la confianza y lo preocupada que estoy de que él se arrepienta o de hacerlo mal debido a mi inexperiencia sexual.

Solo quiero tenerlo entre mis piernas, desnudo, jadeante y saciándome como sé que solo él podría hacerlo.

—Desnúdate. —La voz me sale más urgente de lo que pretendía; más necesitada.

Él cumple mi orden sin rechistar, pero lo hace lentamente, sin dejar de mirarme, exponiendo su tatuado cuerpo ante mis voraces ojos hasta que está totalmente en cueros. No hay ni un ápice de vergüenza en su mirada. Y no tiene por qué haberlo.

—Sabía que estabas buenísimo, pero, joder, Kasem…

Él se ríe a carcajada limpia.

—Lo sé. Estoy más que bueno, ¿verdad?

—Qué arrogante eres.

No le digo que se lo tiene ganado, con ese cuerpo de músculos elegantemente esculpidos, sus tatuajes a la vista y su polla, grande y a medio mástil apuntando hacia mí.

Lo que me hace darme cuenta de que leer sobre anatomía masculina en los libros y asistir a clases de pintura donde los musos se desnudaban no implica que sepa qué hacer con toda esa… con toda esa carne excitada y lista para mí.

—¿Qué pasa? —pregunta Kasem alzando una ceja de manera burlona—. ¿Te ha comido la lengua un perro sarnoso o es que eres más virgen de lo que creía?

—¿Se puede ser más virgen que meramente virgen? —pregunta mi tonta lengua con confusión.

Él ahoga una risotada incrédula.

—¿Quieres decir que nunca te has enrollado con nadie? ¿Que nunca, hasta conocerme, habías sido besada?

Me ruborizo hasta las plantas de los pies. Estoy segura de ello porque las noto tan calientes como el resto de mi piel ahora mismo.

—¿Y qué hay de malo en ello? —me pongo a la defensiva—. Creo que ya te lo dejé bien claro: eres el único hombre por el que me he sentido atraída en toda mi vida. El único al que he querido besar.

Y mucho más que simplemente besar, me recuerda mi mente mientras mis ojos no dejan de observar cada ápice expuesto de su piel desnuda.

—Eso es lo más jodidamente seductor que me han dicho nunca —murmura él roncamente.

Alzo la mirada hacia su rostro.

—¿En serio?

Él sonríe de medio lado, pillo y pecaminoso como solo Kasem puede serlo.

—En serio —replica con voz tan grave como una tumba, cargada de una lujuria tan feroz y voraz que hace temblar hasta mis huesos—. Así que, ¿quieres follarme o solo quieres mirar? —Su mano acaricia sus pectorales y desciende hasta su polla, erguida totalmente y con la punta húmeda—. Puedo darte un buen espectáculo si no te animas a…

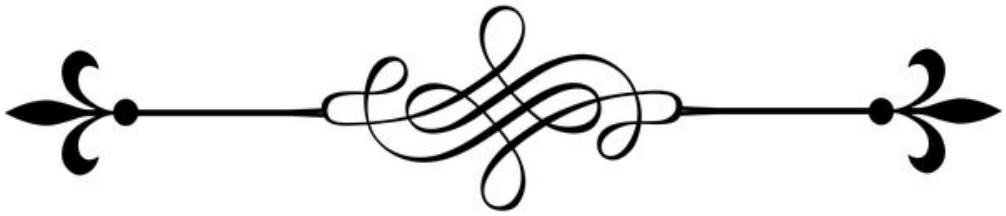
—Oh, joder, sí. Sí quiero follarte —le interrumpo a toda prisa—. Ahora mismo. Ya. Cuanto antes mejor. Ahí mismo me parece bien. —Señalo hacia el trozo de hierba más cercano de manera imperativa.

Su ego es tan grande que es casi palpable y su risa llena todo el claro.

Pero sus pasos se dirigen hacia la hierba de manera obediente.



Capítulo 19



Kasem

Estoy delirante.

Jodidamente delirante. Completamente demente. Y, además, debo de ser suicida. Y no es debido a que le he dado a alguien poder sobre mí de manera voluntaria, sometiéndome a sus deseos, que ya es de por sí algo inverosímil, sino a que…, joder, solo puedo pensar en lo adorable que está Noemí ruborizada, llena de anticipación y dándome órdenes que no suenan como tal porque tiene demasiadas dudas sobre qué hacer y cómo y, maldita sea, la

verdad me golpea de repente y me quita el aire de los pulmones: he hecho lo imposible y he encontrado a la única mujer en todo el puto planeta que se preocupa por cosas como mis sentimientos y mi consentimiento.

Soy un puto imbécil suicida, pero uno con suerte.

Así que pienso aferrarme a esa buena suerte todo lo que pueda, porque nunca se sabe cuándo la vida (es decir, la gente) va a intentar joderte.

—¿Y bien? —la pico—. ¿Qué quieres que haga por ti, Noemí?

Utilizo ese tono de voz que sé que le pone la piel de gallina y le hace mojar las bragas. En parte porque me divierte saber que tengo ese poder sobre ella y en parte porque, maldita sea, *tengo ese poder sobre ella* y me gusta usarlo a mi conveniencia.

Como ahora.

—Pues… —se aclara la garganta—. Pues mejor antes me desnudo yo también, ¿no?

Ahogo una risotada.

—Si te parece bien —imito su tono cordial con un deje de ironía.

—¡Que te jodan! —se ofusca, siempre dispuesta a saltar cuando está ansiosa por algo.

Y esto la pone casi tan ansiosa como cachonda.

—Sí —ronroneo—. Lo estoy esperando con ganas. Jódeme bien, Noemí.

Ella se relame los labios, nerviosa. El aroma de su excitación llena mis fosas nasales. Tengo unas ganas tremendas de hundir mi cara entre sus piernas y hacer que se olvide de todo lo que no sea yo.

—Bien… He ahí el… Ah… ¿Cómo te lo digo?

—Que estás nerviosa porque eres virgen.

—¿Es tan evidente?

—Claro que sí. —Me encojo de hombros—. Y no tienes por qué.

—Pero no sé qué hacerte… Ni qué pedirte. Quiero decir, he tenido fantasías contigo, aunque…

Su rubor empeora.

—¿Fantasías? —Me excito todavía más—. Cuéntamelas.

—No —susurra ella, tímida de repente.

—¿Por qué no?

—Porque… porque son muy guarras y raras, Kasem.

—Ahora sí que estoy intrigado. —La observo con fascinación—. ¿Raras del tipo «te ato con una liana de la cabeza a los pies y te doy por detrás», o del tipo «uso mi magia y hago que aparezcan tentáculos en el aire»?

Se me queda mirando como si jamás hubiera considerado esas cosas. Hay un poco de horror por lo segundo, pero intriga por lo primero. Tal vez pueda convencerla para probarlo algún día.

A saber lo que ella cree que es raro. A mi edad, he hecho de todo para matar el aburrimiento. Aunque con ella hasta el misionero sería la mejor experiencia de mi vida. Noemí tiene algo que los demás no tienen: estimula mi mente y mi putrefacta alma, no solo mi cuerpo. Y ni siquiera necesita estar desnuda para eso, le basta con ser ella misma.

Y eso es impagable.

—¿Tentáculos? —pregunta finalmente.

Está muy confusa. Sospecho que trata de imaginar qué podría hacer con ello.

—¿Quieres que los invoque?

—¡No!

—Parecen penes gigantes cubiertos de una sustancia afrodisíaca —añado solo para ver su reacción.

No me decepciona.

Ella abre y cierra la boca varias veces.

—Me estás tomando el pelo.

—Te prometo que no.

Ella bufa con una mueca horrorizada.

—¿Quién crearía un conjuro así? Menudo malgasto de maná.

—Seguramente un pervertido superpoderoso que se aburría.

Se me queda mirando. Me conoce demasiado bien.

—¡Fuiste tú! No me lo puedo creer… ¿De verdad tienes una runa tatuada que convoca eso?

Su indignación y su sorpresa son palpables.

Señalo hacia mi ingle izquierda.

—¿Quieres verlo en acción o no?

—¡No! —barbotea ella.

Uy. Uy. Siente curiosidad.

—¡Deja de sonreír de esa forma!

—¿De qué forma? —inquiero con falsa inocencia.

—Como el gato que se ha comido al canario. O que lo tiene atrapado contra la pared. —Mueve los pies de manera nerviosa—. Quítate esa expresión de la cara. Tus conjuros guarros grabados en runas no me interesan.

No puedo.

Esto es tan tronchante como excitante. Acaba de mentirme a la cara y sabe que estoy oliendo el aroma de su mentira, y aun así cuadra la mandíbula y los hombros y se niega a aceptar su propia curiosidad sexual.

Tiempo al tiempo. Las inhibiciones no se descartan en un día.

—Vale —la oigo, cogiendo aliento—. Voy a desnudarme.

Sonrío de manera hambrienta.

—No tengo ninguna queja sobre eso. Excepto que me gustaría hacerlo a mí, si no te importa.

Duda antes de acercarse, ansiosa por obtener finalmente lo que ha querido desde hace meses: meterse en mis pantalones, pero nerviosa por su inexperiencia.

Voy a ser el primero que la toque, que la pruebe, que se hunda en su cálido coño, pienso mientras le quito la chaqueta y la camiseta, dejando su sujetador al descubierto.

Y el último, susurra esa vocecilla posesiva y obsesiva en mi cabeza.

No respondo a ese pensamiento. Reflexionar sobre ello me llevaría por caminos demasiado complicados.

Acaricio la piel de su escote y ella se estremece. Lleva un sujetador deportivo, práctico y cómodo, pero aun así puedo ver cómo sus pezones se endurecen con ese mero gesto.

Desciendo mis dedos hacia la parte de debajo de su sujetador y lo voy elevando lentamente hasta que ella, impaciente, se lo quita por encima de la cabeza y lo lanza hacia los árboles.

Radiante emite un sonido desaprobatorio cuando la prenda golpea la rama en la que estaba posado y echa a volar.

—Bicho pervertido. Nos estaba observando.

Ella da un bote de miedo y se gira para mirar sobre su hombro.

Suspiro por mi estupidez. Rundra la asusta mucho. Sobre todo, sus desagradables sorpresitas. Era de esperar que reaccionara a mi comentario de manera paranoica.

—Nadie.

—¿Cómo que nadie? —Frunce el ceño y se cubre los pechos con las manos, para mi total consternación.

Estaba muy contento observando esas dobles maravillas, que estoy seguro de que van a encajar a la perfección en mis manos.

—Radiante —le explico, forzándome a ser paciente—. Aunque ya se ha ido.

—Ah. —Se relaja de manera visible—. Entonces, ¿estamos solos?

Asiento y murmuro el conjuro de una barrera de ocultamiento que se extiende por toda el área.

—Así seguro que nadie nos molesta.

Ella me sonríe y mi podrido corazón, que a veces hasta a mí me sorprende recordándome que existe, da un pequeño vuelco. Una de esas sensaciones a las que me voy acostumbrando, pero que todavía me cuesta aceptar. Sobre todo, el hecho de que yo soy capaz de sentir algo tan… tierno, por alguien.

Cojo las manos de Noemí y se las aparto, descubriendo sus pechos de nuevo para deleite de mi vista.

—Tus tetas me hacen la boca agua —le confieso.

—Vaya —bufa ella—. Qué romántico.

Me río.

—Quizá esto exprese mejor lo que siento —digo antes de inclinarme y meter uno de ellos en mi boca, sorbiendo y lamiendo el pezón hasta que la oigo gemir y la siento estremecerse.

—Vale —jadea—. Ooooh. Se siente genial. No pares.

Tiene los pezones sensibles.

Esto va mejorando por momentos.

Con un sonoro pop, alejo mi boca de su abusado pezón y la pongo sobre el otro, dándole el mismo trato mientras mi mano masajea el pecho que acabo de humedecer con mi boca.

Tengo que cogerla con la otra mano de la cadera y sujetarla porque las rodillas le fallan. Y eso que solo llevo unos minutos disfrutando de la sensibilidad de su piel y lo erógenos que son sus pechos… para ambos.

Mi mano desciende desde su pecho hasta su ombligo y ella se estremece de la cabeza a los pies, jadeante. Deshago el cierre de su cinturón y me aparto de ella para poder bajarle los pantalones.

—¿No puedes hacer que desaparezcan y ya está? —se desespera ella, tan ruborizada que toda su piel está roja y sudorosa.

Está al borde del orgasmo. Y eso que solo acabo de empezar.

Me río entre dientes y niego con la cabeza.

—Quiero hacer esto lentamente.

—¡Pues yo no! —protesta ella débilmente, poniéndome una mano en la cabeza para atraerla hacia sus pechos de nuevo.

Dejo que haga su voluntad mientras mis manos descienden sus pantalones y sus bragas a la vez por sus piernas y la obligo a inclinarse cuando me acuclillo para quitarle las botas y poder desnudarla del todo.

—Eres… —se interrumpe a sí misma con un gemido.

—¿Increíble? —le pregunto, separando mi boca de su teta para pasar a la otra.

—Un demonio íncubo —jadea ella, lujuriosa y enajenada—. Eso es lo que eres.

Me va a matar de risa antes de que pueda metérsela, lo juro. Esta mujer es lo mejor que me ha pasado en la vida. Y lo peor, porque eso de tener emociones suaves no es lo mío (o no lo ha sido hasta ahora) ni por asomo.

Una vez está completamente desnuda, me aparto, muy a su pesar (y con un buen tirón de pelo que me deja claro que sus pechos son, definitivamente, una zona muy erógena para ella), para poder admirarla mejor.

—¿Por qué te apartas? —exige saber.

—Para deleitarme con tu gloriosa visión.

Pone los ojos en blanco, aunque mi tono de broma no va, irónicamente, en serio. Lo que he dicho sí.

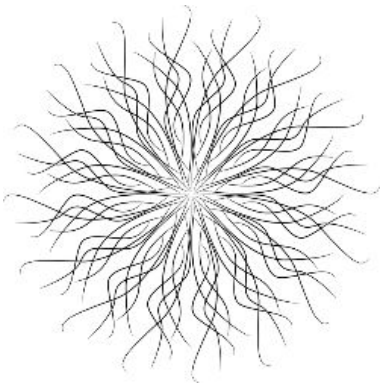
—Ya me viste desnuda en el baño de la posada aquella —replica de manera impaciente—. Y estoy segura de que me has espiado mientras me cambiaba alguna que otra vez. Así que ven aquí y sigamos con lo que estábamos haciendo.

Hago un saludo militar burlón.

—Sí, señora.

Dejo que la magia que nos vincula me empuje a hacer lo que ella me ordena sin resistirme. Y me niego a pensar en ello de nuevo. A cavilar el cómo es posible que yo, Kasem Katari, asesino a sueldo conocido por no seguir ninguna orden que no le convenga, incluso de la organización para la que trabaja, y de no mantener contacto amistoso con nadie durante cientos de años, haya llegado a este punto.

Porque la respuesta a eso es «Noemí», y por ende es demasiado complicada como para que nadie que no seamos ella y yo podamos entenderla.



Capítulo 20



Noemí

Nos besamos como si el mundo se fuera a acabar si no nos robamos el aliento el uno al otro.

Kasem ha aprendido rápidamente lo que me gusta. Al menos en lo concerniente a mis pechos o, más específicamente, a mis pezones. Algo que ni yo misma sabía. Sus dedos no dejan de jugar con ellos hasta que el placer se vuelve insoportable, como la sensación de vacío que hay entre mis piernas.

Algo estalla en mi interior, desde mi vientre hasta mis neuronas. O quizá al revés. Ya no lo sé. No conozco nada excepto que todo se ha quedado en blanco durante unos segundos y una corriente eléctrica me ha recorrido entera en la sensación más intensa y deliciosa que he tenido jamás.

Solo entonces, como si algo en mi lenguaje corporal le dijera qué es lo que tiene que hacer a continuación para complacerme,

aparta sus dedos de mis abusados pezones y baja sus manos hacia mi cintura, sosteniéndome porque mis piernas no paran de temblar.

—Ostia —jadeo cuando recupero el aliento.

Él se ríe como tiende a hacer mucho últimamente: como si yo le descubriera cosas divertidas de la vida que hasta ahora no había disfrutado.

Rara vez se burla de mí, estos días, y cuando lo hace es con una suavidad que me caldea el corazón.

—Bienvenida al reino de los orgasmos —comenta con humor.

Sonrío como una boba.

—Así que por eso hay gente tan guarra como tú en el mundo. No me extraña. Me he estado perdiendo mucho.

Su carcajada es sonora y está llena de hilaridad.

Cuando me besa esta vez, lo hace con mucha más pasión, aunque con cuidado de no hacerme daño. Y no sé si es el conjuro de atadura o sus ansias de que yo esté bien entre sus brazos, el caso es que esa ternura mezclada con su fuego hace que todo sea mil veces más maravilloso.

La hierba está fría cuando nos tendemos en ella, pero no lo noto porque nuestros cuerpos están muy calientes y mi cerebro está muy ocupado ahora mismo con otras cosas más importantes. Como el tacto de la piel de Kasem bajo las yemas de mis dedos. El plano de los músculos de su pecho y espalda, la firmeza de sus glúteos… Todo es tan perfecto al tacto como lo es a la vista.

Y su sabor…, sus besos, su aliento, sus susurros apasionados, que me cuentan las veces que va a hacer que me corra hasta que pierda el norte y el sur y cualquier pensamiento que no sea él, todo es magnífico. Se siente mejor de lo que me había imaginado.

Cuando comienza a descender su boca por mi cuerpo hasta llegar a mi coño y mi atontada y saturada mente sabe lo que va a hacer, mi gemido es tal que hubiera levantado a los no muertos en kilómetros a la redonda si no fuera por la barrera de Kasem.

Lo primero que noto es su aliento. Luego sus manos, separándome las piernas para acomodar la anchura de sus hombros. Después su lengua, trazando un camino por los húmedos labios de mi centro con lentitud.

Luego todo cambia. Kasem cambia. Empieza a devorarme como si ya no fuera capaz de contenerse. Como si mi sabor fuera un afrodisíaco para él (como sus colmillos lo son para mí). Me retuerzo, gimo, jadeo, suplico y obtengo lo que quiero una y otra vez, llegando al orgasmo tantas veces que ya no sé cuántas han sido, solo que estoy llorando de sobreestimulación y de sensaciones que jamás creí posibles y tengo que tirar de su pelo con fuerza y ordenarle que pare para que lo haga.

Todo su cuerpo se tensa como si le hubieran dado un latigazo y se detiene en el acto.

Cuando alza la mirada, sus ojos son bicolores, voraces y bestiales, y sus labios están mojados de mi esencia.

—No más, Kasem.

Tiemblo de los pies a la cabeza porque, durante un instante, no sé si va a obedecerme. El tiempo ha volado y el conjuro solo duraba una hora. Está a punto de agotarse, y la mayoría de mi maná con él. Lo noto.

Pero Kasem obedece. Hace acopio de su fuerza de voluntad y se aparta de mí, subiendo por mi cuerpo hasta que su rostro está a escasos centímetros del mío.

—Lo siento —dice, genuinamente contrito.

Me río con voz sofocada y ajada. Como si me hubiera tomado mil carajillos.

—¿Por darme tantos orgasmos que creo que hemos batido algún récord Guinness guarro? —bromeo.

Su rostro permanece impasible. Está furioso consigo mismo.

—Por no saber cuándo parar.

Me relamo los resecos labios y cojo su cara entre mis manos.

—Sí has sabido cuándo parar.

—No…

—Sí —le interrumpo—. Has parado cuando te lo he pedido, ¿no?

Él cierra los párpados como si estuviera avergonzado de algo.

—Eso es por el conjuro.

—Pues que sepas que ahora me siento mejor por el numerito que monté después de que me mordieras.

Él jadea de la risa, sin embargo vuelve a ponerse serio, haciendo a un lado el recuerdo de mi humillación.

—No es lo mismo.

Lo sé, pero no es momento de andar lamentándose.

Así que lo beso, probando mi sabor mezclado con su saliva. Es extraño y no me resulta muy agradable, aunque es Kasem a quien beso, así que la pequeña incomodidad pasa rápidamente engullida por el deseo.

—Quítame la virginidad —le pido cuando dejamos de devorarnos las bocas.

—Como desees —replica él con voz ronca.

Me penetra con cuidado, y es curioso, pero no me duele. Quizá porque se ha pasado tanto tiempo dándole a la lengua ahí abajo. Tal vez el himen haya dicho adiós antes de que la punta de su polla atraviese lo que su lengua ha atravesado antes.

—¿Te incomoda? —me pregunta mientras continúa penetrándome.

Me centro en las sensaciones de mi cuerpo.

—Muy poco.

Me arrepiento de decirlo en cuanto sale de mis labios, porque él se detiene de golpe.

—Podemos no hacer esto si tú no quier…

—¡Claro que quiero! ¡Ya te lo he dicho! —Elevo las piernas a cada lado de sus caderas y hago fuerza con mis talones contra su culo para que termine de penetrarme—. No pares.

Él se estremece y sus puños arrancan trozos de hierba a cada lado de mi cabeza.

Ups.

Tal vez he sido un poco brusca. Está muy tenso.

—Noemí —rechina los dientes—, la próxima vez que vayas a hacer algo así. Avísame antes.

Trago saliva. Tengo la sensación de que está al límite y, considerando la fuerza antinatural que tiene y lo que es capaz de hacer con su cuerpo, quizá sería mejor no provocar tanto su autocontrol.

—Vale —prometo con voz de chica buena. Aunque no tengo ni idea de si lo cumpliré o no.

Cuando empieza a moverse al cabo de un rato, las sensaciones se intensifican hasta que se vuelven más y más placenteras y, una

vez más, me encuentro a mí misma suplicándole que no pare; aferrándome a él como si mi vida dependiera de ello. De una manera tan desesperada que es hasta casi patética, pero, dado que él parece igual de desesperado que yo en cada embestida y en cada beso que me roba entre mis estúpidos balbuceos, no siento que importe.

Nada importa excepto nosotros en este momento, aunque luego me sienta egoísta al pensar en Arya.

Kasem llega al orgasmo antes que yo. Es el ver su cara transformándose en una de puro placer, una expresión tan inusualmente abierta que jamás se me olvidará en lo que me reste de vida, lo que empuja mi propio orgasmo a cobrar vida.

Nos aferramos el uno al otro hasta que nuestros huesos protestan.

Y entonces sucede algo tan extraño como extraordinario.



Capítulo 21

Kasem

—¡Mierda!

Mi grito la sobresalta y la saca del estupor del placer de su último orgasmo… y de la vinculación de nuestras magias.

—¿Qué pasa? —pregunta con preocupación—. ¿Qué ha sido eso? —inquiere instantes después con maravilla en la voz—. Ha sido mejor que cualquier orgasmo.

Me paso una mano por la cara y salgo de ella con cuidado de no hacerle daño a su abusado coño, enrojecido e inflamado… y con las marcas de una vinculación incompleta trepando como putas enredaderas desde su sexo hasta su ombligo.

—¿Kasem?

Ella está más confusa que un pulpo en un establo. No sabe lo de las marcas, no las ha visto todavía. Sigue inmersa en la sensación postsexo, donde solo sientes que estás agotado y que necesitas respirar.

Al menos ella.

Yo estoy inmerso en mis propias jodiendas ahora mismo, que consisten mayoritariamente en maldecirme mentalmente a mí mismo por no haber usado algún tipo de protección para impedir que…

—Oh, madre mía —al fin sale de su estupor y se mira el vientre —, ¿qué es esto? ¿Qué me has hecho?

—Yo no he hecho nada —protesto—… técnicamente hablando.

—Kasem —sisea con tono de advertencia, incorporándose para ver mejor las runas—. ¿Qué significa esto? ¿Y qué es esa sensación de conexión mágica que siento contigo? Se parece a la de mi familiar, pero al mismo tiempo es muy diferente.

Frunce el ceño, seguramente tratando de definirla mentalmente.

—Nuestras magias se han vinculado temporalmente, eso es todo.

—¿«Eso es todo»? ¿Cómo que «eso es todo»? —se alarma ella —. Oh, joder —se cubre la boca con la mano y deduzco que ese cerebro siempre activo suyo ha llegado a una conclusión—. ¿Me acabas de dejar preñada?

El tono acusatorio pincha un poco, aunque el horror que me produce oír esas palabras es todavía peor. Lo irónico es que pensar en que podría haber sido así porque, en mi impaciencia, se me ha olvidado usar un conjuro de protección de ese tipo, pero en que no huelo embarazo alguno en ella (y mi olfato es de lo mejor que hay en este mundo) me alivia.

—Claro que no, ¿por quién me tomas?

—¡Por un idiota que no se explica cuando se lo piden!

Ella le da un manotazo a mi hombro y yo protesto solo por el placer de verla poner los ojos en blanco. Ambos sabemos que no me ha dolido.

—Nuestras magias se han intentado vincular, pero nos hemos quedado a medias —le explico.

—Espera un segundo. ¿Vinculados? ¿Como con Radiante? ¿Ahora eres mi familiar o algo así?

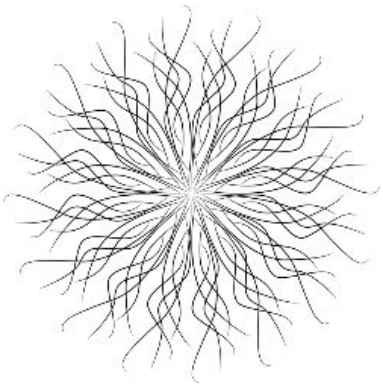
La miro con tanta indignación que ni siquiera puedo emitir palabras para expresar lo disgustado que estoy.

—Oh, joder. —Se lleva una mano a la boca—. Te he convertido en mi familiar, ¿verdad?

—No tan deprisa, listilla.

El efecto del conjuro de obediencia ya ha pasado de largo hace unos minutos.

—Te recuerdo que tú también estás vinculada a mí. El efecto es mutuo.



Capítulo 22



Noemí

Arya no se va a creer nada de esto cuando se lo cuente.

Incluso es posible que crea que me han sustituido por otra persona o algo así, por lo mucho que he cambiado desde que empecé el viaje.

—Deja de reírte como una maníaca, pedazo de bruja —gruñe Kasem, que no deja de dar vueltas por el claro, frustrado y desnudo.

Es gloria para mi vista.

—No puedo —resoplo de risa—. Es que no puedo creerme que follar nos haya convertido en familiares. Si hubiera tenido que hacer eso para conseguir a Radiante…

Me echo a reír otra vez. Esta vez con un deje de horror en la voz al pensar en ello.

—¿Cómo crees que las brujas convierten a los cambiantes en sus familiares, listilla? —refunfuña Kasem—. ¿Con poemas y cancioncillas estilo Cumbayá?

—Ostias —me asombro—. ¿Hablas en serio?

—Claro que hablo en serio.

—¿Puedo hacer que un cambiante, es decir, un hombre león por poner un ejemplo, sea mi familiar si me lo tiro?

La ira de Kasem es tan palpable que inunda todo el bosque. Los pájaros echan a volar, aterrados. Y todo parece callarse de repente. Hasta los grillos están en silencio.

—Ni se te ocurra —dice en una voz ronca, baja y amenazante.

Aunque no me siento amenazada. El cambiante metafórico, en cambio… estoy segura de que si hubiese ido en serio lo habría despedazado. Literalmente.

—Era broma, tonto. No quiero tirarme a nadie que no seas tú.

Eso lo relaja tanto como para que el bosque pueda volver a respirar y pone esa sonrisilla ufana en su cara que he llegado a considerar hasta tierna en mi enajenación mental producto del amor.

Mira que es posesivo.

Aunque yo también lo soy, así que no me quejo. De solo imaginarlo con otra mujer… Digamos que mi tormenta interior anhela convertirse en un huracán de rayos de inmediato.

No somos lo que se dice la pareja más saludable de la historia. Y, la verdad, me importa una mierda. Me gusta cómo somos. Nuestra relación es para mí más intrigante, excitante y energizante que cualquier tomo antiguo olvidado por el tiempo. Y eso que jamás pensé que pudiera ocurrir algo así. No a mí.

Somos complicados, sarcásticos, estamos siempre picándonos el uno al otro, y apasionados es una palabra que se queda corta… Hay muchas cosas que Kasem Katari me ha hecho descubrir sobre mí misma que ni siquiera yo misma sabía que eran parte de mí. Cosas que anhelaba vivir junto a alguien.

Y quiero que siga siendo así.

Que siga formando parte de mi vida.

—¿Qué estás pensando? —pregunta el vampiro, interrumpiendo mis pensamientos.

—En que quiero que te quedes conmigo para siempre —me sincero.

De perdidos al río, como quien dice.

Él se tensa.

—¿Me obligarías a ello ahora que estamos vinculados?

Lo miro y se me rompe un poco el corazón, porque él sabe la respuesta, pero aun así teme. Igual que yo temo que un día desaparezca de mi vida sin dejar rastro alguno.

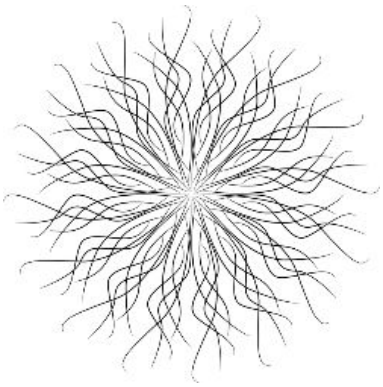
—No. —Se me rompe un poco la voz, pero la sinceridad supura en oleadas cuando hablo—. Jamás te haría algo así. Si te quedas a mi lado, quiero que sea porque tú quieres quedarte.

Eso es amor para mí: una elección consciente de con quién quieres estar. De la persona que quieres que forme parte de tu vida. Y esa decisión, mal que me pese, está en sus manos, porque yo ya he tomado la mía.

Él aspira hondo y deja salir el aire con lentitud.

—Vistámonos y pongámonos en marcha. Creo que noto a Segreilla a unos kilómetros de aquí.

Mi decepción es palpable, pero ninguno de los dos decimos nada al respecto.



Capítulo 23



Noemí

—¿Y qué hay de lo que acaba de pasar entre nosotros? ¿No significa nada?

Me siento dolida de que nos hayamos puesto en marcha tras vestirnos, así, sin más.

—Significa que vamos a tener que buscar la manera de desvincularnos.

—¡No, idiota! —le grito, deteniéndome en mitad del bosque—. ¡No me refiero a eso!

Aunque todo eso de la magia vinculada y el que ahora sea algo así como mi familiar es importante, a mí lo que de verdad me afecta al corazón es lo que acabamos de hacer sobre la hierba.

Kasem parece sorprendido.

—¿El sexo? —pregunta como si necesitara una aclaración—. ¿Qué esperabas que fuese? *¿Mágico?* —Lo último destila tanto sarcasmo que hasta el aire se vuelve cortante.

Furibunda, lo paso de largo y me meto en el bosque sin dirigirle la palabra.

Ya descubrirá por sí mismo a qué me refiero.

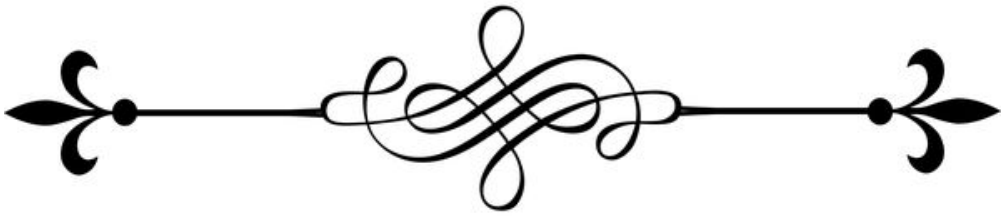
Pedazo de imbécil. Para ser tan viejo y tan listo, a veces es más tonto que una medusa. Él sabe que no ha sido solo sexo para mí.

Y, además, con mis sentimientos no juega nadie.

Ni siquiera él.



Capítulo 24



Kasem

Todavía estoy confuso, impactado y alucinado.

Sabía que liarte con una vidraz elevaba el placer hasta lo más alto y que algunos vampiros se volvían adictos a ello e incluso, aunque al principio no pensaran en casarse (me estremezco al pensar en esa palabra), acababan por hacerlo.

Pero ¿lo de la magia? ¿Lo de acabar siendo su jodido familiar? (Aunque yo también tenga acceso a su maná, así que es mutuo).

Me cago en todos los putos sarnosos del universo, ¿qué mierda ha pasado para que suceda algo tan inoportuno y aterrador?

Ella no comprende la gravedad de las cosas, eso está claro. No sabe que ahora no podremos estar separados ni por dos putos kilómetros sin correr hacia el otro. Ni que nuestras fuentes de maná se están fusionando como si fuéramos una sola alma. Ni que esto es más un puto matrimonio mágico que un mero vínculo.

—Por ahí no es.

Se gira para mirarme y cambia de dirección.

—Por ahí tampoco.

Está cabreada y dolida, se le nota. Y me jode que esté así, pero yo todavía tengo que procesar lo que ha ocurrido… y no sé cómo mierdas revertirlo.

Ni tampoco cómo decirle que, si no lo logro, no es que vaya a vivir unos mil años como suelen hacerlo las brujas, sino que será tan malditamente eterna como yo lo sea. Y no le va a gustar. Si ya cogió un disgusto con lo de que va a vivir más que su hermana…

—¿Vas a moverte o no?

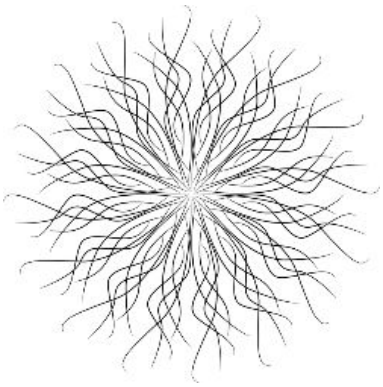
Su pregunta me hace darme cuenta de que me he detenido a musitar improperios en vadálico para mí mismo mientras pensaba en todo este embrollo.

Sacudo la cabeza y decido que por ahora es mejor centrarse en la misión.

Ya veré si logro encontrar alguna manera de revertir el proceso. O las palabras para explicarle a Noemí lo que ha pasado sin que se ponga a flipar con rayos y truenos.

Encontraré una solución.

Aunque tenga que acabar consultando a mi madre, pienso con una mueca de horror.



Capítulo 25



Noemí

Llevamos caminando un buen rato y, ahora que mis sentimientos heridos no me controlan y tras un tiempo de reflexión, me he calmado bastante (y además me he llenado la cabeza de preguntas racionales una vez estoy dándole vueltas al coco, como suele pasarme).

Lo que significa que, aunque sigo dolida con que Kasem no haya hecho nada romántico tras el sexo (como declararme su amor eterno), mi parte más racional entiende que lo de estar vinculados como familiares es algo que conmociona (especialmente para un vampiro al que no le van mucho las ataduras, y menos si son mágicas), y que tal vez he sido un poco dramática.

Al fin y al cabo, solo ha sido sexo. No uno de los momentos más maravillosos de mi vida (mentira).

—¿Alguna idea de cómo podemos romper el vínculo de familiares? —Radiante eriza las plumas, indignado y asustado—. No contigo, cariño —lo calmo—. Con el vampiro.

—¿Al pollo lo llamas «cariño» y a mí meramente «vampiro»? Qué ofensivo.

Le lanzo una mirada que deja claro que no estoy para bromas. Aunque tampoco es que él lo esté. Creo que el comentario le ha salido en automático.

Kasem suspira y se pasa una mano por el negro y despeinado pelo (*por mis manos*, me digo a mí misma, y mi cuerpo arde al recordar su cabeza entre mis piernas menos de un par de horas atrás).

—No —me responde con honestidad—. Este tipo de vínculos…

—¿Sí? —le animo a seguir cuando se detiene.

Él parece muy tenso, como si no quisiera decírmelo.

—¡Estáis casados! —exclama la voz de Segreilla con asombro.

Me giro hacia la recién aparecida bruja y me la quedo mirando sin entender nada… hasta que lo que ha dejado Kasem en el aire me hace clic junto a lo que ha dicho la bruja, se mezcla con las brutas maldiciones del vampiro y comprendo que Segreilla ha dado en el clavo.

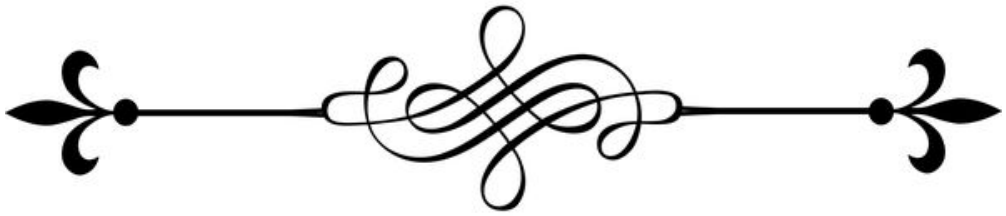
Que eso es lo que le molestaba tanto al vampiro.

Que estamos técnicamente casados… a nivel de magia, al menos.

—Joder —es mi elocuente respuesta antes de dejarme caer sentada sobre una roca cercana, conmocionada.



Capítulo 26



Kasem

Puta Segreilla.

Esperaba tener un poco más de tiempo antes de que el sulfuro se le pasase a Noemí y acabase deduciéndolo por sí misma con esa mente de listilla una vez estuviese en calma.

Pero ahora, por su cara, está claro que no voy a poder negarlo y salirme con la mía, ni tampoco manipular las cosas para que

parezca que es un mero efecto secundario entre dos brujos que tienen sexo y ya está.

Joder.

—Casados —repite Noemí en voz queda, procesando lo que acaba de oír.

—Felicidades, hermana…, supongo.

Segreilla me mira de reojo.

Está claro que no le caigo bien a pesar de que me he cargado a su madre, cosa que ella no pudo hacer.

Que le den.

Jodida bocazas.

—No me llames hermana —dice la boca de Noemí en plan automático.

Ella es como yo. Un pequeño círculo de personas cercanas es suficiente. El resto sobran.

—Disculpa. —Segreilla se aclara la garganta—. Tengo vuestro mapa.

Al fin una jodida buena noticia.

Le tiendo la mano y ella, con una mueca de resignación, me hace entrega de su valiosa creación.

—Ya estamos en paz, Sangriento.

Asiento.

—Ya te puedes largar, sí.

Ella suelta el aire con enfado, pero no dice lo que le pasa por la cabeza (probablemente que soy un puto maleducado), aunque me la sopla.

—Dame primero la tarjeta que os di, por favor.

Ah. La dichosa tarjetita que me permitiría localizarla allá donde estuviera. Esperaba que se hubiera olvidado, sin embargo, es una bruja astuta.

Me la saco de una runa y se la lanzo. Ella la coge al aire, se da media vuelta tras asentir como despedida y se marcha.

Me quedo a solas con Noemí, que está murmurando para sí misma, y con el bonito pollo de Yla.

Abro la boca, pero me lo pienso mejor y la cierro, centrándome en el preciado mapa que tengo al fin entre mis manos. Cuando lo abro, veo que Segreilla ha cumplido su parte. Todas las mujeres llamadas Arya (un nombre extranjero y poco común en este sitio) están localizadas en el mapa, y sus puntitos se mueven según ellas caminan de un lado a otro. Además, cada una de ellas lleva una etiqueta de la especie a la que pertenecen. Una puta maravilla.

Y solo hay ocho, lo que lo hace todavía más fácil.

Ah, el odio de Rundra por lo extranjero… Alabado sea. Me esperaba muchísimas más, pero este país jamás decepciona en cuanto a mierda prejuiciosa se refiere.

—¿Tachamos de la lista a la lamia?

Ella alza la cabeza y deja de murmurar para sí misma.

—¿Qué? Sí, claro que sí.

La miro y, tras deducir que su instinto no le falla, tacho a esa Arya de mi lista mental de potenciales Aryas.

La bruja la tacho ya, directamente. Su madre nos dejó claro que su hija menor no tenía poderes.

Nos quedan la mujer jabalí que hay a unos kilómetros de aquí, que obviamente elimino de la lista, una sarnosa, que también tacho,

y quedan cuatro Aryas humanas que sospecho que deben de ser nuestro objetivo.

—Muy bien —digo cerrando el mapa y guardándolo a buen recaudo tras haber memorizado la localización de todos los puntitos móviles—. Pues tenemos a cuatro candidatas humanas a las que visitar.

Noemí abre los ojos como platos y se lanza hacia mí, extendiendo la mano para exigir que le dé el mapa. Al fin ha salido de su conmoción.

—¿De verdad? —pregunta cuando lo saco y le explico cómo funciona—. ¿De verdad crees que mi hermana es una de ellas?

Le tiembla la voz al hablar.

Estoy tentado de abrazarla, de acariciarla, de besarla, pero me trago esa necesidad junto al resto de mis complicadas emociones.

—¿Tu poder de oráculo te dice algo sobre alguna de ellas? —Señalo a las Aryas humanas.

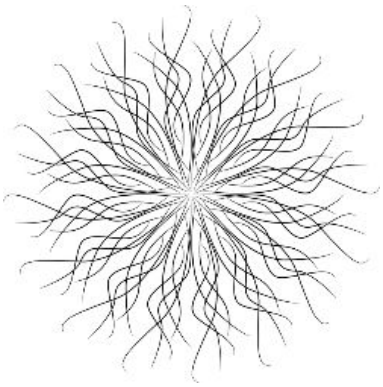
Ella se queda mirando a cada una de ellas con expresión concentrada durante un buen rato, no obstante al final niega con la cabeza, apesadumbrada.

—No veo nada. Como siempre. Todo está en negro para mí en lo que se refiere a mi hermana por mucho que me… por mucho que me esfuerce… yo…

Rompe a llorar. No sé si de alivio de tener al fin una dirección concreta en la que buscar o de miedo, o de ambas cosas.

Esta vez no me contengo a la hora de abrazarla.

Y no me arrepiento de ello.



Capítulo 27



Noemí

Cuando Arya y yo fuimos a nuestro primer y único hogar de acogida, a mi hermana se le ocurrió escalar el árbol más alto para ver si encontraba ardillas.

Yo miré arriba y lo único que vi fue una caída terrible y el sonido de huesos rotos, así que, cuando trató de trepar por las gruesas ramas, la agarré de una pierna y me negué a soltarla hasta que bajara, exigiéndole con tanta urgencia que lo hiciera de inmediato que ella, todavía muy pequeña y asustada por el reciente abandono de nuestra madre, se echó a llorar con fuerza al ver mi palidez.

Aquella fue la primera vez que tuve una visión de lo que iba a ocurrir si la dejaba trepar ese árbol. Pero ahora ya no puedo percibirla. No puedo ver qué es lo que le pasa o le va a pasar a mi hermana por mucho que lo intente.

Así que solo me queda confiar en ese mapa; poner toda mi esperanza en él, en esas cuatro Aryas humanas, y dejar de agobiarme por el hecho de no poder hacer uso de mis poderes de vidente cuando más los necesito.

Tengo a Kasem a mi lado. Estén donde estén, él las encontrará. Lo sé con certeza.

—¿Nos ponemos en marcha o prefieres descansar un poco? Ha sido un día muy… ajetreado —hace gala de un tacto impropio de él, pero está claro que se refiere a la sesión de sexo de antes— y la noche está a punto de caer.

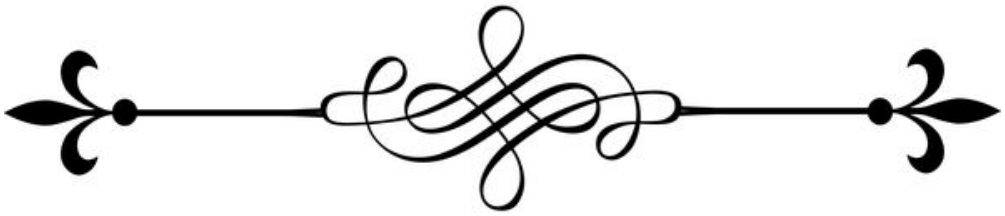
Niego con la cabeza.

—No voy a poder dormir —le informo—. Vamos a buscar a la primera Arya.

Necesito encontrarla cuanto antes.



Capítulo 28



Kasem

La primera no está muy lejos.

Hay un campamento de refugiados marcado en el mapa. Gente que ha huido de la guerra. Es muy probable que la Arya que buscamos esté entre ellos, si es que la guerra civil la empujó a huir con los demás de las montañas y pueblos circundantes al punto focal del conflicto.

Noemí está tan tensa que apenas habla durante los tres días que tardamos en atravesar el bosque hasta el campamento oculto de los refugiados.

Es una marabunta de tiendas de campaña improvisadas, carromatos y demás viviendas hechas con rapidez para ser cargadas sobre ruedas o a lomos de un animal en cuanto se acerquen las tropas.

De qué bando, dudo que a estas gentes les importe una mierda. Por lo que sé, ninguno de los dos se comporta lo que se dice humanitariamente con los civiles. Les da igual matar a quien sea y en la cantidad que sea para ganar territorio.

Y pensar que hay gente más cabrona que yo en el mundo…

—Hola —paro a la primera persona con la que nos cruzamos al introducirnos en el lugar tras haber burlado a su patético intento de guardia—, buscamos a Arya, ¿la conoces?

Debe de haber al menos mil personas en este sitio, hacinadas entre los altos árboles y esperando que nadie los encuentre y los obligue a alistarse o los mate por negarse. No va a ser tan fácil encontrarla como imaginaba.

El rundrense niega con la cabeza, asustado y enmudecido al verme.

—Deja que la próxima vez lo intente yo —me pide Noemí cuando el chico echa a correr sin dejar de mirar atrás, apestando a terror.

Sus instintos le estarán gritando que soy un depredador. Suele ocurrirme. Es un efecto sobre el que tengo poco control.

—Tampoco es que tú tengas una imagen muy delicada ahora mismo —refunfuño por lo bajo.

Con la tensión que hay en ella por todo lo sucedido, las chispas a veces saltan sobre su piel y vuelven a ocultarse a base de fuerza de voluntad, como si fueran delfines que nadan en sus venas.

—Soy más amigable que tú.

Me la quedo mirando con tanta duda que se ve forzada a añadir:

—Te recuerdo que yo fui profesora de universidad durante años y que tú *odias* socializar. Así que déjame lo de hablar con la gente a mí a partir de ahora, ¿vale?

Asiento.

Tiene un punto de razón. Y, además, me ahorra el tener que tolerar diálogos inanes que me impacientan.

Recorremos el campamento con calma. De vez en cuando Noemí se para a hablar con alguien que no parece enmudecido de terror por nuestra súbita presencia. Es todo sonrisas de falsa calma y rundrense con un fuerte pero lírico acento que parece encandilar a los locales, que pronto comienzan a hacerle señas.

Encontramos a la primera Arya media hora después de caminar por el lugar.

No es más que una anciana de noventa años, ciega y sorda, que está a las puertas de la muerte… y cuya barba es de lo más peculiar.

Una pizca de sangre enana, seguramente.

La mujer apenas puede hablar, y no porque no lo intente, sino porque le cuesta respirar.

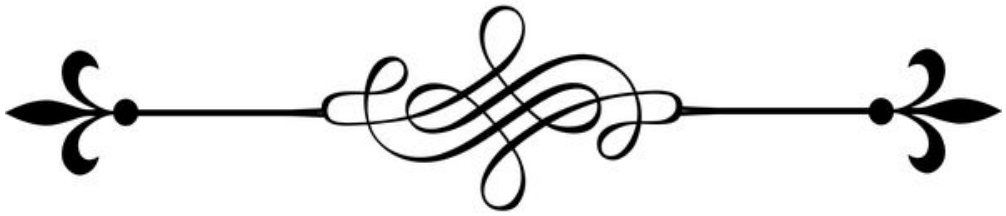
Noemí, para mi sorpresa, se sienta a su lado en un taburete que roba a los médicos de la enfermería improvisada y se queda con la mujer hasta que ella exhala su último aliento.

—No quería que muriera sola —me dice horas después, cuando dejamos el lugar, tras reaprovisionarnos intercambiando algunas prendas de ropa extra que llevo en mis tatuajes por comida, de camino a buscar a la segunda Arya.

Su capacidad de compasión estremece mi negro y putrefacto corazón una vez más.



Capítulo 29



Kasem

La segunda Arya es mucho más difícil de encontrar.

Pasamos semanas caminando entre escarpadas colinas montañosas y traicioneros bosques que cada vez se hacen más verdes. Por no hablar de las continuas lluvias y súbitas tormentas torrenciales que de vez en cuando nos obligan a parar y a buscar refugio en algún rincón del embarrado camino.

—¿No hay ninguna manera mágica de acelerar la ruta hasta ella? —me pregunta Noemí tras la tercera semana de viaje, harta y cansada.

Niego con la cabeza bajo la burbuja mágica que nos protege de la lluvia.

—No puedo teletransportarnos tan lejos. Y menos a un lugar en el que no he estado.

La bulliciosa ciudad portuaria de Gishtra es un lugar en que, hasta ahora, había tenido la bendición de no poner mis pies. No tiene muy buena reputación, que digamos. Casi como yo, pero peor. Lo que hace que no quiera que Noemí vaya hasta allí y que esté tentado de dejarla atrás en algún lugar seguro mientras busco a la segunda Arya por mi cuenta. Y, si no fuera porque sé que ella nunca me lo perdonaría (y porque me he vuelto un blandengue, al parecer), lo haría.

Llegamos a las puertas de la ciudad cuatro semanas después. Hasta Radiante está menos radiante que de costumbre. Sus plumas, normalmente brillantes y relucientes, parecen apagadas y agotadas.

—El alojamiento de buena calidad más próximo —le exijo saber a uno de los guardias de la puerta, un hombre cerdo con colmillos de jabalí que se pone nervioso al olerme de cerca—, ¿dónde está?

—En la… en la calle mayor, mi señor.

—Vamos —le digo a Noemí, aunque ella planta los pies en la tierra y me mira con cara agotada pero tozuda.

—¿No preguntamos por Arya?

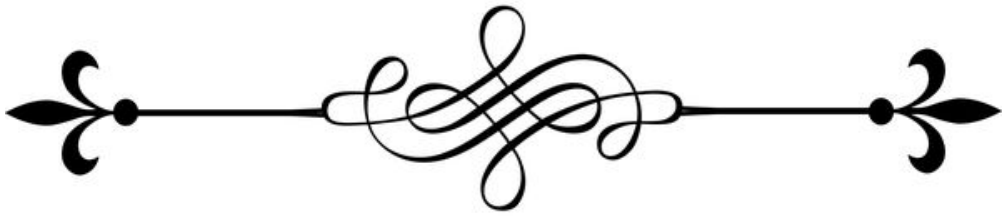
—Esto no es como el campamento de… —miro de reojo a los guardias, que están demasiado pendientes de nuestra conversación. No sé de qué ejército son y me importa una mierda, la verdad— nuestros amigos. Aquí hay censos.

—Ah.

Ella asiente con alivio y, arrastrando los pies, me sigue por la calle mayor de la ciudad, rumbo a nuestro nuevo alojamiento temporal.



Capítulo 30



Kasem

El hotelucho no es nada del otro mundo, pero servirá.

—Al menos tiene mejor pinta que la taberna —comenta Noemí a mis espaldas.

Abro la puerta para dejar pasar a la bruja con su familiar cuando una voz hace que se detengan en el acto y que Radiante se pose en una estatua cercana, indignado.

—¡Animales no!

Una mirada mía basta para acallar más protestas por parte del hombre que atiende el ajado mostrador de mármol.

—No es un animal, es mi familiar —replica Noemí con retintín.

—¡Oh! Mil perdones, mi señora. No había caído en que erais una bruja. Lo lamento tanto. Los familiares suelen ser menos… sólidos que el vuestro.

Ya. Es porque las brujas normalmente no son tan poderosas como Noemí. Lo fantasmales que sean los animales depende del poder al que estén ligados.

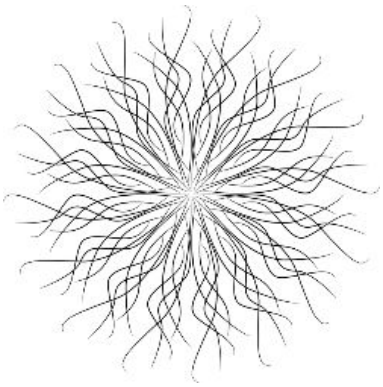
—Te perdono —replica mi listilla con cansancio—. Pero danos tu mejor habitación a cambio. Y que tenga bañera y agua caliente.

—Por supuesto —el hombre, un mestizo de humano y algo parecido a un lagarto, me mira de reojo—, ¿habitación compartida?

—Sí —contestamos ambos al mismo tiempo.

Cruzamos miradas brevemente, aunque no hablamos sobre ello.

Ni ahora ni cuando estamos solos (aparte de Radiante, claro) en la habitación del ático unos minutos después.



Capítulo 31



Noemí

El agua de la bañera tiene la temperatura perfecta, pero, aun así, no logro relajarme.

Han pasado demasiadas cosas.

El sexo con Kasem. Su posterior negativa a hablar de ello. Mi nuevo tatuaje en la pelvis, que me toco de manera distraída. El hecho de que, al parecer, estamos casados mágicamente. Y el mapa con las Aryas, una de las cuales debe de ser mi hermana.

Siento tantas cosas al mismo tiempo que es difícil comprenderme a mí misma.

Por un lado, estoy impaciente por encontrar a mi hermana y llevarla de vuelta a casa.

Por otro, me rompe el corazón el que todo se esté acabando. El que Kasem seguramente encuentre una solución a nuestro

vínculo, lo rompa y se largue para siempre una vez terminada su tarea de devolvernos a salvo a nuestro país.

Por último, estar tan cerca de mi hermana me hace recordar que no tenemos ningún lugar al que ir. Ni casa, ya que ella vivía conmigo, ni trabajo (al menos por mi parte) ni ingresos en mi cuenta (y la suya nunca ha sido muy fiable). No dejo de plantearme qué haremos al llegar de nuevo a nuestro país. ¿Dormir en los bancos hasta que logre hacerme con un empleo? ¿Suplicar a mi antiguo jefe que me deje volver? ¿Tratar de alquilar aunque sea la vivienda más chunga en el barrio más horrible, si es que podemos?

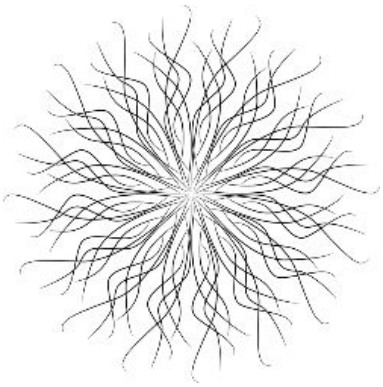
Las cosas van a estar complicadas de ahora en adelante.

Pero nos las apañaremos, me digo con firmeza. *Lo hicimos al salir del orfanato y lo haremos ahora.*

Claro está que, al salir del orfanato, habíamos tenido ayuda estatal económica durante tres años para poder alquilar un apartamento y becas para los estudios. Ahora eso ya no existe.

—Uf. ¡Ya basta! —me riño a mí misma, hundiéndome en el agua para tratar de acallar mis pensamientos.

Sin embargo, es una tarea imposible.



Capítulo 32



Noemí

—Vamos a lidiar con las cosas por partes. Yo… —le informo a Kasem al salir del baño, pero mis ojos se distraen al ver que está desnudo sobre la cama jugando a las cartas consigo mismo—. ¿Qué haces?

—Esperarte —dice como si fuera evidente.

—Esperarme…

Mis ojos lo recorren como si estuvieran hambrientos por su piel desnuda.

—Eso he dicho, sí. ¿Ahora también tienes problemas de oído?

—Que te jodan —sale de mi boca de manera automática—. ¿Por qué estás desnudo?

Él suspira como si yo fuera lo más denso del mundo.

—Porque te estaba esperando, evidentemente.

Abro la boca para decirle que no puedo creerme que él se crea que vamos a tener sexo, pero la cierro porque tampoco puedo creerme que yo crea que lo voy a poner en duda. O que no lo deseo.

Me quito el albornoz e ignoro su sonrisa de victoria. Soy yo la que gana, al fin y al cabo.

Arya estará bien. Y todo lo demás que me ronda por la cabeza puede esperar un poquito más a agobiarme de nuevo cuando haya acabado de tenerlo entre mis piernas.



Capítulo 33

Kasem

La lujuria emana de ella con tanta fuerza como la duda.

Lo esperaba. Desde que conseguimos el mapa, no ha dejado de pensar en su hermana. Y con lo del «matrimonio» entre nuestras magias, las cosas entre nosotros se han liado bastante (como si ya de por sí no fueran lo suficientemente difíciles).

Esperaba que me preguntara algo como «¿y qué pasa con lo del vínculo que apareció por el sexo?» y ya tenía mi respuesta

preparada: «no va a empeorar solo por un par de revolcones». Más o menos. Estaba trabajando en ella e intentando añadirle un poco de tacto para que no se cabreara conmigo o pensara que la uso como zorra en la que mojar mi polla, la verdad.

Extrañamente, ella no hace preguntas. Solo deja caer el dichoso albornoz al suelo y camina hasta mí en cueros, subiéndose a la cama y luego sobre mí a horcajadas.

—Esta vez quiero montarte —me informa mientras toca de manera inexperta mi polla, que ya está medio erguida por la visión que supone Noemí en esta postura.

Abro la boca para decir que no tengo queja alguna, pero ella desliza su cuerpo hacia abajo, se sienta sobre mis piernas y trata de hacerme una felación. Cosa que no se le da muy bien, tampoco, aunque no voy a ser yo el que joda el entusiasmo de ambos: mi polla y mi listilla.

—Mete la punta en tu boca y chupa suavemente —le indico cuando llega a un punto en el que no deja de mirar mi pene como si estuviera fascinada por él durante un buen rato, pero no hace nada más. Me aclaro la garganta cuando su vista se fija en mí—. Cuidado con los dientes y la brusquedad. Es una zona sensible.

Eso la hace sonreír.

¡Al fin! Es la primera sonrisa que le veo esbozar en semanas. Y, lo admito, en parte con mi chulería de esperarla desnudo mientras se bañaba y mi decisión de dejar que ella tome las riendas, tenía la esperanza de relajarla lo suficiente como para que ese puto milagro sucediera: que dejara de pensar en Arya durante un rato y volviera a sonreír de nuevo. A bromear de nuevo. A mandarme a la mierda de nuevo.

Mi Noemí normal. La echaba de menos.

Ella hace lo que le he pedido, torpe pero deliciosamente apasionada, hasta que mi polla está totalmente erguida de manera

orgullosa y se curva hacia mi vientre, goteante.

—Y ahora… ahora voy a montarte —vuelve a informarme, nerviosa aunque decidida—. Pon las manos en el cabecero y no me toques hasta que no te lo pida.

—Pero… —protesto.

Ella me interrumpe.

—No, no puedes jugar con mis tetas hasta que yo no lo diga.

Hago uno de mis mejores pucheros lastimeros y, por desgracia mi listilla no se deja inmutar por mi cara de pena. Así que elevo las manos y me aferro al cabecero de hierro, falsamente obediente…, hasta que no pueda aguantarlo más. Ver sus tetas rebotando mientras me cabalga y no poder tocar va a ser un infierno.

Y así es.

Noemí se coloca con cuidado sobre mi polla y desciende lentamente hasta que estoy totalmente dentro. Ambos gemimos. Yo por las ganas que le tenía y ella por el placer. Cuando comienza a cabalgarme, le cuesta un poco encontrar un ritmo que haga que ambos gocemos del acto, pero lo logra.

—¿Puedo tocarte ya? —pregunto solo por cortesía mientras ambos jadeamos y ella suda, haciendo fuerza con los muslos y los brazos que tiene apoyados sobre mis pectorales para subir y bajar cada vez más rápidamente.

Se acerca su orgasmo. Puedo sentirlo en las contracciones de su coño. En la expresión de su rostro. En el roce de sus pezones, cada vez más pesado mientras se va dejando caer cuando sus músculos comienzan a temblar por el esfuerzo y el placer, sobre mis abdominales.

—Sí —jadea.

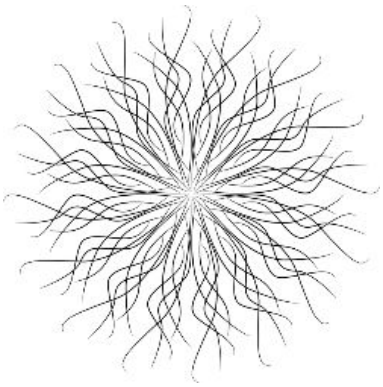
Al fin.

Mis manos se dirigen rápidamente hacia esas dos magníficas monturas, acariciando y pellizcando suavamente sus pezones por haber sido tan mala y ayudándola a llegar hasta el orgasmo con mi toque.

Le sonrío ampliamente, con los colmillos a la vista, mientras ella grita y se corre y los espasmos de su coño hacen que yo llegue a la cima.

Otro recuerdo más que se quedará conmigo para siempre en mi memoria perfecta.

Y, joder, ya podrían ser todos como este.



Capítulo 34



Noemí

Cuando despierto, Kasem está todavía a mi lado, acariciándome el cabello con ternura.

Alzo la mirada tras ahogar un bostezo y veo que tiene la mirada lejana y pensativa.

—Buenos días.

—Buenas noches, más bien —replica, centrando su atención en mí y saliendo de su trance meditabundo.

—¿En qué pensabas?

—En ti —contesta con honestidad—. Y en nuestro nuevo vínculo. Sabes que Segreilla tiene razón y que no soy tu familiar, ¿no? Nuestros pozos de maná están casi unidos. Eso, entre las criaturas como yo, es considerado mucho más que un matrimonio. Un vínculo que no se debe quebrar.

Su honestidad me ha robado el aliento y tardo un momento en responder.

—Entonces, ¿qué vamos… qué vas —me corrijo, porque yo no tengo ni idea de qué hacer— a hacer al respecto?

Su media sonrisa me pilla tan desprevenida como su explicación, clara y directa al grano.

—Mil doscientos treinta y siete.

—¿Qué?

Me quedo patidifusa.

—Mi edad —me dice—. Mil doscientos treinta y siete.

El aliento me tiembla en los pulmones y los ojos se me humedecen, porque he entendido a qué viene esa respuesta de repente.

—Oh, Kasem —jadeo de emoción—. ¿Estás seguro? —pregunto porque, si no, no sería propio de mí.

Él se inclina para besarme.

—He pasado mil doscientos treinta y siete años solo, disfrutando de mi soltería —bromea—. Supongo que ya era hora de que probara los grilletes de eso a lo que llaman «para siempre».

—Serás bobo —resoplo de risa y se me escapan un par de lágrimas.

Jamás, en toda mi vida, pensé que me alegraría de estar casada.

No, me corrijo mentalmente. *Jamás pensé que amaría a alguien lo suficiente como para no querer separarme jamás de esa persona, aparte de Arya. Nunca creí que pudiese aceptar a nadie más en mi pequeño mundo. Y me equivocaba.*

—Así que —se estira cuan largo es sobre la cama y me pasa una mano por la cintura para que me pegue más a él— ahora puedo llamarte mujer cuando me dé la gana.

—Solo si yo puedo llamarte maridito… O tal vez mi dulce bollito o algo parecido.

Su mueca de horror me hace soltar un resoplido de risa.

—Eres muy injusta.

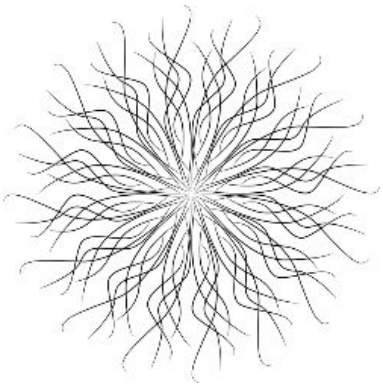
Me río todavía más.

—Pues acabas de decir que te has casado conmigo para siempre, así que…

Las palabras «para siempre» me golpean con fuerza cuando recuerdo a Arya y lo mortal que es mi hermana.

Me aferro a Kasem con más fuerza sin darme cuenta.

—Shhh. Tranquila. Encontraremos una solución a eso —me promete—. Y, si no, siempre puedo transformarla. De algo debe de servirme ser un puto purasangre por una vez en la vida.



Capítulo 35



Noemí

—¡No vas a convertir a mi hermana en una vampiresa! Ella siempre ha estado orgullosa de ser humana.

—¿Qué hay de orgulloso en ello?

—¿Qué hay de orgulloso en ser un Brujo de sangre?

—Todo.

Se señala a sí mismo con la barbilla con satisfacción.

Ala. La paz se acabó.

—Que no vas a convertir sin más a mi hermana y punto. Arya tiene derecho a decidir lo que quiere ser.

—¿Ni siquiera si la convenzo para ello?

Entrecierro los ojos al mirarle.

—Define convencer.

No me fío nada de esa palabra cuando sale de sus labios. Preciosos, pero pícaros como ninguno.

Él, a falta de poder alzar las manos porque las tiene enredadas en mi cuerpo, eleva las cejas.

—Solo hablar —promete—. Una charla entre dos adultos.

—¿Y si dice que no?

No era mi intención que la pregunta sonara de manera angustiada.

—La intentaré convencer un rato más. Total, una vez la llevemos a casa, tenemos toda su vida entera para hacerla entrar en razón de que ser inmortal no está tan mal.

—Pero, espera —frunzo el ceño—, pensaba que los vampiros solo bebían sangre. Que no convertían a nadie. Aunque has mencionado lo de ser purasangre…

—Exacto.

—¿No eres el hijo de una bruja? ¿No te convierte eso en mestizo?

Él se encoge de hombros.

—Se me considera purasangre con todas las de la ley. A los altivus, al ser los únicos brujos que existen en el mundo, se nos da ese privilegio… después de que mis antepasados dejaran claro lo que ocurriría con las cabezas de los demás puros si les negaban ese estatus, claro está —me explica—. Además, nacemos con el don de convertir a otros, como los purasangre normalillos, así que eso facilitó las cosas.

—¿A la hora de ganar políticamente porque eso os hacía iguales? —inquiero con hambrienta curiosidad.

—No —niega él—. A la hora de patearles el culo cuando se negaron inicialmente porque nosotros convertimos a más humanos en soldados kamikazes que ellos.

Hago una mueca de horror.

—¿Significa eso que mi hermana estaría atada a tu voluntad?

—Ay, qué lista eres. Nunca dejo de sorprenderme de tu capacidad de deducción.

—Kasem —siseo—, respóndeme.

—Un poco sí —admite.

—¿Cuánto es un poco?

—Se sentiría como si fuéramos familia. Al fin y al cabo, yo sería su progenitor. Su creador, por así decirlo. Pero solo los primeros siglos. Luego hay más independencia.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque mi hermano es un convertido —admite a regañadientes. Le sigue costando dar información sobre su familia—. Y hace dos años mandó a la mierda a mi padre y se fue a viajar por el mundo. Es decir, a follar y drogarse por ahí. A saber lo que estará haciendo, ese capullo. A veces me preocupa. Si no supiera que si lo mataran yo lo sentiría en mis venas, lo llevaría de vuelta a casa a rastras de la oreja yo mismo. Aunque el chico tiene que tener su revolución adolescente. O eso dice madre.

—¿Cuántos años tiene? Quiero decir, ¿a qué edad fue convertido? ¿Es de verdad un adolescente?

—¿A los treinta y algo? Y yo qué sé. Se estaba muriendo por la peste hace unos siglos y fue amable con mi madre en una época en la que nadie era amable con las brujas, así que ella decidió adoptarlo y convencer a papá de que lo convirtiera. Ya está, ahí lo tienes. Conoces toda la historia de mi complicada familia, ¿contenta?

Le sonrío más ampliamente que nunca.

—La verdad es que sí —le confieso—. Adoro cuando me cuentas cosas de tu vida privada.

—Eres la única persona, aparte de la jefa de la Orden, que sabe algo sobre mi vida privada y que no es de mi familia.

—Eso es genial. —Me apoyo mejor sobre su pecho—. Tú ya lo sabías todo de mí.

—Sip.

—Y ahora, técnicamente, estamos casados.

—… Sí —suspira él.

—Así que es normal que sepa cosas sobre tu familia —declaro antes de añadir con una sonrisilla—: Claro está, que en el grimorio de tu abuela hay anotaciones muy interesantes sobre tus andanzas como preadolescente de las que me encantaría hablar.

Kasem gime como un hombre que se había temido esta misma situación y que sabe que no puede escapar de ella porque él mismo se ha puesto la soga al cuello.

—Por favor, no más. Ya he hablado demasiado. Siento que la piel me pica.

—¿Te pica?

—¡De que sepas tanto, mujer!

—¡Pues ya era hora, hombre! Llevo meses esperando saber algo de ti y obteniendo solo migajas, y de repente nos casamos por error…

—Nuestras magias se vinculan —me corrige.

—Da igual. Nos casamos y vas y me cuentas todo esto, además de confesarme tu edad y que me quieres y demás cosas.

—Espera un segundo —se alarma el vampiro—. ¿Cuándo te he dicho yo que te quiero?

—Cuando me dijiste que estaba clavada como una espina bajo tu piel. Cuando me confesaste que sentías algo más que mera atracción por mí. Cuando me diste el hechizo de sumisión —él gime, recordando eso con vergüenza, aunque no deba—. Cada vez que me consuelas porque pienso en que Arya está sola en un país en el que los monstruos de todo tipo y apariencia abundan. Cada vez que me dices que todo saldrá bien. O que soy tu listilla. O que…

—Vale, ¡vale! Ya te he entendido. ¿Callarás de una vez, mujer?

—Nunca. Ya lo sabes —me río—. Y menos ahora que te conozco bien.

—Todavía hay facetas de mí que desconoces —trata de usar un tono sombrío, pero no le funciona muy bien porque mi mano se ha deslizado hacia su polla y está acariciándola con suavidad.

—Pues ya las descubriré con los años. Tenemos todo el tiempo del mundo para ello, ¿no? Porque, una vez se acabe esta misión, seamos sinceros, no te vas a alejar de mí.

Lo miro a los ojos a la espera de una confirmación y, cuando cierra los párpados con expresión de resignación sufrida, sé que tengo razón.

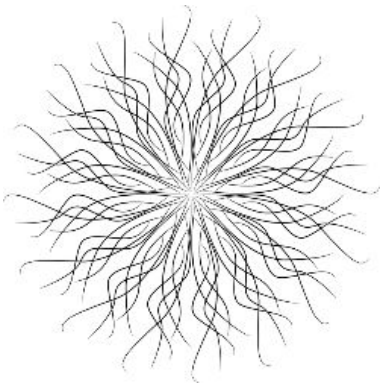
Kasem Katari es mío.

Quizá estaba destinado a la posibilidad de ser mío por ser yo su vidraz, pero existen muchas vidraz en el mundo que podrían haberlo seducido y ni una sola de ellas lo ha hecho en más de mil años.

Él me ha elegido.

Y yo lo he elegido a él.

Y eso es lo importante.



Capítulo 36



Noemí

La Arya a la que tenemos que encontrar vive en los barrios ricos de la ciudad, vallados y asegurados por una guardia uniformada que separa a los acaudalados de aquellos que les sirven la comida, aunque apenas tienen para comer ellos mismos.

Sería difícil entrar, si no fuera porque Kasem se dedica a embrujar a todo aquel que intenta detenernos hasta que los pobres idiotas están con la mirada perdida en el horizonte observando musarañas invisibles.

—A ese le sangra la nariz.

Señalo cuando pasamos al lado del último guardia que ha tratado de detener nuestro paso hacia el otro lado de la ciudad.

—Quizá me he pasado un poco.

—¿Ha tenido algo que ver el que se haya quedado mirando mi escote?

—Quizá sí. Quizá no. Me gustan los misterios. Y mis motivaciones para lanzar conjuros con mayor o menor fuerza siempre son misteriosas.

Resoplo con fuerza.

—Menuda idiotez.

—Los ignorantes no comprenden… ¡Au!

Le he dado una patada en la espinilla. Me mira con tanta indignación que me entran unas ganas enormes de reírme. No está acostumbrado a que lo pillen por sorpresa.

Pobre Kasem, asesino a sueldo y mercenario más temido del mundo, que sufre porque una mujer que acaba de aprender a dominar sus poderes de bruja gracias al grimorio que él le dio le ha dado una patadita de nada.

—Radiante, ¿ves algo?

El pájaro niega con un chillido y continúa sobrevolando nuestras cabezas. El pobrecito ha pasado la noche en el establo porque Kasem lo mandó allí para poder seducirme en paz.

Qué paciencia tiene mi familiar.

Debería darle alguna clase de premio por aguantar tanto.

—Aquí es. —Kasem señala hacia una de las mansiones que adornan una amplia calle ajardinada—. Su punto se mueve en el segundo piso.

Ambos miramos hacia las ventanas del segundo piso.

—¿Llamamos a la puerta? —pregunto con duda, sabiendo que Kasem va a tener que hechizar a otro idiota para que nos deje pasar.

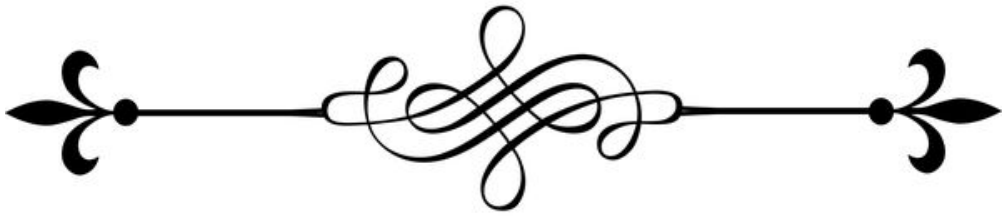
Con nuestras pintas de Indiana Jones (o, en el caso de Kasem, de Grimm Reaper) es difícil que esta gente, con sus ridículos trajes y vestidos, deje de juzgar a simple vista y empiece a hacerlo por el aura de poder que nos rodea.

Nos miramos entre nosotros y echamos a correr hacia las enredaderas que cubren la fachada de la casa entre risas con Radiante volando tras nosotros.

Entrar por el balcón del primer piso parece mucho más divertido. Y dramático. Y tal vez, solo tal vez, la pasión por lo dramático de mi nuevo maridín se me haya pegado un poco estos últimos meses que hemos pasado juntos.



Capítulo 37



Kasem

Una vez los gritos, alaridos aterrados y demás pasan de largo y logramos acorralar a todas las potenciales Aryas en una habitación (perseguirlas por toda la casa resulta ser una jodienda), Noemí, con cara de decepción, confirma que la que se hace llamar Arya de entre todas ellas, que no tendrá más de unos once o doce años y no deja de temblar de pavor, no es su Arya.

—Entonces solo nos quedan dos —la animo.

Ella asiente, pero no se la ve muy contenta. Algo le pasa, además de la decepción de no encontrar a su hermana.

Así que le pregunto, a mi manera, qué cojones pasa por su inteligente cabecita para ponerla de morros.

—He tenido un sueño —me cuenta mientras dejamos a la asustada familia atrás y bajamos por la fachada, huyendo de la guardia armada de la ciudad, que ha sido alertada por los gritos (y supongo que también por el rastro de idiotizados que he dejado a mi paso).

Suena tan críptica como yo lo soy a veces a propósito para picarla.

—¿Una visión?

Ella duda.

—No lo sé.

—¿Qué has visto?

Ella se encoge de hombros y yo empiezo a comprender por qué siempre está tan frustrada conmigo cuando no le doy respuestas claras.

—Tengo que pensar en ello —me dice mientras corremos—. Eso es todo.

Radiante nos avisa de que los guardias se han dividido en dos y de que están tratando de acorralarnos (algo muy estúpido por su parte), así que cojo a Noemí del brazo y nos detengo a ambos en mitad de la calle en la que estamos.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta ella cuando ve a los soldados rodearnos desde ambos lados de la calle mientras la gente corre a esconderse.

—Hablar no, eso seguro —bufo, preparando un conjuro idiotizador en masa.

Ella me coge del antebrazo para detenerme antes de que lo lance.

—Déjame intentar hablar con ellos. Tu método de antes los ha cabreado, como es normal.

—No íbamos a ir dando explicaciones a todo el mundo.

—Podríamos haberlo intentado.

Me la quedo mirando.

—¿De verdad? —pregunto con sarcasmo—. ¿Qué esperabas? ¿Qué les preguntara por el clima y luego les pidiera que nos dejaran pasar?

Ella, para mi asombro y mi deleite, se echa a reír.

—No. Tú nunca harías algo así. Es demasiado sociable para ti.

—Exacto —confirmo, y vuelvo a preparar el conjuro idiotizador, haciendo caso omiso a las amenazas de los guardias y a su intento de decirnos que estamos detenidos y que blablablá, no sé qué más porque no los escucho.

—¡Si nos abrís paso, nos iremos en paz sin hacerle daño a nadie! —grita Noemí, cabezota como es.

Con lo fácil que sería dejarlos a todos mirando las musarañas y caminando como zombis dando tumbos durante unas horas mientras salimos tranquilamente de la ciudad.

—¡En nombre del lord de la ciudad, estáis detenidos por extorsión, invasión y ataque a mano armada! —anuncia el que parece el capitán.

—Qué chorrada. Yo no he extorsionado a nadie. Y no tenía las manos armadas cuando les he lanzado el conjuro.

—Calla —me chista—. ¡No queremos causar problemas! —Se hace una pausa cargada de significado por ambas partes y ella se aclara la garganta—. Más problemas, quiero decir. Si nos abrís paso, prometo que no le haremos daño a nadie más.

—¡Habéis convertido a mis hombres en zombis!

—Qué va —bufo con desdén—. No van a empezar a comer cerebros ni a contagiar a nadie, solo están atontados. Eso es todo. Además, ni que fuera para siempre. Solo dura unas horas. Aunque podría empeorarlo, muevo los dedos y hago que las sombras se muevan como hilos entre ellos, haciendo alarde de mi magia oscura.

Noemí gime y pone los ojos en blanco, exasperada conmigo.

Los guardias cuchichean entre ellos y el capitán los hace callar. Está claro que muchos nos tienen miedo.

—De verdad que solo queremos irnos, ya os lo he dicho. El conjuro de Ka… de Sangriento —recuerda de repente que es el nombre que uso en público— se revertirá en un rato. A vuestros hombres no les habrá pasado nada…, ¿verdad?

Él se encoge de hombros.

—No voy a repetirme. Ya he dicho lo que tenía que decir, y tú también. Tienen cinco segundos para decidir.

Acumulo magia en mis manos de manera visible y la mayoría de los guardias, espantados, echan a correr.

Me río con ganas por la cara, pálida y aterrada pero furibunda y valiente, de su capitán.

A ese no lo idiotizaré. Admiro sus cojones. Mejor lo dejo inconsciente sin más de un buen golpe. Los que quedan se merecen ese honor.

—Última oportunidad —les ofrezco, sintiéndome cortés—. Haced caso a mi listilla y largaos, o enfrentaos a mi fastidio.

Iba a decir cabreo. Pero es que no estoy cabreado. Estoy irritado.

No es que los guardias supongan una amenaza, realmente. Aunque la carrera ha sido divertida, me aburren más que otra cosa. Quizá lo que necesito es una buena pelea con alguien digno. Otro de esos hombres lobo antiguos y salvajes (aunque sin conjuros de oscuridad total de por medio esta vez. Ya tuvimos suficiente con una montaña condenada de por vida).

—Mira lo que has hecho.

La voz acusatoria y resignada de Noemí me saca de mis pensamientos. Varios de los guardias se han unido a los cobardes (o sensatos, depende de cómo uno lo mire) y se han largado, pero los pocos que quedan han sacado sus armas (desde pistolas hasta espadas, muy variado el popurrí) y se han congregado tras su capitán para darle apoyo a pesar de que algunos de ellos están temblando de la cabeza a los pies tras haber oído mi nombre.

Sangriento es un sobrenombre que se conoce bien en un país como este. Los rumores se han ido acumulando durante siglos, a cada cual más tenebroso y cruento que el anterior.

—¿De… de verdad eres Sangriento? —pregunta uno de los soldados, pálido como la nieve aunque sosteniendo su pistola con mano firme.

—Ajá.

—¿*Ese* Sangriento? —inquiere otro.

—¿Es que hay otro que se hace llamar así por ahí? —Ya me pasó una vez y fue irritante. Tuve que dejarle claro que nadie me robaba el nombre ni la reputación para aprovecharse de ello.

Supongo que su cabeza seguirá colgada en la posada en la que lo encontré. Exactamente donde la puse como advertencia para los demás plagiadores.

—No… No. —Niega uno velozmente con la cabeza, seguramente habiendo oído el rumor de lo que le pasó al tipo ese—. Nadie se atrevería.

Si es que se me da de lujo hacer mi puto trabajo. Soy un *crack* causando terror durante generaciones.

—Bien —asiento con satisfacción—. ¿Vais a atacar o no? Los cinco segundos ya han pasado hace rato. No digáis que no he sido amable.

—Ka… Sangriento… —suspira Noemí.

Me encojo de hombros.

Incluso estoy siendo sociable y hablando con ellos. ¿Qué más quiere?

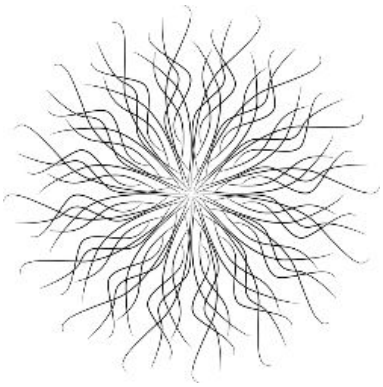
Los soldados miran al capitán. El capitán me mira a mí. Yo lo miro a él. Él se mea encima. Y supongo que eso concluye la posible pelea (de manera bastante anticlimática), porque la mayoría de los que quedan bajan las armas como si fueran ellos mismos a seguir a su capitán hasta en lo del meado.

—En fin —le digo a Noemí, echando a andar—. ¿Nos vamos?

Los pasamos de largo sin más y salimos de la ciudad con tranquilidad.

Todavía queda gente lista y sensata en el mundo. No me lo esperaba.

Impresionante.



Capítulo 38



Noemí

La tercera Arya está a unos días de la ciudad, en un pueblecito perdido entre, cómo no, montañas que ya están empezando a cubrirse de nieve porque aquí el clima está tan majara como un leprechaun borracho.

Cuanto más avanzamos, más frío hace, hasta que Kasem modifica el conjuro que puso sobre mí para regular mi temperatura corporal y lo hace un poco más intenso, paso bastante incomodidad porque la ropa que llevo es para atravesar montañas desérticas o bosques, no montones de nieve cada vez más profundos.

El vampiro encanta nuestras botas para que podamos caminar sobre la nieve sin hundirnos, y eso me hace quererle un poquito más porque me siento tan ligera como Legolas en *El señor de los anillos*, cosa que mola mucho.

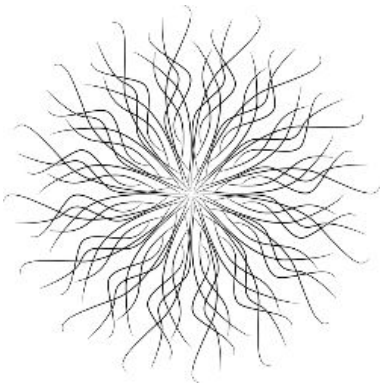
Sentir la magia de Kasem emanando de mí, además, de nuestra fuente de maná compartida, es una experiencia increíble. Antes la sentía como algo extraño y externo, pero ahora es como si proviniese de mis propias venas, aunque no de mi voluntad (con la que podría combatir su uso de nuestro maná si quisiera).

Es una sensación tan increíblemente íntima que no tengo palabras para describirla. Es más íntima que el sexo, incluso, y eso que parecemos dos adolescentes que no pueden dejar de tocarse porque, cada vez que acampamos para pasar la noche, acabamos liándonos bajo las estrellas de Rundra como dos gatos en celo desesperados por follar.

Encontramos a la tercera Arya la mañana del quinto día de viaje por la nieve, una vez la ciudad marítima queda atrás, al igual que todo lo sucedido en ella.

Y, una vez más, la decepción de ver que no se trata de mi hermana me descompone el cuerpo y me hace pensar en el sueño que tuve.

Esta vez, hundo la cara entre las manos cuando miro a la mujer de mediana edad que oculta tres retoños tras sus amplias faldas cuando nos abre la puerta y lloro.



Capítulo 39



Noemí

El sueño se repite esa noche cuando acampamos, tras la acostumbrada sesión de sexo desesperado.

Estoy de pie sobre el centro de una losa de piedra redonda y enorme, iluminada por el cielo nocturno.

Arya también está aquí, solo que me da la espalda y, cada vez que la llamo, se gira a mirarme, me sonríe con tristeza y vuelve a girar de nuevo, desviando su atención hacia lo que quiera que haya en frente suyo.

Y luego las sombras nos cubren a ambas y, cuando el eclipse desaparece, Arya lo hace con él.

No sé qué significa. Pero se repite en un bucle que no para hasta que despierto. Una y otra vez. El círculo de piedra. Arya, dándome la espalda. Las sombras que se la tragan. Y la ausencia de

mi hermana y la sensación de extraña calma que me sobreviene cuando ella ya no está. Como si me hubiera despedido en paz.

Me aterra.

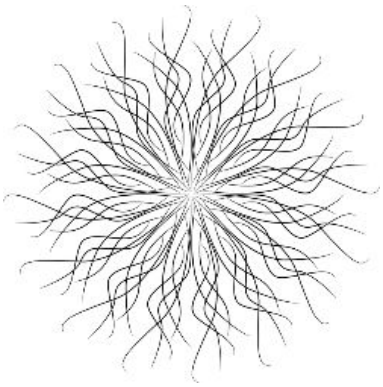
Me pone todo el vello de punta cada vez que abro los ojos y pienso en ello.

En que puede tener muchos significados, pero uno de ellos, el que más llama a mi corazón, es que mi hermana morirá y yo me despediré de ella justo antes de que se marche al otro lado para siempre.

Me angustia tanto que despierto llorando y Kasem se pasa un buen rato consolándome hasta que me calmo; susurrándome palabras de ánimo y hablándome con ternura hasta que el llanto cesa y los hipidos que parecen querer ahogarme se apagan.

Cada vez sueño con ello más a menudo.

Y cada vez que ello ocurre, Kasem está ahí, listo para sostenerme entre sus brazos sin una sola protesta o pregunta. Ofreciéndome su apoyo de manera incondicional.



Capítulo 40



Noemí

Avanzamos por la nieve hacia la cuarta y última Arya humana a paso más lento del que nos gustaría y teniendo que resguardarnos de la habitual tormenta que Rundra suelta sobre las cabezas de sus habitantes sin previo aviso, y ahora sobre las nuestras.

—No entiendo cómo alguien querría vivir en este país —bufo mientras Kasem enciende un fuego en la cueva que hemos encontrado gracias a mis instintos—. Especialmente en esta zona.

—Aquí siempre hay nieve. Es por los Picos de las Arpías —me explica el vampiro—. Ellas prefieren el invierno, así que decidieron convertir este pedazo de tierra que rodea sus montañas en un invierno eterno.

—Pues menuda mierda para sus habitantes.

—No creo que les importe, dado que además dichos habitantes suelen ser su almuerzo —bromea Kasem.

Pasamos horas en esa cueva. Atrapados hasta que la tormenta de nieve se detenga de una maldita vez y dejen de caer pedazos de hielo como puños que podrían partirnos la cabeza fácilmente.

Así que aprovechamos el tiempo.

No hace falta intercambiar palabras, basta con que Kasem termine de hacer la fogata y yo de abrir y extender mi saco de dormir.

Nos quitamos la ropa el uno al otro con la desesperación de siempre, como si sintiéramos el tic tac del reloj del final de la misión sobre nuestras cabezas, a pesar de que estoy convencida de que realmente se quedará conmigo como prometió y no desaparecerá tras Rundra.

De que no me dejará abandonada, tan solo con su recuerdo el resto de mis días.

Mis manos acarician sus abdominales, sus caderas, sus bíceps, su cuello… y entonces me detengo y lo beso y lo atraigo hacia mí y le suplico:

—Muérdeme.

—…

Su silencio es pesado y tenso.

—Solo un poco. No demasiado —le suplico—. Quiero saber qué se siente cuando mezclas ambos tipos de éxtasis en tu cuerpo: el sexo y tu mordida.

—Joder, Noemí.

Él tiembla de los pies a la cabeza.

Lo desea. Claro que lo desea. Siempre desea morderme, pero nunca lo hace. Por mi bien.

Sin embargo, yo quiero acabar tan ida hoy que a mi mente le resulte imposible soñar. Quiero sentir sus colmillos hundiéndose en mi piel y mi sangre cantando en el interior de su cuerpo como ahora lo hacen nuestras magias al conjunto.

Kasem suelta el aire de sus pulmones con lentitud.

—Una vez —cede, y sé que he ganado y que no será solo una —. Un poco y nada más.

Traga saliva de manera audible y sus ojos se quedan fijos en mis pechos, que sus manos ya han desnudado con frenesí, como siempre hace.

Nunca se olvida de adorar el resto de mi cuerpo, pero tiene tanta obsesión con mis tetas como yo la tengo con sus marcados abdominales.

Cuando se inclina y clava sus colmillos en mi cuello sin previo aviso, gimo de deleite y de placer.

Desgraciadamente, acaba demasiado rápido, separándose de mí cuando estaba empezando a disfrutar de la sensación.

—Eso es demasiado poco —protesto—. Además, quiero que me muerdas mientras me penetras. No es justo que lo hayas hecho así, sin preguntarme.

Él me mira como si no supiera si echarse a reír o refunfuñar.

—Muy bien. Una vez más. Solo una —insiste cuando ve mi sonrisa de victoria.

Me aferro a él y sus manos me cogen del culo y elevan mi cuerpo para que pueda penetrarme estando de pie. Estoy más que preparada para él. Tan mojada que mis muslos están pegajosos, especialmente tras sentir sus colmillos hundiéndose en mí.

Su polla hace lo mismo, entrando hasta el fondo. Kasem me balancea con fuerza y firmeza, adoptando un ritmo brutal que

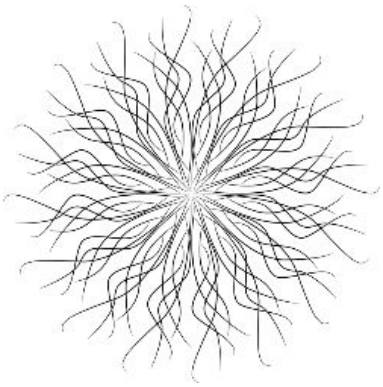
pronto nos tiene a ambos gimiendo y jadeando. No voy a tardar en llegar al orgasmo y lo sabe. En esta posición, me penetra mucho más profundamente incluso que aquella vez que me tomó por detrás contra un árbol del bosque invernal.

Justo cuando estoy al borde del éxtasis más absoluto, el vampiro me muerde con fuerza en la parte superior del pecho, bebiendo de mí como si no hubiera un mañana.

Me corro como no me había corrido nunca y, cuando recobro los sentidos y le veo erguir la cabeza y rugir con los labios y los colmillos manchados de rojo mientras me llena de él en oleadas, decido que a partir de ahora no pienso negarme a mí misma el placer que supone esto para ambos.

Al fin y al cabo, ya no importa si soy una *groupie* de sangre.

No si es con Kasem.



Capítulo 41



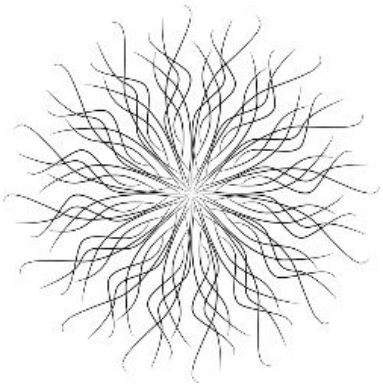
Noemí

La cuarta Arya tampoco es mi Arya, pero algo dentro de mí ya me lo decía antes de conocer a la chiquilla de apenas cinco años de edad, que me mira como si fuera una extraña princesa guerrera de cuento de hadas y me pide que encante su muñeca para que hable con ella.

—No puedo hacer eso, pequeña —le explico en rundrense—. Lo siento.

Esta vez no lloro cuando nos vamos (tras darle un pequeño abrazo a la devastada pequeñaja), pero el nudo de ansiedad de mi pecho amenaza con ahogarme si no lo controlo a tiempo.

Y los rayos y truenos que surgen de repente en el cielo devoran la nieve que trata de caer sin éxito con su calor abrasador y la negrura de las nubes que traen consigo.



Capítulo 42



Noemí

—Vas a hacer que las arpías bajen en manada a por nosotros. No es que me importe —comenta Kasem—. Una buena batalla siempre es algo bueno.

—¿Dónde está, Kasem? Sé que sigue viva. ¿Es posible que el mapa esté equivocado? ¿Crees que Segreilla nos ha tomado el pelo?

La idea me enfurece tanto que los truenos suenan con mayor fuerza sobre nuestras cabezas y el cielo se ilumina de poderosos rayos que amenazan con bajar y partir la tierra cubierta de nieve en dos.

—No —responde Kasem, acercándose a mí y acariciándome el pelo para tratar de tranquilizarme—. No se atrevería.

—Entonces, ¿qué? —me desespero—. ¿Dónde está mi hermana? ¿Es que ya no es… —aspiro una bocanada de aire— ya no es humana?

No sé qué pensar de eso último.

Yo misma me siento humana, pero al mismo tiempo no. He cambiado mucho desde que empezó toda esta aventura. Me siento… me siento más *yo* que nunca, aunque no es que antes me sintiera fatal con quien era. Sin embargo, ahora soy bruja, y se supone que entro dentro de la definición social de criatura oscura.

Es complicado.

¿Está Arya a gusto con lo que quiera que sea ahora?

Me niego a pensar que está muerta. Ese es un camino mental que no voy a tomar, o no sé cómo reaccionaría, pero, por la tormenta que se está desplegando sobre nuestras cabezas y que ocupa unos cuantos kilómetros, bien no es una opción.

—Bueno, si no es humana, nos quedan varias opciones viables —me anima Kasem—. Una es que tu madre nos mintiera y Arya sea bruja, otra es terrible y la última es… un poco menos terrible, pero espantosa.

Palidezco y el estómago se me encoge al recordar la pregunta bromista que me hizo al recibir el mapa.

—¿Crees que… crees que podría haberse convertido en lamia?

Él no responde que sí o que no.

—Para convertirse en una, un científico majara que además fuese brujo y tuviera un gran poder debería haber tratado de experimentar con ella y con sangre de un vampiro purasangre como yo —me explica—. Y al último de esos que existió en esta tierra se lo cargó Yla, ¿recuerdas?

Asiento, aliviada.

—Su creador.

O, más bien, su atormentador.

Pobre quimera.

—Sí —asiente Kasem—. De todas formas, lo comprobaremos, por si acaso. Al igual que con la mujer jabalí. Aunque esas nacen, no se hacen. Lo comprobaremos con *todas*.

Me abraza con fuerza y yo apoyo la cabeza en su pecho, más tranquila, pero todavía sintiendo ese nudo de angustia espantoso en el estómago.

—La encontraremos, ¿verdad?

—Ey —dice con suavidad—. ¿Para qué te crees que estoy yo aquí?

Me río levemente sin poder evitarlo.

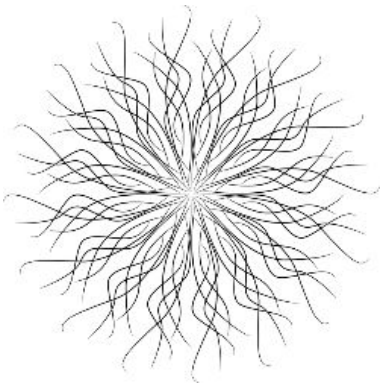
—Para idiotizar a gente.

Incluyéndome a mí.

—Eso también. —Me devuelve la sonrisa con una de las suyas, tan hermosa como matadora—. Y para lo que haga falta, listilla. He tomado mi decisión, aunque me haya costado lo mío. Me quedo contigo. Al fin y al cabo, ya eres mía y sería una irresponsabilidad por mi parte abandonar lo que me pertenece.

—Idiota —le suelto, y luego añado con ternura—: ¿De verdad te quedarás a mi lado pase lo que pase?

—Ahora y siempre, Noemí. Te lo juro. Y yo no falto nunca a mis juramentos.



Capítulo 43



Noemí

La mujer jabalí, a la que nos lleva casi un mes localizar, no es, evidentemente, Arya.

Kasem parece bastante decepcionado, porque, ya que descartamos a la enorme mujer peluda en cuanto la vemos de lejos paseando por su aldea de hombres bestia, ello significa que vamos a tener que lidiar con la lamia, que es la siguiente. Y con la bruja y la licántropa, después.

Tiene que ser una de esas tres. Preferiblemente la segunda. Porque si no… si no, ¿qué mierdas hago?

Tranquila, seguro que a Kasem se le ocurre algo más para encontrarla. Él es el experto, me calmo mentalmente, pero mi inquietud continúa al mismo ritmo que lo hacen los sueños.

—¿A cuánto está la lamia de aquí?

—Según esto —responde Kasem mientras nos volvemos a internar en el bosque, dejando a la gente bestia tranquila con lo suyo (que espero que no implique comer humanos)—, a tan solo dos días de aquí.

—Menos mal. Estoy harta de ir dando tumbos.

—Sí —Kasem se queda pensativo—, nos hace falta un buen transporte.

No le pregunto si planea robar un coche porque no he visto ninguno. Es como si en Rundra vivieran en una era que mezcla tecnología moderna, como las pistolas, y cosas de la Edad Media, como gran parte de su estilo de vida o sus conocimientos médicos.

Supongo que el estar tan divididos y continuamente en guerra le hace eso a un país. Hay docenas y docenas de especies diferentes en este lugar que luchan por tener el poder, aunque ahora mismo haya dos bandos rivales políticos principales.

Caminamos durante día y medio hasta que Kasem alza la nariz como si oliera algo que había estado esperando y exclama:

—¡Ajá!

Y me ordena que me quede en el sitio y que espere donde estoy antes de largarse corriendo.

—¡¿Pero a dónde vas ahora?! ¡Estamos muy cerca! —me frustro, pero él hace rato que ha desaparecido con su supervelocidad.

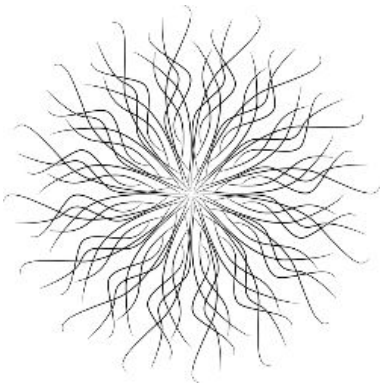
Oigo un estruendo repentino y todo el bosque parece sacudirse cuando algo ruge con rabia y dolor. Algo enorme, por el sonido que emite.

¿Qué estará haciendo este vampiro mío majara ahora?, me pregunto, corriendo hacia el origen del sonido para verlo con mis propios ojos.

Tengo que parar de súbito porque casi me resbalo por un acantilado en mis prisas por encontrarle.

Me agarro a un árbol y miro hacia abajo, donde Kasem está jugando a la lucha libre con un… guiverno.

—¡Me cago en la leche, Kasem! —mi voz hace eco cuando le chillo—. ¿Pero qué haces?



Capítulo 44



Noemí

Me quedo mirando a la cosa. Y luego observo al vampiro, montado tranquilamente sobre su lomo.

—Transporte… —repito en un tono que mezcla asombro con resignación.

Debería de saber ya que no se le ocurriría nada normal.

—Exacto.

—Quieres que nos montemos en un guiverno y recorramos el país en él.

Él alza las manos hacia ambos lados, reacomodándose sobre el lomo del monstruo lagarto gigante de seis patas, que no deja de jadear tras haber perdido el *Wrestling Match* contra el vampiro y ahora se resigna a que el vencedor haga lo que quiera.

—Es una idea genial, ¿verdad?

Me lo quedo mirando un buen rato más y luego me paso la mano por la cara.

—¿De verdad que aquí no existen los coches? ¿O las motos?

—¿Tú ves caminos por los que transitar o carreteras más allá de las que salen de alguna ciudad y acaban en bosque o nieve?

La verdad es que no. Rundra no tiene sistema de carreteras. Ni de tren. Ni de nada, que yo sepa.

Miro al lagarto y él me devuelve la mirada con sus ojos saltones.

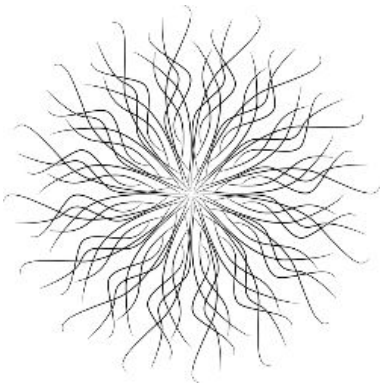
—Esta cosa puede treparlo todo, montañas y cordilleras cubiertas de nieve incluidas —se anima el vampiro, que parece complacido consigo mismo—. Aunque habría sido mejor encontrar una hembra con alas. —Palmea el costado del lagarto como si se disculpara.

Tampoco es que sea la peor idea que Kasem ha tenido.

En fin. Una se acomoda a lo que hay.

—Vale, ayúdame a subir y probémoslo.

No pienso viajar en esa cosa si es incómoda o terrible, así que primero tendré que juzgar qué tal se está sentada durante unas horas en su lomo.



Capítulo 46



Noemí

—¡Es una pasada!

—¡Te lo dije! —replica Kasem, ufano.

El guiverno camina por el bosque como si hubiera nacido para trepar por él, saltando de árbol en árbol cuando es demasiado denso como para cruzarlo por tierra. Es mucho más pequeño y ágil que el que nos encontramos por primera vez, así que es como una especie de caballo lagarto de tres metros y seis patas que escupe ácido para abrirse camino de vez en cuando.

Es excitante. Jamás pensé que sería una fan de la velocidad y los saltos, pero lo soy. Además, el asiento que ha convocado es supercómodo. No noto ni una sola de las irregularidades o espinas de la espalda de la criatura.

—¡Soooo! —Kasem detiene al animal de la misma forma que lo ha ido dirigiendo: con riendas mágicas y brillantes que ha convocado

para montarlo.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto lo obvio.

—Sí. Está cerca.

Kasem desmonta y me ayuda a hacer lo mismo, atando al guiverno a un árbol cercano. Aunque no creo que la bestia se largara si no lo hiciera. Sospecho que se ha resignado a nosotros y que es más listo que un animal normal y sabe que, de todas formas, el vampiro lo encontraría de nuevo.

La lamia es la que más temo y la que más ansío descartar. De solo pensar en ver a una criatura así con la cara de mi hermana… digamos que me entran ganas de quemar Rundra hasta los cimientos.

Y no va en broma.

—Está en esa cueva —me informa mi mercenario cuando salimos de la linde del bosque.

Hay una pequeña cueva (si es que puede llamársela así) de no más de un metro de alto por medio metro de ancho.

—¿Ha cabido por ahí?

—Suelen ser criaturas muy flexibles —me dice el vampiro—. Es muy posible que esté anidando con otras lamias, así que habrá que tener cuidado.

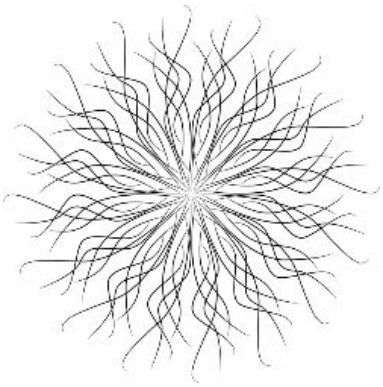
Asiento y trago saliva.

Ha llegado la hora de saber varias cosas: la primera, si mi hermana ha sido torturada, mutilada y convertida en una criatura oscura; la segunda, lo que haría yo al respecto si llega a ser el caso.

Y creo que mi pensamiento de antes lo dice todo.

Supongo que los países llenos de monstruos, tengan el aspecto que tengan, son capaces de convertirte en uno, incluso aunque

jamás pensaras que podrías llegar a serlo.



Capítulo 47



Noemí

—Procura estar en silencio cuando entremos —me advierte Kasem—. Son cazadoras nocturnas, así que duermen durante el día.

—Vale —asiento.

Entramos en la cueva con una de las luces flotantes de Kasem como guía. Es mucho más grande por dentro, adentrándose en la montaña por un único pasadizo alto e irregular que nos lleva a una enorme caverna repleta de estalactitas y estalagmitas, algunas de las cuales han formado deformes columnas de piedra al unirse.

Pongo la mano en el antebrazo de Kasem durante un segundo para llamar su atención cuando nos detenemos.

—¿Dónde están? —vocalizo sin hacer ruido.

Él señala hacia el techo.

De repente, me doy cuenta de que muchas de las estalactitas no son estalactitas, sino lamias con sus alas de murciélago plegadas sobre sus cabezas mientras duermen bocabajo colgando del techo de la cueva.

El vampiro ilumina con cuidado la zona donde parecen reunirse a dormir y entre los dos contamos unas doce de ellas. Demasiadas para cualquiera excepto para nosotros. Otra persona habría huido o se habría cagado de miedo, pero Kasem y yo nos miramos y nos comprendemos sin hablar.

Quizá un subproducto de que nuestras magias estén casadas.

Una a una, el mercenario las enreda en cuerdas de sombra que surgen de sus manos, tapándoles la boca repleta de mortíferos colmillos para que no puedan chillar y despertar a las demás y atando sus alas contra su cuerpo para evitar que las desplieguen y echen a volar; y una a una les obligamos a mostrarnos el rostro y, cuando vemos que no se trata de mi hermana, Kasem les corta la cabeza para que no sean un peligro para la gente de los pueblos cercanos.

Mi angustia crece y crece, aunque esta vez logro controlar mi poder. No poco gracias a que el vampiro me aporta una extraña pero bienvenida serenidad a través de nuestro vínculo, que se hace cada día más fuerte.

Todas ellas acaban muertas a nuestros pies.

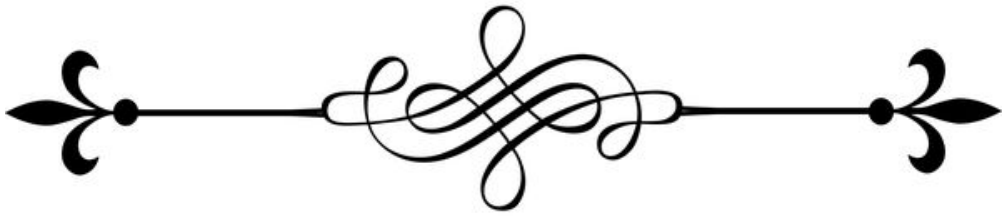
Es entonces cuando dejo que el alivio me embargue y rompo a llorar con fuerza.

El miedo a que mi hermana hubiese sido transformada en una de estas criaturas, por mucho que me dijera a mí misma que no era posible, no me había abandonado hasta ahora. Hasta que he visto las caras de todas y cada una de ellas, las he mirado a los oscuros ojos y no he reconocido a Arya en ninguna.

Kasem me abraza, como suele hacer siempre que me consuela, que últimamente está siendo muy a menudo, y nos quedamos allí un rato, rodeados de los cadáveres de las lamias y de los huesos de sus víctimas, esparcidos a nuestros pies por toda la cueva.



Capítulo 48



Kasem

Al fin se ha relajado un poco, aunque, como es comprensible, continúa tensa por todo el asunto. Pero esa tensión siempre ha estado ahí: bajo la superficie. Es lo que la pone tan desesperada cuando nos tocamos: porque, durante un buen rato, se olvida de todo lo que hay dentro de su cabeza.

Y lo anhela tanto que no paramos de follar, porque, además de ser increíblemente placentero, a mí también me gusta verla relajada,

y no al borde de un ataque de nervios (o de rayos) cada vez que nos acercamos a una Arya y no resulta ser su hermana.

—La próxima es la bruja.

—Muy bien —asiente ella, salpicada de sangre de lamia y tan bella como siempre.

Supongo que es hora de que admita que mi inicial obsesión e irritación con ella se ha transformado en algo parecido a eso del amor. De todas formas, ya sabía que no iba a pedirle ayuda a mi madre para deshacer el vínculo porque, cuando pensé en cómo podría ella hacer algo que yo no puedo, se me ocurrió que mamá no tendría reparos en eliminar a Noemí para liberarme sin tener en cuenta…, bueno, mis sentimientos.

Y me entró tal ataque de angustia existencial que casi me cargo a toda la ciudad costera, en vez de idiotizarlos.

Tenía unas ganas de sangre tremenda. No sé cómo he podido contenerme para no acabar creando otra leyenda más sobre lo terriblemente cruel que soy.

Quizá Noemí ejerce una influencia enternecedora en mí, me estremezco al pensar.

No soy suave, le replico a mi cabeza. *No he sido suave en toda mi puta vida y no pienso serlo ahora.*

—¿Kasem? —llama mi listilla cuando me ve distraído.

—Perdona, estaba distraído.

—Lo he notado. ¿En qué piensas? ¿Crees que Kaela nos mintió?

—No. No lo creo.

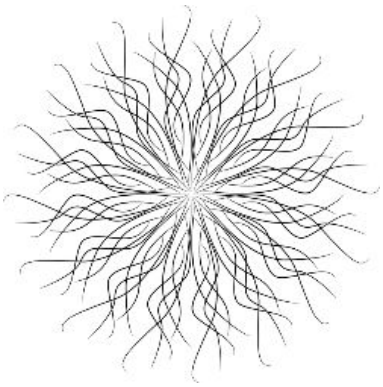
No creo que su madre se atreviera. Y no olía a mentira al hablar. Solo era un poco rara con eso de tomarse las cosas de

manera literal. Tan diferente a mi listilla, que lo pilla todo al vuelo en seguida.

La miro y los latidos de mi corazón se aceleran como si fuera un puto adolescente.

Ahora y siempre, le dije.

Pero quizá un siempre no sea suficiente para mí, porque lo quiero todo de ella, más allá incluso de la eternidad.



Capítulo 49



Noemí

Bruja.

Mi hermana probablemente no sea una, pero cabe la posibilidad de que lo sea. Un cincuenta por ciento. Creo que la licántropa es a la que se refería Kasem como la peor opción y, al recordar al licántropo primordial que atraje accidentalmente al inicio de nuestra aventura, me estremezco y comprendo por qué. Aunque dudo que él se refiera a eso. Parece tenerles una manía personal.

—¿A cuánto está de aquí? —le pregunto a mi mercenario cuando salimos de la cueva.

—Con el guiverno, a un par de semanas —me informa—. Por cierto, no le hemos puesto nombre.

—¿Qué?

Creo que seguirá sorprendiéndome toda la vida. Casi todo lo que sale de su boca suele pillarme por sorpresa.

Es excitante pensar en que vamos a pasar miles de años juntos. O lo sería si no fuera por mi hermana.

Vivir tanto tiempo me acabará por volver loca, pero al menos no estaré sola.

Quizá el tiempo explica un poco por qué Kasem está un poco majara. Y sé que estoy siendo suave. Aunque le quiero igual, locura o no. Al igual que sé que él me querrá a mí.

—Al lagarto —me dice.

—Ah. Pues no sé… ¿necesita uno?

Me mira un poco ofendido.

—Claro que lo necesita.

Creo que le ha cogido afecto al guiverno. A su manera, claro. Dudo que se lo vaya a llevar a casa como lo haría si adoptase a un perro.

—Vale. Pues ponle uno —me encojo de hombros.

Me da un poco igual lo del nombre.

Radiante desciende de los árboles que había estado sobrevolando para posarse en una roca a mi lado mientras ascendemos de nuevo la ladera que hemos descendido menos de una hora antes, cuando íbamos hacia la cueva.

Al llegar hasta el guiverno, Kasem se lo queda mirando un buen rato antes de montar tras de mí.

Radiante se posa en una de las espinas del monstruo justo antes de que el vampiro suelte:

—Bicharraco.

Me echo a reír de pura incredulidad.

—¿Bicharraco? ¿Así lo vas a llamar?

—Ey, estoy probando opciones. Los nombres no son un talento familiar, ¿sabes?

Él se llama «cuervo» en vadálico antiguo, así que apuesto a que dice la verdad.

—¿Cómo se llaman? —le pregunto con intriga—. Tu familia, me refiero.

Él suspira.

—Mi padre, Ouros. Mi madre, Karlene. —Vale, Dorado y Bella. Son nombres bonitos, supongo—. Y mi hermano, Pantros.

—¿Qué? —me sorprendo.

—Pantros —repite él—. Y sí, antes de que lo preguntes: significa Despensa en mi lengua materna.

—Estás tomándome el pelo.

Kasem desata a Bicharraco y nos pone en marcha.

—Nop. Te aseguro que fue un trauma adolescente para él.

—¿Pero por qué nadie llamaría Despensa a su hijo?

—Pues porque mi madre lo encontró de crío muriéndose dentro de la despensa de un castillo a cuyo lord acababa de cargarse. Por eso —me explica—. Y porque mis padres no tienen talento para nombrar cosas, y mucho menos personas. Te lo he dicho.

—Pero, Despensa…

—Pero, Cuervo… —replica él en el mismo tono.

—Al menos el tuyo no es Despensa.

Se echa a reír con ganas.

—Eso es lo que le solía decir a mi hermano cuando él hacía bromas sobre los cuervos y la muerte.

—Pobrecito.

—De pobrecito nada. Es un cabrón mimado y consentido.

—Noto algo de rencor ahí.

—Algo no, mucho —refunfuña Kasem mientras Bicharraco, a falta de un nombre mejor, deshace con su ácido una gran roca que se interponía en nuestro camino—. Siempre le daban mis cosas.

»Toma, Despensa, el cuchillo favorito de tu hermano para que te sientas más conectado a la familia ahora que formas parte de ella.

»No pasa nada si has roto la camisa favorita de tu hermano con dicha daga, él es el mayor y debería perdonártelo.

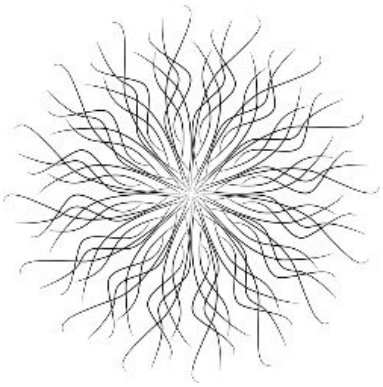
»¡Oh, mi querido Despensa, eres el más guapo de mis hijos! —Pone la voz aguda, como si imitara una voz femenina, y me río. Pero lo hago sobre todo porque sé que lo está haciendo para distraerme. Para relajarme.

Kasem bufa con fuerza de la indignación.

—Eso último lo dudo —le digo, abrazándome a su espalda con fuerza.

—Claro que era mentira —me dice Kasem con seguridad—. Pantros es más feo que un sarnoso con pulgas.

—Perdona, cabronazo, ¿que soy qué?



Capítulo 50



Noemí

—¿Qué mierdas haces aquí?

—¿Y tú qué mierdas haces aquí? —replica el hermano de Kasem, bajando del árbol en el que estaba subido observándonos.

Mi vampiro detiene a Bicharraco y se queda mirando a su hermano menor, que por cierto está de muy buen ver, con indignación.

—Estoy de misión. Llevando dinero a casa, como siempre.

—Ooooh. —Pantros alza las manos de manera dramática—. ¡Alabado sea el patriarca proveedor!

Escupe hacia un lado tras decir eso.

—Deberías alabarme, capullo. ¿Quién te crees que ha estado manteniendo el castillo en pie todos estos siglos?

¿Castillo? ¿Viven en un castillo?

Pantros se encoge de hombros.

—Ni que eso te hiciera un santo. Y, por cierto, ¿le has dicho a mamá que te has casado?

—Cállate. No es asunto tuyo, enano.

La atención del otro vampiro se dirige hacia mí y yo saco la cabeza de detrás de la ancha espalda de Kasem para devolverle la mirada de manera curiosa, observándole a mi vez.

Él alza una ceja, como si le sorprendiera mi comportamiento.

—Menuda fierecilla has encontrado. ¿De dónde la has sacado? —pregunta con interés, relamiéndose los labios—. Su sangre debe de ser delicio…

—Termina esa frase y te arranco los huevos. —El tono de Kasem ha cambiado. Ya no hay nada juguetón o burlón en él. Tan solo celos e ira y la promesa de dolor.

Pantros da un paso atrás, anonadado.

—Ey, hermano. Calma, que soy yo. No un enemigo.

Kasem se calma un poco, pero no mucho.

—Ella es mía —declara con posesividad.

—Y tú mío —replico de manera gruñona.

Si vamos a ser así, mejor que sea entre iguales. Nada de ser la «posesión» de otro que no me ofrezca exactamente lo mismo a cambio.

Ni de coña.

—Vaya. Vaya —silba Pantros—. Así que has encontrado la horma de tu zapato. Nuestros padres se van a poner contentos. Por

no hablar de la corte…

—No menciones a esos cabrones. No tienen nada que ver en mis asuntos.

Pantros se vuelve a encoger de hombros.

—Como quieras, principito heredero.

—De un reino desaparecido y muerto, cosa que los antiguos nobles supervivientes no parecen haber entendido aún —refunfuña Kasem—. Tres mil putos años después siguen molestando a la familia para que reconquiste Vadalia, que no es más que un montón de trozos divididos en varios países hoy en día. Son gilipollas y no se adaptan bien a la era moderna.

—Lo flipas si crees que te van a dejar tranquilo, por mucho que les gruñas.

—Si les reviento los sesos, quizá entren en razón.

—¿Cómo van a entrar en razón si están muertos? —intervengo yo, poniendo los ojos en blanco.

Aunque me estoy enterando de muchas cosas que me han hecho marearme un poco (como el hecho de que me he casado mágicamente con un príncipe de la desaparecida Vadalia, nada más y nada menos), esta conversación de machitos con postureo es un poco tonta.

Cómo se nota que son hermanos y que se quieren; a pesar de los gruñidos, se miran con alivio de verse el uno al otro con vida y bien.

—Mamá es nigromante —replican los dos a la vez, como si eso le diera sentido a lo de reventarles los sesos a los antiguos nobles vampiros de Vadalia.

—Oh.

La liche, madre de Segreilla, me viene a la cabeza.

—No como esa —me dice Kasem, que seguramente ha deducido lo que estoy pensando—. Mamá no está podrida por dentro.

—Menos mal —respondo sin saber qué decir.

Creo que saber que su madre es nigromante explica un poco los poderes tan oscuros de Kasem. Aunque los brujos de sangre usen las runas para invocar magia, muchos de sus conjuros son para matar. Como los de los nigromantes. Solo que ellos luego devuelven a la «vida» a sus víctimas para que les sirvan como esclavos.

—En fin, estoy de misión, así que me largo —declara Pantros.

—¿Cómo que de misión? —se sorprende su hermano.

—Me he unido a La Mano.

Kasem se tensa tanto que casi oigo sus huesos crujiendo al ser presionados por sus músculos.

—¿Qué mierda acabas de decir?

—Lo has oído bien, hermano.

—¿Por qué coño has hecho eso? —le gruñe Kasem.

—Pues porque estaba aburrido de ir de fiesta en fiesta follando y de que tú siempre te vanagloriases de que eres el que trae el dinero a casa para pagarlo todo porque papá se dedica a sus libros y mamá a su puto laboratorio. Por eso —sisea Pantros con irritación—. Así no tendré que oír tus jodidas peroratas de no malgastar *tu* dinero en drogas, mujeres y sangre nunca más.

—No —refunfuña Kasem—. Ahora te vas a gastar el tuyo.

—Exacto.

—Mientras yo sigo pagando las facturas y manteniendo el castillo a flote.

—Bien dicho. —Pantros sonríe ampliamente—. Como es lo debido para el heredero, ya sabes.

—Que te jodan.

—Díselo a papá. Yo solo lo estoy citando —replica Pantros—. En fin, que te den. Estaré por el norte si necesitas mi ayuda, por cierto. En el Pico de las Arpías.

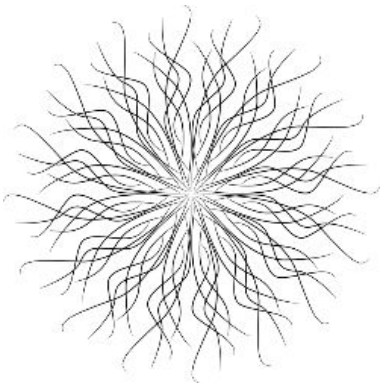
—¿Por qué coño iba a necesitar tu ayuda para nada?

—Porque eres un capullo sin suerte. —Me mira de reojo—. Aunque puede que eso haya cambiado un poco. No tendrás otra igual por ahí, ¿verdad? —le pregunta, y luego se dirige a mí—. ¿Tienes alguna hermana o prima o lo que sea, preciosa?

—No tiene nada que te pueda interesar —responde Kasem por mí de manera seca y cortante antes de que pueda abrir la boca—. Y ahora, lárgate de una vez a cumplir con lo tuyo.

Pantros le hace un gesto obsceno a su hermano elevando el dedo, lo manda una última vez a la mierda y desaparece bosque a través en dirección norte.

—Maldito idiota. Le dije que no se uniera a La Mano —gruñe Kasem mientras pone en marcha a Bicharraco—. Como salga herido o se meta en líos, le voy a dar la paliza de su vida. Lo juro.



Capítulo 51



Noemí

Creo que sé más de Kasem de lo que pensé que sabría en toda mi vida.

—Así que ese era tu hermano —comenta mi boca mientras mi cabeza da mil vueltas a toda la nueva información que tengo sobre él.

—Es un capullo. No le hagas mucho caso.

Apenas oigo su respuesta, porque entonces mi cerebro al fin hace clic y junta las piezas que andaban flotando por él, conmocionadas.

—¡Eres el príncipe heredero de Vadalia! —grito a pleno pulmón en un tono que suena tan acusatorio como anonadado.

Él deja salir el aire con fuerza, exasperado.

—Vadalia *no existe*.

—Sí, lo sé, pero… pero es que ¡eres un príncipe!

—Uno no puede ser un príncipe si no hay trono, ¿no crees? —objeta él—. Es solo un título sin nada que lo apoye detrás, otorgado por un grupo de ancianos que todavía no olvidan que una vez fueron parte de una de las naciones más poderosas del mundo. Pero que tampoco se acuerdan de que dicha nación cayó y fue conquistada y luego, en la era moderna, dividida. De hecho, el país del que provienes tiene unos cuantos kilómetros de lo que era la antigua tierra de Vadalia.

—Lo sé. Lo sé —le contesto—. Aunque creo que es de lo más normal sorprenderme por todo esto.

—Mi hermano suele sorprender. Y no para bien —refunfuña.

—Le quieres. Se te nota.

Eso lo indigna tanto que al principio no puede ni hablar.

—Creo que estás conmocionada, así que no te voy a tener en cuenta ese comentario.

—Y yo creo que sois como un par de críos que se quieren demasiado el uno al otro y, sin embargo, no saben cómo dejar de pelearse por todo.

—No pienso dignificar tu psicoanálisis de pacotilla con una respuesta.

Pongo los ojos en blanco.

—Como quieras. Simplemente, ambos sabemos que tengo razón.

Creo que habríamos estado discutiendo toda la noche si Kasem no hubiera decidido que había oscurecido demasiado y que teníamos que acampar.

—Nada de sexo esta noche —me dice, como si se estuviera castigando a sí mismo por algo—. Ponte a estudiar el grimorio, que lo estás dejando muy de lado últimamente.

—Puedo hacer ambas cosas.

—No —niega él con la cabeza—. Luego siempre te duermes. Te agoto demasiado. Sobre todo, si bebo de ti. Y quiero que estés preparada para lo que quiera que venga ahora.

Frunzo el ceño.

—¿Tan peligroso es?

—En mi larga vida he aprendido dos cosas fundamentales: uno no juega con los aquelarres ni con los sarnosos. Y menos en su guarida.

—Pero mataste a aquella liche con tanta facilidad…

—La liche era solitaria —me explica—. Además, que haya matado brujas antes no significa que quiera ir a la guarida del aquelarre en el que parece estar la siguiente Arya y ponerme a matarlas a todas, solo para que el resto de su puto círculo me jure venganza eterna. Soy un asesino, pero no uno tan insensato. Sobre todo, tras haberme criado con una bruja y saber qué son capaces de hacer en grupo. Mi madre dirige su propio aquelarre, ¿sabes? Las mujeres sois terroríficas.

Es como si ya no le importara hablarme de aquello que me había ocultado durante tanto tiempo.

Sé más de su familia que de la mía.

—Entiendo. Entonces me pondré a estudiar cómo controlar mejor mis poderes… y también a leer las anécdotas que dejó apuntadas tu abuela en los márgenes.

Esas siempre me hacen reír. Kasem era todo un portento de las trastadas cuando era un crío.

Él gruñe con estoicismo.

—Recuerda preguntarme cuando te líes con algún párrafo. Tu vadálico todavía es terrible.

—¡Oye! ¡Que he traducido casi todo el libro yo sola con lo poco que sabía del idioma y de sus raíces!

—Ya. Ya. Y, sin embargo, tu acento es horrible. Y a veces dices las frases al revés.

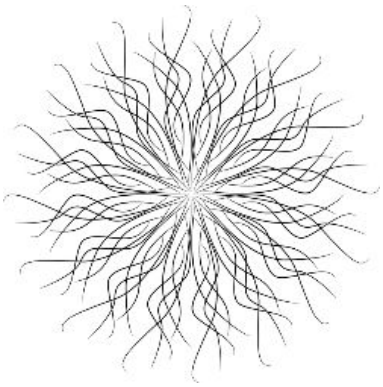
Aprieto los labios con indignación, pero tiene razón. Mis mejillas se colorean un poco.

—Intenta tú hacer lo que he hecho yo con cualquier idioma que desconozcas y verás —rezongo por lo bajo.

Él me ignora, descendiendo del guiverno para montar el campamento.

—Venga, Radiante, encárgate tú del fuego mientras yo echo un vistazo a nuestros alrededores. No quiero más sorpresas esta noche —le dice a mi familiar, que accede a ello con un cloqueo y crea una potente llamarada en el centro del claro—. ¡Pero no hagas arder el bosque, pedazo de pollo bonito! —oímos gruñir a Kasem mientras se aleja.

Radiante está tan indignado que se une a mi silencio refunfuñón durante un buen rato.



Capítulo 52



Noemí

Kasem ha salido de caza con Bicharraco, que necesita comer, y yo estoy intentando concentrarme en el grimorio de su abuela, pero, aunque siempre he tenido el don de la hiperconcentración cuando me enfrasco en un libro, esta vez soy incapaz de ello. Mi mente divaga una y otra vez. Hacia Kasem y su estatus como príncipe. Hacia nuestro vínculo, mágico y no mágico por igual. Hacia su hermano, guapo y tan extraño como él. Hacia mi hermana, bruja o loba o… o muerta.

El sueño sigue repitiéndose una y otra vez, así que ya no tengo ganas ni de dormir. Y no sé si significa que mi poder de clarividencia me está advirtiendo que Arya ya no está en este mundo o es que solo quiere torturarme o tal vez algo diferente. Algo que no he logrado interpretar.

Cierro el libro con un suspiro.

—¿Tú tampoco puedes concentrarte?

Radiante ha pescado algo de comer en un río cercano, una especie de salmón inmenso de más de un metro y medio de largo con escamas amarillas, pero su atención se ha desviado hace rato hacia el bosque.

Me conecto a él y trato de entender qué es lo que siente mi compañero y familiar.

No estamos solos, pienso en cuanto nuestros sentidos se vinculan. *Alguien nos observa. Y ese alguien es…*

—Kaela —gruño con ira—. Sal de donde estás.

Mi madre deshace el conjuro de ocultación que había usado y se muestra ante nosotros, saliendo de detrás de un enorme árbol centenario.

—Hola, hija.

Hago el grimorio a un lado porque no quiero que lo alcance un rayo. Radiante, que lee mis pensamientos, echa a volar y se aposenta en una rama cercana, tras de mí.

—Te dije que no me llamaras así.

Ella frunce el ceño, como si no lo comprendiera del todo.

—Lo lamento si ello te molesta, pero eres mi hija. Yo te di a luz. Al igual que a tu hermana, aunque ella no haya sido aceptada por el aquelarre por carecer de poder mágico.

Y dale otra vez con esas.

No sé qué le pasa a esta mujer. Es como si estuviera atontada o algo. No comprende ni la más básica de mis emociones: el rencor.

—¿Sabes dónde está Arya? —le pregunto como ya le pregunté hace meses.

—Depende de la Arya a la que te refieras.

Me levanto de golpe, más furiosa que nunca.

—¡¿Y a qué mierda de Arya crees que me estoy refiriendo?! ¡A mi hermana, joder! ¡Es evidente!

—Para mí no lo es, ya que no es la única Arya que conozco. Mi madre se llama igual.

—¿Pero a ti qué coño te pasa? ¿Es que estás tonta o qué? ¿Por qué iba a preguntar por tu madre en vez de por mi hermana?

Me siento como una cría discutiendo en un patio de colegio, pero es que ya no aguanto más esta conversación. Saber que tengo una abuela, probablemente bruja, llamada Arya, me importa una mierda.

De lo único que me sirve es para tachar de la lista a la bruja a la que íbamos a buscar, que seguramente hubiera sido ella.

—Lo lamento —dice mi madre, retrocediendo un paso—. No deseaba molestarte.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—Mi aquelarre insiste en que te tienda una invitación personalmente para que te nos unas. No estoy aquí por propia voluntad, te lo aseguro.

Eso duele un poco, aunque, sabiendo lo fácil que es para ella abandonar a alguien que no le conviene, no tanto como si realmente la considerase una madre de verdad. De esas que te quieren seas como seas.

—No —contesto de manera tajante—. Jamás. Ni muerta. ¿Queda claro?

Ella asiente.

—Tu negativa queda clara, sí. Pero me temo que no dejarán de insistir.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo ya no puedo producir más hijos. Y madre es demasiado mayor y ya ha pasado el equivalente a la menopausia para las brujas. Así que eso te convierte en la última bruja de nuestro linaje, que ha sido siempre uno de los más poderosos de esta tierra.

—Pues que se vayan a la mierda. Tu aquelarre, tu madre y el linaje.

—Eso es lo que les digo yo a los del consejo cuando insisten en que me reproduzca —bromea Kasem con voz mortífera, entrando en el claro a paso lento y predatorio.

Debe de haber dejado a Bicharraco cazando en algún lugar. Seguro que ha sentido cómo me alteraba a través de nuestro vínculo, aunque sus emociones todavía sean difíciles de percibir para mí.

O quizá haya dejado algún hechizo espía por aquí. Cosa que no me extrañaría nada.

—¿Dónde está mi hermana? —le pregunto a mi madre, que se ha puesto muy tensa tras la aparición de Kasem.

—Creo que ya lo sabes.

—¡Respóndeme de manera directa o te juro que te calcino! —la amenazo, perdiendo los estribos de manera muy evidente.

Ella hace una mueca.

—La tienen los lobos.

Y desaparece tras un rápido conjuro de teletransporte.

—¡Cobarde! —le grito a pleno pulmón.

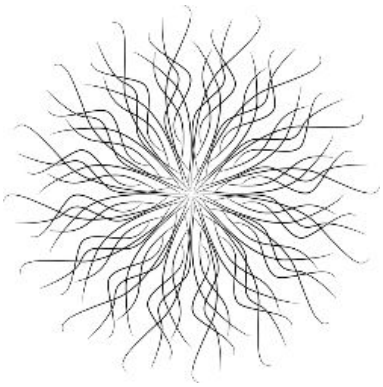
Mi voz hace eco en el bosque, pero dudo que, si la alcanza, a ella le importe mi rabia o mi dolor.

Solo viene porque su aquelarre quiere mis malditos ovarios. Lo ha dejado muy claro.

—Deja de llorar, listilla, que me rompes el corazón. Y se supone que yo no tengo corazón, ¿recuerdas?

Me aferro a él, que me abraza con cuidado de no hacerme daño, y escondo la cara en su pecho para llorar hasta que no me queden lágrimas.

Algo que se ha convertido en una costumbre últimamente y que detesto, aunque adore sus abrazos.



Capítulo 53



Noemí

—Así que los sarnosos tienen a mi hermana. Qué puta mierda.

—Estás hablando como yo, cariño. No me digas que pronto también vas a empezar a vestir como yo…, aunque de negro estarías muy *sexy*.

—Deja de intentar hacer que piense en otra cosa —le regaño —. No voy a poder.

Me besa con pasión y, aunque no quiero, dejo de pensar en todo aquello que no sea su sabor, el movimiento de su lengua o su aroma, envolviéndome como lo hacen sus brazos.

Jadeo cuando termina de besarme. Me ha dejado casi sin aliento.

—¿Más tranquila?

—Mucho más —suspiro—. Pero no vuelvas a besarme para callarme o te llevarás un tortazo.

Él se ríe.

—No me esperaba menos de ti. ¿Sabes?, en vez de llamarte listilla, quizá empiece a llamarte fogosa, con ese temperamento tuyo… Lo tenías bien escondido cuando nos conocimos, ¿eh?

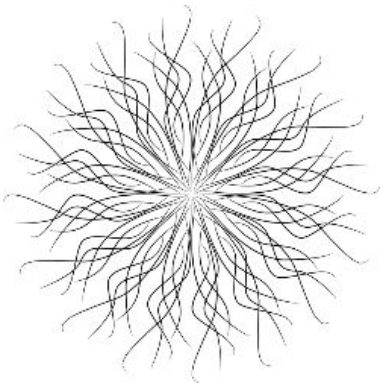
Es mi turno de reírme.

—Pero tú sabes hurgar y rebuscar hasta que lo encuentras todo, ¿no es así? Incluso bajo las capas en las que yo me escondía.

Vuelve a besarme. Varias veces, rápida y vorazmente.

—Yo siempre, sin importar dónde te escondas, te encontraré, mi fogosa listilla. Ya sea metafórica o físicamente.

Debería ser una amenaza saber que alguien puede encontrarte en cualquier parte del mundo, sin embargo, para mí, es una promesa de amor.



Capítulo 54



Noemí

Parece que Kasem y Kaela no son los únicos capaces de encontrarme.

—¿Otra vez tú? —me indigno al verle, ahora mucho más que la primera vez.

El hecho de que, una vez más, me ha pillado en cueros y bañándome mientras Kasem está fuera con Bicharraco cazando y divirtiéndose, no se me escapa.

—Mi señora —saluda el lobo con una reverencia—, vengo a ofreceros de nuevo una invitación.

Me quedo tiesa como un palo. Estoy en el río y el agua cubre gran parte de mi cuerpo de su vista, pero me levanto de la roca en la que estaba sentada y camino desnuda y deprisa hacia la orilla en la que el lobo, que abre los ojos como platos y se queda mirando mis pechos, está de pie esperándome.

—Una invitación —repito.

—Sí, mi señora.

—¿Como la que me diste una vez?

—Así es.

—¿Por qué te arriesgas a venir hasta mí? —me irrito—. No eres tan tonto como para no saber que Kasem anda cerca.

Él palidece. Mucho.

—No… Yo…

—Calla —ordeno, y el temeroso lobo, que debe de ser beta, obedece—. ¿Tiene tu líder a mi hermana, de nombre Arya?

Entrecierro los ojos y le dejo claro, con mi aura de mala leche, que debe de ser muy sincero o habrá consecuencias.

—No… No, mi señora. Él no la tiene. Ha oído hablar de vos, la reina de las tormentas, y tan solo desea conoceros. Eso es todo.

Me relajo una vez decido que sus palabras son ciertas.

—Dile que gracias, pero que solo estoy interesada en encontrar a mi hermana. Si ella no está allí, no tengo motivos para visitarle.

De repente, el lobo parece aún más temeroso que antes. Pienso en que debe de ser porque el pobre tiene que disgustar a su líder, aunque en realidad es, cómo no, porque ha olido a Kasem, que aparece tan rápido como uno de mis rayos sobre una roca cercana.

—¡Sarnoso! —ruge.

El chico deja caer la tarjeta que me tendía y desaparece de un plumazo.

Esta vez soy más precavida y no la cojo.

—Pensaba que los lobos no eran magos.

—Y no lo son. Las brujas deben de haberlos ayudado a cambio de algo. —Se encoge de hombros como si no le importara y se lanza directo a la tarjeta, maldiciendo cuando deduce que tiene otro

conjuro de teletransporte—. ¡Jodidos capullos! Escúchame bien, Noemí —se gira hacia mí—. Es la última vez que te dejo a solas, ¿entendido? No sé por qué mierdas la gente cree que puede acercarse a ti si yo no estoy a un metro de distancia, pero eso se va a acabar. Al próximo que trate de pillarte a solas, ya sea un lobo o tu propia madre, le arranco la puta cabeza.

Cojo la toalla y me seco el pelo.

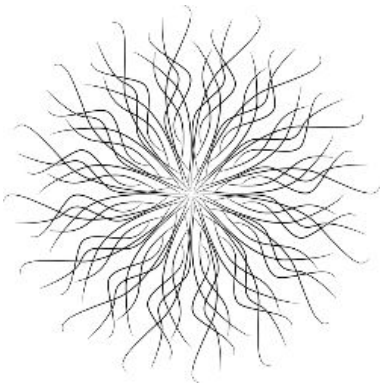
Qué dramático es.

—Puedo defenderme sola, bobo.

—Eso no es lo que me preocupa. Lo que me preocupa —alza la tarjeta, sujeta con dos dedos extendidos tan tensos que parecen a punto de partirla en dos— es *esto*. No sé por qué mierda ese sarnoso en particular quiere vérselas contigo, aunque lo que sí sé es que el maldito perro se las va a ver *conmigo*. Ahora mismo.

Con un movimiento de su otra mano, ropajes nuevos cubren mi cuerpo, secos y perfectamente entallados. Pantalones de cuero flexibles, botas altas y una camiseta de manga larga en color verde militar con una chaqueta de cuero marrón. Al estilo Indiana Jones, como sabe que me gusta.

Y entonces, mientras estoy maravillándome con la calidad de las prendas y en lo bien que me quedan, me agarra del brazo y nos hace desaparecer.



Capítulo 55



Noemi

Dicen que, de todas las personas oscuras (seres entre los que ahora me encuentro por tener magia en las venas), los hombres lobo son los únicos que pueden compararse a los vampiros en cuanto a poder se refiere.

De hecho, ambas especies estuvieron en guerra durante miles de años y ello casi llevó a la extinción mutua antes de que un pacto secreto entre sus dos últimos reyes con vida acabara con el conflicto (como se susurra entre los eruditos, al menos), imponiendo una tregua que obligó al cese de las animosidades.

Sin embargo, las viejas enemistades a veces se llevan en la sangre y son difíciles de olvidar. Sobre todo, cuando hay dos especies que son muy capaces (y suelen tener la necesidad inherente) de estar en la cima de la cadena alimentaria de la zona en la que residen, ya sea temporal o no. Y ese es, aparentemente, el dilema en el que estamos ahora.

O, más bien, el problema en el que Kasem y su enemistad con el alfa de los licántropos de Rundra nos ha metido de cabeza.

—Te recuerdo que la misión es encontrar a mi hermana —le siseo a mi mercenario, que me chista para que baje la voz—. ¿Podrías, por favor, dejar tus rencillas personales para otro momento?

—No te preocupes, en cuanto lo mate nos vamos.

—Pero ¿por qué quieres matarlo?

—Por lo mismo de antes. Porque el puto sarnoso no te ha enviado una simple invitación. El jodido trozo de piedra estaba encantado para que, cuando activaras tu magia para lo que fuese, dicha puta piedra la absorbiese y creara un portal contra tu voluntad, teletransportándote hasta él.

—Ostia. —Me horrorizo tanto que el taco me sale solo—. ¿Otra tarjeta encantada? Eso da miedo.

Da mucho miedo que tenga tanto interés en raptarme, sobre todo cuando me viene a la memoria el único hombre lobo que he visto hasta ahora.

—Ya te he dicho que voy a matar al chucho —afirma Kasem—. Así no causará problemas.

—¿Qué problemas? —me alarmo—. ¿Por qué haría el alfa algo así? No lo entiendo.

—Porque Lekchg es un jodido hijoputa y siempre tiene que liarla de alguna forma. Por eso.

—Espera, ¿Lechugo? ¿Cómo que Lechugo? ¿De verdad se llama así?

—Se llama Lekchg, no Lechugo.

—Pues a mí me suena igual —mascullo.

El vampiro susurra un par de palabras en vadálico y siento su magia rodearnos a ambos.

—Un conjuro de ocultación —me explica—. Por si chillas de nuevo.

—Idiota —le digo, y añado luego—: Gracias.

Esa palabra ya es casi como un mote cariñoso entre los dos.

Siento el conjuro tintineando sobre mi piel. Es como una manta agradable contra la que mi propia magia no lucha, sino que ronronea con gusto como un gato hecho de electricidad.

Me lo quedo mirando.

Si él no hubiera lanzado esa magia para hacernos prácticamente invisibles, seguro que nos habrían localizado, dadas las intensas ganas de matar que emite.

—Debe de haber algún otro motivo, ¿no crees? —le pregunto tras pensarlo.

Trago saliva, preocupada por haber llamado la atención de un alfa licántropo, nada más y nada menos, sin ni siquiera pretenderlo.

—Seguramente te quiera para…

No termina la frase.

—¿Para qué?

Su magia, que antes ya emitía tanta oscuridad y rabia que hasta los pájaros se han callado de miedo, se vuelve más oscura aún.

—Para *coleccionarte* —gruñe finalmente, destilando una ira incontenible en cada sílaba—. A Lekchg le gusta incorporar a mujeres hermosas y poderosas a su harén.

—Ah. Entiendo.

Me ruborizo por el cumplido.

El asco, el enfado y el miedo por lo que ha hecho el alfa siguen ahí, claro está, pero el cumplido de Kasem, que parece distraído mirando por entre los árboles como si buscara la mejor ruta para atacar, me ha calado hondo.

Hermosa y poderosa. ¿A quién no le gustaría que la definieran así? A mí, definitivamente, me encanta.

—Te prometo que llegaremos hasta Arya a tiempo para cumplir tu profecía y salvarla, no te angusties —me dice mi mercenario por encima del hombro, desviando su atención hacia la guarida de los lobos—. No es la primera vez que me cargo a una manada de sarnosos que meten el hocico donde no se les permite meterlo, y sospecho que no será la última.

Me aletea el estómago cuando habla. No por lo de asesinar a una manada entera, sino porque tengo claro que, si ha decidido matar a este alfa y a su séquito en particular, es por mí. Y eso es retorcidamente romántico y muy del estilo de Kasem.

Me planto junto a su hombro y observo el paisaje en el que está tan concentrado, asomando la nariz a través de un hueco que hay entre las raquíticas ramas de los altos y lóbregos árboles. Pero solo veo rocas y la enorme boca de una cueva.

—¿Qué estamos buscando? —le pregunto al vampiro en voz queda—. No veo nada excepto la boca de la cueva. ¿Es ahí donde viven?

Me siento como si estuviéramos juntos en una misión secreta. Hay mucha complicidad repentina entre ambos.

—¿Cuántas presencias notas? —murmura él en respuesta—. Yo cuento cincuenta y muchos en los pasillos que hay cerca de la entrada.

Volviendo al presente, me concentro en la cueva y le pido a mi clarividencia datos sobre el interior.

—Veo una cueva inmensa repleta de pasadizos laberínticos tan altos como… como de seis metros o incluso más —ignoro su bufido de risa y su comentario sobre ser una profesora a la que se le da muy mal describir paisajes y mantengo la concentración—. Es un lugar enorme.

—Sí, ya sé que es enorme —contesta Kasem—. Lekchg no se habría instalado en ella si no fuera tan grande como una jodida ciudad. Lo que quiero saber es cuántos sarnosos adultos combatientes hay dentro de la montaña, listilla. Y, si puedes determinar el número de betas y omegas que el alfa tiene a su servicio, mejor.

Lo fulmino con la mirada.

—Claaaro. Ya de paso, ¿querrías saber también qué ha comido cada uno? —inquiero con sarcasmo.

—No —replica—. Ya sé lo que comen la mayoría: carne cruda. Tú céntrate, que así nos iremos antes.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Porque los gamma no solo son capaces de detectar mi magia, también la desvían —me revela en tono de ultraje—. Si lo hacen, informarán de ello a Lekchg y él mandará a todo su ejército de esclavos en vez de venir en persona, el puto cobarde.

Recuerdo que leí en la biblioteca de la universidad que los licántropos que nacían siendo gamma (pues no se pueden crear al morder a alguien, a diferencia de los betas u omegas) carecían de la capacidad de transformarse y a veces eran repudiados por su gente. Pero no sabía que tuvieran poderes mágicos. No se sabe mucho sobre los lobos, la verdad. Son casi tan misteriosos y esquivos como los vampiros.

—Espera un segundo —caigo en la cuenta de algo—. Has dicho «omegas a su servicio». Pensaba que, cuando los alfas encontraban al omega perfecto para ellos, se emparejaban de por vida y les eran fieles hasta la muerte.

Kasem se echa a reír. Es una suerte que su conjuro de ocultación incluya que nadie nos oiga hablar, porque sus carcajadas son intensas.

—Lees demasiado porno de cambiantes —se burla cuando se le pasa la hilaridad.

Le doy un codazo en las costillas, avergonzada. Pero entonces recuerdo aquel lejano día en el metro y se me pasa.

—No es eso.

—*Seguro* que no lo es —me importuna.

—¡Me lo contó una chica que dijo que su novio licántropo había cortado con ella porque había encontrado a su omega! —exclamo a la defensiva—. Dime qué pasa con los omegas y los alfas en la realidad. Ahora me has dejado con la intriga.

No pienso decirle «no leo esas cosas» porque notaría que es una mentira, ya que alguna que otra vez sí que lo he hecho. Aunque sea más propio de Arya que de mí.

—Los omegas son para los chuchos algo similar a lo que los vidraz son para los vampiros —me explica sin dejar de reírse en voz baja—. Pero, con una diferencia clave: a los alfas les gusta coleccionar omegas para demostrar poder y estatus ante otros alfas, aunque no sean su pareja destinada y toda esa mierda. Que sí que existe, pero que ni de coña es tan de color rosa como lo pintan las novelas humanas.

—¿Coleccionar? —pregunto, asqueada por la idea y la palabra.

Tras enterarme de lo del harén, no es difícil deducir para qué.

—Para follárselos —aclara Kasem sin necesidad—. Así los marcan con su aroma y joden al alfa que sea la pareja destinada del omega en cuestión.

El estómago se me revuelve.

Los alfas, ahora mismo, me parecen de lo peor que el mundo tiene que ofrecer. Y mira que he visto horrores en mi vida, tanto antes de venir a Rundra (personas que matan o violan a otras personas, por ejemplo), como después.

—¿Y los omegas están de acuerdo con eso?

El vampiro se encoge de hombros.

—Supongo que algunos sí y otros no —replica—. Y yo qué sé. Te he contado todo lo que conozco de la cultura de los chuchos. Así que, ahora que he saciado tu eternamente hambrienta curiosidad como el horror lovecraftiano que es, hazme el favor de centrarte en la misión, mujer.

Mi expresión de asco e indignación hace que él ponga una cara horrorizada cuando se gira hacia mí para ver por qué no respondo a su pulla como siempre hago.

—Ni se te ocurra —me advierte, sabiendo perfectamente en qué estoy pensando—. Los sarnosos son peligrosos, no sabemos cuántos hay, son fieramente leales a su alfa hasta el suicidio, y además ni siquiera sabes si los omegas apreciarían tu supuesta «ayuda»… Noemí, ¡vuelve aquí!

—¡Ni de coña! —le grito—. ¡Estoy harta de abusones! ¡Esta vez no pienso ser la que se queda mirando!

Nunca pude hacer nada contra ellos antes. Como con el maldito profesor Rokwood, que siempre intentaba robarme mi trabajo. Me tocaba callarme porque era primo del rector. O, mucho peor todavía, aquel acosador que seguía a Arya todas las mañanas,

esperándola a la salida del instituto, y le gritaba que si un día la pillaba sola iba a violarla.

La acompañé y la recogí de clase todos los días, incluso después de que él dejara de venir a esperarla, porque la policía solo se presentaba allí y no hacía nada para detenerlo cuando la llamaba.

Esa, admito para mí misma, fue la primera vez que me di cuenta de que, si fuera legal matar a alguien, habría acabado con ese hijo de puta sin miramientos. Y esa revelación, ese recuerdo que había guardado en el fondo de mi mente, como se hace con todos mientras los años van pasando, me hace darme cuenta de que mi moral no es ni tan blanca ni tan puritana como siempre he pretendido que era.

Soy muy capaz de matar a aquellos que intentan hacer o hacen daño a la gente a la que amo; y también para protegerme a mí misma o para salvar a personas por las que siento empatía, como ahora con lo de los esclavos.

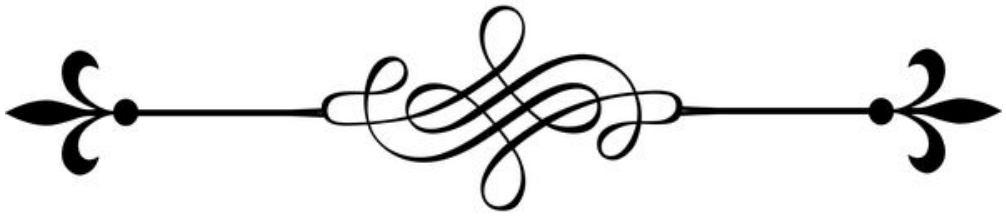
Oigo maldecir a Kasem y sé que está viniendo a por mí, así que corro más deprisa, aun sabiendo que él es muy capaz de alcanzarme en un santiamén y que lo único que lo mantiene a raya es la electricidad con la que he recubierto todo mi cuerpo para que no pueda usar su magia en mí ni tocarme sin que mi poder reaccione para protegerme y le ataque en cuanto he tomado la decisión visceral de plantarle cara al líder licántropo.

—¡No pienso echarme atrás! —le informo cuando alcanzo la entrada de la cueva.

Es hora de dejarle a ese tal Lechugo unas cuantas cosas claras.



Capítulo 56



Kasem

¡Joder!

Mira que es inteligente, mi listilla deslenguada. Aunque no sea el momento adecuado para admirar la velocidad a la que piensa y reacciona esa cabecita suya. Pero el que se haya recubierto de su propia magia, deduciendo que eso impedirá que la mía la alcance o

que yo pueda tocarla físicamente sin chamuscarme la piel…, bueno, es que es jodidamente astuto. Lo admito.

Aunque nuestros manás estén unidos, sigue habiendo individualidad en cada uno. Yo no sería capaz de usar sus rayos, al igual que ella no es capaz de usar mis tatuajes.

Para ser una iniciada en esto de la brujería se le da malditamente bien. Lástima que no haya tenido en cuenta que yo le llevo siglos de ventaja, tanto en lo de la magia como en lo de ser más astuto que un zorro. O que no haya pensado en que me iba a importar una puta mierda quemarme la piel (otra vez) con su electricidad para evitar que cometa una estupidez y acabe muerta.

—¡Aah!

—Calla —le tapo la boca cuando caigo sobre ella y la inmovilizo contra el suelo de piedra de la entrada de la cueva—. Has roto el conjuro de ocultación que te he puesto, te van a oír.

Si es que no la han oído y olido ya, cosa que dudo.

Ella intenta decir algo, aunque, evidentemente, no puede.

—Ahora que saben que estamos aquí, será mejor que alcances rápido la compenetración total con tu clarividencia y te asegures de saber dónde está Lekchg, cómo podemos llegar hasta él a través de estos túneles de la manera más rápida posible y cómo vamos a salir después de reventarle la cabeza. ¿Entendido?

Espero a que asienta, pero, por supuesto, la mujer más tozuda del mundo se niega a contestarme cuando no quiere hacerlo, aunque estemos en una situación peliaguda. Así que hago lo que quiere y retiro mi mano de su boca para que mi orgullosa listilla pueda hablar.

—¡Suéltame, idiota! ¡Te estás quemando!

Es lo primero que me dice.

—Céntrate, Noemí —le gruño, notando el escalofrío de placer que le causa el roce de mi aliento sobre la curva de su oreja—. ¿Me has oído antes o te lo repito otra vez?

—¡Sí, pero quítate de encima! —me pide con ansiedad—. Puedo *oler* a quemado, Kasem, ¡serás insensato!

—Dice la mujer que ha entrado como una tormenta en una cueva repleta de licántropos que, por cierto, no sé si lo has notado, pero se están acercando a toda prisa hacia nosotros —replico con ironía.

Los aullidos delatan a los sarnosos. Siempre he pensado que era una forma estúpida de cazar; especialmente si quieres pillar a tu presa indefensa cuando la alcances. No obstante, no es que espere mucha inteligencia de los chuchos, en general. Me decepcionaría de manera constante si así fuera.

Noemí desactiva su magia segundos después. Creo que lleva un rato intentándolo para no hacerme daño, pero todavía no la controla a la perfección y no ha podido.

La cojo de la cintura con una mano y nos levanto del suelo a toda prisa, cargando con ella mientras nos alejo de allí cagando leches antes de que empiece a discutirme y los sarnosos nos alcancen por estar inmersos en un debate encendido sobre cualquier idiotez.

—¡Son enormes! —exclama Noemí cuando los ve salir de la cueva, persiguiéndonos—. Aunque no tan grandes como el sarnoso antiguo que nos encontramos en la montaña.

El que a veces los llame sarnosos sin darse cuenta me hace sonreír.

—Son más pequeños y más fáciles de matar, pero también son más listos que los antiguos —le digo mientras corro hacia el bosque, tratando de poner distancia con la patrulla de más de una veintena de guerreros enviados por Lekchg.

Seguramente ya sabrá que estoy aquí. No me cabe duda que lo que ha querido hacer poniéndole esa trampa a Noemí era tocarme a mí las pelotas, como suele hacer cuando se entera de que visito Rundra.

Debí haberlo matado hace años.

Si no fuera porque es amigo y pariente lejano de un compañero de La Mano Negra y yo respeto esas cosas (hasta cierto punto), lo habría hecho. Pero ahora eso no va a salvarle. No cuando ha tratado de capturar a mi listilla. Por ahí no paso ni de coña.

—¿No podemos luchar contra ellos? —grita Noemí con voz de estar harta de la persecución.

—Considerando que son una de las pocas criaturas capaces de matarme, hubiese preferido pillarlos por sorpresa en pequeños grupos e ir matándolos mientras avanzábamos por la cueva —refunfuño, saltando sobre una enorme roca y acelerando mis pasos.

—¿Cómo vamos a perderlos de vista? —me pregunta ella intentando esconder su tono de vergüenza sin lograrlo.

Ya ni siquiera protesta por el hecho de que estoy cargando con ella sobre mi hombro como hacía al principio de nuestra aventura.

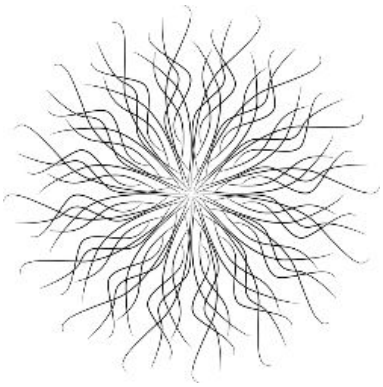
—No creo que podamos —le digo—. Tendremos que salir de su territorio. Si cruzamos la frontera, no podrán seguirnos.

Lo que no es tan bueno como parece. Si no pueden seguirnos hasta el otro lado del maldito río es porque ese es el territorio de un viejo aquelarre aislacionista al que no le gusta nada que invadan sus tierras y del que nadie sabe nada.

No conozco a esas brujas, así que no tengo ni idea de lo poderosas que pueden llegar a ser. Más que la madre de Segreilla, tal vez sí o tal vez no. Si la respuesta fuera sí, lo que marcaría la diferencia en un posible combate mágico sería el número y su capacidad para compenetrarse, porque a la otra la he matado

porque la he pillado por sorpresa (culpa de su arrogancia, no mía, el que no creyera que mi amenaza iba en serio) y porque mi poder mágico era mayor que el suyo y la ha sobrepasado. Sin embargo, si tengo que batallar contra siete u ocho o a saber cuántas brujas al mismo tiempo e imponer mi poder al de ellas, unido como uno solo para atacarme…, estaría bien jodido si no fuera por Noemí y nuestro vínculo, que posiblemente nos dé una buena oportunidad de defendernos.

Venir a por Lekchg quizá no haya sido la mejor de las ideas, aunque siga queriéndolo muerto.



Capítulo 57



Noemí

Salir del territorio de los lobos no es tan fácil como Kasem lo pinta.

Los pasadizos de las cuevas son intrincados y laberínticos, y no hay forma de perder de vista a nuestros cazadores, que cada vez son más numerosos.

Más de una vez, nos vemos obligados a detenernos y pelear a muerte contra los licántropos que logran rodearnos al girar en una esquina o acabar en alguna calle con casas talladas a ambos lados.

Tardamos casi una semana, escondiéndonos como podemos para echar una breve cabezada cuando el cansancio es demasiado, pero al final lo logramos.

Salimos de las cuevas por un lugar diferente al que hemos entrado y acabamos en una planicie helada cubierta de nieve. Es gracias a la magia de Kasem, que nos permite andar por ella sin hundirnos, que tenemos ventaja sobre ellos, dado que los lobos

pesan mucho y se hunden en las profundidades con facilidad, escarbando luego para salir y así poder seguirnos.

—¿Es que no se cansan nunca?

—Ya te lo he dicho —replica Kasem—. Estos no se rinden jamás si tienen una orden de su alfa. Son unos suicidas.

Y tanto que lo son.

No sé a cuántos habremos matado, pero al menos debe de haber una docena o más de cadáveres en el interior de las cuevas. Y aun así persisten en seguirnos el rastro. A este paso, nos alcanzarán, aunque sea solo porque estoy empezando a agotarme. Llevamos una hora, al menos, corriendo sin parar, y mis pulmones se sienten helados y al máximo de su aguante. Al igual que mi cuerpo.

Cuando tropiezo y casi me doy de bruces contra una roca que sobresale de la nieve, Kasem evita mi caída y, rápidamente, me coloca sobre su hombro y echa a correr haciendo uso de su supervelocidad, dejando a nuestros perseguidores atrás con una facilidad pasmosa que me avergüenza un poco, porque me doy cuenta de que era yo la que nos retrasaba.

—Ojalá tuviera esa velocidad tuya —mascullo entre dientes mientras doy gracias en silencio por el conjuro del vampiro, que nos mantiene a los dos calientes a pesar del frío viento de las montañas.

—Podrías tenerla —me grita Kasem en respuesta, cuyo fino oído ha escuchado mis lamentaciones—. Aunque de eso ya hablaremos otro día.

Le oigo mejor cuando se para en lo alto de un árbol a ver a qué distancia están nuestros centenares de perseguidores, que son puntitos oscuros en la ladera de la montaña.

—¿Cómo es posible que hubiese tantos de ellos ahí dentro?

Las cuevas son inmensas, sin embargo, esto es exagerado. Son un maldito ejército.

Kasem me deposita junto a él en la gruesa rama del árbol cubierta de nieve, que se sacude cuando yo me equilibro sobre ella y cae al suelo con un quedo *plof*.

—Te lo he dicho, Lekchg es un lord alfa con muchos a su servicio.

—Sí, lo entiendo. Pero no me esperaba a *tantos*.

Kasem se encoge de hombros.

—Lleva cientos de años tiranizando la zona, los pequeños clanes de licántropos que antes había por aquí fueron obligados a unirse a él o ser masacrados.

—Pues menudas dos opciones de mierda —rechino los dientes —. Cada vez me cae peor ese Lechugo. Suerte para él que no tiene a Arya, porque si no…

—Hablando de tu hermana. —Kasem saca el mapa de su bolsillo—. Está cerca de aquí, en el territorio de las brujas. Y supongo que eso ya lo habrás deducido, aunque su etiqueta es…

—Licántropa.

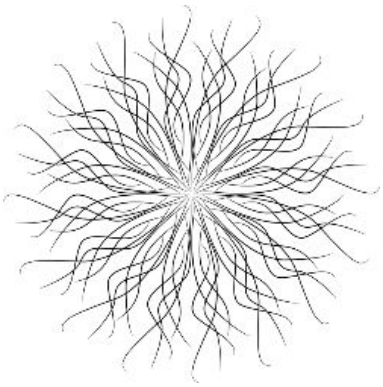
Me estremezco al decirlo en voz alta y sé, al instante, que estoy en lo cierto.

—Mi hermana ha sido transformada.

—Lo que significa que un alfa o un antiguo debe de haberla mordido —explica Kasem—, porque no hay otra forma de acabar siendo de esa especie.

Aspiro una bocanada de aire y pienso en Lechugo, el alfa que controla gran parte del territorio norte.

Si ha sido él y lo ha hecho en contra de la voluntad de mi hermana… digamos que ahora sí que tiene los días contados.



Capítulo 58



Noemí

Nos adentramos en el bosque, que, como es habitual en Rundra, no parece precisamente amigable.

Mi corazón late a toda prisa cuanto más nos acercamos al puntito del mapa con el cartel de «loba» moviéndose a su lado con cada paso que da.

Es Arya. Es mi hermana.

Y es una licántropa. Una mujer lobo cuyo subgénero desconozco, pero que ahora juega un papel importante en su vida, como lo hacen todos los cambios. Como lo han hecho para mí mis poderes de bruja.

—Siete días de viaje y no se han dado por vencidos. Incluso se han metido en el territorio de las brujas —masculla Kasem cuando trepamos a lo alto de un acantilado para poder ver mejor el paisaje.

—Creo que me quieren a mí.

Eso le hace girarse como un resorte en mi dirección.

—¿Por qué piensas eso? La animosidad que sentimos Lekchg y yo el uno por el otro es famosa, podría querer mi vida por haber invadido su hogar.

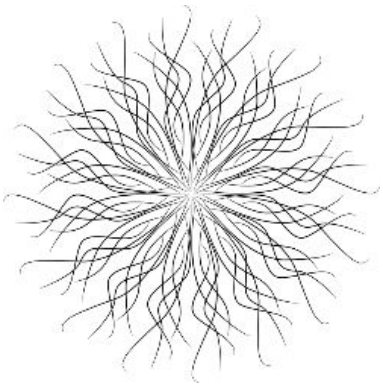
Niego con la cabeza.

—No. Estoy segura. Mis instintos me dicen que me quiere a mí —insisto—. No sé para qué ni por qué, pero lo hace. Además, las invitaciones eran para mí, ¿recuerdas?

Kasem maldice por todo lo alto y su voz hace eco en el acantilado.

—Ahora sí que voy a cortarle la puta cabeza.

Y salta del acantilado, dejándome atrás y corriendo a toda prisa hacia el ejército de lobos.



Capítulo 59



Noemí

Kasem es una máquina de matar. Muchos de los lobos caen con la cabeza cortada o el corazón atravesado por sus dagas antes siquiera de darse cuenta de qué los ha atacado.

Puedo verlo todo desde aquí arriba: sus veloces movimientos, que no son más que un mero borrón para la vista; la sangre de los lobos sobre la nieve; los pedazos de licántropo esparcidos sobre el terreno… y las heridas que estos le causan cuando logran darle algún zarpazo de refilón.

—¡Kasem! —le grito, sabiendo que puede oírme a pesar de la distancia—. ¡Eres un insensato!

Sé que soy una hipócrita, pero estoy cabreada.

Podrían matarlo, maldita sea.

Me concentro en mi interior y acumulo maná en mis venas, invocando una poderosa tormenta que sacude los cielos con sus rayos y truenos. Cuando estos caen, lo hacen sobre gran parte del ejército de licántropos, que siguen saliendo de las distantes cuevas a montones a pesar de la matanza que estamos haciendo entre ambos.

—Mierda —digo, jadeando y agarrándome el pecho.

La ausencia de Radiante se nota, y el que haya usado solo mi propio maná, y no el de Kasem para que él pueda seguir combatiendo sin agotarse, también.

Pienso en mi familiar y lo encuentro a kilómetros de distancia, volando hacia nosotros y presa de la indignación por haber sido dejado atrás.

Con él aquí, la tormenta habría sido mucho mayor, maldigo para mis adentros. *Ahora voy a tener que descansar un rato para que mi maná individual se rellene.*

Menuda mierda.

Los rayos siguen cayendo sobre los lobos, pero son cada vez menos y menos hasta que la oscura tormenta se va disipando en el cielo. Apenas la he podido invocar yo sola unos quince minutos, como máximo.

Eso demuestra lo mucho que dependo de mi familiar, sobre todo, para engrandecer mi poder, ya que me resisto a usar el maná de Kasem sin su permiso explícito, por muy suicida que esté siendo.

La batalla dura horas y, durante ese tiempo, apenas soy capaz de ayudarle con algún rayo aquí y otro allá que chamuscan a quienes trataban de atacarlo por la espalda. Me dedico, mientras él pelea, a vigilar que nadie le haga daño y a matar a aquellos que lo intentan cuando está distraído enzarzado con algún lobo más grande y peligroso que otros.

Sé que soy bruja desde hace solo unos meses y que tengo un gran poder, que no muchas habrían sido capaces de invocar una tormenta de ese tamaño y acabar con casi un centenar de licántropos de una sola vez, pero aun así me siento frustrada conmigo misma por no poder hacer más.

Radiante, no tardes mucho, le pido a mi familiar a través de nuestro vínculo mental, queriendo rellenar mi maná cuanto antes, cosa que él puede hacer con su propia magia de apoyo, e invocar otra tormenta para ayudar mejor a Kasem con las decenas y decenas de lobos que siguen saliendo de las cuevas en tropel. Como kamikazes dispuestos a sacrificarse por su amo.

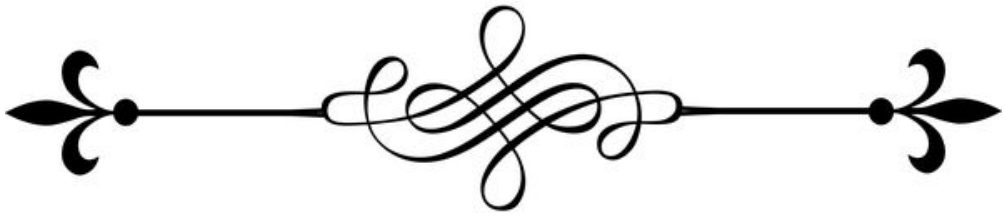
Me dan pena, pero no pienso dejar que maten al maldito amor de mi vida por ello.

Que mueran, si han de morir.

La elección de seguir luchando a pesar de sus muchas bajas y de sus pocas posibilidades ahora que estamos en un campo abierto con mucha visibilidad es suya. Y el hecho de que a Lechugo su gente no le importa es evidente en cada uno de los que salen de la cueva, listo para morir en vano en su nombre.



Capítulo 60



Kasem

La pelea es una de las mejores de mi puta vida. Los lobos no dejan de salir en tropel y yo no paro de despedazarlos, lanzando sus restos contra los demás sarnosos para ver si eso los desanima.

Por desgracia, solo los pone más rabiosos, si cabe, de lo que ya lo estaban por haber invadido su hogar.

—¡Lekchg! ¡Sé que estás observando, puto cabrón cobarde! ¡Sal de una vez de tu escondrijo! —grito a pleno pulmón, consciente

de que el sarnoso lo oirá.

Pero lo conozco bien, sé que no se dejará ver hasta que sus tropas me hayan agotado.

Buena suerte con eso, cabronazo, le deseo mentalmente entre carcajadas que hacen retroceder a uno de los licántropos que me enfrentaban. *La vas a necesitar.*

Seguro que se están diciendo mentalmente que estoy chalado y, sin embargo, me importa una puta mierda. Al fin y al cabo, no es que ellos rebosen de salud mental, estos betas, sacrificándose así por alguien a quien no le importas una mierda.

Eso sí que es de locos. O de lobos, más bien.

Cuando el penúltimo de los guerreros del alfa es decapitado por mis dagas y el último, chamuscado por uno de los rayos de una evidentemente cabreada Noemí (puedo verla claramente a pesar de los metros que nos separan, de pie en el acantilado y rodeada de un aura de puro cabreo), y Lekchg sigue sin aparecer, es cuando me doy cuenta de que algo me da mala espina.

Estaba demasiado centrado en el combate como para darme cuenta, pero hace minutos que ya no noto la atención del alfa sobre mí.

Noemí, pienso, jadeante y cubierto de sangre de los pies a la cabeza.

Echo a correr a toda velocidad y trepo el acantilado rocoso cubierto de nieve con toda la agilidad de la que soy capaz, que no es poca, aunque cuando llego, es tarde.

Lekchg ha capturado a Noemí, la ha inmovilizado y tiene una de sus largas garras sobre la garganta de mi vidraz.

Había una puerta secreta en lo alto del acantilado que ahora veo que está abierta.

Ha sido una trampa para llamar mi atención y separarme de ella desde el principio, y yo he caído como un novato gilipollas.

—Puto cobarde —escupo—. Suéltala.

—Si quieres que ella viva, hagamos un trato, Sangriento.

—Te mataré por esto.

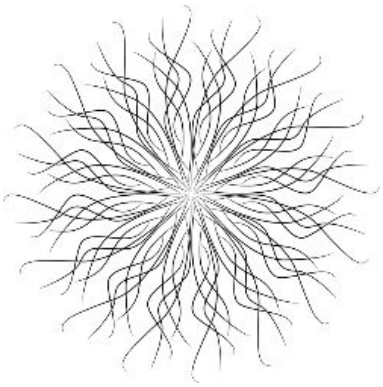
—Creía que ya querías matarme.

El sarnoso se echa a reír. Sus colmillos son enormes y están manchados de sangre. Busco heridas en Noemí y encuentro una herida abierta en su hombro.

La ha mordido.

El hijo de puta la ha mordido.

Lo veo todo rojo a partir de ese momento.



Capítulo 61



Noemí

Mierda.

Mierda. Mierda. Mierda.

Gran mierda.

Estaba tan centrada en mantener las espaldas de Kasem cubiertas y en calcular cuánto tiempo tardaría Radiante en llegar hasta nosotros que me ha pillado por sorpresa. Solo cuando me ha mordido, haciéndome gritar de dolor y de sorpresa, es cuando me he dado cuenta de que el alfa estaba a mis espaldas.

—¡Capullo, te voy a freír los sesos por esto! —le he gritado, pero no ha servido para nada más que para hacerle reír a mi costa. Como si mis poderes fueran una broma para él.

Cuando Kasem llega, yo todavía estoy tratando de acumular la magia que me queda bajo mi piel para darle tal descarga eléctrica al

imbécil del alfa que mis alarmas internas solo suenan al darme cuenta de que sus ojos han cambiado de color y de que su expresión está vacía. No vacía en plan «no tengo sentimientos», sino en plan «tengo calculadas diez mil maneras diferentes de cómo matarte y no me decido por una… aún».

—Creo que me la voy a quedar —anuncia el alfa, aunque se le nota nervioso—. Transformar a una bruja es difícil, así que voy a tener que morderla muchas veces.

Ni Kasem ni yo respondemos.

El que el vampiro esté cubierto de la sangre de su gente de los pies a la cabeza y sus pocas heridas tras enfrentarse a tantos habla mucho de su destreza para matar.

Lechugo va a morir aquí hoy de una forma u otra, pero, por su actitud, creo que no lo sabe; que todavía se cree que tiene esperanzas de salir de aquí victorioso a pesar de que no le queda ni un solo guerrero en pie.

Es doblemente imbécil.

—Preferiría que fuese una putita omega, aunque me da igual el subgénero que acabe siendo, será útil de igual forma con ese poder suy…

Su cabeza estalla en mil pedazos antes de que termine de hablar.

Kasem al fin se ha decidido por una manera de hacerle morir. Su favorita, supongo, por cuantas veces la usa.

—Estoy cubierta de cerebro de sarnoso —comento en voz queda justo antes de que Kasem me abrace y se disculpe, por primera vez desde que lo conozco, por no cuidar bien de mí.

—Debí haberlo pensado mejor. Cuando me cabreo soy tan impulsivo…

—Puedo cuidarme a mí misma —lo calmo y, al mismo tiempo, se lo recuerdo de nuevo—. Me ha pillado por sorpresa, pero estaba a punto de chamuscarlo, ¿sabes?

—Lo sé. He notado la acumulación de la magia bajo tu piel —replica, sin embargo, su voz parece afectada.

Ver mi sangre no le gusta. No de esta forma.

—No es tan grave como parece.

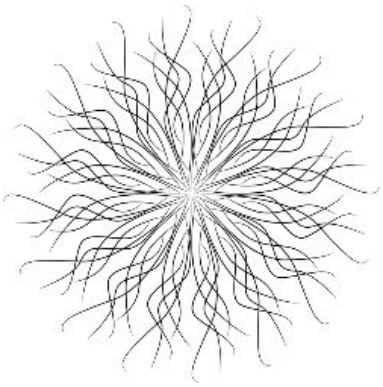
O eso espero. El muy cabrón de Lechugo me ha desgarrado el hombro y ahora que lo miro bien, me están entrando arcadas por lo profundas que son las heridas de sus colmillos.

El rostro de Kasem lo dice todo: no se cree ni una palabra.

—Ven —me dice suavemente, cargando conmigo al estilo recién casados en vez de al estilo saco de patatas—, vamos a encontrar un bezoar. Eso evitará cualquier cambio indeseado en tu cuerpo.

Salta del acantilado sin más, haciéndome chillar por la sorpresa y por la emoción del salto. Y me besa cuando aterrizamos antes de ponerse a correr a toda velocidad conmigo en brazos… hacia el territorio de las brujas, en cuya frontera nos habíamos mantenido hasta ahora, tratando de no entrar de lleno.

Solo espero que el aquelarre que habita estas tierras sea mejor que el de mi madre y nos ofrezca ayuda sin pedir un precio demasiado alto por ello.



Capítulo 62



Noemí

Una vez más, nos adentramos en el bosque helado del norte. Hemos atravesado las montañas de los lobos de lado a lado y acabado en la parte helada del país de nuevo, en la zona que hay bajo el Pico de las Arpías, que se puede ver a algunos kilómetros de distancia, aunque está tapado por densas nubes blancas.

El hombro me duele cada vez más, pero me callo porque sé que Kasem lo nota y se le llevan los demonios sin que yo ponga voz a ello.

No sé si es más duro para mí o para él. Parece tan desesperado como para entrar en el territorio de las brujas a pesar de que noto que su maná no está al cien por cien, ni mucho menos.

—¿De verdad voy a convertirme en mujer loba?

Él se detiene sobre la rama de un árbol y se apoya contra el tronco, cansado. No es inagotable, y ello lo está demostrando con

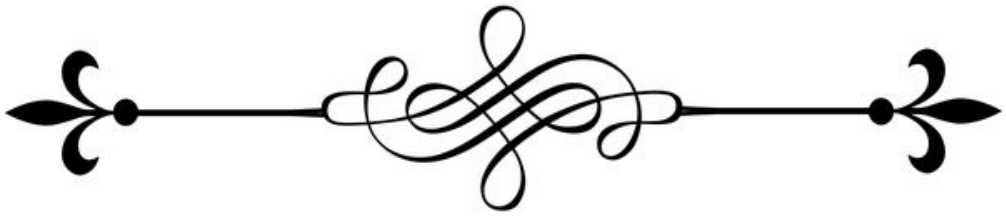
creces. Y, sin embargo, sigue poniéndose en peligro por mí sin rechistar. Me siento tan avergonzada de haber corrido hacia la cueva de los lobos y de no haber escuchado sus advertencias…

—No —dice Kasem—. Como mucho, tendrás unas inmensas ganas de comer carne poco hecha en luna llena. No eres humana, eres bruja, y si tu magia no acepta una nueva naturaleza, la rechazará. Pero es mejor que nos aseguremos de que vas a estar bien encontrando un bezoar encantado contra la mordedura de un lobo alfa. Y para ello…

—Para ello tendrás que negociar con nosotras. —Bajamos la mirada y nos encontramos con el rostro de una mujer anciana repleto de tatuajes que brillan en la tenue oscuridad del bosque—. Hola, Sangriento. ¿O debería llamarte Kasem?



Capítulo 63



Kasem

—Nahuala.

Me sorprendo al verla aquí. Hacía años que no sabía de ella. Desde la última vez que visitó a mi madre en el castillo Katari.

—Hola, chiquillo. Ha pasado un tiempo.

—Casi cien años.

Cojo a Noemí y salto del árbol a una distancia prudente de la bruja verde. Puede que sea una druida, pero está en mitad del bosque (su territorio) y creo que hace años tuvo una buena bronca con mi madre por no sé qué asunto.

—Oh, no seas así. No voy a haceros daño.

Clava la mirada en Noemí cuando dice eso último y yo me muerdo la lengua para no soltar una maldición.

Otro aquelarre que ha oído hablar de ella y que, seguramente, la quiere en sus filas.

En este lugar es difícil sobrevivir incluso si eres una bruja. Y, además, las que hay no suelen ser tan poderosas como mi listilla, ni de lejos. Ella dobla en poder a la mayoría, más ahora que está vinculada a Radiante (que por cierto me acabo de acordar de que lo he dejado atrás, en el viejo campamento) y a mí. Y ni siquiera se da cuenta porque no es buena midiendo el poder de los demás.

—Hola —saluda Noemí con un gesto dudoso, aunque amable.

—Hola, Noemí. Bienvenida a nuestro bosque —le sonríe Nahuala. Definitivamente esto me da muy mala espina—. Pero, vamos, no os quedéis ahí. Toda la villa está deseando conoceros.

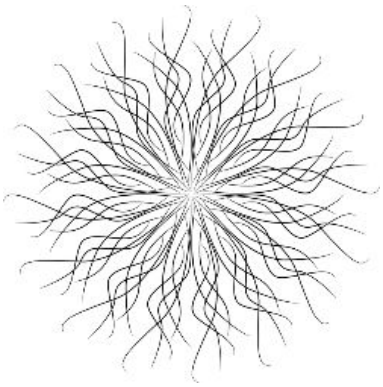
No es una invitación, es una advertencia que me hace rechinar los dientes como lo hace mi listilla cuando la irrito.

Vamos a meternos en la boca del lobo una vez más, y ya casi no me quedan reservas de maná. Ni a Noemí tampoco.

Estamos jodidos, y sin embargo es la única forma de que la fiebre de los lobos no afecte a mi listilla, así que debemos hacer esto nos guste o no.

Solo espero que no nos jodan, o me vengaré, sea o no sea Nahuala todavía amiga de mi madre.

Noemí es mucho más importante que cualquier otra cosa en el mundo. Y pienso mantenerla a salvo a toda costa.



Capítulo 64



Noemí

La villa de la que Nahuala hablaba es mucho más grande de lo que me había imaginado. No solo tiene una calle principal con casitas de piedra con techo de paja, cada una con su jardín, sino también hay varias calles laterales y hasta un enorme huerto natural, que la anciana bruja nos enseña con una sonrisa que no me convence.

La gente, mayoritariamente mujeres y niñas (cuento unas veintitantas), sale a recibirnos como si fuéramos el evento del año.

—Todas están encantadas de que estéis aquí —nos dice Nahuala.

A mi lado, Kasem no ha relajado su tensión ni un ápice.

Esta mujer está tramando algo, es lo primero que me viene a la cabeza cuando nos dirige hacia los almacenes donde tienen todos los ingredientes que recogen de sus campos o de sus animales cuidadosamente etiquetados.

—Hija —saluda la druida a una alta mujer de piel color chocolate, que baja de una escalera cargada de botes y libros por igual flotando alrededor de su cabeza—. Por favor, ve y dile a Jamaira que nuestra invitada requiere de un lugar donde quedarse y también de un bezoar encantado con una poción antilobos.

—¿Un bezoar de esa categoría? Pero, ¡madre!…

—Calla y ve —ordena ésta en tono arisco. Luego se gira hacia nosotros una vez su hija ha desaparecido pasillo abajo, hacia otra sala interconectada por un arco de piedra y madera tallada que brilla cuando la chica camina bajo este, y nos sonríe—. Mis hijas son un poco rebeldes, aunque te cogerán cariño en seguida —me asegura.

Desde hace un rato, actúa como si Kasem no existiera. O como si su opinión no importara. Es tan extraño…

—No nos quedaremos mucho tiempo —afirma el vampiro, más tenso incluso que antes—. Dinos qué quieres por el bezoar.

—Calma, chico. ¿Qué prisa tienes?

—Eso es privado —intervengo yo, y me pongo a toser tras hablar.

Me siento algo afiebrada y con la garganta reseca. Además, la magia de mis venas ha empezado a chispear hace un rato, como si estuviera luchando contra algo que hay en ellas y que mi cuerpo no quiere ahí.

Kasem me aprieta contra su costado de manera sutil, interponiéndose un paso entre la mirada reluciente de Nahuala y yo.

—Ambos sabemos que no va a ser gratis. Dinos qué quieres, Nahuala.

—Qué quiero yo no, niño —replica la bruja—. Qué quieren todos.

Y me señala con la barbilla.

—No.

La respuesta la decimos ambos a la vez, alto y claro.

Ella se echa a reír.

—Tranquila, no iba a pedirte que te quedes —se dirige a mí de nuevo—. Solo quiero un poco de ti. Un ingrediente a cambio de un ingrediente. Nada más.

Me da muy mala espina todo esto y, por la mirada que comparto con Kasem, a él también.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunta el vampiro de nuevo, impacientado y al borde de ponerse a gruñir con frustración e irritación.

—Su sangre.

—Y una mierda —escupe Kasem—. No tendrás ni una sola gota de ella.

Nahuala se encoge de hombros.

En ese momento, su hija vuelve con un frasco en la mano, en la que flota una pequeña bola oscura que supongo que es el bezoar encantado.

—Entonces ella no tendrá esto.

Kasem se adelanta un paso como si fuera a cogerla del cuello, pero se detiene en el último momento.

Las brujas, sin embargo, dan un paso atrás e invocan su magia a su alrededor, ambas intrínsecamente ligadas a la tierra, en defensa propia. Están alarmadas, aunque Nahuala no parece amedrentada en lo más mínimo.

—¿Para qué queréis mi sangre? —intervengo, tratando de calmar el ambiente que de repente parece que vaya a estallar en un combate a muerte en cualquier momento.

No me apetece ver más muerte hoy. Estoy agotada y me noto cada vez más débil.

—Es obvio —resopla la hija de Nahuala—. No solo eres increíblemente poderosa, también provienes de un linaje conocido por haber dado a luz a videntes, como tu tatarabuela, Esmedila, la madre de tu abuela Arya, que también es conocida por su poder con el elemento rayo.

—¿Esme-qué?

—¿De verdad no la conoces? —se sorprende la chica—. ¿Es que no sabes nada de tu linaje?

—Hasta ahora no tenía nada parecido a un linaje —me irrito.

—Fue famosa en todo el mundo —dice Nahuala con calma, bajando sus defensas como si fuera una oferta de paz—. Su poder para predecir el futuro era inmenso y nos puso a todos en un brete. Convirtió al aquelarre de tu familia en el más poderoso del mundo mientras vivió. Y aunque ahora no son más que un puñado y ciertamente no son las más poderosas, siguen siendo fuertes gracias a ella y a sus predicciones.

—Y tú… —añade la hija— tú tienes mucho poder en las venas. Nosotras no tenemos ninguna eléctrica, pero si tuviéramos la sangre de una que, además, tuvo una tatarabuela como la tuya…

—Calla —le chista su madre, y ella cierra la boca de un plumazo, ajustándose las gafas de manera nerviosa.

—Lo siento —murmura.

—Aun así, no puedo dárosla —niego con la cabeza—. No sé qué haríais con ella.

—Nada malo, niña. No somos un aquelarre conocido por entrar en guerra con nadie.

—Eso no garantiza que no lo hagáis en un futuro —gruñe Kasem—. Y tener la sangre de Noemí os daría el poder de invocarla a través del conjuro de una arcana medio capaz. ¿Os creéis que somos idiotas?

Invocarme.

Otra vez.

Estoy harta de la gente que, de repente, me quiere como sea solo porque soy bruja y porque mi antepasada era famosa, al parecer. Es un incordio.

—Pedid otra cosa —les urjo, cada vez más afiebrada y cansada —, una que no me ate a vosotras. —Y añado, pensando con rapidez —: Ni a Kasem tampoco.

Nahuala conoce su nombre real, así que supongo que no hay que usar su apodo entre estas cuatro paredes.

—No, niña. No —niega la druida con la cabeza, y coge el vial con el bezoar, escondiéndolo en un bolsillo de su amplia falda marrón y verde—. Pensad en qué es mejor para vosotros: ¿Que ella caiga enferma y muera, que se transforme en una semiloba maldita o que nosotras tengamos un poco de su sangre para poder usarla como ingrediente en algunas de nuestras pociones? Pensadlo y, entonces, dadme una respuesta.

—Nahuala… —dice Kasem en tono de advertencia.

Ella alza una mano.

Ha tomado una decisión, eso es evidente.

—Ni siquiera tú, Kasem, puedes enfrentarte a un aquelarre entero. Y menos en tu estado —le recuerda—. ¿O es que no le has dicho a tu chica que las heridas causadas por hombres lobo no cierran tan fácilmente y pueden llegar a infectarse si no se tratan?

—¡¿Qué?! —me alarmo.

Hasta ahora no me habían preocupado los cortes porque le he visto regenerarse desde prácticamente la nada cuando le lancé aquel rayo sin querer, sin embargo ahora estoy muy angustiada.

—No pasa nada, Noemí.

—¡Sí que pasa! —exclamo, girándome hacia su cuerpo para poder revisar todos y cada uno de los cortes.

Es cierto que la mayoría se han reducido en tamaño, pero también que siguen sangrando y que algunos huelen un poco raro. Como si estuvieran envenenados.

—Hay un motivo por el que ningún vampiro, a no ser que sea suicida, se enfrentaría solo a una manada de lobos —afirma Nahuala —. El mismo que los convirtió en enemigos hace milenios: solo un licántropo puede matar de verdad a un lobo, y viceversa.

—Ambas especies tienen una capacidad de regeneración que pone los pelos de punta —se estremece su hija, observando a Kasem con algo de miedo en sus oscuros ojos.

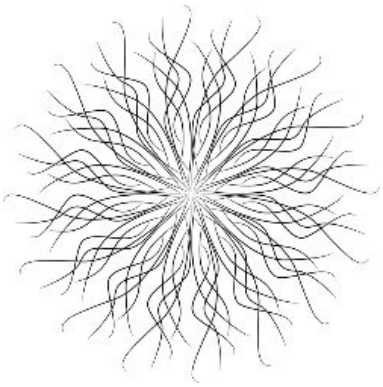
—No solo te daré el bezoar —Nahuala se dirige a mí de nuevo —. También te daré ungüentos con los que acelerar su curación y evitar la infección. Así que, ¿qué me dices?

—La respuesta es no —vuelve a decir Kasem con voz cortante.

Me doy cuenta de que no deja de perder sangre. De que, por mi culpa, sus heridas le duelen, aunque lo oculte bien bajo sus conjuros.

Cuando toco su piel, mis manos salen manchadas de sangre. Su sangre.

—Acepto el trato, aunque con ciertas condiciones.



Capítulo 65



Noemí

Nahuala sonríe como si hubiera ganado una batalla.

—¡Ni de coña! —ruge Kasem—. ¿Te has vuelto loca? —se gira entonces hacia la bruja verde—. No acepta nada. Que os jodan, druida. Que te jodan. Si ni siquiera por la amistad que tenías con mi madre puedes ayudarnos, ¡vete a tomar por culo, zorra!

—¡Kasem! —le grito yo a él—. Algunas de tus heridas están infectadas y yo no sé cómo curarte. Necesitamos su ayuda.

—No —replica con desprecio hacia la bruja. Sus ojos son bicolores de nuevo y relucen con una ira que estremece a ambas hechiceras de pavor. Pero, aunque acumulan magia de nuevo, no dan un paso atrás—. No la necesitamos. Que les jodan, encontraré otra forma.

—Sabes que no hay ninguna otra, niño.

—Pues pide algo diferente, ¡joder!

Nahuala alza una ceja con curiosidad.

—¿Por qué te importa tanto esa chica? —Me observa de la cabeza a los pies—. No es que sea muy atractiva. A no ser… —Lo mira a él entonces con pena, y luego cambia de emoción de nuevo y se echa a reír con ganas—. Oh, Kasem, chiquillo. Dime, ¿te has enamorado?

Esta mujer no es muy estable, aunque suene hipócrita viniendo de mí, que no he sido la persona más estable últimamente.

—No es tu puto asunto, bruja —le sisea el vampiro.

Ella se lleva la mano a la boca mientras sigue riéndose por lo bajo.

—Qué sorpresa —exclama—. Jamás pensé que este día llegaría. Tu madre estará feliz por ti…, si sobrevives a tus heridas, claro.

—¿Serías capaz de intentar matar al hijo de una amiga? —me horrorizo.

—No, niña. Sin embargo, la infección es más grave de lo que crees —me replica—. No es así, ¿Kasem? Tantos lobos… Eran demasiado incluso para ti. Puede que Lekchg esté muerto, pero te hará pagar un alto precio por haberlo asesinado.

—Estabas observándonos, ¿verdad? —me cabreo, dando un paso hacia delante. Mi magia se siente tan furiosa como yo—. Le has visto luchar y no has hecho *nada* para ayudarle.

Ella se encoge de hombros.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Se las estaba apañando muy bien.

—O más bien querías que yo acabara débil por la pelea para poder exigir mierdas luego cuando acudiéramos a tu aquelarre, ¿no

es así? —El sarcasmo de Kasem hace que el aire se vuelva helado—. Sabías que vendríamos.

Ella sonríe y no lo niega.

—¿Dónde más ibas a encontrar un bezoar como este?

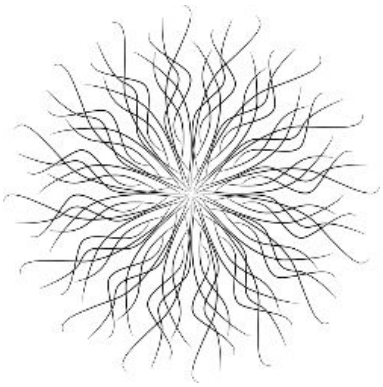
Kasem se pone rojo de la ira.

—Hija de puta. Eres tú la hechicera que ha estado ayudando a los lobos con lo de las tarjetitas transportadoras… O no, pero sí una de tu aquelarre. Este era vuestro plan desde el principio: traer a Noemí hasta vosotras.

Da un paso adelante y las brujas dos atrás. De repente, el lugar se llena de mujeres que rezuman magia saliendo de todos los rincones. Debe de haber al menos una veintena.

Son demasiadas para nuestro estado actual. Nos la han jugado bien.

Maldita sea.



Capítulo 66



Noemí

Nos encierran en una de las casas, aunque no tiene ventanas y la única puerta de salida es de metal encantado. Al igual que las paredes de piedra, repletas de runas. Aquí dentro ni siquiera puedo sentir a qué distancia está Radiante, solo que está vivo y que nuestro vínculo no se ha roto.

—Nos han metido en una celda —comento con cansancio.

Me siento tan agotada que Kasem me coge del brazo y me obliga a sentarme en la única silla que hay en este pequeño y oscuro sitio.

—Deberías sentarte tú —protesto, sintiéndome tan culpable que mis ganas de llorar se cuelan en mi voz—. Lo siento.

Echo a llorar sintiéndome egoísta por hacerlo, pero él solo se arrodilla frente a mí.

—Ey —me dice, apartando las manos con las que había cubierto mi rostro—. Fui yo el que decidió saltar del acantilado para matarlos, ¿recuerdas?

—Y yo la que se lanzó hacia las cuevas sin pensar por una tontería que no era de mi incumbencia.

Aunque la esclavitud jamás será una tontería para mí. Y más cuando pienso en Arya y en que ella podría estar atrapada en un sistema social como ese si resulta que es beta u omega.

—Y yo el que nos teletransportó hacia dichas cuevas y decidió intentar vengarse de Lekchg, desviándonos del camino.

Río suavemente.

—Podríamos estar así todo el día, ¿no?

Él me devuelve la sonrisa y limpia con suavidad las lágrimas de mis mejillas, enrojecidas por la fiebre.

—Creo, Noemí, que yo cargo con muchas más decisiones impulsivas y culpas que tú. Para empezar, es culpa mía que estemos aquí.

Niego con la cabeza.

—No digas eso. No es cierto. Nos han tendido una trampa y lo sabes.

—Pero no hubiéramos caído en ella si no fuera por mi puta personalidad de mierda, que tiene que matar a todos los potenciales enemigos que te rondan —sisea, iracundo consigo mismo—. No debí dejarte sola en aquel acantilado.

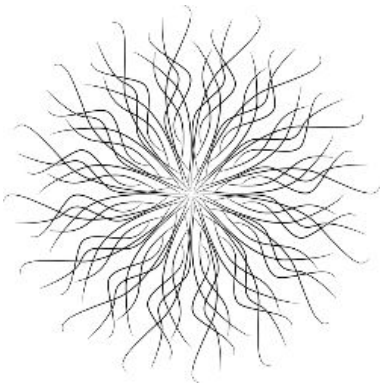
—Oh, Kasem.

Lo beso con fuerza y pasión. No puedo contenerme. A pesar de lo mal que me encuentro, lo que siento por él es más fuerte que cualquier debilidad física.

—Te quiero, listilla —murmura él cuando termino de arrasar su boca—. Y no voy a permitir que nada ni nadie te haga daño jamás, aunque tenga que llenar el mundo de cadáveres por el camino. Ya lo sabes, ¿verdad?

Asiento porque estoy sin palabras.

—Te protegeré cueste lo que cueste, lo juro por mi sangre.



Capítulo 67



Noemí

—Lo mismo digo —le aseguro, hipando por el llanto—. Lo mismo digo, Kasem. Yo también te quiero. Mucho. Muchísimo. Y también quiero protegerte.

Me inclino y lo abrazo con fuerza. Su cabeza se apoya en mi pecho y pasamos así un buen rato, simplemente abrazados y en silencio, procesando nuestras emociones y la situación en la que estamos.

—¿Cómo puedo ayudarte a curar esas heridas? —le pregunto en voz baja con preocupación al cabo de un rato—. Sigues sangrando. Mis manos están manchadas de tu sangre. Quítate el conjuro de glamur, Kasem. Quiero ver cómo estás realmente.

Él suelta un gruñido.

—No te asustes. No es tan grave como parece —me pide justo antes de incorporarse y deshacerse del conjuro que lo ocultaba a mi

vista.

—Oh, Dios.

Me llevo la mano a la boca y la cubro con horror. Antes me dejaba ver solo unas cuantas heridas, supongo que para que creyera que eso era todo, pero… pero está desgarrado en tantas partes: hombro, cadera, brazo derecho, muslo izquierdo.

Sus heridas son mucho peores que la mía.

—Te he dicho que no te asustes.

—No estoy asustada —le advierto—. Estoy acojonada. ¿De verdad esas heridas no se van a cerrar solas?

Él suspira y se pone en cuclillas de nuevo frente a mí, posando sus manos sobre mis rodillas.

—Lo harán. Con el tiempo.

—¿Y las infectadas? —inquiero.

Él hace una mueca.

—Esas son un problemilla que solucionaré pronto.

—Y tanto que lo vas a solucionar, porque, ¿sabes lo que vas a hacer?, te vas a beber mi sangre.

Él frunce el ceño.

—Estás enferma, no te puedes permitir… —Le tapo la boca con la mano.

—Sí puedo. Te sané así una vez y sé que puedo hacerlo de nuevo. Y, además, si uno de los dos está a pleno rendimiento, sería mucho mejor, ¿no?

Nuestros manás van recuperándose, aunque mucho más lentamente de lo habitual.

Malditos sarnosos.

Kasem niega con la cabeza.

—Estás infectada con la mordida de un alfa, cariño —insiste—. Tu sangre está combatiendo una enfermedad. No puedes permitirte perder ni una gota.

—Puedo y lo haré.

Me quito la chaqueta y la camiseta con torpeza y aguantándome un gemido de dolor por el hombro desgarrado, elevando la cabeza para ofrecerle mi cuerpo.

—Muerde donde quieras.

—Joder, Noemí —gime él—. Joder. No me lo pongas tan difícil.

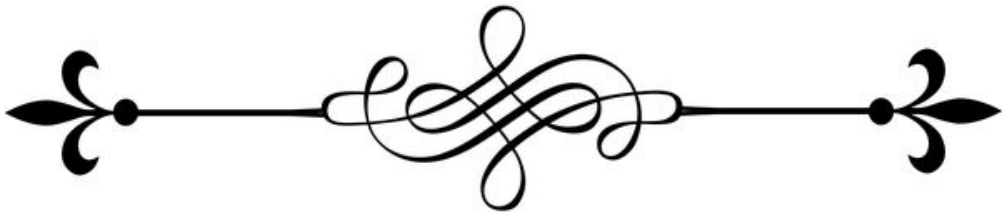
—¡Muerde de una vez! —le pido con desesperación.

No soporto verlo herido.

Él, soltando un gruñido animal, se abalanza sobre mí como una bestia hambrienta y hunde sus colmillos en mi cuello.



Capítulo 68



Kasem

No debo beber demasiado.

No debo. No debo. No debo, me lo repito incesantemente. *Ella está enferma, la dejaría débil para combatir la infección del sarnoso si me paso.*

Pero es tan difícil resistirse a su sangre que, si no tuviera ese instinto de protegerla por encima de todo (incluso de mí mismo) no creo que hubiera podido parar.

—Más —jadea Noemí cuando me aparto tras cerrar su herida con mi saliva, sin embargo, yo cojo sus manos y las desenredo de mi pelo, apartándome.

—Es suficiente.

—No —gimotea—. Puedes beber más. Estoy bien. Tus heridas son peores que la mía.

No comparto su opinión.

—Ya estoy sanando, cariño —le murmuro, tranquilizándola aun sabiendo que el frenesí de sangre, o *groupie*, como lo llama ella, está haciendo su efecto—. ¿Ves? —Le señalo algunas de las heridas que se pueden ver a través de los desgarros de mi ropa—. Algunas ya se están cerrando.

—Pero…

—Shhh —la hago callar—, ahora deja que yo cuide de ti.

Con el sabor de su sangre todavía en mis labios, la desnudo lentamente y luego hago lo propio conmigo, levantándola en brazos y llevándola a la ducha que hay en un rincón de la cabaña, cuyo baño no tiene ni siquiera paredes.

Bajo el chorro de agua cálida, la limpio de los pies a la cabeza de la sangre de Lekchg, de la suya y de la mía, ya que insiste en tocar las heridas para tratar de sanarlas con su magia a pesar de que su tormenta no está hecha para eso.

—Debe de haber algún modo de curarte del todo —insiste—. Algo que podamos hacer, aunque no les dé mi sangre a las brujas.

Sus palabras me llenan el pecho de una sensación que desconocía hasta ahora. Creo que es algo parecido a la ternura que siento a veces, pero mucho más poderoso.

—Ey —murmuro, elevando su rostro para que deje de mirar los cortes y desgarros de mi cuerpo—. Ni siquiera me duelen. No son

más que unos cuantos arañazos que se curarán con el tiempo. No te preocupes.

—Sí me preocupo —objeta ella, cabezota como ninguna otra mujer que haya conocido jamás—. Dime qué puedo hacer.

Su tono acongojado me produce una sensación de dureza en el estómago. Como si se me encogiera de pena por verla así.

—Es fácil, cariño —le digo—. Deja que lama la herida de tu hombro.

Ella pone cara de estar confusa.

—¿Para beber más sangre?

Ni de coña. Ya le he quitado demasiado.

Le sonrío con una picardía que no siento.

—Claro. —Le guiño un ojo.

Si le digo que es para sanarla, no sé si me dejará porque está empeñada en curarme a mí primero y en que no malgaste mis fuerzas.

—Vale —me sonríe ella, contenta por la idea de que la muerda de nuevo, aunque no piense hacerlo.

Me siento como una mierda por aprovecharme de su estado de *groupie*. Otra nueva sensación que añadir a la lista de cosas que solo Noemí me ha hecho sentir a lo largo de mi vida.

Hago aparecer una toalla de las pocas provisiones que me quedan ya en las runas de mi cuerpo y la seco de la cabeza a los pies, teniendo cuidado con la herida de su hombro, que al menos ha dejado de sangrar.

Hay una manera de que pueda sanar más rápido, me dice mi mente.

O de matarla, replico con dudas y temor en cada fibra de mi cuerpo.

La elevo de nuevo y la acuno contra mi cuerpo desnudo mientras la siento en la silla, cubierta de los pies a la cabeza por la amplia toalla, que en ella parece una manta.

Sigue sonriendo, atontada por la ponzoña de mi mordida, pero al menos ya no hay dolor en cada uno de sus microgestos. De algo ha servido el modo *groupie* por una vez: no siente el dolor de su herida, solo el estado de placer que le produce mi ponzoña.

—Voy a lamerte, ¿vale?

En otras circunstancias, eso habría sonado sexual. Ahora no hay sexo en mi mente ni por asomo, a pesar de lo hermosa que es y de lo dispuesta que está a hacer cualquier cosa que yo le diga ahora mismo.

Ella asiente y eleva el cuello, enseñándome su hombro con ansias.

—Venga, hazlo ya —jadea con expectación.

Inclinándome sobre su piel maltrecha, dejo que mi saliva haga su efecto curativo sobre las heridas que los colmillos de Lekchg han abierto con brutalidad.

Si pudiera, lo resucitaría una y otra vez solo para matarlo mil veces más de formas lentas y crueles. Aunque ya está muerto y la nigromancia no es lo mío. Los brujos no heredamos los poderes de nuestras madres o abuelas, solo desarrollamos alguna que otra magia propia. Y lo mío son las runas de poder, que ahora mismo no me sirven de mucho.

El sabor de la ponzoña del sarnoso es repugnante, pero bajo esta, la sangre de Noemí sigue siendo la mejor ambrosía del mundo. Paso un buen rato lamiendo, escuchando sus gemidos y tratando de recordarme que esta no es una de nuestras sesiones de sexo, sino

que estoy intentando quitar el máximo de ponzoña de sarnoso de ella para que la herida sane antes con mayor facilidad, aunque sigamos necesitando el bezoar para limpiar su sangre por completo y que debe de tener fiebre. Debo hacerlo porque es difícil no ponerme cachondo con los sonidos que ella emite, que afectan a mi cuerpo y a mi mente como ninguna otra mujer lo ha hecho nunca.

Como solo Noemí puede hacerlo.

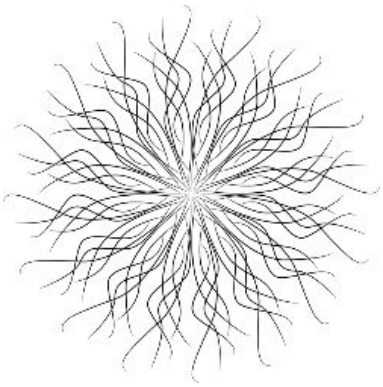
Solo cuando la herida está completamente cerrada y mucho menos inflamada que antes, me obligo a apartarme con toda mi fuerza de voluntad y a no mirar sus ojos, repletos de lujuria y de un velo de placer que no tardará en pedirme más.

Podrías darle tu sangre. Convertirla. Las brujas pueden compartir eso con los vampiros, aunque no puedan con los sarnosos. Ella sería una vampiresa tan magnífica. Imagínala: los poderes de tu especie y su magia de tormenta…

Cállate, le digo a la vocecita de mi mente, harto de ese deseo que ha nacido en mí de emparejarme con ella en todos los sentidos que no me deja en paz.

Noemí es perfecta tal y como es y, con el vínculo que ya tenemos entre nuestras magias, vivirá tanto o más que yo.

Y eso me basta.



Capítulo 69



Noemí

—Muérdeme, Kasem.

Tengo asumido que en el fondo siempre seré una insensata. Pero, tras pasarme años haciendo solo lo que se consideraba sensato socialmente (y morirme de aburrimiento en el proceso), he decidido que ya no me importa.

No cuando se trata de Kasem Katari, cuya insensatez se equipara a la mía como lo hace en todo lo demás.

—No —niega él con firmeza, apartándose de mí.

Lo cojo de la muñeca desnuda y le imploro en silencio que no se aleje.

—Por favor.

Sé que en gran parte es la lujuria de sangre la que habla, pero, cuando me muerde, me siento tan increíble… Es como si todo mi cuerpo ardiera de placer.

Él cierra los ojos al oírme suplicar.

—Se te pasará en un rato. No he bebido mucho antes. Ya debes de estar a punto de recobrar el juicio —comenta él, deshaciéndose con suavidad de mi agarre para poder sacar ropa de sus runas y así vestirnos.

El que tenga prendas de mi talla siempre me maravillará, pese a que eso ahora es irrelevante.

Sobre todo, porque no quiero que nos vistamos.

Me levanto de la silla y dejo caer la toalla al suelo.

—Si no vas a morderme, al menos fóllame, Kasem.

Se estremece de la cabeza a los pies, incluyendo su polla, que se eleva ligeramente y se inflama con interés.

—Estamos débiles y encerrados en la puta celda de un aquelarre que quiere tu sangre y tú solo piensas en sexo.

Me echo a reír en su cara de gruñón.

—Como si tú no estuvieras pensando en lo mismo —me burlo. Doy un paso hacia él, pegándome a su piel—. Por favor —suplico de nuevo—, fóllame.

Esta vez, cierra los párpados y pone expresión de estar luchando consigo mismo.

—A la mierda —le oigo mascullar con una maldición.

Y entonces me besa con el mismo ardor que recorre mis venas. Con la misma pasión con la que yo me aferro a sus hombros, a su pelo, a su musculosa espalda desnuda, pasando mis manos por cada trozo de él que puedo alcanzar mientras estamos pegados piel

con piel, frotándonos como dos animales en celo que buscan encajar en la forma del otro y no separarse jamás.

Kasem me agarra de las nalgas y apoya mi espalda sobre la pared, tan pasional y devoto como siempre, teniendo cuidado de no hacerme daño con la fría y dura piedra desigual y evitando que mi hombro herido, que se siente mucho mejor que antes, presione contra ella.

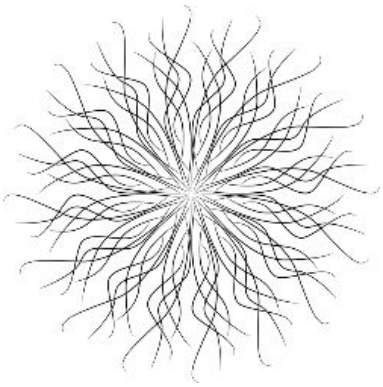
Paso las manos por su cuello y las piernas por sus caderas, juntando mis pies en sus nalgas desnudas y empujándolo hacia mí.

Él entra en mí con un gemido necesitado, como si yo fuera todo lo que ha anhelado en la vida. Y yo me trago ese gemido con mis besos mientras trato de acordarme de respirar en cada una de sus embestidas.

El orgasmo es rápido y brutal. Y el segundo, que me pilla por sorpresa, no tarda mucho en seguir al primero. Kasem, en cambio, sigue un poco más, abusando de mi inflamado coño hasta que se corre con un estremecimiento.

—Noemí —jadea con la devoción de un clérigo hacia su diosa destilando en cada sílaba de mi nombre mientras sigue embistiendo hasta que termina de sentir el éxtasis de su orgasmo—. Noemí. Noemí. Noemí.

Apoya la cabeza sobre mi hombro bueno y tiembla una última vez. Y yo, al verlo así, tan vulnerable y tan mío, me corro una tercera y magnífica vez, gimiendo tan alto que no me cabe duda de que nuestras carceleras deben de haberlo oído fuera de estas gruesas paredes encantadas.



Capítulo 70



Noemí

No podemos quedarnos para siempre aquí. Seguro que Kasem sería capaz de abrir esa puerta encantada. O yo. El problema no es ese. El problema es que, en cuanto salgamos, estaremos rodeados.

Ese es el dilema al que ambos le estamos dando vueltas cuando escuchamos los gritos. En la casa, por llamarla de alguna manera, no hay ventanas, pero no me cabe duda de que las brujas están luchando contra alguien ahí afuera, y de que es a vida o muerte, por los alaridos y las explosiones que hacen eco en nuestra celda desde todos los costados.

Kasem y yo nos miramos y sabemos lo que vamos a hacer sin ni siquiera emitir un solo sonido.

Le dejo el placer de hacer estallar la puerta en mil pedazos a él, ya que yo todavía sigo algo debilitada y mi reserva de maná no

se ha recuperado por completo, a diferencia de la suya, que está casi llena.

—Con cuidado —me dice, asomándose una vez por el borde del marco—. Si nos ven, no nos dejarán ir, aunque tengan que dividir sus fuerzas.

—¿Podrías ponernos un disfraz?

Él enarca una ceja y yo señalo a los dos cadáveres que deben de haber sido nuestras guardias, una de las cuales es la hija de Nahuala.

Él asiente y, con el murmullo de su vadálico y el brillo de una de las runas de su muñeca, ambos nos cubrimos de un hechizo de glamur que oculta nuestra verdadera identidad a la vista de los demás con la apariencia de dos brujas muertas.

—Aun así —habla Kasem con la voz de una mujer alta de piel tan oscura como la noche—. Procuremos no cruzarnos con nadie, ¿de acuerdo?

Asiento y ambos nos colamos en el fragor de la batalla. Es de noche. No sé cuánto tiempo hemos estado en esa celda. Quizá uno o dos días. Pero sí sé que, si no fuera por las provisiones de Kasem, el hambre me habría corroído las entrañas y me habría sentido todavía más débil.

Sin duda eso era lo que ellas querían que pasara.

Nos cogemos de la mano cuando el vampiro me urge a caminar más deprisa y yo trastabillo un poco. Él me mira por encima del hombro con preocupación y yo le sonrío tratando de infundirle ánimos.

—¡Cuidado! —grita la voz de una bruja que debe de haberse tragado el glamur, porque nos hace una señal para que la sigamos al combate que ignoramos.

Kasem nos tira al suelo justo a tiempo para evitar que una bola de fuego nos alcance y haga estallar las puertas de una casa cercana.

—¡Buscadla! ¡No paréis hasta encontrarla! —oímos a una voz femenina gritar mientras tratamos de abandonar la villa en dirección al bosque.

No sé a quién están buscando, pero, por la tensión de la nueva forma de Kasem, diría que es a mí.

—Es el momento perfecto para robar el bezoar —le susurro a mi mercenario mientras estamos tendidos en el suelo.

—Creo que el almacén estaba por aquí. Vamos. —Tira de mi mano para levantarme y echamos a correr hacia donde él indica.

Colarnos es fácil.

Lo difícil es que el herbolario, o lo que quiera que sea este sitio repleto de estanterías con frascos, plantas y libros hasta el techo, también está siendo atacado.

No reconocemos a ninguna de las brujas que se están intentando matar entre ellas, aunque algunas de ellas sí que nos reconocen a «nosotras».

—¡Kiara! ¡Usa tu fuego! —le chilla una a Kasem.

—¡No! —grita otra, que tiene pinta de bibliotecaria y que está usando un par de espadas de hielo para luchar contra una alta mujer que usa las sombras como arma—. ¡Haría arder este sitio, idiota!

La discusión no dura mucho porque, con un par de palabras y las manos alzadas, Kasem les revienta la cabeza a todas las presentes.

—Cinco menos que puedan perseguirnos luego —jadea, cansado por el esfuerzo.

Nunca le había visto así.

—Necesitamos algún tipo de ungüento para tus heridas —le digo de manera urgente—. ¿Sabes dónde encontrarlo? —Señalo hacia las docenas de estantes repletos de frascos que hay en uno de los lados de la habitación.

Él asiente.

—Tú coge el bezoar —alarga un dedo y me indica qué frasco y a qué altura está la dichosa piedrecita—. Yo encontraré algo para mis heridas.

Nos afanamos en completar las tareas, atentos siempre a lo que pasa fuera del almacén por si acaso otras brujas deciden entrar.

Cuando al fin tenemos los frascos que necesitamos en nuestro poder, nos metemos de nuevo por entre las brujas que tratan de aniquilarse entre sí, teniendo que defender nuestras vidas en un par de ocasiones de hechiceras que asumimos que son del aquelarre atacante.

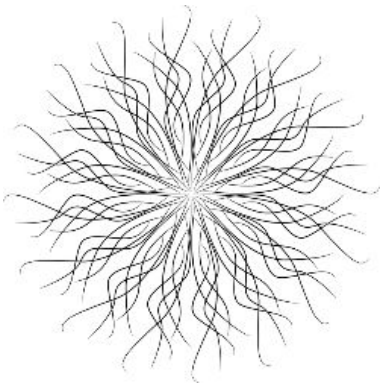
Cuando al fin logramos escabullirnos por entre los árboles, hemos dejado un rastro de cadáveres de brujas que pensaban que éramos las guardias en las que el vampiro nos ha transformado. Su glamur es asombroso, pero no dura eternamente.

—Démonos prisa —me urge Kasem—. El conjuro empezará a desvanecerse en unos minutos. Hemos tardado demasiado.

Me muerdo los labios con nerviosismo y lo sigo entre los árboles, alejándonos de la batalla que se libra entre dos aquelarres con los que no queremos tener nada que ver.

—¿A dónde crees que vas, nieta?

La voz suena como una tormenta invernal capaz de congelarte hasta los huesos.



Capítulo 71



Noemí

—Así que el aquelarre que está atacando es el tuyo —le digo a la mujer, girándome para encararla con la barbilla alzada.

—¿Qué esperabas? ¿Que dejásemos que esas víboras se quedasen con tus dones?

—*Nadie* se va a quedar con ella —sisea Kasem en tono de advertencia.

Ella lo ignora como si no existiera, lo que es un error.

La mujer se parece físicamente a mí. O al revés. Es extraño ver a alguien tan similar a mí, pero con arrugas. Jamás pensé siquiera en si tenía abuelos. Para mí, Arya era toda mi familia. Como ahora también lo es Kasem.

—Pues has perdido el tiempo —replico—. No voy a ir contigo a ninguna parte.

—Eres una necia —escupe ella—. Una niñata malcriada que no comprende nada. ¡Llevamos esperándote *años*!

Eso me confunde.

—Pero si nos abandonasteis en aquel orfanato…

—¡Tu madre es idiota! —insulta a su hija sin tapujos y con la voz llena de desprecio—. La mía predijo que yo tendría una nieta con sus dones de clarividencia, y Kaela no puede tener más hijos por… diversas circunstancias. Lo que significa que *tú* eres esa nieta. No me lo puedes negar. Las predicciones de mi madre eran infalibles.

Me niego a responderle a eso.

—¿Que Kaela no pueda concebir tiene algo que ver con que le hicierais daño por tener dos hijas que supuestamente no tenían poderes? —inquiero con sarcasmo.

Ella enarca una ceja, sorprendida por mi suposición. Desgraciadamente, yo no tengo un pelo de tonta. Ahora que sé tanto sobre las brujas y sus leyes, no me cabe duda de que Kaela fue torturada por abandonar el aquelarre y tener solo descendencia inútil para ellas y que seguramente se les escapó de las manos.

—¿Es esa una visión que has tenido? —pregunta con los ojos brillando de interés.

Mi resoplido es alto y claro.

—Más bien capacidad de deducción, querida *abuelita*.

Ella da un paso hacia mí y Kasem otro hacia ella, lo que hace a la bruja retroceder otros dos. Casi me río al verlo.

—Noemí ha dejado claro que no quiere tener nada que ver con usted o su aquelarre en numerosas ocasiones, así que ya es hora de que os larguéis de su vida para siempre.

—¡Nadie te ha dado voz en este asunto familiar, vampiro!

Kasem sonríe como un gato que se ha comido a un canario al que se la tenía jurada, satisfecho y arrogante.

—Pues resulta que sí que tengo voz. —Coge mi mano y alza ambas con los dedos entrelazados, deshaciendo por completo el glamur que ya empezaba a fallar.

—Así que es verdad que estáis casados —palidece Arya.

—Y tanto que es verdad. —Kasem se regocija en el momento y en la expresión de su cara—. Y, como ya sabes: *acte vampir familium patrium mortem semper*.

—¿La familia de los vampiros se mantiene siempre unida incluso en la muerte? —Traduzco, y su sonrisa se amplía aún más, dejando ver sus alargados y mortíferos colmillos cuando la cara de esta Arya palidece todavía más.

—En la matanza, cariño. No en la muerte —me corrige él.

—No entrarías en guerra por una mujer, Sangriento. —La anciana lo dice con duda, como si no lo quisiera creer—. Todo el planeta sabe lo mucho que detestas los vínculos que no sean ya familia tuya.

—Noemí es ahora familia mía. —Se encoge él de hombros—. Así que sí. Si debo contactar con los míos e ir a la guerra contra tu aquelarre o contra toda la puta Rundra entera para que la dejéis en paz, eso haré.

Abro la boca con asombro.

—¿De verdad harías algo así?

Él eleva una ceja, sonriente.

—¿Es que te crees que mis promesas son en vano, listilla? Seré un asesino y un mentiroso, pero no un rompejuramentos. Eso jamás.

Tengo ganas de llorar por la emoción que me causan sus palabras. Aunque debería estar asustada por lo de la guerra. Lo dice muy en serio y lo ha dejado clarito.

El rostro de la mujer es una mezcla de emociones: sorpresa, furor, ira, cólera, frustración… La lista sigue y sigue, ya que es tan expresiva como yo, pero aparto la mirada de ella porque ahora mismo solo tengo ojos para Kasem.

Mi Kasem, que realmente haría arder un país entero por mí.

—No puedo permitir eso. Esto… Esta unión debe ser rota cuanto antes.

—Oiga —protesto, sintiendo mi magia enfurecerse tanto como yo por su amenaza. En mi tono no hay un ápice de respeto a pesar de haber cambiado la manera de dirigirme a ella—. Tal y como le dije a Kaela varias veces: váyase a la mierda. Usted y todos sus planes. Yo no soy de nadie.

Excepto de Kasem. Y solo porque él también es mío. Mío hasta los huesos. Hasta la sangre, la carne y el alma.

Todo.

—Esto no quedará así. Lo juro. Ese poder será nuestro o no será de nadie —me amenaza ella antes de dar media vuelta e irse corriendo hacia la villa de la que ha venido.

—En fin —suspira Kasem, sacando los frascos que hemos rescatado del almacén de las brujas hace un rato—. Esperaba no tener que llegar a estos extremos.

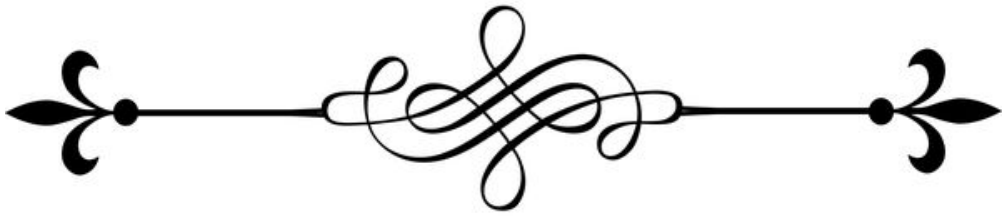
—¿El extremo de que tuviera que tragarme esto? —Hago una mueca de asco cuando saco el bezoar de su frasco, que tiro al suelo sin miramientos porque huele a podrido o a algo peor.

—No, cariño —responde él—. El extremo de realmente tener que usar mi título como príncipe de un reino muerto para empujar a

los viejos clanes hacia esta estúpida guerra.



Capítulo 72



Kasem

—El bezoar sabe fatal.

—No te preocupes, listilla. En cuanto nos alejemos de aquí te llenaré la boca de otro sabor.

Su rubor es delicioso. Seguro que piensa en aquella vez en la que se puso de rodillas para hacerme su primera mamada. Es tan fácil leerla como siempre.

—Súbete a mi espalda en cuanto hayas terminado de tragarte esa cosa.

—¿Y qué hay de tus heridas? —me pregunta con inquietud.

—Ahora mismo lo más urgente es alejarse de este sitio.

Una enorme explosión a nuestras espaldas enfatiza mis palabras y sacude el bosque con su onda expansiva.

Tengo grandes esperanzas en que los dos aquelarres se aniquilen entre ellos, pero también la sensación de que la abuela de Noemí nos va a causar problemas, así que cojo a mi listilla en cuanto esa cosa ha bajado por su garganta y ella ha empezado a toser y la subo yo a mi espalda, conteniendo una mueca por el dolor de mis heridas, algunas de las cuales aún están abiertas y supuran pus bajo mis ropas.

Echo a correr a toda velocidad hacia las cuevas de los sarnosos. Si algo está claro es que no queda ni uno solo de ellos, así que es vía libre de regreso hacia nuestro punto de partida para seguir buscando a Arya y, ya de paso, alejarnos de las brujas.

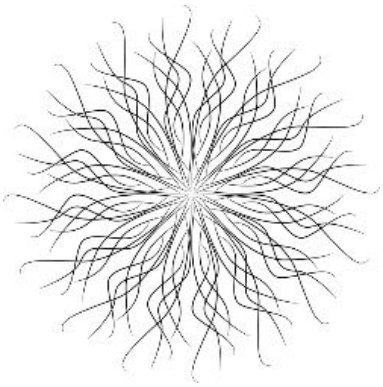
Avanzo con rapidez hasta salir del bosque sin mirar atrás, sabiendo que, en cuanto la anciana Arya y las suyas dejen de estar ocupadas, nos darán caza, y que yo no me encuentro ni de lejos tan bien como Noemí piensa que estoy. Como la he engañado para que crea que estoy.

Ahora mismo, enfrentarme a un aquelarre (o lo que quede de él) conocido por su poder sería estúpido por mi parte.

Es cuando cruzamos el campo de sarnosos muertos cuando la cosa se tuerce… porque algunos de ellos, los que todavía tienen una cabeza pegada más o menos al cuerpo, empiezan a levantarse.

Otra jodida nigromante.

Lo que nos faltaba.



Capítulo 73



Noemí

Los zombis se levantan lentamente a nuestro alrededor.

No son tantos como los vivos porque Kasem cortó muchas cabezas, pero sí lo suficiente como para intimidar en nuestro estado actual.

Cosa que se les da muy bien.

—Oh, ¡mierda! —exclamo cuando empiezan a atacarnos.

Invoco toda la magia que puedo, dejando en mi interior el maná justo para no desmayarme, ya que se trata también de mi energía vital, y lanzo rayos a diestro y siniestro mientras el vampiro avanza saltando por encima de sus cuerpos y aumentando la velocidad todo lo que es capaz con sus heridas.

—¡Apunta a sus cabezas! —me grita.

—Eso hago, ¡pero hay demasiados! —le respondo. A este paso, no llegaremos a las cuevas y, aunque lo hagamos, los monstruos solo nos seguirán el paso tratando de acorralarnos en su interior. A no ser que…—. ¡Tenemos que encontrar a la nigromante!

Debe de ser una muy poderosa si ha logrado levantar a tantísimos muertos ella sola. O quizá haya más de una.

—Estará en una altitud elevada —deduce Kasem—. Para poder guiar a todo su puto ejército de…

Para de hablar porque uno de los licántropos zombis casi le arranca la cabeza de cuajo, pillándolo por sorpresa.

Se me encoge el estómago de miedo al pensar en un Kasem muerto, aunque, dado todo a lo que ha sobrevivido, no sé si eso sería suficiente como para matarlo. Tal vez sí, dado que los licántropos son una de las pocas criaturas capaces de ello. La idea me angustia muchísimo y hace que gaste más energía de la que debería intentando rematar a todos los sarnosos que tratan de cortarnos el paso mientras Kasem cambia de dirección hacia los acantilados.

Sin embargo, tenemos que parar de golpe cuando demasiados de ellos nos rodean, impidiéndonos avanzar.

Por primera vez desde que lo conozco, Kasem está jadeando de cansancio y su piel está cubierta de sudor.

Me bajo de su espalda y lanzo otro rayo contra un licántropo que iba directo a clavarle las garras en la espalda, reventándole la cabeza. Pero no es suficiente, llegan más y más y más. Y yo estoy agotada hasta el tuétano y el efecto del bezoar me ha revuelto las tripas y no ha hecho que mi maná se recupere con mayor rapidez, aunque haya eliminado la fiebre y la sensación de que mi sangre estaba siendo invadida por otra esencia que no era mía.

Caigo de rodillas, respirando pesadamente y al borde del desmayo, pero todavía demasiado tozuda como para dejar de

defender al hombre al que amo hasta que me fallen las fuerzas del todo.

Kasem echa un vistazo a su espalda, me ve y saca sus cuchillas favoritas de su espacio multidimensional.

La velocidad a la que se mueve entre los renqueantes cuerpos de los lobos zombis no es la misma de siempre, aunque sí es lo suficientemente rápido como para que los lentos y pesados cadáveres andantes no le alcancen la mayoría de las veces. En pocos minutos, hay un círculo de cuerpos con las cabezas cortadas a nuestro alrededor. Sin embargo, a las criaturas sin voluntad propia no les importa, solo escalan los restos de sus hermanos caídos por segunda vez y siguen adelante con su ataque.

Alzo la mirada hacia los acantilados a los que nos dirigíamos. Los mismos en los que Lechugo murió, y veo una alta sombra con una túnica negra y gris ondeando al viento. Casi puedo oír el cántico de su conjuro desde aquí.

—¡Kasem! —llamo—. ¡Ahí arriba! ¡La veo!

Desgraciadamente, el vampiro está demasiado ocupado protegiendo mi vida mientras yo trato de recuperar fuerzas.

A este paso, ambos acabaremos agotados y ella ganará.

Ya no importa de qué aquelarre sea, si del de la anciana o el de Nahuala, las brujas habrán ganado si caemos.

«Ese poder será nuestro o no será de nadie», recuerdo que dijo la anciana que comparte el nombre de mi hermana. Y tengo la claridad mental súbita de saber que se trata de una de sus brujas. Que la ha enviado ella para matarnos.

Realmente no quiere que el poder de la clarividencia, por débil que este sea en mí, acabe en manos de nadie que no sea ella.

Menuda hija de puta.

Con la rabia bullendo en mis venas, trato de sentir a Radiante en las cercanías, pero todavía está a un par de kilómetros de nuestra ubicación.

Maldigo con fuerzas por no haberlo traído con nosotros. Mi familiar podría ayudarme a canalizar mi poder con mayor precisión, a recuperar mi maná con más rapidez y a unir el suyo al mío para hacerme más poderosa. En cambio, teníamos que ser impulsivos los dos. Tanto Kasem como yo nos guiamos demasiado por lo visceral cuando perdemos el control de nuestras emociones y eso nos ha pasado factura.

Le veo luchar y sangrar, y caer y volver a levantarse, y siento las lágrimas en mis mejillas antes de darme cuenta de que estoy llorando.

Mi invencible mercenario no es invencible y podría morir, y eso es algo con lo que no puedo lidiar.

No con un mundo sin Kasem en él.

Es imposible para mí. Y por ello es más fácil tomar la decisión que tomo, aunque duela saber que probablemente voy a morir por mi necedad y egoísmo. Porque no me hago ilusiones al respecto, a Kasem mis actos le afectarán. Me ama, así que es imposible que no lo hagan.

Cierro los párpados mientras la sangre de mi vampiro salpica la nieve a nuestro alrededor cada vez que una de las garras logra alcanzarle, cosa que es más y más frecuente conforme su cansancio y el efecto de la infección en su cuerpo se van haciendo más evidentes, y concentro todo lo que me queda de magia en mi interior.

Incluso aquella que hace latir mi corazón.

Abriendo los ojos para mirarle una última vez, alzo la cabeza hacia los cielos y convoco el rayo más poderoso que he invocado nunca, lanzándolo desde la negra nube que se ha formado sobre

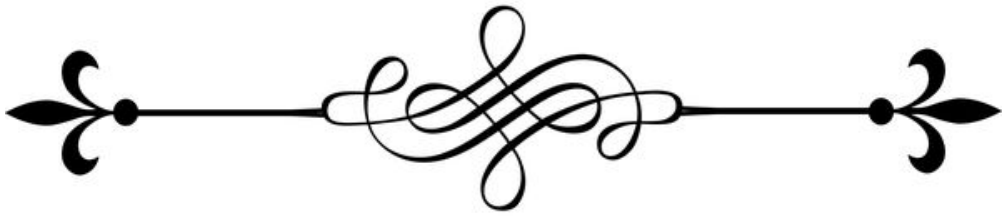
nuestras cabezas a mi voluntad en el punto justo donde la alta figura de capa ondeante murmura palabras que levantan a los muertos con cabeza una y otra vez.

Permanezco despierta el tiempo suficiente como para ver a los zombis caer, ahora que ya no tienen dueña, y la expresión horrorizada de Kasem cuando se da cuenta de lo que he hecho.

Y ya no siento nada más.



Capítulo 74



Kasem

No. No. ¡No!

Esto no puede estar pasando.

—¡Noemí! —Corro hacia ella saltando sobre los cuerpos de los licántropos—. ¡Noemí! —la llamo de nuevo.

Pero sé que no me va a responder. Incluso antes de que deje caer mis armas al suelo y la coja en brazos, soy consciente de que

está muerta.

Muerta.

Su corazón ha dejado de latir.

Algo impensable. Imposible. Que jamás debió ocurrir.

—Mujer insensata… —La abrazo contra mi pecho y, por primera vez en mi vida, me permito llorar sin importar quién lo vea.

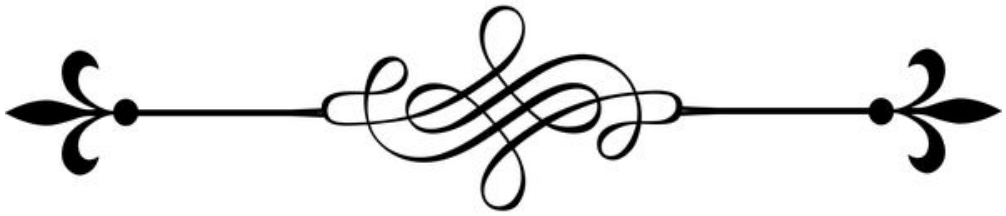
Pero las lágrimas no solucionan nada.

Magia de vida, pienso con rapidez, enfebrecido por el dolor, la enfermedad de los colmillos de los sarnosos y la rabia. *Eso es lo que necesito.*

Si algo aprendí de mi madre es que hay muchas formas de devolver a alguien a la vida…, siempre y cuando las circunstancias e ingredientes sean los adecuados. Necesito que su corazón vuelva a latir, y solo hay una forma para que ello ocurra. Lo bueno es que dicha forma se ha atrevido a acercarse a nosotros y a hacernos esto, y no me va a costar ni un solo ápice de remordimiento hacerle pagar por ello.



Capítulo 75



Kasem

Llevar a Noemí en brazos de vuelta a la villa de las brujas, cuya quietud me indica que la batalla ha terminado, no es tarea fácil. Los músculos me arden y la fiebre está empeorando. Voy a necesitar mucho más que ungüento para curar las heridas infectadas esta vez, porque la ponzoña de los sarnosos ya ha logrado envenenar mi sangre. Pero eso es lo de menos. Lo principal ahora es devolver a Noemí al mundo de los vivos antes de que el pequeño espacio de

tiempo en el que la barrera de las almas se abre y luego se cierra para siempre se termine.

De otro modo, lo único que tendré entre mis brazos cuando ella abra los párpados no sería nada más que un zombi sin alma. Y eso no sería mi Noemí.

Mi Noemí, que tiene más espíritu que ninguna.

Mi Noemí, que no puede dejarme solo en este mundo ahora que sé que ella existe en él.

—Quédate aquí —le digo a su cuerpo, recostándolo contra las raíces de un gran árbol que la ocultará de cualquiera que trate de encontrarla y besando sus labios, todavía cálidos al tacto. Tras uno de mis conjuros, murmurado casi sin aliento, las raíces se pliegan sobre ella como un nido—. Volveré en seguida.

Encontrar a la primera de las cinco brujas que necesito es fácil. La mujer, que viste de verde, debe de ser una de las del aquelarre de Nahuala por su piel oscura como la noche.

No me resulta difícil matarla. Está tan ocupada tratando de curar a otra amiga suya moribunda con su magia de tierra y sanación que no es hasta que no siente mis garras atravesar su espalda y arrancar su corazón que se da cuenta de que va a morir. Sus últimos segundos no son agradables, pero no tengo tiempo para pensar en lo cabrón e implacable que soy antes de guardar el corazón, todavía latiente y rebosante de magia verde, en uno de mis tatuajes de preservación.

La segunda me cuesta más. Aunque solo porque me ve venir y se arrastra hacia atrás con sus codos, ya que sus piernas están rotas. Sin embargo, su magia de fuego ya la ha condenado antes de que abra la boca para suplicarme una piedad que ya no soy capaz de tener.

Su corazón está ligeramente ennegrecido por las cenizas de su magia elemental cuando se lo arranco del pecho.

Ella escupe sangre a mi cara y me maldice, y yo me río sin sentir nada que no sea ese vacío horrendo en mi interior que Noemí me ha dejado porque la mujer me ha maldecido con una vida corta.

Una bendición si no logro que mi listilla despierte siendo ella misma de nuevo.

A la tercera la encuentro lista para luchar. Sin duda ha escuchado los gritos de la segunda y se ha preparado para mi llegada. Y, además, no está sola. Pero las que la acompañan no me sirven. Ya tengo ambos elementos a buen recaudo en mis runas.

Lucha como la guerrera veterana que es, usando el aire como arma para tratar de hacerme pedazos; por suerte, yo soy más rápido, más habilidoso y estoy más desesperado que ella. Mato a una de sus amigas rompiéndole el cuello. La otra huye. Y acorralo a la maga de aire contra uno de los edificios en llamas de la villa.

—No sé qué pretendes consegui…

Se atraganta con su propia sangre antes de que pueda terminar la frase.

Es curioso lo fáciles que son de matar ahora. Es como si no sintiera nada, como si cada uno de mis movimientos fuera exacto y perfecto. Como antes de dudar, de que me dijeran que era mucho más que un asesino sin conciencia.

Como antes de ella.

Me faltan dos.

Dos corazones más y podré usar el conjuro que me enseñó madre para devolver a alguien a la vida antes de que cruce el umbral de las almas y se pierda para siempre.

La cuarta… Oh, la cuarta.

¿Quién iba a ser sino ella?

La misma que envió a la nigromante a darnos caza.

La queridísima abuela Arya.

Ella es la que me encuentra a mí. La acompañan un puñado de supervivientes de su aquelarre que, cómo no, ahora que ya no tienen interés en la pelea porque Noemí no está (*aún*, me digo con un nudo extraño en la garganta. *Aún, pero lo estará*), se estaban marchando antes de que yo empezara a hacer gritar de dolor a las brujas supervivientes y ellas volvieran sobre sus pasos.

La curiosidad mató al gato y todo lo demás, supongo.

No es fácil de matar, esta Arya. Es vieja, astuta y poderosa. Y además viene acompañada de un séquito de irritantes brujas que saben cómo pelear. Sus guerreras, entre las que se encuentra Kaela, cómo no.

Pero hay una inmensa diferencia entre ellas y yo a la hora de pelear: que a mí ya no me importa morir, así que dedico todo lo que me queda de maná a la ofensiva, incluyendo los peores conjuros de magia negra que mi abuelo escribió personalmente sobre mi piel por si algún día necesitaba usarlos, perdidos hace largo tiempo, y ellas se ven obligadas a estar a la defensiva. No les dejo otra opción porque, no importa cuántas heridas me causen y cuántos hechizos me lancen, me levanto una y otra vez como un autómata y ataco de nuevo.

Caen dos, primero, luego una más al cabo de, tal vez, diez minutos de pelea, y finalmente Kaela, a la que Arya ni siquiera llora cuando cae sin cabeza sobre el suelo a sus pies, tratando de defenderla.

Cuando solo queda ella, la anciana me dice que no soy nada más que un monstruo.

—Tienes razón —le digo. Y le rompo los brazos antes de arrancarle el corazón lenta y cruelmente—. En el fondo, siempre seré un monstruo.

Muere a mis pies, pero poco me importa. Lo que busco no es venganza.

Lo que busco es el último corazón que me falta: el del elemento agua.

Y lo encuentro tras extender mis sentidos todo lo que puedo. No está lejos. Corre por el bosque dándose tropiezos para alejarse de mí, sin duda lo suficientemente inteligente como para saber que iré tras ella.

Es una anciana, al fin y al cabo, debe de haber reconocido el conjuro que estoy tratando de invocar y sabe que es la única hechicera de agua que queda con vida.

La alcanzo tras media hora de correr tras ella, cansado y frustrado, y la acorralo contra la alta pared de una cascada que ella lanza sobre mí en tromba tratando de ahogarme. Durante unos segundos, mientras estoy bajo el agua, me pregunto si no sería mejor que ella ganara, pero luego pienso de nuevo en un mundo sin Noemí y ello me hace alzarme y perseguirla una vez más hasta que la acorralo una segunda vez.

Esta vez no tiene tanta suerte, a pesar de que es hábil y poderosa y de que sabe cómo usar la humedad del bosque para tratar de ahogarme de nuevo.

Su corazón huele a sal marina y a luz del sol.

El mío, en cambio, está más podrido que nunca.

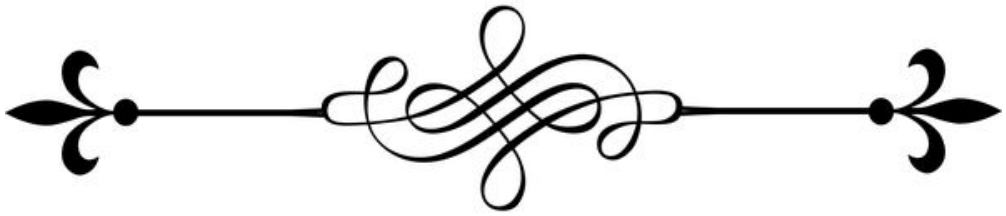
Guardo el último ingrediente en la misma runa que el resto y vuelvo con mi Noemí.

Ella me espera. Debe de hacerlo porque, si ha cruzado el umbral sin mí, sería muy capaz de ir tras ella solo para gritarle lo estúpida que ha sido… y lo mucho que me desgarra por dentro no poder ir a donde ella irá.

Porque, al fin y al cabo, todo el mundo sabe que los monstruos como yo siempre acabamos en el infierno. Y ese es un lugar que Noemí jamás verá con sus propios ojos.



Capítulo 76



Kasem

El lugar que elijo para el rito es el suelo de este mismo bosque.

Enfebrecido, enfermo en alma y cuerpo y tembloroso, deposito el cuerpo de Noemí sobre un círculo rúnico cuidadosamente trazado en la tierra cubierta de nieve, rojo como mis manos cubiertas de la sangre de las brujas.

En cada esquina de la estrella de cinco puntas que hay dentro del círculo, deposito uno a uno los corazones, frescos y todavía

latientes gracias a la magia que aún reside en ellos.

El cántico en vadálico sale de mis labios una vez los corazones se conectan entre sí a través de las líneas rúnicas y todo se ilumina en una explosión de energía que se dirige hacia el cuerpo de Noemí, que yace justo en el centro del círculo.

De repente, tan pronto como ha estallado, todo se apaga.

Espero uno, dos y luego tres segundos.

Pero ella no despierta.

Caigo al suelo de rodillas y me llevo las manos a la cara, manchándomela con la sangre de mis nuevos pecados.

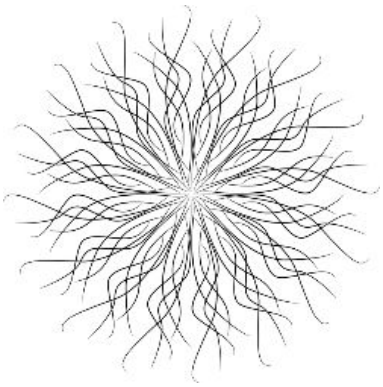
—¿Kasem? —dice una voz débil que reconozco al instante.

Y el mundo vuelve a latir en colores vivaces que tienen de nuevo sentido para mí.

Trato de levantarme y de acercarme a ella, pero escupo mi propia sangre sobre el suelo porque, del mismo modo que mis sentidos han vuelto a la normalidad ahora que ella al fin ha regresado, mis heridas se han hecho presentes con toda la fuerza al haber gastado hasta el último ápice de energía en matar sin preocuparme de nada que no fuera ella.

—Oh, Dios mío, Kasem. —Ella trata de levantarse cuando yo me desplomo, pero las piernas le tiemblan y cae al suelo. Así que se arrastra hacia mí sobre las runas, apagadas y hechas cenizas—. ¡Kasem! Respóndeme, cariño. Oh, Dios. Cuánta sangre.

Estoy a punto de sonreír y decirle que la mayoría no es mía, sin embargo, cuando desciendo la mirada hacia mi cuerpo, me doy cuenta de que es mentira.



Capítulo 77



Noemí

Logro acercarme a él lo suficiente como para tocarle y darme cuenta de que su piel está ardiendo.

No sé lo que ha pasado. Solo tengo un vago recuerdo de perder el conocimiento y otro de bailar con unas mujeres que afirmaban ser mis hermanas en un mundo hecho de luz dorada, todas ellas videntes, que me deseaban suerte en mi nuevo viaje. Aunque todo eso desaparece de mi cabeza con rapidez, como un recuerdo fugaz que no llegas a poder tocar con la yema de los dedos antes de que se desvanezca de nuevo.

—Kasem, ¡respóndeme! —le exijo al vampiro, pero este no da muestras de moverse. Ni siquiera cuando lo sacudo con suavidad del hombro.

Está sudando a mares y cubierto de sangre y desgarrones en su ropa de los pies a la cabeza. Sus párpados cerrados, me dice mi

corazón, no indican nada bueno.

Tengo que hacer algo.

El ungüento que robamos me viene a la mente de inmediato. Sé que él lo escondió en uno de sus tatuajes, pero ¿cuál de los miles que hay en su cuerpo, pequeños y grandes, es el indicado? Es imposible saberlo.

Trato de hacer uso de mi poder de vidente, por ínfimo que este sea, y no sirve de mucho más allá de indicarme que está en la región de su antebrazo izquierdo. Un antebrazo que tiene docenas de runas escritas en él. Puedo probar a abrirlas todas, aunque recuerdo de súbito que el conjuro que lanzó en aquella montaña, ahora más maldita que nunca, estaba en esa región, también.

Me arriesgaría demasiado.

Debo encontrar otra forma de hacerme con la medicina que está claro que él necesita. A no ser que…

Miro la sangre que ha perdido con horror renovado y una determinación surge en mí.

—No te enfades conmigo —le susurro, levantando su cabeza para ponerla sobre mi regazo tras quitarme los pantalones.

Le abro la boca cuidadosamente y la coloco cerca de la arteria de mi muslo, moviendo su cabeza para que sus colmillos penetren en mi piel.

—Bebe, por favor —le suplico, pero la sangre solo cae por su barbilla.

Sacudo su hombro con miedo y frustración, al borde de las lágrimas.

—Por favor, Kasem. Por favor —ruego una vez más.

Algo, algún instinto depredador, parece despertar en él. Poco a poco, noto que mi sangre es absorbida en vez de desperdiciada. La siento bajar por su garganta, pesada y cargada de una magia que no es mía. Frunzo el ceño al pensar en ello y me llevo una mano al corazón. Es como si latiera con varias magias diferentes. Hay electricidad, como siempre, y se siente familiar, pero tengo claro que no es mía.

Me giro hacia el lugar desde el que me he arrastrado, aunque solo veo cenizas que podrían haber sido una estrella y un círculo si yo no las hubiera destruido arrastrándome hasta él. No hay nada ni nadie más a nuestro alrededor. Y Radiante está a…

—¡Radiante!

… tan solo unos minutos de aquí.

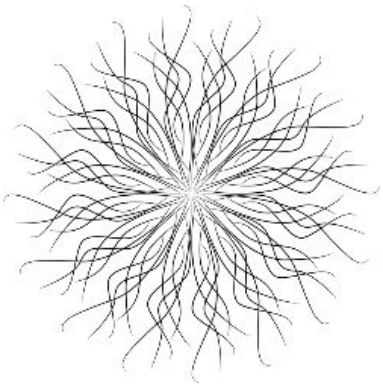
—Aguanta, Kasem, cariño —le digo a su cuerpo inconsciente, que sigue bebiendo de mí—. Radiante y yo te salvaremos de alguna forma, ya lo verás.

El pájaro tiene los conocimientos de su madre muerta, Yla la quimera. Seguro que ella sabía algo sobre cómo curarle. Tiene que ser así, porque no sé en qué me convertiría sin él.

Miro sus manos llenas de sangre que está claro que es de otras personas y me pregunto si yo haría lo mismo. Y la respuesta es una que temo, pero me veo obligada a aceptar: que los monstruos se crean a raíz de las circunstancias en las que una persona acaba metida, no nacen. Y si tuviera que abrirme paso a través de un ejército de cadáveres y de brujas para llegar a la persona a la que amo y a su cuerpo desmayado, lo haría sin dudarlo, fuera quien fuera el que se interpusiera en mi camino.

Al igual que sospecho que ha hecho él. Porque, por el silencio del bosque, me doy cuenta de que las brujas, sean del bando que sean, ya no van a ser un problema para nosotros.

Es lo último que pienso antes de tenderme en el suelo, agotada por la pérdida de sangre, aunque incapaz de hacer que él pare porque algunas de sus muchas heridas, las más pequeñas, se están cerrando. Y eso es lo único que me importa.



Capítulo 78



Noemí

Radiante es quien me despierta.

El pájaro multicolor picotea mi cara de manera ligeramente arisca y hace que me incorpore para intentar abrazarlo.

Él se deja, pero se le nota que está indignado.

—Lo siento. Gracias por venir. Gracias por encontrarnos.

Ya siento mi magia más fuerte solo porque él está aquí. Aunque esa sensación de que la magia que recorre mis venas es un poco extraña persiste.

Abro la boca para disculparme de nuevo cuando Radiante vuelve a darme un ligero picotazo en el hombro, ya sanado y cicatrizado gracias al bezoar y a la saliva de Kasem, pero entonces oigo el crujir de los árboles tras nosotros.

Me sobresalto y cojo la cabeza del vampiro, que sigue bebiendo de mí. Estoy muy mareada y él, por sus párpados cerrados, todavía no ha recuperado la conciencia. Sin embargo, no puedo dejar que siga bebiendo de mí porque, si no, me desmayaré de nuevo y no podré hacer frente a la amenaza. Además de que corro el gran riesgo de desangrarme.

—¡Kasem! —llamo con urgencia, tirando de su cabeza. Sin embargo, él no me suelta.

El crujido del bosque suena más cerca. Es como si algo gigante se acercara, apartando árboles de su camino como si fueran meros palillos.

—Kasem, cariño, tienes que parar. ¡Vamos!

Trato de desengancharlo de nuevo, y no puedo. Radiante, al darse cuenta del problema, empieza a picotear a Kasem en la coronilla, tratando de despertarlo.

—Creo que eso no va a funcionar —musito, mordiéndome los labios y tratando de no ceder al mareo y a la angustia que siento en estos momentos—. Habrá que usar magia. —Me giro hacia Radiante —. ¿Estás listo?

Él asiente con su cabeza emplumada y abre las puertas de su maná para mí. El alivio que siento es instantáneo. Mi fuente, casi vacía, se llena con el poder puro y brillante del joven fénix. Entiendo, entonces, que Radiante es mucho más que un mero pájaro familiar. Aunque creo que en el fondo ya lo sabía.

Su energía ayuda a curar lo último que quedaba en mí de la infección de Lechugo, evaporándolo al instante, y me da las fuerzas necesarias para obligar a Kasem a dejar de morderme, apartando su cabeza de mí a pesar de que él se resiste débilmente y de que me hago un buen desgarro en el muslo cuando sus colmillos me abren la carne aún más al separarse de mí.

Mareada pero decidida, me incorporo, temblorosa aún por la debilidad de la sangre que he perdido, y me interpongo entre el cuerpo de Kasem, que sigue sanando poco a poco gracias a mi sangre, y la amenaza que se acerca.

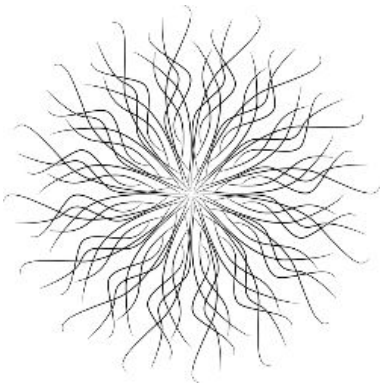
Aunque Radiante parece muy tranquilo. Hasta me dice a través de nuestro vínculo que no pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? —inquiero.

En unos segundos, tengo a la fuente de tal destrozo frente a mí cuando tumba un joven árbol y se detiene delante de mis narices, soltando un rugido feliz por verme.

—¡Pero si eres Bicharraco!

Me había olvidado por completo de él.



Capítulo 79



Noemí

Subir el cuerpo inconsciente de Kasem al lomo de Bicharraco no es fácil.

Mi vampiro pesa un montón, con todos esos músculos suyos, y el hecho de que apenas se mueve solo lo hace aún más difícil. Finalmente, entre los tres lo logramos.

—Debemos ir al almacén de las brujas —les digo a las criaturas mágicas.

Radiante asiente y Bicharraco, que lo ha seguido hasta aquí, suelta un berrido de afirmación. Creo que la bestia no ha comprendido nada y solo se dedica a seguirnos, aunque eso da igual. Es de gran ayuda ahora mismo. Sobre todo, si tenemos que enfrentarnos a algún peligro.

Y lo hacemos. Porque en cuanto entramos en la villa de las brujas y vemos la masacre y las cenizas de las casas derruidas lo

primero con lo que nos topamos es con una lamia que se está dando un banquete con los cadáveres.

Radiante y yo acumulamos magia para lanzarle un rayo, aunque se siente extraño y apenas puedo controlar la dirección del mismo, pero Bicharraco se nos adelanta y la hace desaparecer con un escupitajo de su veneno ácido.

A la pobre lamia no le da tiempo ni a gritar siquiera.

—Sigamos —les pido, relajando mi magia de nuevo y preguntándome por qué de repente parezco haber perdido el control tan afinado que tenía sobre ella y que tanto me costó lograr—, creo que el almacén estaba por aquí.

Es difícil reconocer el edificio entre tanta ruina, por suerte, lo logro por los grabados en espiral que sigue habiendo en las puertas de madera tallada, que han acabado derrumbadas y hechas pedazos, pero cuyos símbolos permanecen extrañamente intactos.

—Esperad aquí —les ordeno a Bicharraco y a Radiante—. Y cuidad de Kasem.

Su fiebre ha desaparecido, aunque el hecho de que todavía tenga abiertas algunas heridas que además supuran un líquido negruzco y apestoso y de que no despierte me preocupa muchísimo.

Entro en lo que queda del almacén sin tener idea de lo que busco, así que pregunto a Radiante mentalmente si sabe qué hierbas o mejunjes cuyas etiquetas voy leyendo (de los que todavía quedan intactos) serían útiles para curarle. El pájaro me va indicando cuáles coger, haciendo uso de los pocos recuerdos que Yla tenía sobre estas cosas, y entre los dos logramos reunir una docena de botes con hierbas y trozos de animales conservados en líquidos de colores grisáceos que potencialmente podrían servir para curar a Kasem.

—Ahora bien… —coloco los botes sobre la mesa del centro del lugar, curiosamente intacta a pesar de la sangre que la mancha y de los cadáveres que la rodean y han empezado a apestar un poco, por

lo que procuro no mirar para no acabar vomitando—, ¿cuál de estos debe beberse y cuáles se aplican sobre la piel?

No tengo ni idea de nada.

En el grimorio solo había anotaciones sobre la magia eléctrica.

Estoy bastante desesperada y fuera de mi elemento, pero no puedo dejarme llevar por esos sentimientos. Debo ayudar a Kasem. Y debo hacerlo cuanto antes.

Ojalá él estuviera despierto para indicarme cuáles usar, pienso.

Y entonces se me ocurre una idea.

—¡Radiante! —llamo, y el pájaro vuela hasta posarse sobre la mesa, contemplando el panorama con disgusto—. ¿Crees que podrías despertarlo de alguna forma usando tu magia? Sé que eres un fénix, ¿verdad? —Él ladea la cabeza y no lo niega—. ¿No se supone que tus lágrimas son curativas?

El trino que usa es uno de risa. Radiante niega con la cabeza y me dice mentalmente que no es ese tipo de fénix.

—¿Hay varios tipos? —Él asiente—. ¿Entonces cuál eres?

«Del que potencia la magia de otros y además puede agrandar su tamaño», me dice. «Por eso soy un familiar».

—Oh.

Mi decepción es evidente, y su suspiro muy humano.

«Prueba primero con el bezoar —me indica—. Tiene fama de funcionar bien contra las mordeduras de licántropos».

—¡Claro! —exclamo.

Es lo que me curó a mí.

Cojo el bote del bezoar y lo abro, sacando la piedra negra y pringosa y corriendo hacia Kasem, que sigue tendido e inconsciente sobre el guiverno.

Abriéndole los labios manchados de mi sangre, trato de hacer que se lo trague sin ahogarlo, metiendo los dedos hasta el fondo de su garganta para empujar la dichosa cosa.

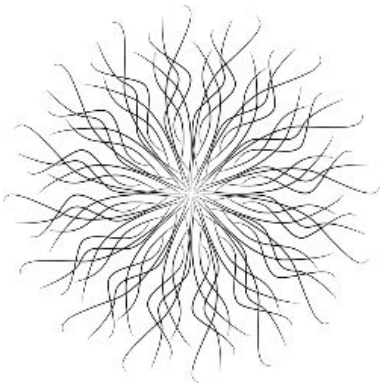
—Vamos, Kasem, cariño. Despierta, por favor.

Él traga, pero, aunque espero unos minutos con el aliento contenido, no parece hacer mucho efecto.

—¿Y ahora qué?

Un rugido interrumpe mis pensamientos. Y me doy cuenta de que otro guiverno, por cómo suena, se acerca a nosotros; seguramente habiendo olido la sangre de las brujas y queriéndose dar un festín como lo hacía la lamia.

Mierda, maldigo mentalmente, *¿tenía que ser justo ahora?*



Capítulo 80



Noemí

El guiverno que sale del bosque es más grande que Bicharraco. Pero eso no impide que nuestro guiverno le ruja de vuelta y le plante cara con valentía a pesar de que el otro macho casi le dobla en tamaño.

El corazón me late a toda prisa. Recuerdo la primera pelea de Kasem contra una de estas bestias, muchos meses atrás, y el daño que eran capaces de hacer. Aunque él lo mató fácilmente, yo no estoy segura de si podría enfrentarme a semejante bestia con tanta facilidad como el vampiro.

No obstante, debo hacerlo.

Las brujas daban más miedo, me digo a mí misma. *Y eran más poderosas. Solo tengo que freír al guiverno y ya está.*

Excepto que el primer rayo que le lanzo en vez de darle en los ojos y cegarlo como pretendía solo rebota en uno de sus cuernos y parte en dos un árbol a su izquierda, lo que solo lo cabrea más.

Me miro las manos.

—¿Qué es lo que me pasa?

Ese segundo de distracción es todo lo que la bestia necesita para escupir su ácido hacia mí. Solo el hecho de que Bicharraco se interpone, gritando de dolor cuando el ácido de nuestro contrincante funde las escamas de su costado, es lo que me salva la vida.

—¡Joder! —grito, maldiciéndome a mí misma y furiosa con el otro guiverno por haber hecho daño a Bicharraco.

La ira hace que mi magia, curiosamente, se concentre mejor a pesar de lo extraña que se siente en mis venas. Es como si la energía que fluyera por mi cuerpo estuviese furiosa, conmigo y con todo en general.

—¡Radiante! —grito.

El fénix entiende de inmediato lo que necesito. Su habilidad para canalizar mi poder es ahora mismo mucho mayor que la mía, al igual que su maná.

El siguiente rayo que lanzo lo hago con más cuidado que el primero, porque Bicharraco y el otro guiverno se han enzarzado en una pelea de colmillos y garras que hace que Kasem se tambalee, atado como está a la silla de nuestro guiverno.

Radiante me eleva y me deja sobre la alta rama de un árbol para que pueda apuntar mejor, pero los dos animales no dejan de moverse. Está claro, además, que el guiverno más grande lleva ventaja. No para de hacer rugir de dolor a Bicharraco, y eso solo hace que mi ira se incremente.

—Vamos allá —siseo con rabia, y extiendo mis manos, cargándolas de magia.

El rayo que sale de mis palmas no es meramente electricidad. Es una potente mezcla de magias que siento que no son mías, como

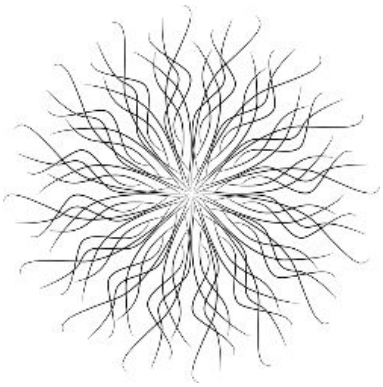
si hubiese un coro de otras brujas en mi interior y que, por primera vez, se hubiesen puesto de acuerdo. Es de color rojo intenso y le da al guiverno enemigo directamente en la cabeza, calcinando su cráneo más rápidamente incluso que el ácido que él mismo es capaz de lanzar.

Miro mis manos cuando la criatura cae al suelo con estrépito.

La magia no era mía, pese a que sí era mía al mismo tiempo.

No es solo que haya algo extraño en mi interior, me doy cuenta, *es que yo soy diferente a como era antes. Por eso no podía controlar bien los rayos. Porque mi magia, ahora mismo, ya no es solo de tormenta. Es algo más. Algo diferente a cualquier elemento.*

¿Qué diablos me ha pasado?



Capítulo 81



Noemí

Bicharraco está malherido, lo que solo añade más estrés a la situación porque Kasem todavía no despierta, aunque tiene un color de piel más saludable que antes y respira mejor, de manera más pausada. O eso me parece a mí.

—Tenemos que curarlos y salir de aquí antes de que vengan más monstruos, ¿alguna idea? —le pregunto a Radiante.

El pájaro se posa sobre la mesa del almacén de las brujas y señala un bote con un ala extendida.

«Para Bicharraco», me dice mentalmente.

Asiento y cojo el bote, que está entre un montón de frascos destruidos por las peleas de las brujas. Me lo guardo a buen recaudo junto con los demás botes en mi propio papelito con runa multidimensional que Kasem me enseñó a abrir y cerrar en lo que parece ahora una eternidad. Ahí no corren el riesgo de romperse. Y,

de todas formas, todavía no sé cuáles usar para curar del todo al vampiro.

Bicharraco, Radiante y yo corremos hacia el bosque, alejándonos de lo que queda de la villa, cuando oigo un rugido distante que nos avisa de que otra bestia ha olido la sangre y está en camino. Entre maldiciones, me aseguro de que Kasem está bien atado a la silla de montar y de que no se va a caer mientras nos alejamos lo máximo posible del poblado.

«Deberíamos cubrir nuestras huellas», me indica Radiante. Miro hacia atrás y veo los huecos que hemos creado en la nieve mientras nos dirigimos lejos de la zona de los antiguos zombis y de las brujas muertas, hacia las profundidades del bosque, y sé que tiene razón.

Bicharraco, en concreto, está dejando unas huellas enormes repletas de su sangre.

—Creo que el monstruo estará ocupado con las presas muertas y no nos seguirá por ahora —jadeo, cansada de luchar contra la nieve y el frío ahora que no tengo los conjuros de Kasem para protegerme—. Voy a ponerles los ungüentos a ambos, a ver si así pueden sanar más rápido.

Radiante asiente y se posa sobre un árbol con la atención plenamente centrada en la dirección de la villa, por si acaso mis predicciones sobre la bestia, sea la que sea, no se hacen realidad y esta decide seguirnos y atacarnos.

Desmonto a Kasem con cuidado de la silla del guiverno y lo tiendo sobre la nieve. Ya no tiene tanta fiebre, pero su piel sigue estando muy caliente. Más de lo habitual en él. Así que lo desnudo con cuidado y aplico uno de los ungüentos que Radiante me ha señalado antes sobre todas las heridas que voy encontrando por el camino.

Ojalá sea el correcto y le ayude a sanar, rezo en silencio. Hay casi otra docena de botes más con los que no sé qué hacer.

Una vez he aplicado la medicina, vuelvo a vestirlo con mucho cuidado con sus ropas maltrechas para resguardarlo, aunque sea un poco, del frío. Pienso que ojalá supiera dónde guarda su ropa o fuese una maga arcana que pudiera invocar esas cosas de la nada, pero soy consciente de que lamentarse no sirve de nada, así que me trago esos pensamientos y los hago a un lado, concentrándome luego en curar a Bicharraco con el último bote que hemos recogido de la villa antes de irnos.

El guiverno inclina su cabeza de manera dócil cuando me acerco y ello me sorprende. Sí que debe de haberle cogido cariño a Kasem para portarse así. O quizá es que hay algo en su genética que le impulsa a inclinarse ante otros tras ser vencido en combate. De todas formas, da igual. Su actitud sumisa me ayuda a aplicarle la medicina con mayor rapidez en las heridas causadas por el otro guiverno.

Una vez he terminado, veo cómo las primeras que he untado sisean y se cierran sobre sí mismas, dejando de sangrar.

La magia verde del aquelarre de Nahuala es una maravilla, pienso, sintiendo que haya tenido que perderse de esa forma por culpa de mi abuela y sus ideas sobre mí y sobre el linaje y por su decisión de erradicar a todo aquel que lo codiciara solo para sí. Incluyéndome a mí.

Sacudo la cabeza y alejo esos pensamientos.

—Tenemos que encontrar un sitio para acampar esta noche.

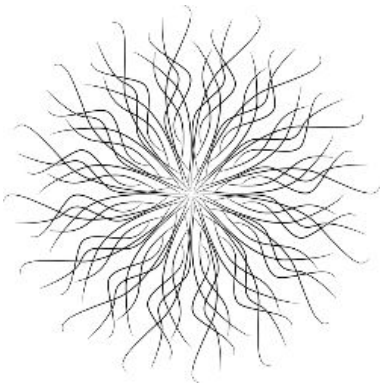
Las noches son especialmente heladas en esta área de la isla. Incluso Kasem y yo, protegidos por sus conjuros, nos resguardábamos del clima al oscurecer.

«Hay una pequeña montaña a un par de kilómetros de aquí», me informa Radiante, que no ha dejado de vigilar cada sonido y

movimiento procedentes del otro lado del bosque. «Allí habrá cuevas».

—En marcha, pues.

Vuelvo a subir a Kasem a la silla de montar de Bicharraco y lo ato bien de pies y manos para que no se caiga, y los cuatro nos ponemos en marcha hacia el sur, adentrándonos en las inmensidades del bosque helado.



Capítulo 82



Noemí

La cueva que encontramos no es demasiado grande. De hecho, Bicharraco, que ya está mucho mejor, no cabe en ella, aunque sí que puede asomar la cabeza. Por suerte, el guiverno no parece pasarlo mal a la intemperie y esta vez no hay tormenta de nieve que nos acose, aunque todavía haga un frío tremendo cuando empieza a oscurecer que solo empeora con las horas.

Paso la noche en vela esperando a que Kasem, al que he tendido sobre mi chaqueta, despierte.

Pero no lo hace.

Aunque ya no tiene fiebre, duerme como uno de esos vampiros de las películas lo hacen durante el día: como si estuviera dentro de un ataúd, pálido, inmóvil y sereno.

Me tiene muy preocupada.

—¿Qué más puedo hacer?

La pregunta es tanto para Radiante como para mí misma. Estoy bastante desesperada.

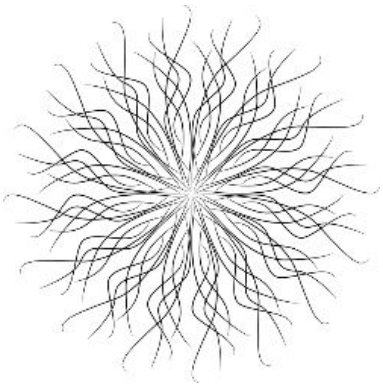
«Esperar o probar con algún otro de los botes. Aunque yo no sé si los tocaría. Parece estar mucho mejor», me dice mi familiar con calma.

Nuestra conexión se ha vuelto tan fuerte en estas horas pasadas juntos que hasta puedo entender perfectamente sus palabras sin necesidad de interpretar sus emociones como hacía antes.

Y eso que la percibo diferente, como todo en mí, aunque poco a poco me vaya sintiendo más normal. Más yo. Como si la energía extraña fuera siendo sustituida por la mía propia con el tiempo lentamente.

Así que me instalo al lado de Kasem, tiritando de frío mientras mi electricidad interna intenta caldear mis dedos, helados y algo azulados, y yo los paso por su negro pelo con afecto, rezando en silencio para que despierte.

Sin embargo, no lo hace a pesar de que pasamos dos días en esa cueva, refugiándonos de los monstruos que acechan en el bosque mientras Bicharraco y yo nos recuperamos del todo y nos sentimos listos para afrontar el camino. Sea el que sea.



Capítulo 83



Noemí

Encuentro el mapa que lleva hasta Arya en el bolsillo de la chaqueta ajada de Kasem.

Las Aryas que ya hemos visitado están tachadas y mi abuela, que tenía la etiqueta «bruja», por algún motivo ha desaparecido del mismo.

Quizá haya muerto en la batalla contra el otro aquelarre, pienso, y no siento pena alguna.

Mis ojos buscan a mi hermana. La última Arya, la loba, no está muy lejos de aquí y eso me da algo de esperanza a lo que aferrarme.

—Según mis cálculos, nos llevaría una semana y poco encontrarla —informo a Radiante y a Bicharraco, aunque este último no entienda nada.

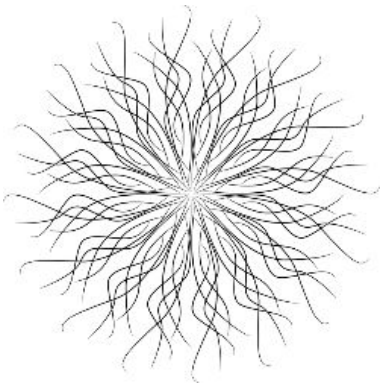
Kasem sigue sin despertar y su piel está aún más pálida que antes. Aunque recobró un color saludable durante un tiempo, este se fue desvaneciendo. Por suerte, todas sus heridas se han cerrado, no sé si gracias al bezoar, al ungüento o a mi sangre, pero no parece estar mejorando y me tiene muy angustiada. Necesito hablar con alguien. Poner mis pensamientos en voz alta. Hacer algo, porque la espera me está poniendo cada vez más ansiosa, aunque me diga a mí misma que no pasa nada y que él puede sobrevivir a todo.

Necesito a mi hermana.

Necesito que alguien me diga que Kasem y ella van a estar bien, y lo último solo puede hacerlo Arya.

Así que, como soy incapaz de despertar a Kasem, aunque lo haya intentado mil veces de diversas maneras (incluso gritándole y sacudiéndole de un hombro), mi única otra cosa que hacer, además de esperar, es realizar el propósito por el que vine aquí en primer lugar.

Nos ponemos en marcha al alba. Kasem y yo subidos al lomo de Bicharraco, con él atado a mi espalda para que no se caiga, y Radiante sobrevolando el bosque para avisarnos de cualquier peligro que se avecine durante el camino.



Capítulo 84



Noemí

Nos cuesta una eternidad llegar a la zona en la que Arya está. Principalmente porque, cómo no, el bosque deja paso de nuevo a escarpadas montañas que son difíciles de recorrer y, además, están repletas de criaturas oscuras.

Nos encontramos a nuestra primera lamia durante el quinto día de viaje, cuando hemos empezado a subir la montaña, y la mato antes de que pueda lanzarse volando sobre mí como la muy cabrona planeaba hacer desde lo alto de un saliente.

Su cuerpo chamuscado cae al suelo y Bicharraco, que ha sido pillado por sorpresa, sacude la cabeza y se tambalea un poco hacia atrás antes de recuperar el equilibrio.

A la segunda la encontramos esa misma noche. Seguramente fuera compañera de la primera, ya que Kasem me enseñó que vivían en manadas. Es Bicharraco esta vez quien la deshace con su ácido

una vez Radiante da la alarma, ya que yo estaba durmiendo junto al cuerpo de Kasem, con la cabeza apoyada en su pecho para escuchar los latidos de su corazón.

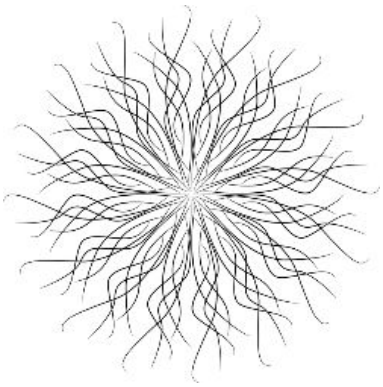
Me despierto con un sobresalto, pero, tras un arrumaco de Radiante y la promesa de que ninguno de los dos dejará que nos pase nada, vuelvo a dormirme, muerta de cansancio.

Llegamos a la zona del bosque más de una semana después de lo previsto, dado que la montaña y sus criaturas nos retrasan, además de las ocasionales tormentas de hielo y nieve y el tener que refugiarnos en cuevas cuando eso pasa para esperar a que el clima amaine.

Cuando estamos tan cerca de la zona del mapa donde su puntito con cartel está, ordeno que nos detengamos porque tengo el corazón a mil por hora.

¿Y si no es mi Arya?, me preguntan mi inseguridad y mis miedos. *¿Y si he hecho todo este viaje en vano?*

Miro a Kasem y pienso que al menos lo último no sería cierto, porque ha valido la pena venir a Rundra, aunque fuese solo para tenerlo en mi vida, pero la primera pregunta continúa angustiándome mientras doy la orden de seguir adelante con el aliento contenido y el corazón lleno de una frágil esperanza.



Capítulo 85



Noemí

Nos atacan mientras estamos acampando en el bosque esa noche.

Son lobos, y al principio me enzarzo con ellos con saña, pensando que no puedo dejar que se acerquen al cuerpo dormido de Kasem, aunque luego recuerdo que esta última Arya es una loba y grito la orden de detenernos.

Bicharraco no la obedece, pero es porque algunos lobos se han subido a su lomo y lo están mordiendo y atacando con sus garras.

Harta de todo, alzo la mano hacia el cielo y hago que se llene de los retumbos de mis relámpagos y truenos.

—¡Basta! —repito con una voz que se extiende poderosamente sobre todo el bosque y, durante un instante, todo parece detenerse en seco.

Los lobos me miran con miedo y asombro y Bicharraco aprovecha para sacudírselos de encima. Radiante, volando sobre los cielos, aúna fuerzas conmigo y la negra tormenta que súbitamente ha aparecido a mi voluntad se hace aún más oscura y amenazadora sobre nuestras cabezas.

—¡Estoy buscando a Arya! ¡Decidme dónde está! —exijo saber.

Eso solo hace que los lobos se vuelvan frenéticos y empiecen a aullar.

—¿Por qué íbamos a decírtelo? —gruñe uno de ellos, una hembra baja y musculosa de pelaje negro moteado de gris.

—Porque soy su hermana —afirmo, deseando que sea verdad y que esta última Arya sea la mía una vez más con todas mis fuerzas.

Mis palabras hacen que se detengan de nuevo en su ataque y se miren entre sí, dudosos sobre si seguir o no.

—¿Cómo sabemos si eso es cierto o es solo una trampa, bruja? —pregunta la misma hembra de antes, que parece ser la cabecilla del ataque.

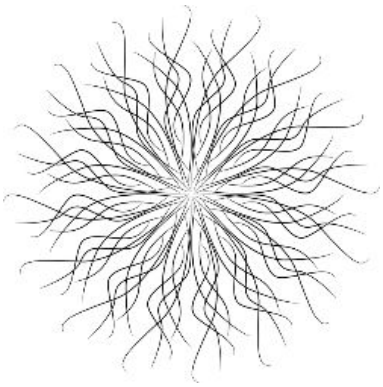
Los demás lobos aúllan de nuevo, concordando con ella.

—Decidle que soy Noemí y que he venido a buscarla. Que solo quiero que volvamos a casa. —*Mentira*, me dice una vocecilla, *tú no quieres volver a tu anterior vida*. La ignoro como puedo—. Por favor. Solo quiero verla. Necesito saber que está bien.

Los lobos vuelven a mirarse entre sí y luego miran a su líder, que me enseña los colmillos, pero hace un gesto hacia uno de los suyos. Este sale corriendo y se pierde en la lejanía.

—Veremos si es verdad, bruja.

El alivio que me recorre las venas me deja aún más agotada que antes.



Capítulo 86



Noemí

Lloro como una niña incluso antes de verla salir de entre los árboles. Porque sé que es ella.

Es ella.

Mi Arya. Mi hermanita.

Al fin.

—¿Noemí? —pregunta ella de manera incrédula—. ¿De verdad eres tú?

—S… Sí —balbuceo yo sin parar de hipar del llanto.

Ella se lanza a abrazarme y luego me coge de los hombros para mirarme bien. Yo fijo la vista humedecida en su rostro y me doy cuenta de que ha cambiado. No solo físicamente (está mucho más

delgada y musculosa de lo que solía estarlo), sino también espiritualmente.

—Por la diosa luna, ¿qué haces aquí?

Esa, pienso, *es una expresión que nunca había oído antes y que jamás habría esperado oír de boca de mi hermana.*

A Arya nunca le han gustado mucho las religiones. Al menos a la que yo conocía antes de todo esto.

—Buss… —sollozo yo— buscarte.

—¿Buscarme? ¿Tú? —se asombra ella—. ¿Y qué es todo esto? —Señala hacia los demás que me acompañan—. ¿Qué haces por ahí con un guiverno?

—Son amigos. Me han ayudado a encontrarte. Y él… —lloro aún más fuerte— él es Kasem —pronuncio su nombre como si tuviera mil significados distintos. Como si sus sílabas contuvieran mi universo entero.

Pero no creo que Arya se dé cuenta.

Ella me mira a mí, luego a Bicharraco, después a Kasem, tendido sobre su lomo, y por último a Radiante, que se ha posado sobre una rama cercana, desconfiado y vigilante.

Es mi hermana, le digo mentalmente a mi familiar.

«Es una licántropa», me replica él.

Eso no importa, insisto yo.

«A los lobos sí que les importa».

—¿Me estás diciendo que un guiverno y un *vampiro* son tus amigos y que has estado viajando con ellos? ¿Te has vuelto loca?

No puedo creer que lo de Kasem le sorprenda más que lo del guiverno.

—Claro que no me he vuelto loca —replico en tono ofendido. *Aunque puede que un poco sí,* añado mentalmente—. ¡Eres mi hermana! ¿Qué otra cosa iba a hacer cuando dejaste de responder a mis mensajes?

Ella hace una mueca culpable.

—Quedarte en casa entre tus libros esperando a que yo volviese.

Eso me duele. Y debe de notarse, porque su culpabilidad se incrementa.

—¿Cómo podría haberme quedado en casa mientras a ti te pasaba a saber el qué?

Me sienta como una puñalada que piense que soy tan pasiva que jamás habría venido a salvar a la única persona a la que amaba hasta conocer a Kasem.

—No te enfades, Noe —responde Arya en tono dulce—. Siempre has sido tan responsable y tan tranquila que jamás imaginé que podrías venir a Rundra… Yo… —Se calla, niega con la cabeza de manera incrédula y luego mira a los lobos que nos rodean y les dice que se relajen en rundrense—. Ven. Tenemos mucho de lo que hablar y aquí fuera en el bosque no estamos seguras.

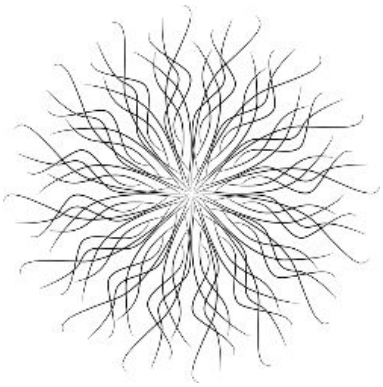
—¿Por qué? —le pregunto, entrecerrando los ojos de manera amenazadora hacia las sombras del bosque por el nerviosismo evidente de mi hermana.

—Es una larga historia. Luego te la cuento —insiste ella—. Vamos a las cuevas. Allí estaremos a salvo.

—Vale —le sonrío—. Tenemos mucho de que hablar.

Ella me mira de nuevo de la cabeza a los pies y luego eleva la vista hacia el nubarrón que todavía se está dispersando desde que he dejado de invocarlo.

—Y que lo digas —musita sin dejar de negar con la cabeza de manera asombrada.



Capítulo 87



Noemí

—No lo entiendo.

Ella suspira.

—Ya te lo he dicho: no tendrías que haber venido.

Duele como la primera vez que me lo ha dicho a la cara.

—¿Así que te vas a quedar aquí, en Rundra, después de todo lo que hemos pasado?

—Lo que tú has pasado es cosa tuya —replica Arya sirviéndose una taza de té—. Lo que yo he pasado… Esa es otra historia. Por eso no puedo irme. Ahora soy la alfa de esta manada y les debo el protegerlos.

Sus palabras vuelven a apuñalarme. Es como si todo lo que le he contado, más allá de sorprenderla una y otra vez (el que yo lo

haya vendido todo; el que yo me atreviera a contactar a La Mano Negra; el que yo viniese hasta Rundra a buscarla y acabara despertando mi sangre de bruja durante el camino…), no le importara tanto como este montón de desconocidos (para mí). Como si el hecho de que seamos hermanas ahora fuese secundario a su rol como alfa de una manada de licántropos.

—Entiendo que tienes una responsabilidad —la aplaco—. Una que, por cierto, no sé cómo has conseguido.

Me la quedo mirando, esperando a que ella me cuente su historia como yo he hecho con la mía (incluso le he confesado que amo a Kasem, que descansa ahora sobre la cama de mi hermana, todavía dormido), pero Arya se tensa y solo suspira.

—Arya —insisto—. ¿Qué es lo que te ha pasado? ¿Cómo te has convertido en licántropa?

Su mandíbula se tensa aún más mientras bebe de su té.

Las cuevas en las que estamos son muy parecidas a las de Lechugo, con casas talladas en la piedra de la montaña a ambos lados de sus retorcidos caminos rocosos. Un laberinto lleno de familias de lobos que saludaban a Arya al pasar llevándose la mano al corazón mientras ella mantenía la barbilla alzada y nos guiaba por los complejos túneles hasta su pequeño palacio tallado en piedra, repleto de alfombras, cortinas, cojines y demás telas de vivos colores en contraste con las paredes alisadas de color marrón.

Me paso una mano por el pelo, sucio y grasiento tras más de una semana de viaje sin detenernos en ningún río en el que me pudiera lavar, con desesperación.

—No me esperaba esto.

—¿Y qué te esperabas? —pregunta ella—. Mira, Noe, te quiero, pero que hayas venido… Tú no deberías haberte puesto en peligro. No deberías haber venido a Rundra.

—¡¿Y por qué no?! —Me levanto de mi butaca, frustrada.

Dos lobos entran en las habitaciones de mi hermana y esta les hace un gesto para que se marchen, indicándoles que no soy una amenaza.

—Cálmate —me pide Arya.

Me siento de nuevo, pero mi impotencia, mi tristeza y mi enfado son evidentes.

—Ya deberías saber que este país está maldito —prosigue ella una vez estoy más calmada—. Después de todo lo que me has contado, ¿cómo iba yo a desear que te pusieras en peligro por mi bien? Preferiría que te hubieras quedado en casa con tus libros.

—Ya te lo he dicho —intento no sulfurarme, aunque es difícil con ella estando tan extraña e indiferente—. No podía. Tuve uno de mis sueños. Tenía que venir a salvarte…

Ella gimotea.

—Noe —dice con fuerza—, no necesito ser salvada.

Hace un amplio gesto con las manos como queriendo decir «¿es que no ves el lujo en el que vivo?».

—¿Y cómo has acabado convertida en loba alfa? —la acuso—. ¿Me quieres decir que no has estado en peligro ni una sola vez?

—Eso no es así… Yo…

Se calla de nuevo.

—Tú, ¿qué? —me frustro yo una vez más—. ¿Qué te ha pasado, Arya?

—Conocí a mamá —me confiesa en un susurro.

—Y yo.

Me encojo de hombros y ella parpadea con fuerza.

—¿En serio?

—Ajá. Quería que me uniera a su aquelarre. Se puso muy pesada al respecto.

Arya tensa la mandíbula como siempre lo hace cuando está molesta, rechinando los dientes como yo misma hago. Un gesto que ambas compartimos desde niñas, familiar y reconfortante porque eso sí que lo reconozco. A la mujer que tengo sentada frente a mí, a ella casi no le encuentro el parecido con mi hermana, más allá de lo físico.

—Así que a ti sí que te quería —dice al cabo de un tiempo en tono acusatorio.

—No —replico en un siseo, pensando en Kaela con un deje de desprecio—. Dejó muy claro que la habían obligado a intentar reclutarme.

Arya es la que esta vez se levanta de su asiento y se pone a caminar por la alfombra de su habitación, pensativa y furiosa.

—¿Y no se te ocurrió intentar sacarla a ella de su aquelarre?

—¿Qué?

Estoy muy confundida.

—¡Es nuestra madre! Seguro que solo intentó matarme porque ellas se lo ordenaron.

—¿Que intentó *qué*?

Mi furia es tan repentina y tan inmensa que puedo sentir los nubarrones sobre nuestras cabezas a pesar de las toneladas de piedra que nos separan del cielo abierto.

—No soy una bruja —dice Arya como si eso lo explicara todo. Y, tras lo que Kasem me contó de las brujas, tal vez lo haga—. Así

que ellas no me querían. Estaban buscando… —Abre los ojos como platos de repente—. ¡Tus sueños! ¿Eran premoniciones? Siempre acertabas en las cosas más extrañas cuando éramos pequeñas. Como cuando supiste que Victoria había muerto antes de que la directora del orfanato nos reuniera a todos en el salón de actos para decírnoslo. O como cuando sabías qué camino seguir si nos perdíamos… ¡Eras tú a quien buscaban!

—Solo querían el poder de la clarividencia para su linaje —resoplo—. Querían que me uniera a ellas y tuviera hijas que heredasen ese poder. Eso es todo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Parece preguntarlo como si ella hubiese dicho que sí si hubiera estado en mi lugar.

—¿Por qué iba a querer meterme en esos embrollos y encima tener que quedarme en Rundra para siempre?

Arya se echa a reír de repente.

Está tan extraña que no dejo de intentar buscar similitudes con la Arya anterior a Rundra. Ahora mismo, esta Arya alfa es para mí como un alien que lleva la piel de mi hermana.

—A mí, intentan matarme lanzándome a los pies de un alfa y a ti, intentan hacerte una de las suyas, cuando yo lo que quería era… Da igual. —Suspira—. Mamá ya me ha dado su respuesta.

—¿De qué hablas?

Estoy empezando a hacerme a la idea de qué es lo que me oculta, pero quiero oírlo de su boca.

Ella se me queda mirando y su sonrisa se vuelve triste.

—Encontré nuestra partida de nacimiento tras pasar por mucha burocracia, y en ella estaba la nacionalidad de mamá y su nombre completo.

—Viniste a buscarla a ella, no a hacer un reportaje —deduzco en tono pétreo.

Ella asiente.

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque hubieras dicho que era una estupidez. Que ella nos abandonó y por lo tanto no había nada más que saber del asunto —me acusa—. O, peor, habrías hecho de hermana sobreprotectora y habrías insistido en venir conmigo.

Me paso las manos por la cara, limpiándome las lágrimas resecas de las mejillas.

No voy a discutírselo.

—¿Qué fue lo que te dijo?

Arya aparta la mirada. Parece tallada en la roca de lo quieta que está.

—No importa.

Tiene ese tono de voz, inflexible y plano, que usa siempre que miente.

—Sí que importa —insisto, sabiendo que la hirió profundamente fuese lo que fuese—. Aparte de intentar matarte, dime, ¿qué fue lo que te dijo?

Ella se gira hacia mí con el rostro falsamente sereno.

—Que yo no era su hija porque no daba la talla. Porque no era una bruja. Y que por lo tanto abandonarme había sido una bendición para mí, porque si me hubiera llevado con ella a Rundra, ahora estaría muerta.

—¡Qué hija de un perro sarnoso! —Me incorporo de nuevo con tanta cólera que se oyen los truenos que rugen a kilómetros de altura a pesar de la distancia y la montaña entera retumba con sus ecos.

Algunos de los lobos de las calles y la pequeña plaza que dan al palacio gritan con miedo al oírlos.

—Córtate un poco, ¿quieres? —me ladra mi hermana antes de salir de su palacio para calmar a todo el mundo.

Avergonzada, trato de contener mis poderes y mis emociones. El maná ya casi se siente mío del todo, pero a veces se me escapa. Es como coger alquitrán con las manos. Está extrañamente espeso y no soy capaz de moldearlo ni dominarlo como hacía antes, con facilidad.

Cuando Arya vuelve, he logrado calmarme un poco y la tormenta ha amainado, aunque no del todo.

—De todas maneras, ya no importa.

—Sí que importa —objeto.

Ella se ríe entre dientes.

—En eso no cambiarás nunca.

—¿A qué te refieres?

—A que, cuando éramos pequeñas, una vez te peleaste con Sandra Eclestes solo porque dijo que yo era fea y me hizo llorar, a pesar de lo mucho que detestabas sacar la nariz de tus libros prestados de la biblioteca pública.

Le sonrío con todo el amor que siento. Da igual que haya cambiado, sigue siendo mi hermanita.

—Eres mi hermana. Siempre me pelearé por ti. Siempre.

—Oh, Noe… —Arya recorre la distancia que nos separa y nos abrazamos con fuerza—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —sollozo—. Mucho. No sabes cuánto.

—Me lo imagino.

Me abraza un poco más fuerte y mis costillas crujen.

—¡Au!

—Perdona —se aleja un paso de mí, soltándome—, todavía no controlo del todo mi fuerza de alfa.

Me froto los costados.

—¿Vas a decirme de una vez cómo acabaste siendo alfa?

Ella vuelve a suspirar. Me muerdo la lengua para no decirle que suena como Kasem cuando hace eso porque pensar en él y en que todavía no despierta me duele. Y mucho.

Mi cabeza está en gran parte centrada en Arya, aunque una parte de mí, sobre todo mi corazón, está pensando constantemente en él, rumiando maneras de curarle. Métodos para intentar hacer que despierte.

De algún modo, sé con certeza que ninguno de los que se me pasan por la cabeza va a funcionar.

Hay algo que se me escapa y no sé qué es, y ello solo me frustra más de lo que ya lo estoy con todo lo que me rodea, pero, sobre todo, conmigo misma.

—Como te he comentado, las brujas intentaron matarme.

Asiento.

—Y yo las mataré a ellas por eso.

Arya se me queda mirando con la boca abierta.

—¿Dónde está mi Noe y qué has hecho con ella? —pregunta medio en broma, pero mirándome de arriba abajo con sus sentidos de licántropa alerta.

—Yo también he cambiado, hermanita —le digo—. O, más bien, me he quitado capas de encima.

En gran parte gracias a Kasem, al que echo de menos con más y más fuerza cada segundo que pasa lejos de mí mentalmente.

—Ya lo veo —murmura mi hermana—. Y menudo cambio ha sido, por cierto.

—Lo mismo digo.

Las dos nos miramos a los ojos y, de repente, nos echamos a reír con ganas.

—Una bruja y una licántropa alfa, ¿quién lo iba a decir? —jadea Arya con hilaridad—. Nos creíamos tan normales… Tan humanas.

—Cierto.

Nos quedamos en silencio y volvemos a tomar asiento en los sillones, pero esta vez nos cogemos de las manos al hacerlo.

—No querían mancharse las manos de sangre del linaje de la bisabuela, a la que veneran de un modo muy raro.

—¿Raro? —inquiero cuando hace una pausa en su historia.

—Tienen un templo dedicado a ella y todo —me cuenta—. ¿No has estado en sus tierras?

Niego con la cabeza.

—Kasem siempre las hacía huir de pavor.

Ella desvía la vista hacia el vampiro, de apariencia falsamente inocente ahora que está dormido.

—¿Tu mercenario?

—Sí.

—¿El mismo del que estás enamorada?

Hace una mueca de asco al preguntar eso.

—Exacto.

—¿Tan poderoso es?

Asiento.

—Mucho. Es un Brujo de Sangre.

Arya se vuelve para mirarme y suelta un silbido, impresionada.

—¿De verdad existen los Brujos de Sangre?

De pequeñas, después de que yo leyese un libro que los mencionaba de pasada y le contara de su existencia, durante un tiempo fueron nuestros *boogeyman*.

—Sí.

Arya silba de nuevo.

—¿Y él? Dime, ¿te quiere? ¿Te trata bien?

Se me hace un nudo en la garganta.

—Mucho. Y sí —replico—. Aunque es un poco capullo.

Arya frunce el ceño.

—¿Cómo que capullo?

—Tranquila, he descubierto que yo también lo soy, así que nos llevamos bien.

Ella se echa a reír con ganas.

—No puedo creer que me estés diciendo esto.

—No puedo creer que seas una mujer loba alfa —contraataco con humor.

Ella eleva un hombro.

—Las brujas me «regalaron» a un alfa con la condición de que me matara luego de usarme como le placiera —me explica con tono de lo más normal a pesar de que a mí sus palabras me ponen el vello de punta, me revuelven las tripas y hacen que mi cólera se renueve—. No te preocupes, no me violó. Aunque lo intentó, el muy hijo de un vampiro, y me mordió cuando yo peleaba contra su agarre. Pero logré huir de su guarida. Aunque me costó casi un mes… En fin, que estuve encerrada en sus celdas mucho tiempo tras darle con un jarrón en la cara y clavarle una esquirla de porcelana en el ojo. Por desgracia, no murió.

—Dime quién es y me encargaré de él. —Aprieto su mano en la mía—. Nunca jamás volverá a molestarte, lo juro. Lo haré sufrir tanto que me suplicará la muerte.

—Joder, Noe —se asombra ella otra vez—. ¿Desde cuándo vas por ahí matando gente?

Me ruborizo y aparto la mirada.

—No es que vaya por ahí matando —objeto en tono defensivo —. Es que ese alfa te hizo daño.

—Sí —dice ella—. Pero también me convirtió en alfa tras morderme. Nadie esperaba que sobreviviese a su mordida. Son muy pocos los que lo hacen. Y, sin embargo, yo salí de allí siendo quien soy ahora y gobierno mi propia manada.

—Todavía no me has dicho quién es.

Ella se ríe por mi insistencia.

—Se llama Lekchg y, si algún día te cruzas con él, te aconsejo que no…

—Ya está muerto —la interrumpo—. Kasem se lo cargó hace más de una semana. Aunque nos lo puso difícil, el muy cabronazo.

Su asombro se incrementa a la par que su respeto por Kasem. Y por mí, según leo en su mirada.

—Vaya —comenta tras un largo silencio—. Otra cosa que no me esperaba.

—Este viaje me ha descubierto muchas cosas de mí misma que hasta ahora no sabía, y también me ha obligado a enfrentarme a un montón de criaturas y sucesos inesperados —le comento—. Aunque es solo gracias a Kasem que estoy aquí.

Miro su cuerpo tendido con devoción, instándole con mi mente a que despierte a través de nuestro vínculo de maná. Pero él ni se inmuta y mi decepción y preocupación crecen un poco más hasta amenazar con asfixiarme.

—Pues me alegra que lo contrataras. Aunque, bueno, Noe, ¿un vampiro? —Hace un gesto de asco—. ¿Sabes lo mal que huelen?

Me río entre dientes.

—Él dice lo mismo de los lobos.

Ella resopla.

—Que diga lo que quiera, pero de verdad que apestan.

—Bueno, es que no he podido bañarlo —me justifico, sintiéndome avergonzada por mi aspecto desaliñado—. Ni yo tampoco.

—No te preocupes. Haré que te preparen el mejor baño de espuma del universo —me promete Arya—. Hay un baño adjunto en esta habitación.

Me guiña un ojo con complicidad y me señala con la barbilla hacia la puerta que hay a nuestra izquierda.

Ambas estamos caminando de puntillas por el tema del que realmente deberíamos estar hablando: todas esas cosas que aún no me ha contado.

Pero estoy tan cansada que solo me digo a mí misma que mañana será otro día y que la oferta de un baño y una cama blandita es tan tentadora que es tontería negarse a semejante regalo.

—¿Podemos seguir hablando mañana?

—Ay, Noe. —Se levanta de su asiento para abrazarme por tercera vez, inclinándose sobre mí con cuidado de no hacerme daño con su superfuerza—. Claro que sí. Mañana desayunaremos juntas y podrás contarme lo capullo que es tu vampiro.

—Y tú lo que sea que me estés ocultando.

Arya se vuelve a tensar, aunque luego resopla de risa.

—No vas a parar hasta que lo sepas.

—Sabes que no.

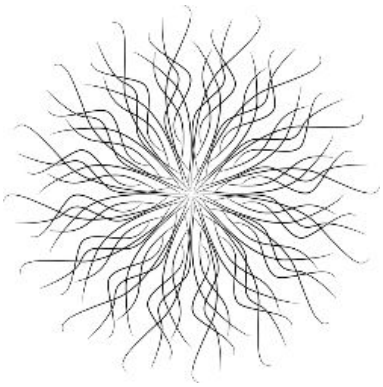
Ella suspira.

—Muy bien —me dice—. Ya veremos mañana, ¿vale? Ahora descansa.

Asiento de manera agotada y ella se levanta y camina hasta la puerta de entrada. Se detiene un momento con la mano en el pomo, como si dudara, pero luego la abre, cruza hacia el otro lado y la cierra tras ella.

Y yo me pregunto cuándo se cumplirá mi profecía sobre salvarle la vida y si tiene algo que ver con lo que me esconde y

tiemblo de los pies a la cabeza con fuerza como si el hielo y la nieve se hubieran metido en mis huesos.



Capítulo 88



Noemí

Bañar a Kasem es un suplicio.

Quitarle la ropa es la parte más fácil. Lo difícil es moverlo hasta la bañera y meterlo en ella. Sus músculos pesan una barbaridad, y más aún porque es un peso muerto, dado que él es incapaz de ayudarme.

Por suerte, cuento con Radiante, cuya fuerza me sorprende a pesar de ser un pájaro mágico. A él le debo ser capaz de meter el cuerpo desnudo de Kasem en la tina medio llena y luego, una vez lavado con todo el cuidado y respeto del mundo, vigilando que sus heridas se hayan cerrado de manera saludable al fin, sacarlo de ahí limpio y con un aroma a lavanda que estoy segura de que no le gustaría nada. Pero era el único gel disponible.

Una vez tumbado en la cama de nuevo (una vez más, gracias al poderío de las alas de Radiante y del cuidadoso agarre de sus

garras), ponerle sus ropas maltratadas y apestosas me parece bastante guarro, así que lo meto desnudo bajo las cálidas mantas y me tumbo a su lado tras ducharme yo misma, cansada hasta la médula.

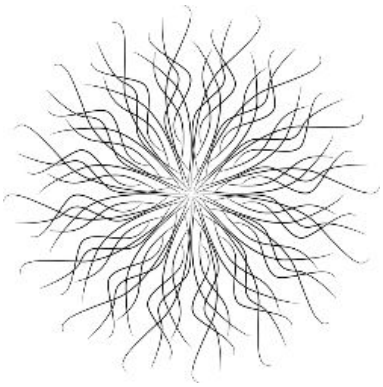
—Buenas noches, amor mío —le murmuro al rostro de un pacíficamente dormido vampiro—. Ojalá despiertes pronto.

Me da por llorar otra vez, y las últimas sílabas me salen ahogadas en sollozos que no soy capaz de contener.

Han pasado demasiadas cosas.

Y una de esas cosas es preguntarme si mi decisión de gastar todo mi maná individual en aquel ataque hacia la nigromante para librarle a él de las venenosas garras de los licántropos zombis no será lo que le ha llevado a este estado catatónico.

La culpabilidad hace que tenga pesadillas toda la noche.



Capítulo 89



Noemí

Arya cumple su palabra de desayunar conmigo a la mañana siguiente, aunque no como ella planeaba.

Me despiertan suaves golpes en la puerta y, cuando me levanto para abrir, me doy cuenta de que estoy desnuda, así que cojo una de las toallas que usé la noche anterior para secarme y me envuelvo todo el cuerpo en ella como una toga antes de abrir.

—Hola —le digo al completo desconocido con rostro armonioso y dulce que inclina la cabeza al verme.

—Mi alfa os está esperando en la gran sala de desayunos, mi señora.

—Oh —me sorprendo, ahogando un bostezo—. Pensaba que ella desayunaría aquí conmigo. —Echo un vistazo hacia atrás, hacia la cama en la que Kasem está tendido—. No puedo dejarle solo —trato de explicarme.

Va contra todos mis instintos cuando él está tan vulnerable. Nada en el mundo podría separarme de él ahora mismo. Ni siquiera un desayuno con mi hermana, por muchas ganas que tenga de verla y abrazarla de nuevo.

—Entiendo. —El joven eleva la vista momentáneamente para intentar mirar más allá de mi cuerpo, hacia el fondo de la habitación, pero pego un poco más la puerta a mi cuerpo y se lo impido—. Se lo comunicaré a mi alfa.

Hace una reverencia y se marcha.

Creo que eso era un omega, le digo a Radiante. *Era muy…, ¿cómo decirlo?, guapo y delicado.*

«Lo era», replica mi familiar, que ha dormido a los pies de la amplia cama, siempre vigilante.

Cierro la puerta y me deshago de la toalla, sacando ropa nueva de mi sello personal, hecho por Kasem ya hace más de medio año.

—No puedo creer que haya pasado tanto tiempo —le comento a Radiante en voz alta mientras me visto, anonadada cuando me doy cuenta del tiempo que llevamos en Rundra—. Nunca pensé que encontrar a Arya nos llevaría meses.

«Rundra es un país muy grande».

—Lo sé —afirmo—. Esta isla es casi como un pequeño continente. Aun así… —Niego con la cabeza y dejo irse esos pensamientos justo cuando vuelven a llamar a la puerta.

Arya no espera a que se la invite a entrar, sino que entra con paso firme y una sonrisa y, tras la puerta abierta, varias personas que sospecho que también son omega empujan carritos con bandejas de las que salen olores deliciosos.

—Buenos días —me saluda, abrazándome.

—Buenos días, Arya —le respondo, devolviéndole el abrazo con entusiasmo.

—¿Tu vampiro sigue sin despertar? —me pregunta cuando nos apartamos.

—Por ahora —le digo.

Estoy convencida de que lo hará pronto. Y me temo que discutiremos sobre ambas decisiones: la suya y la mía.

Los omega, que han traído también una pequeña mesa y dos sillas que depositan cerca de la cama (ya que no hay más espacio disponible en la habitación), echan un vistazo rápido a Kasem y se estremecen del asco y el pavor, apartándose de él en cuanto pueden.

Lo veo y no digo nada porque sé que Kasem actuaría de igual manera con los lobos, por los que no tiene ningún aprecio. Aun así, no aparto el ojo de ni uno solo de ellos hasta que no se marchan tras dejar las bandejas de comida sobre la mesa y hacer reverencias a su alfa. Solícitos y dóciles.

Cuando cierran la puerta tras ellos, me giro hacia mi hermana.

—Esos eran omega, ¿verdad? —inquiero con curiosidad.

Su reacción me sorprende.

Ella aparta la mirada y se ruboriza.

Apesta a culpabilidad y a vergüenza, pero también a su habitual rebeldía.

—Sí, ¿y qué? Soy alfa, al fin y al cabo.

La agresividad con la que me responde me sorprende. Mi mente no tarda mucho en contrastar la información que me dio Kasem con las palabras que me acaba de soltar, y no puedo hacer

nada más que mirarla con la boca abierta y con un nudo creciente de decepción en el estómago.

—¿Quieres decirme que los mantienes como esclavos sexuales? ¿Como hacía Lechugo?

Ella sisea con rabia al oír eso.

—¡Claro que no! —se ofende—. En mi reino, son libres de elegir si quieren servirme de esa forma o no. Y también si prefieren emparejarse con otro. ¡Somos la comunidad más libre que se ha visto jamás entre los lobos!

Alzo las manos a la defensiva. Parece un tema muy espinoso para ella.

—Vale. Vale. Tranquila. Perdona por la acusación.

Arya se relaja un poco, pero suelta un resoplido de irritación.

—Te perdono porque eres mi hermana. Si cualquier otro me hubiera comparado con…, espera, ¿lo has llamado Lechugo?

—No me digas que el nombre no se parece —bromeo para tratar de bajar la tensión.

Funciona.

Ella se ríe con ganas y toma asiento en su silla, haciéndome un gesto para que haga lo mismo.

—Ojalá se me hubiera ocurrido a mí —me sigue la broma.

Le guiño un ojo, aunque la tensión subyacente de ese espinoso tema sigue ahí, entre nosotras, y tengo la sensación de que tiene mucho que ver con el secreto que no quería contarme ayer.

Me siento en la otra silla y le digo:

—Ya sabes que yo siempre he sido la más lista.

Arya resopla de nuevo, aunque esta vez de buen humor.

—Y una mierda. Solo te gustaban más los libros. La inteligencia tiene muchas formas.

—Eso te lo enseñé yo —le recuerdo.

—Cierto —asiente ella con una sonrisa. Tiene un deje de falsedad y tirantez en las comisuras—. Comamos, que el desayuno se enfría.

Desayunamos contándonos anécdotas de lo más irrelevantes.

Sin embargo, la tensión nunca se va del todo.

Y del tema de los omegas no se habla de nuevo durante la hora que pasa conmigo antes de irse con una excusa sobre que tiene que mirar unos papeles de no sé qué que sé en el fondo que no es más que una mentira para poder huir de mí y de mi juicio.

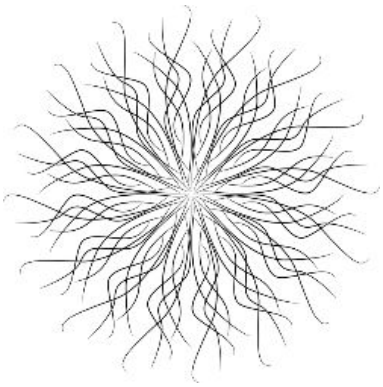
Estoy tentada de decirle que, después de todas las cosas crueles y detestables que he hecho sin remordimiento alguno para poder encontrarla, yo no soy nadie para juzgarla.

Sin embargo, no lo hago porque sé que, si descubro que mi hermana está esclavizando a sus lobos por su subgénero, ya sean beta, omega o los raros gamma, capaces de detectar y anular magia, no creo que fuese capaz de morderme la lengua. Y puede que sea una hipócrita, pero no quiero convertirme también en una mentirosa.

Así que dejo que se marche con su excusa, asiento, la abrazo como despedida y le sonrío.

Aunque el nudo de mi estómago no se relaja en todo el día.

Porque mucho me temo que la Arya que yo conocía ha cambiado en muchas más formas de las que yo misma me creía capaz.



Capítulo 90



Noemí

Kasem abre los párpados y se me queda mirando esa misma tarde. Y mi ilusión y mi alegría son tales que salto sobre él para abrazarle, besando su rostro con pasión una y otra vez entre sollozos y risas de felicidad.

—Al fin —gimo—. Al fin despiertas, mi amor. ¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes? Oh, cariño, te he echado tanto de menos. Me tenías tan preocupada…

—Aléjate de mí —me ordena él con voz ronca.

Sus palabras no solo son una puñalada al corazón, sino también me dejan anonadada e incapaz de entenderlas.

—¿Qué?

—Quítate de encima, mujer.

Me aparto de él con cuidado, pensando de manera culpable que debo de haberle hecho daño sin querer con mi entusiasmo al lanzarme sobre su cuerpo tendido, pero la rabia y la cólera con la que me miran sus oscuros ojos no tiene sentido para mí.

—¿Kasem? —le llamo con incomprensión.

Él solo cierra los ojos y deja salir el aire de sus pulmones antes de intentar levantarse. Se tambalea cuando pone los pies sobre el suelo cubierto de alfombras, pero rechaza con brusquedad la ayuda de mis manos, haciéndome daño de nuevo.

—No me toques —me sisea.

Sus palabras me crean tal conmoción que creo que debo de estar teniendo una de mis pesadillas.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto con angustia—. ¿Te duele?

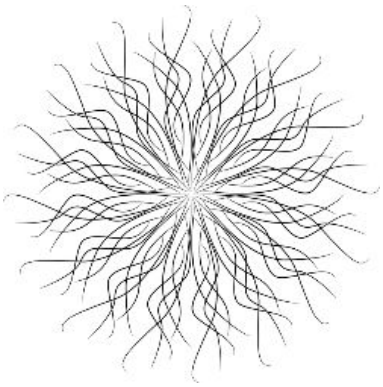
La mirada de cólera renovada que me dirige por encima del hombro mientras está sujeto al cabecero de la cama me deja aún más conmocionada.

—¿Que si me duele? —Se echa a reír sin humor—. Las heridas físicas no duelen, mujer.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Piensa un poco —me sisea de nuevo—, y tal vez lo entenderás.

Tambaleante pero orgulloso, se dirige hacia la puerta entreabierta del baño y la cierra con fuerza tras de sí, dejándome atrás con la cabeza a mil por hora y la culpabilidad y la vergüenza bullendo en mi estómago junto con la rabia que siento por su conducta.



Capítulo 91



Noemí

Kasem pasa todo el día en el baño.

Solo el hecho de que mi instinto me dice que está bien y que se está recuperando es lo que evita que entre a la fuerza para ver qué es lo que le pasa y le exija respuestas. Pero algo en mi interior me repite una y otra vez que es mejor dejar que se le pase el enfado y hablar con él cuando esté más en calma.

Aunque eso no significa que yo vaya a estar menos cabreada o dolida por cómo se ha comportado al despertarse, claro está. O que no piense dejárselo claro como el agua.

Arya viene a visitarme unas horas después de que Kasem se haya encerrado ahí dentro y se niegue a salir a pesar de que yo le he llamado a la puerta varias veces diciéndole que tengo que usar el baño, cada vez con más urgencia.

Su aspecto hace que me olvide momentáneamente de la rabieta de mi marido espiritual. Está sudorosa y nerviosa, y sus ojos son esquivos.

—¿Qué te pasa? —Es lo primero que le pregunto cuando entra en el cuarto y cierro la puerta tras ella.

—Nada importante —me miente.

Rechino los dientes con doble frustración, tanto por ella como por mi maldito vampiro, que sigue negándose a hablar conmigo como si fuera un crío de doce años con una rabieta.

—Arya —le advierto de mal humor—, o me dices lo que te pasa o voy a acabar por mandarte a la mierda por mucho que te quiera, ¿nos entendemos?

Ella se me queda mirando.

—De verdad que has cambiado.

Me siento en el borde de la cama, dejándome caer.

—Sí —replico de manera impaciente—. ¿Podemos cambiar ya de tema? Este me aburre. Dime qué te ocurre. Tengo cosas con las que lidiar.

Principalmente un vampiro cabezota que lleva en silencio más de una hora y por el que estoy preocupada.

Y mi vejiga, que también reclama mi atención desde hace un buen rato.

—Muy bien. —Suelta el aire de sus pulmones como si tratara de calmarse—. Puede que tenga una pequeña revolución con la que lidiar.

Es mi turno de quedarme mirándola con pasmo.

—¿Qué?

Ella se pasa las manos por el pelo y empieza a pasear de un lado a otro de la habitación.

—Mira. Cuando me hice alfa y hui de Lekchg, lo hice gracias a que alguien abrió mi celda. Un omega, ¿vale? Así que me lo llevé conmigo y pensé que íbamos a ser solo nosotros dos. Pero luego se corrió la voz de que nos habíamos instalado en esta ciudad, que llevaba vacía desde que un clan anterior fue masacrado por las brujas, y más y más lobos empezaron a llegar, entre ellos omegas que estaban en muy mal estado. —Se gira hacia mí con desesperación, como si quisiera que yo la comprendiera—. No sabes lo mal que estaban, Noe. Desnutridos, maltratados, violados…

—Qué horror.

Hago una mueca de consternación.

—Exacto —dice ella como si le aliviara ser comprendida—. Les dije que eran libres para ser quienes quisieran ser y estar con quienes quisieran estar, ¿vale? Lo normal. No quería ser dueña de nadie y, además, yo ya tenía a Luro que, aunque no es mi compañero predestinado, es el amor de mi vida.

—Claro.

Empiezo a ver a dónde va todo esto y no me gusta nada.

—Algunos de ellos lloraron de alivio y lo aceptaron, pero otros empezaron a montar jaleo y a amenazar con suicidarse, ¡con suicidarse! Porque creían que los estaba rechazando su alfa. Así que hice lo único que podía hacer para evitar más muertes…

—Te montaste un harén —deduzco.

Ella hace una mueca de vergüenza.

—Sí.

—Y sospecho que a Luro no le gustó.

—Oh, no. A él no le importó porque se hizo líder del harén. Es decir: mi primer esposo, por llamarlo de alguna manera. El que mandaba sobre los demás —me explica, dejándome patidifusa—. En su anterior harén era más un esclavo que otra cosa. En el mío tenía todos los lujos inimaginables.

—¿Y cuál es el problema? —le pregunto—. ¿Luro ya no está contento con eso?

Ella se frota la cara con las manos.

—Con lo que no está contento es con que yo quiera encontrar a los y las alfas de los omega de mi harén, incluido el suyo, porque ¡estoy harta! No sabes cómo es. La gente piensa que tienes un montón de omegas serviciales dispuestos siempre a tener sexo contigo, pero no hay nada más lejos de la realidad. Son como una secta, Noe.

—¿Una secta? —me extraño.

—¡Sí! Una maldita secta de omegas que trata de controlar desde mi comida hasta mis horarios. ¡E incluso si salgo a pasear o no! Me montan follones por nada y, además, debo seguir un orden estricto a la hora de acostarme con ellos. Luro elige a los de esa semana según los favores que le hayan hecho a él, como una especie de competición por complacerle, y, si no me acuesto con ellos, luego me encuentro con chinches en mi cama, con la comida fría, sin agua para mis baños, y un millón de cosas más. Pequeñas, pero molestas. No te lo puedes ni imaginar…

Empieza a dar vueltas sobre la alfombra como una mujer desesperada y yo me llevo las manos a la boca, no sé si para reírme o por la compasión que siento por ella.

Y yo que pensaba que los omega estaban completamente indefensos. Al menos en la corte lobuna de mi hermana ese no es el caso. Está claro que la controlan bastante bien.

—¿Y qué quieres que haga yo al respecto?

—Que me ayudes —me suplica Arya—. Tú tienes el don de la clarividencia, ¿no? La única forma de deshacer un harén sin rencores o venganzas permitidos según las leyes de los licántropos es si encuentro a mi compañero o compañera predestinado. ¡Ayúdame a hacerlo antes de que pierda del todo la cabeza!

Me remuevo con incomodidad.

—No sé si podría —le advierto en tono de disculpa—. No controlo muy bien esos poderes y, además, no son tan fuertes como los del elemento rayo.

Ella se acuclilla frente a mí y me coge de las manos.

—Porfa, Noe. Hazlo por mí —me suplica—. No sabes el lío que me han montado esta vez. Incluso han involucrado a los dos gamma usando como excusa al vampiro al que he dado cobijo *por ti*.

Ese es un golpe bajo.

—Lo intentaré. Pero ya te advierto que no sé si funcionará.

Ella sonríe con agradecimiento.

—Sabía que podía contar contigo —dice cogiéndome de las manos con afecto—. Gracias, hermana.

—De nada, boba.

Estoy a punto de repetirle que no sé si va a funcionar o no cuando ella habla de nuevo:

—¿Sabes? Al principio creía que estabas loca por haber venido a Rundra, pero ahora veo que ese sueño tuyo debe de haber sido el destino. Menos mal que estás aquí, o estaría metida en un buen lío.

Frunzo el ceño.

—¿De verdad lo de encontrarles alfas es algo tan malo? ¿No se supone que todos los lobos quieren hallar a sus parejas predestinadas?

Arya bufa con fuerza.

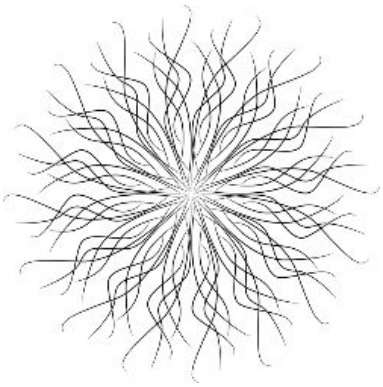
—Solo si esas parejas predestinadas son un alfa tan fuerte como yo, capaz de liderar una manada y atraer a otros alfas y betas hacia sí, dispuestos a unirse a ella y agachar la cabeza para servirla.

—Ah.

Así que todo se trataba de poder entre los lobos. Viviendo en un país como Rundra, donde una pequeña debilidad podría matarte, no me extraña.

Me pregunto si encontrar a su pareja predestinada es realmente por lo que he venido hasta aquí. Si ese sueño tan insistente por el que tenía que estar presente a la hora de encontrarla para salvarle la vida tiene algo que ver con todo esto.

Pero solo hay silencio por parte de mi don.



Capítulo 92



Noemí

—Kasem —llamo a la puerta del baño una vez mi hermana se ha ido, tan agitada como ha venido—, ¿puedo entrar?

Sigue sin haber respuesta.

—De verdad que necesito ir al baño. Y además tenemos que hablar de todo lo que ha pasado y de cómo te encuentras.

Nada.

Irritada, abro la puerta sin preguntar… y me lo encuentro despatarrado y a medio vestir sobre el suelo de piedra.

—¡Kasem! —me alarmo, corriendo hacia él.

Debe de haberse desmayado, deduzco mientras le doy la vuelta para verle mejor la cara, cuyos ojos vuelven a estar cerrados. A saber cuántas horas lleva así.

Me siento tan culpable que el estómago me arde.

Acuno su cabeza contra mi pecho y acaricio su negro cabello, que ha crecido bastante en estos últimos meses.

—¿Kasem? —murmuro con un nudo en la garganta—. Por favor, despierta. Enfádate conmigo o deja de hablarme o haz lo que quieras, pero despierta. Me estás asustando mucho.

—No tanto como tú me asustaste cuando moriste —me recrimina la voz ronca de mi vampiro.

Bajo la mirada cuajada de lágrimas y me encuentro con esos ojos suyos, atentos y abiertos.

—¿Morir? —Frunzo el ceño—. Solo me desmayé…

—Y una mierda —me gruñe con cabreo. Veo miedo en sus ojos, pero no sé a qué. ¿A mí? ¿A mi muerte?—. Moriste, Noemí. *Caput*. Cadáver. Muerta. ¿Entiendes? Tuve que traerte de vuelta. Y a ti te importa una mierda.

Palidezco tanto que me mareo. Creo que acabo de tener una bajada de tensión súbita.

—Eso no es cierto. Yo…

—Tú, ¿qué? —sisea él, alargando sus colmillos hasta que parece una serpiente más que un vampiro—. ¿Tú no pensaste en que matarte para salvarme me jodería lo que me quedaba de cordura, que no era mucha? ¿Fuiste tan egoísta que ni se te pasó por la cabeza cómo me sentiría yo cuando encontrara tu cuerpo?

Niego con la cabeza a toda velocidad.

—Kasem, de verdad que no pretendía morir. Solo pensé que me desmayaría, lo juro. Como aquella vez que hice que te cayera un rayo y te dejé tan mal.

Él me mira con la expresión más seria y severa que le he visto jamás.

—Sabes perfectamente a estas alturas que hay una parte de tu maná que es pura energía vital, y que si la gastas te arriesgas a morir. ¿Y me estás diciendo que no se te pasó por la cabeza?

Mi duda a la hora de responder le hace maldecir y sus manos empujan mi cuerpo para que me aparte de él, aunque eso haga que su cabeza caiga de nuevo al frío suelo de piedra pulida.

—Vete —me ordena.

—Kasem…

—Puede que tú no valores tu vida, Noemí —interrumpe él con fiereza—. Pero para mí tu vida lo es *todo*. No podrías haberme hecho algo peor que lo que hiciste. Así que vete. Déjame solo para pensar y rumiar mis mierdas durante un rato.

El nudo de mi garganta se hace cada vez más y más grande, y las lágrimas no dejan de caer.

—Kasem, por favor, lo siento…

Me tiembla la voz al hablar.

Sin embargo, él es completamente inflexible.

—He dicho que te vayas. Estoy muy cabreado y muy cansado y no tengo ganas de discutir ahora mismo.

Me levanto y me marcho, cerrando la puerta del baño tras de mí mientras lloro, cubriéndome la boca con la mano para que mis sollozos no sean demasiado ruidosos.

Estuve muerta, me digo mentalmente. *Muerta*. Creo que parte de mí lo sabía y lo estaba negando.

Me pregunto qué hizo Kasem para traerme de vuelta y si ese es el motivo de que esté tan mal. Espero que no porque, si es el

caso, además de sus palabras cargaré también con la culpa de haberle llevado hasta ese estado, cuando yo lo que quería evitar era que le hicieran más daño.

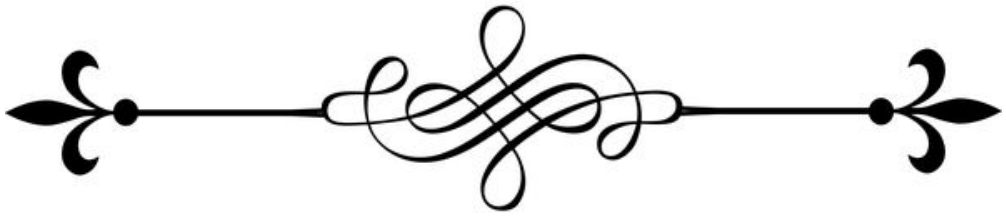
—Soy una insensata —le reconozco a Radiante entre sollozos.

El pájaro asiente como si fuera un hecho y se me acerca volando para que pueda abrazarlo y apoyar la cabeza en su pecho, acurrucada contra el cabecero de la cama.

¿Qué es lo que he hecho?



Capítulo 93



Kasem

Está viva.

El conjuro ha salido bien. Está viva.

Y yo quiero besarla, abrazarla, hacerle jurar que jamás volverá a hacer eso, pero también castigarla, castigarnos a ambos, por lo que ella hizo. No tuvo ni la más mínima consideración ni con su vida ni con la mía.

Aunque en su cabeza ella quería salvarme, lo que en realidad hizo fue que ya no me importara nada, ni siquiera los tonos todavía grises de mi por otra parte negra moralidad. Me convertí en el monstruo que sé que puedo ser para traerla de vuelta. Maté a su abuela, a su madre y a las brujas que quedaban vivas del aquelarre de Nahuala. Y todo eso ella no lo sabe. Y quizá le importe.

Quizá que Kaela esté muerta por mis manos, por mucho que ella dijera odiar a su madre, nos rompa en mil pedazos. ¿Quién sabe?

Me paso las manos por la cara y trato de centrarme y de no caer en la autocompasión. No estoy acostumbrado a ella, al igual que no estoy acostumbrado a la debilidad, ni física ni mental, que siento ahora mismo.

La ponzoña de los mordiscos y las garras de los sarnosos aún no se ha ido del todo. Mi organismo todavía combate ese veneno, mortífero para mi especie en grandes cantidades y, joder, ni siquiera sé cómo es posible que haya despertado tras lo que hice. El conjuro de vida no es para seres como yo, tan profundamente hundidos en la oscuridad. Normalmente nos mata.

Menos mal que la sangre de mi madre es fuerte en mí y que ella me enseñó bien porque, si no, no lo cuento.

Algo que no le pienso decir a Noemí porque lo que importa, maldita sea, es que ella ya estaba muerta, para empezar. Yo no habría llegado a esos extremos si no lo hubiera estado.

Me importa mi vida, maldita sea.

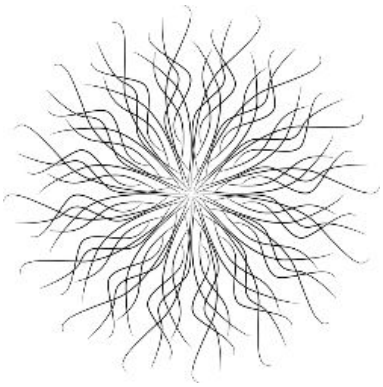
Pero ella me importa más.

Y eso es algo que Noemí no parece entender con esa dura mollera suya por muchas veces que le haya dicho con mil gestos o palabras sutiles (o no tan sutiles) que la amo y que espero pasar el resto de mis días con ella.

Tengo que dejarle bien claro que «sacrificio» no es una palabra que deba entrar en su vocabulario jamás.

Ahora bien, ¿cómo le enseño esa lección para que se le quede de por vida?

Esa es la cuestión.



Capítulo 94



Noemí

Estoy tan conmocionada que no sé cómo reaccionar a todo esto.

Es demasiado.

Entre el hecho de que he estado muerta, la ira de Kasem y su «vete», y la extraña tesitura de mi hermana y su harén, me siento saturada. La situación me sobrepasa. No es difícil admitirlo.

Esto no es algo que pueda combatir con rayos y truenos. Las cosas emocionales rara vez lo son. Y sentir tanto y no poder hacer nada me está pasando factura.

«Cálmate y piensa en las cosas que sí que puedes hacer», me aconseja Radiante.

Aspiro una bocanada de aire y me doy cuenta de que es más sabio que yo, por muy de cerebrito que vaya. La sabiduría, al fin y al

cabo, se aprende a través de la experiencia, no con la nariz enterrada en un libro.

Tragando saliva y limpiándome las lágrimas de las mejillas, pienso en aquello que sí que puedo hacer, y me viene a la cabeza el favor que me ha pedido mi hermana: que use mi don para tratar de encontrar a su pareja predestinada. Al omega o la omega que hormonalmente es más compatible con ella en todo el mundo. Una hazaña que resultaría ser toda una proeza, porque no es poca cosa lo que pide.

Tengo mis dudas sobre si eso le valdría para deshacer legalmente el harén que tantos problemas le causa sin rencores por parte de los demás omega, pero ella cree que sí, así que lo mínimo que puedo hacer yo es intentarlo.

Aspirando otra bocanada de aire, me reacomodo contra el cabezal de la cama y acaricio las plumas de Radiante de manera distraída, buscando unir su maná al mío para así canalizar mi poder con mayor fuerza, y me concentro en ese instinto, esa sensación que siempre tengo en la boca del estómago cuando me sobrevienen las predicciones o los sueños, y pienso con fuerza en mi hermana.

Veo un hilo rojo atado a su muñeca que se pierde en el horizonte, así que lo sigo. Viajo mentalmente a través de las cuevas y de los bosques de Rundra hasta llegar a la guarida de un vampiro que no se parece en nada a Kasem.

Un primordial, me dice mi don. Y me estremezco de pavor al verlo con mi ojo astral. Su forma de murciélago gigante con rostro humanoide es espantosa y me causa un miedo tan profundo cuando él clava sus ojos oscuros como la noche sin luna en mí que abro los míos y corto la conexión de un plumazo, pero no antes de ver al omega que, junto con otros seres, espera encadenado a una pared de piedra a ser la cena del monstruo.

—Tengo que hablar con Arya —le digo a Radiante con urgencia.

Y luego miro hacia la puerta del baño y pienso que también debo hablarlo con Kasem, porque sería estúpido por mi parte no hacerlo y ya he cometido muchas estupideces.

Así que me levanto y golpeo la puerta del baño con suavidad, deseando que él esté de mejor humor.

—¿Kasem?

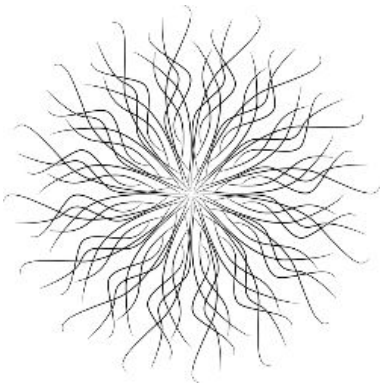
—¿Qué quieres?

El alivio que siento al oír su voz es casi palpable.

—He tenido una visión. ¿Podemos hablar?

Se hace el silencio durante unos segundos que me parecen eternos.

—Muy bien. Ahora salgo.



Capítulo 95



Noemí

—Tú no vas a venir.

Sus palabras parecen definitivas.

—¿Cómo que no? —me ofusco—. ¡Soy yo quien lo ha encontrado! Además, te recuerdo que en tu contrato pone que debo acompañarte allí donde vayas.

—Hasta encontrar a tu hermana —objeta él—. Y ya la has encontrado.

—Eso no es justo.

—La vida no es justa. Madura de una vez.

—Que te jodan, Kasem —me cabreo—. Es irónico que tú me digas eso.

Me sienta mal decirle esas palabras en cuanto salen de mi boca y recuerdo por todo lo que ha pasado esta última semana y algo, casi en coma.

—Será lo irónico que quieras, pero así son las cosas: iré yo solo.

—¿En tu estado? ¡Y una mierda! —protesto con vehemencia.

Él sisea, enseñándome los colmillos. No de una manera amenazadora, sino molesta.

—Soy el único que sabe cómo vencer a un vampiro primordial.

—Todavía no has sanado del todo, ¡casi no te mantienes en pie!

—Sanaré del todo tras beberme tu sangre —declara como si nada.

El corazón empieza a latirme a toda prisa y la boca se me reseca.

—No te lo he ofrecido.

—Entonces, ¿vas a negármelo, bruja?

Qué borde está.

Aun así, sabe que no lo haré.

—No —admito en voz queda.

Él no sonríe de manera victoriosa como solía hacerlo antes. Solo se acerca a mí a pasos tranquilos y se sienta en la cama, apoyando una mano sobre mi muslo.

—Cogeré la suficiente para recuperar fuerzas. Eso es todo.

—Vale.

Rechino los dientes porque me siento… usada. Usada con una frialdad y una practicidad que le quitan toda la sensualidad y la magia a sus mordiscos. Y, aunque le he alimentado antes para que sane (pese a que él no recuerde la última vez porque estaba dormido), esta vez se siente diferente.

No me gusta nada. No lo disfruto cuando hace a un lado la larga camisa de dormir que llevo puesta y me hunde los colmillos en el muslo, por mucho que mi sangre se acelere y que el deseo sexual que siempre despierta con su ponzoña esté presente de inmediato. Ni siquiera tengo ganas de pedirle que tengamos sexo. Solo quiero que coja lo que necesite, que sane y que pare.

Cuando se aparta, relamiéndose la boca manchada de mi sangre como si fuese ambrosía y no quisiera desperdiciar ni una sola gota, solo puedo observarlo sintiendo un deje de tristeza en el corazón.

—¿Ya está? —le pregunto con voz ronca.

Él se me queda mirando.

Se inclina hacia mí como si fuera a besarme, pero luego, a pesar de que ve cómo el aliento se me atasca en los pulmones y las ganas que tengo de que lo haga, de que rompa la brecha que hay entre los dos, se aparta.

—Sí —me dice, y se aleja de mí—. Avisaré a tu hermana. —Alguien llama a la puerta entonces—. O quizá no haga falta.

Cuando Arya entra y ve la escena en la que estamos, ruge y le enseña los colmillos alargados al vampiro.

—¡La has mordido! —le acusa.

—Calma —le replica Kasem—. No la he convertido. Sigue siendo meramente una bruja.

—Tranquila, Arya. Le he dado permiso.

Las palabras saben a ceniza en mi boca cuando las pronuncio dado mi estado emocional actual, pero hacen que al menos mi hermana se calme.

—Así que tú eres su Kasem. —Arya da un paso adelante y extiende una mano hacia él, tratando de ocultar su cara arrugada por el mal olor que asegura que tienen los vampiros sin mucho éxito —. Encantada de conocerte…, supongo.

—Lo mismo digo.

Se dan la mano mirándose fijamente a los ojos. Como dos depredadores alfa que están decidiendo sus fronteras y batallando en silencio.

Decido interrumpirlos porque su batallita de voluntades me parece ridícula.

—He encontrado a tu omega —le digo a mi hermana, que clava su atención en mí de manera inmediata—. Pero tengo una condición…

—No —interrumpe Kasem con presteza.

—… yo también voy.

Arya frunce el ceño.

—¿Es peligroso?

Siempre ha sido muy lista.

—Está en la guarida de un vampiro original —responde Kasem por mí con tono acerado—. Creo que sería mejor que Noemí se quedara aquí, a salvo. Puedo ir yo a por tu omega.

—Nadie que no sea yo va a ir a por mi omega, vampiro —gruñe Arya.

—Entonces yo también voy —insisto, harta de que me ignoren —. A donde vayas tú, yo también iré. Y, antes de que protestes —me

dirijo hacia Kasem, que ha vuelto a abrir la boca—, te diré dos cosas: primero, que soy una mujer adulta con capacidad para tomar sus propias decisiones y, segundo, que mi hermana no va a ir sin mí a ninguna parte, ¿me has entendido?

Y tú tampoco, añado para mis adentros.

—Si mi hermana quiere venir, que venga. Su magia me vendrá de perlas. —Arya me guiña un ojo con complicidad y yo sonrío, victoriosa.

Lo hubiese seguido si hubiera tenido que hacerlo, pero Arya, con su tozudez, me ahorra tener que hacerlo.

Kasem se tensa como un toro antes de cargar contra alguien, aunque esta vez no sisea enseñando los colmillos, al menos.

—Muy bien —accede—. Pero ambas escucharéis mis directrices y haréis caso a lo que yo os ordene. ¿Entendido?

Arya se cruza de brazos, mostrando sus músculos.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —se indigna mi hermana.

—Porque yo tengo experiencia matando a antiguos de ambas especies y tú, déjame adivinar, no tienes *ninguna* —replica él con sarcasmo.

Arya resopla, sin embargo no lo contradice.

—Muy bien, vampiro. Te dejaré liderar esta misión. Pero, si una sola palabra sobre ello llega a los oídos de mis seguidores, te daré una paliza, ¿nos entendemos?

Dudo que mi hermana pudiera tocarle un pelo a Kasem si él no quisiera, aunque me muerdo la lengua y no digo nada.

—Entendido —replica él cortésmente, mirándome de reojo.

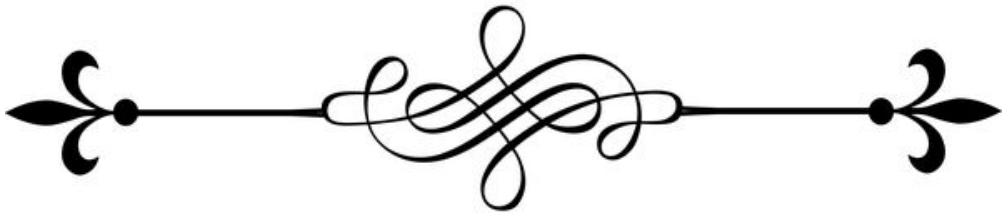
Abro la boca para hacer una broma sobre lo inesperado que es ver cómo se ha vuelto de repente tan educado, pero la cierro porque

no me siento con ganas ni de bromear.

Algún día volveré a tener ganas de tomarle el pelo. Por desgracia, este no es el momento ni el lugar.



Capítulo 96



Kasem

Debo encontrar la manera en que Noemí esté a salvo a toda costa.

Aunque tenga que encerrarla en una puta mazmorra. Aunque ella me odie el resto de sus días. Mi prioridad es que sobreviva. Tanto ella como su hermana, porque sin Arya, estoy seguro de que mi listilla caería en una maldita depresión tan grande como su corazón.

Pero no me lo están poniendo fácil, ninguna de las dos. No saben a lo que se enfrentan y, por ende, se creen ya victoriosas. Como si entre los tres el antiguo fuese a palmarla en un santiamén. Como si Noemí no recordara al licántropo primordial al que nos encontramos hace más de seis meses, en las montañas que condené al abismo de la magia más oscura.

Con el vampiro, esa magia, si es que me viese capaz de usarla de nuevo sabiendo sus consecuencias, no sé siquiera si funcionaría. La especie de mi padre siempre ha sido, al igual que los licántropos originales, especialmente resistente a la magia, pero, sobre todo, a la magia negra.

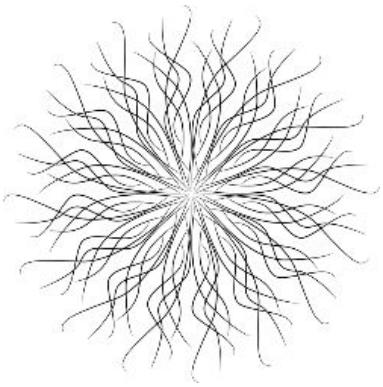
Así que va a estar jodido.

Nuestra mejor opción es entrar cuando él o ella no esté en su guarida, sacar al omega y largarnos de allí cuanto antes sin que nos pille, pero mucho me temo que con mi suerte eso es pedir demasiado al destino.

Solo espero no estar cagándola al llevarlas conmigo. Especialmente dado que la profecía de Noemí le exigía estar junto a su hermana para salvarle la vida.

Desgraciadamente, no decía nada sobre que ella sobreviviese a eso.

Debo tomar una decisión. Y debo hacerlo cuanto antes, porque Arya ha decidido que debemos partir esta noche sin falta, y ya apenas queda tiempo para hacer nada que impida que Noemí se ponga en peligro por su hermana una vez más.



Capítulo 97



Noemí

Kasem no parece nada contento y, conociéndolo, me temo que intente hacer una de las suyas. Como dejarme dormida y cargarme sobre su hombro o encerrarme en alguna burbuja hasta que él saque de la cueva al omega.

Menos mal que no le he contado a Arya todas esas cosas, o no habría sido una reunión tan cordial entre los dos como la que he visto. Mi hermana puede ser igual de sobreprotectora que yo y, aunque haya cambiado, estoy segura de que ese rasgo de su personalidad sigue siendo el mismo.

Por ello no sé si advertirle sobre lo que sospecho que Kasem está pensando o no. Porque, si lo hago, me arriesgo a que Arya, que es incluso más impulsiva que yo, se enfrente a mi vampiro cara a cara y acabemos teniendo una discusión bastante intensa entre los tres.

Así que, como ella está preocupada despidiéndose de parte de su harén, que de alguna forma se han enterado de que vamos a por su pareja y están llorando y suplicándole que se quede y que lo olvide con muchos aspavientos y dramatismos mientras mi hermana intenta calmarlos (pobre Arya, la verdad), me acerco a Kasem y le susurro en tono de advertencia:

—Ni se te ocurra intentar una de las tuyas. Voy a ir sí o sí, Kasem.

Él me mira con la mandíbula tensa y no dice nada, pero no me hace falta leer mentes para saber que lo está pensando todavía.

Le tiro de la manga de su chaqueta y llamo su atención de nuevo.

—De verdad te lo digo. Nada de lanzarme conjuros para que me quede dormida, ni encerrarme, ni «ponerme a salvo» ni nada por el estilo, ¿me entiendes?

—Ya te he oído —contesta él.

—Pues que te quede claro: no lo voy a permitir.

Eso hace que al fin se digne a mirarme.

—Y yo no voy a permitir que vuelvas a hacer algo tan estúpido como sacrificarte por nadie —gruñe en tono oscuro.

Trago saliva y mis dedos se curvan sobre la manga de su chaqueta.

—Lo siento —me disculpo con sinceridad—. Te juro que no quería morir. Pensé que me desmayaría. Yo…

—No quiero disculpas. Quiero hechos.

—¿Qué pasa aquí? —interviene Arya, que parece que al fin se ha librado de su harén, aunque parece muy agobiada.

—Nada —decimos los dos al unísono.

Kasem da media vuelta y, deshaciéndose de mi agarre, pone rumbo a la salida de la cueva junto a Bicharraco, que se ha empeñado en seguirnos.

Sigue cabreado, le explico a Radiante, decepcionada y dolida.

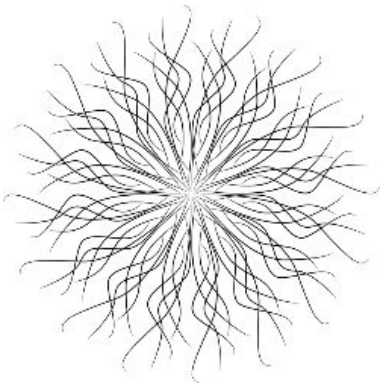
«No está cabreado», objeta él mientras sobrevuela nuestras cabezas y sale de la cueva para espiar el horizonte. «Está asustado».

Jamás pensé que esa palabra se le aplicaría a él, pero miro su tensa y ancha espalda y me doy cuenta de que es cierto.

Kasem, por primera vez desde hace a saber cuánto tiempo, quizá más de un milenio, está asustado.

Por mí.

Tengo mucho en lo que pensar.



Capítulo 98



Noemí

El viaje hasta la cueva del vampiro original es de lo más incómodo.

Por un lado, estamos Kasem y yo, que apenas nos dirigimos la palabra; por otro, Arya, que lo ha notado y no deja de mirar con los ojos entrecerrados al vampiro; y, por último, mis conversaciones mentales con Radiante, que a veces me dejan empanada y hacen que no me fije mucho en mi entorno.

Por eso me sorprende cuando llega la hora de acampar.

Arya y Kasem se encargan de todo. Mientras él hace una rápida ronda por los alrededores, mi hermana caza una especie de ciervo de pelaje azulado, lo limpia y se pone a cocinarlo en una fogata. Cuando Kasem vuelve, este arruga la nariz con una ligera mueca de asco que me hace recordar lo mucho que él disfrutaba cocinando platos *gourmet* para mí cada día.

El pinchazo de nostalgia me da tan fuerte que me llevo una mano al pecho.

—¿Estás bien? —me pregunta Arya cuando lo nota.

—Sí —miento—. Solo un pálpito, nada más.

Ella se pone ansiosa.

—¿Es una premonición? ¿Tiene algo que ver con mi compañero?

—No, no —me apresuro a negar—. No es nada, de verdad.

—¿En serio?

—Arya, te lo diría si fuese el caso.

Eso hace que se relaje y vuelva a su carne rustida.

—Muy bien. Gracias, Noe.

—De nada.

Kasem permanece en silencio toda la noche, pero sus ojos no se apartan de mí. Especialmente cuando me meto en el saco de dormir y cierro los ojos, justo antes de que él use su conjuro burbuja para protegernos de lo que sea que haya en el bosque perpetuamente invernal.

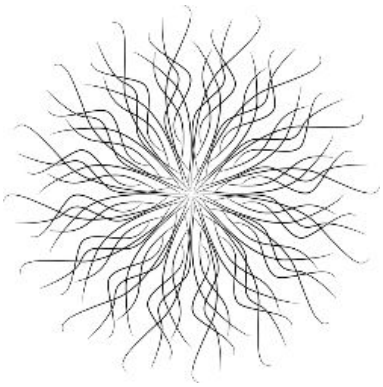
Noto su magia rozar la mía a través de nuestro vínculo y, cuando me doy cuenta, ha vuelto a poner el conjuro que me protege de los extremos climáticos de Rundra y me mantiene calentita y a salvo de una buena hipotermia.

—Gracias —le digo, medio dormida.

Él no me responde.

Pero sus actos hablan más que sus palabras.

Yo también te quiero.



Capítulo 99



Noemí

Llegamos a las cercanías de la cueva durante el sexto día de nuestro viaje.

A pesar de que hemos ido todo lo deprisa que hemos podido, Arya es un manojo de nervios.

—¿Y si se lo ha comido ya? —no para de angustiarse.

—Mi don me dice que sigue vivo —no dejo de calmarla.

Aunque no le cuento que el chico no está en muy buen estado. Ni que parece que vaya a morir de inanición antes incluso de que el vampiro lo elija para comérselo de la fila de sus víctimas encadenadas.

Ya está lo suficientemente alterada como para encima ponerla todavía más nerviosa e impulsar esa personalidad tan impetuosa que

compartimos ambas, pero ella más que yo…, o eso creía hasta llegar a Rundra y que este país me pusiera a prueba una y otra vez.

—Quedaos aquí —nos ordena Kasem cuando llegamos a la linde del bosque—. Iré a explorar primero a ver qué encuentro.

—De eso nada —se opone Arya—. Es mi compañero el que está ahí dentro. Yo también voy.

Kasem la mira con irritación.

Al menos vuelve a ser más él mismo, porque me veo venir el sarcasmo que va a soltar segundos antes de que lo haga.

—Ah, sí. Ven conmigo para que el originario pueda oler tu peste a sarnosa desde un kilómetro de distancia y así lo adviertas de nuestra presencia. ¡Qué buena idea!

—Oye, capullo, no hace falta que te pongas en plan borde —sisea mi hermana, enervándose—. Además, ¿qué más dará que me huela? Eso hará que salga de su cueva, ¿no? Así mejor.

—No. No es mejor —bufa Kasem—. Lo mejor, como os he repetido una y otra vez a ambas —me mira de reojo con el ceño fruncido a pesar de que no he dicho nada para contradecirlo—, es infiltrarse en la cueva mientras él no esté, sacar a tu omega y largarse de aquí cuanto antes evitando un enfrentamiento. Eso es lo mejor.

—He matado a vampiros antes —replica Arya con chulería—. Este no me asusta.

—Pues debería. Porque a mí me hiela los huevos. Y a mí *nada* me hiela los huevos, loba.

Eso pone las cosas en perspectiva para mí. Jamás he oído a Kasem admitir que algo le asusta (excepto mi muerte). Ahora comprendo mejor que nunca por qué no quería que viniera. Y

también comprendo por qué debo estar aquí: porque a mí también me aterra que él muera. O que Arya lo haga.

—Seguro que entre los tres tendríamos una oportunidad contra él —miro a Kasem con súplica, como si deseara que fuera cierto—, ¿verdad?

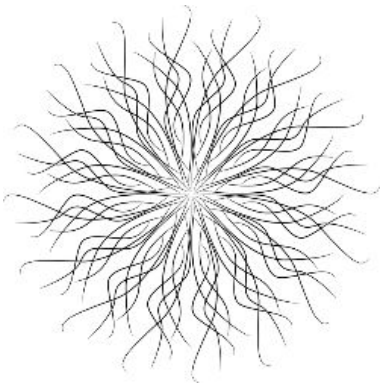
—Tal vez —admite él a regañadientes—. Siempre y cuando no os metáis en mi camino y me obedezcáis.

—Menudo vampiro tan arrogante —se queja Arya.

Pero Kasem ya se ha ido colina abajo, lejos de nosotras y en dirección hacia la cueva de un vampiro que podría matarlo. Y que, por ende, mataría también mi corazón y mis ganas de vivir.

Ahora entiendo del todo por qué sigue furioso y asustado por mí.

Porque ahora comparto esas emociones yo por él.



Capítulo 100



Noemí

Kasem vuelve justo antes de que amanezca.

—Como intuía, es un cazador nocturno. Estará durmiendo durante el día, lo que significa que es mejor si entramos cuando se haya largado, porque despertarle en sus cuevas le cabrearía mucho.

—¿No podríamos negociar con él? —le pregunto.

Le he estado dando vueltas al asunto al menos mil veces en la cabeza.

—¿Tú recuerdas al licántropo primordial que nos encontramos aquella vez? —Asiento a su pregunta—. ¿Se podía negociar con él? —Niego con la cabeza—. Pues este es aún peor.

Palidezco bastante.

—Peor, ¿cómo?

—Como comparar a un cachorro con un demonio. Así de peor.

Arya, que hasta ahora había estado escuchando, bufa con fuerza.

—Los vampiros y los lobos están a la par en cuanto a fuerza se refiere.

—Los modernos sí —replica Kasem—. Los antiguos vampiros masacraron a tu especie casi hasta la extinción. Te recuerdo que los lobos primordiales eran sus mascotas y que, a diferencia de los sarnosos, los vampiros originales son inteligentes. *Muy* inteligentes.

—Solo estás echándole flores a tu especie —protesta Arya—. No puede ser que sea tan fuerte.

Kasem se frustra con ella de manera evidente.

—No lo comprendes, Arya —le gruñe—. Esto te supera. A ti, a Noemí y a mí. Deberíamos largarnos si tuviéramos un ápice de sensatez en la cabeza y buscar otra solución para tu problemilla.

—¡No pienso dejar que esa cosa se coma a mi compañero! —ruge Arya con ira.

—Baja la voz —le chisto.

—Lo siento —me dice, respirando pesadamente—. Pero tu chupasangre me pone de los nervios.

—Está siendo mutuo, loba.

Ambos se sacan los colmillos.

Parecen dos críos con esteroides y demasiado poder en sus manos.

—¡Ya vale! —siseo en voz baja—. Hay que pensar en un plan. Si, como Kasem ha dicho, la criatura sale a buscar nuevas presas durante la noche, lo mejor sería entrar cuando no esté, sacar a tu chico y largarnos tan rápido como podamos de aquí. Él tiene razón.

—Si es que no nos sigue.

—¿Podrías ser menos negativo? —refunfuña Arya hacia Kasem —. Todo lo que pones son pegas.

—Solo estoy siendo realista. La única debilidad de estas criaturas es la luz del sol. Y, aun así, no es probable que mueran. Solo los debilita. No quiero que os penséis que va a ser fácil.

—¡No lo pensamos! —se cabrea Arya de nuevo—. ¿Sabes qué? Si no quieres estar aquí, lárgate por donde has venido. Ya has ayudado a mi hermana a encontrarme, ¿no? Pues tu misión está completa. Así que, adiós.

—¡Arya! —me angustio—. ¡No digas eso!

Menos mal que estamos bajo la burbuja protectora de Kasem, que impide que cualquier sonido salga de ella, porque si no el vampiro primordial ya nos habría oído seguro.

Arya hace una mueca de asco mirando a Kasem.

—No entiendo qué ves en él —me dice—. Apesta en más de un sentido.

—Te estás pasando —me enfado con ella—. Deja de volcar tus miedos en él en forma de ira solo porque estás asustada.

Ella gime con hastío.

—Dios, había olvidado lo mucho que odio que me psicoanalices.

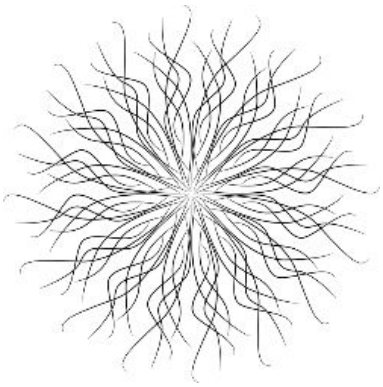
—Pues no me tientes a ello y para de una vez.

Mi hermana alza las manos como si se diese por vencida.

—Muy bien. Seguiremos el plan de tu mercenario, pero, si no sale bien, alguien tendrá que pagar por ello.

A Kasem su amenaza solo le hace reír.

Esto se me está yendo de las manos. ¿Cómo hemos acabado así?



Capítulo 101



Noemí

La cueva del vampiro es oscura, fría y húmeda.

Y además apesta a muerte y el suelo está completamente cubierto de huesos, al menos en la entrada porque, conforme te adentras más y más por el único pasadizo que hay en ella, te das cuenta de que las paredes están pintadas con murales, de que el suelo está pulido y de que todo parece limpio.

—Sus esclavos mantienen sus aposentos bien relucientes —comenta Kasem con humor negro.

Arya lo mira con nerviosismo e irritación. Kasem no le cae muy bien, cosa que me decepciona y que creo que tiene que ver con que mi hermana necesita a alguien en quien volcar su tensión y su agobio y mi vampiro es una presa fácil porque todo le da igual y la ignora por completo.

Cuanto más nos adentramos, más se parece a un hogar en vez de a una cueva, hasta que llegamos a una sala circular con una abertura en el techo cubierta por una cúpula de lo que parece cristal, pero que rebosa magia y que deja pasar tenuemente la luz de la luna, como si la filtrara, una gran cama en el centro y, a los lados, jaulas con barrotes en los que se apelmazan personas de todo tipo que gritan al vernos, suplicándonos que las saquemos de allí.

—¡Por favor! ¡Os daré todo lo que tengo! ¡Era comerciante y tengo fortuna en casa!

—¡Os lo suplico! ¡Por piedad! ¡Sacadme de aquí!

Los gritos son incesantes y descorazonadores, y se entremezclan con los de Arya, que reclama que le digan dónde hay un lobo omega entre ellos.

—¿No podemos liberarlos a todos?

Miro a Kasem con ojos suplicantes.

Los esclavos-comida dan tanta pena que no soy capaz de dejarlos allí y largarme con el omega sin más. Sería tan cruel… Y yo puedo ser cruel, pero tengo límites.

Él pone los ojos en blanco.

—Como la señorita quiera.

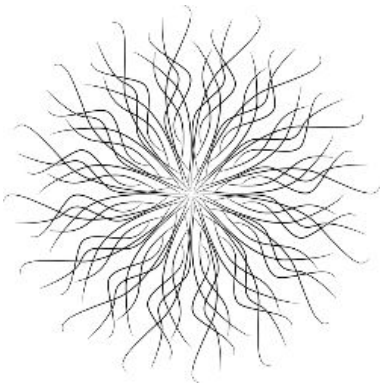
Y, con un gesto de sus dedos, las jaulas y las cadenas que ataban a las personas a las paredes de piedra se abren de par en par.

Al principio, los prisioneros se quedan quietos, como si no comprendieran que al fin son libres de su amo-devorador.

Luego la estampida casi nos tira al suelo.

Oigo la risa de Kasem y los gritos de Arya, que sigue buscando a su omega de manera desesperada, siguiendo a la gente que corre

en dirección a la libertad…, al menos hasta que empiezan a oírse los gritos de muerte.



Capítulo 102



Noemí

El viejo vampiro ha vuelto. Y, cómo no, no está nada contento con que hayamos liberado a sus esclavos-comida.

Así que ha decidido ponerse a matar a todo el que salga de las cuevas. Lo que provoca una estampida en sentido contrario y gente superviviente y aterrada corriendo de nuevo hacia sus celdas, como si así creyeran que van a estar a salvo de la ira de su amo.

—Mierda —maldice Kasem en vadálico—. No te alejes de mí a no ser que te lo diga, Noemí. Y nada de hacer una de las tuyas.

Con «una de las tuyas» se refiere a sacrificarme por él o Arya, cosa que me va a resultar difícil porque es parte de mi naturaleza, pero que he comprendido que no es síntoma de amor, sino de egoísmo por mi parte tras ver el dolor de mi vampiro.

—Vale —accedo, aunque lo hago con el estómago en un puño y sin saber realmente lo que va a pasar a pesar de mi don de ver el

futuro, que no es más que un montón de mierda que me acaba metiendo en líos como este—. Arya está volviendo. Creo que ha encontrado a su omega.

—Bien —asiente Kasem—. Así se mantendrá a un lado, protegiéndolo.

Ojalá mi poder fuera más útil, pero yo no soy mi bisabuela. Esto es todo lo que tengo que ofrecer en cuanto a clarividencia se refiere.

A partir de aquí, ya no sé qué va a pasar.

El vampiro primordial, uno de los originales que fueron los responsables de crear a los vampiros actuales como Kasem, entra tranquilamente en su guarida, como si no tuviese ningún temor.

En cuanto lo veo, la sangre se me hiela en las venas. Es tal y como lo visualicé en mi viaje astral, y al mismo tiempo peor. Su piel es correosa y parece cuero, aunque está cubierta de un fino vello negro. Su cara humanoide tiene un hocico repleto de colmillos que harían palidecer los de un lobo. Y sus ojos muestran una astucia que me dice a las claras que nos estaba esperando.

—¿Cómo? —pregunto antes de que mi mente le diga a mi boca que se calle.

La criatura sonríe con una boca manchada de sangre.

Es lo más espantoso que he visto nunca.

—Ni la magia más poderosa puede ocultárseme a mí, vidente —sisea en tono sibilante. Habla con dificultad, como si no estuviera acostumbrado al rundrense, que es la lengua que he empleado para preguntarle cómo ha sabido que vendríamos—. Mis ojos claramente te vieron en mi guarida hace ocho noches. Si te hubiera agarrado entonces…

Ríe entre dientes y yo me encojo sobre mí misma.

—Así que viste mi forma astral mientras yo usaba mi don.

—Por supuesto.

Qué miedo da pensar en ello.

—Quédate detrás de mí, Noemí. —Kasem me empuja hacia su espalda con presteza.

—Un mestizo, una bruja y una alfa. Menudo festín me daré esta noche.

—Ni en tus sueños, criatura —gruñe Arya, sacándole los colmillos.

El vampiro primordial hace un gesto con la mano y mi hermana se estampa contra la pared, perdiendo el conocimiento casi de manera instantánea.

—¡Arya! —grito.

Trato de correr hacia ella, pero Kasem me agarra del brazo y me mantiene quieta.

—Cálmate. Está viva. Quédate donde estás o te pondrás a ti misma a tiro.

Le hago caso, aunque me cuesta. Me cuesta mucho.

El omega, raquítico y mugriento, que Arya protegía, no tiene reparos en correr hacia ella y arrodillarse a su lado, suplicándole a su amo que le perdone la vida a su compañera.

—¡Oh! —gime el primordial—. ¡Compañeros predestinados! ¡Qué deleite! La noche solo mejora a cada segundo.

Luego se gira hacia Kasem.

Este saca sus cuchillas de la nada y se prepara para un ataque, en cambio el viejo murciélago solo se ríe de nuevo.

—Eres fuerte, niño. Pero no lo bastante, y lo sabes. Así que, ¿por qué has venido hasta aquí con tu vidraz?

Me mira por encima del hombro de mi mercenario y yo me estremezco de pavor. Mi piel se llena de pequeños espasmos eléctricos de autodefensa inconscientes que soy incapaz de controlar.

Kasem es muy fuerte y tú también. Tranquila. Todo va a salir bien, me repito mentalmente como un mantra.

—Supongo que tenía ganas de pelea —replica Kasem con ironía—. Y tú me parecías el único digno de ella en este podrido lugar.

El murciélago se echa a reír con ganas y se lleva una mano de largas garras al pecho.

—Qué cumplido. Estaré encantado de darte lo que quieres. —Es difícil entender lo que dice por su acento. O quizá porque su boca es un amasijo de colmillos con los que debe de ser difícil comunicarse—. Aunque vas a morir y lo sabes.

—Eso nunca se sabe, antiguo.

—Oh, yo sí lo sé.

Sin previo aviso, el primordial abre las alas y se abalanza sobre nosotros con un chillido aterrador que casi me revienta los tímpanos.



Capítulo 103

Kasem

Nos estampamos en pleno aire.

No tengo intención de dejar que le toque un solo pelo a Noemí, así que solo me queda darlo todo; aunque todavía esté afectado por el conjuro de vida y el *backslash* tan fuerte que me dio.

Es una batalla a muerte. Algo muy familiar para mí, pero no para el antiguo, que está acostumbrado a ganar sin esforzarse.

Cuando mi puño impregnado de magia blanca (un truquito que le debo a una amante de hace muchos años) impacta contra su cara y él grita de dolor cuando su piel arde, siento una tremenda satisfacción… hasta que me doy cuenta de que una de sus garras se ha encajado en mis costillas.

Y, de repente, duele. Joder si duele.

Sobre todo, cuando la arranca de cuajo.

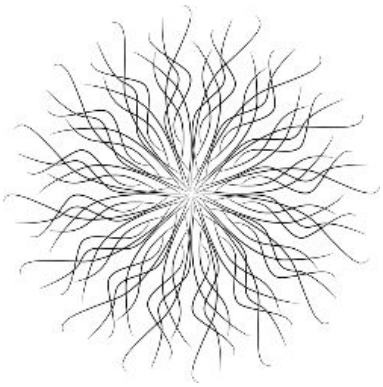
—¡Kasem! —oigo chillar a Noemí con espanto y angustia por encima de mi propio grito.

Me estampo contra el suelo en cuanto el antiguo me suelta y me empuja lejos de él, y oigo el crujido de mis huesos cuando se abalanza instantes después sobre mí para vengarse por el puñetazo y la consecuente quemadura. Su peso, a pesar de su cuerpo fibroso, hace que mi cuerpo proteste.

Voy a tener que transformarme, deduzco. Miro a Noemí de reojo y me trago la bilis que sube por mi garganta. *Si la forma del antiguo le parece espantosa, ¿qué le parecerá la mía?*

La criatura, furibunda y exaltada por lo que cree que es su victoria, abre sus fauces y trata de morderme el cuello para arrancarme la cabeza de cuajo, pero yo lo empujo hacia atrás con todas mis fuerzas y dejo que la magia más negra que habita en mí, el ADN más salvaje y puro, tome el control.

Mis huesos vuelven a crujir, pero esta vez tan solo lo hacen porque se están recolocando a sí mismos.



Capítulo 104



Noemí

Lanzo un rayo contra el vampiro con forma de murciélago humanoide, sin embargo este rebota contra su gruesa piel como si nada.

—¡Kasem! —vuelvo a gritar con horror al oír los huesos de mi amado crujir de manera aparatosa…, y es entonces cuando mi cerebro procesa lo que mi vista ha tardado un rato en entender: Kasem se está transformando en algo muy similar a nuestro enemigo.

Su forma es enorme. Diferente a la del primordial, pero a la vez muy similar; con sus enormes alas y su cuerpo, musculoso en vez de raquítico, y los pliegues de las alas acabados en largas garras. La diferencia más brutal es que su piel es tan oscura que parece un agujero negro. Y que es mucho más grande que el otro.

Los jirones de ropa que aún cuelgan de su figura, cuyas runas tatuadas refulgen como plata, caen al suelo cuando bate las alas para seguir al original hacia la cúpula donde este intenta huir tras sorprenderse.

Kasem no le deja. Lo agarra de los tobillos y, con un potente golpe de sus alas, los dos se estampan contra la cúpula que rebosaba magia para asemejarse a un cristal que solo dejara pasar la luz de la luna.

Corro hacia Arya aprovechando que los dos están enzarzados en los cielos, preocupada por mi hermana, pero esta ya se está levantando gracias a la ayuda de su omega, así que, tras darle un rápido beso en la mejilla, salgo de la cueva a toda prisa para intentar ver dónde está Kasem y cómo le va en la pelea.

Radiante, llamo, *¿los ves?*

«Sí», responde mi familiar. «Kasem es fuerte, aunque no aguantará hasta el amanecer».

¡Pues claro!, recuerdo. *¡El amanecer!*

Era la única debilidad de esas criaturas, mientras que a Kasem no le afecta para nada.

Tengo que hacer algo para ganar tiempo, tal y como lo está intentando mi vampiro. Algo para ayudarle, porque todavía quedan muchas horas antes de que salga el sol. Las noches en Rundra son largas, y más en este sitio, sumido en un constante invierno…

Radiante, se me ilumina una bombilla en la cabeza. *El invierno de este sitio es mágico, ¿verdad?*

No puede ser de otra forma. Es el único sitio del pequeño continente que siempre tiene nieve. Y recuerdo que Kasem mencionó algo sobre las arpías y lo mucho que les gustaba el frío.

«¿A dónde quieres ir a parar?».

A que, si es producto de un conjuro, este puede romperse, ¿no?

«¿Y cómo piensas hacer eso?».

No tengo ni la más remota idea. ¿Alguna ayudita por tu parte?

Radiante aterriza a mi lado sobre un saliente.

«Para empezar, todavía eres una novata en esto de la magia, por muy buena y poderosa que seas con tu elemento».

Au.

«Es la verdad».

Vale, pero ¿puedo o no puedo?

Él me ignora y sigue hablando.

«Y, en segundo lugar, romper la bola de cristal de El Pico de las Arpías que controla el clima es de locos».

¿Por qué?

«¡Pues porque ese lugar está lleno de arpías! Y déjame decirte que no se lo tomarían nada bien».

Ahora que menciona ese sitio, me viene a la mente algo…, no, alguien.

Pantros.

El hermano de Kasem que acababa de unirse a la orden.

Radiante.

«¿Y ahora qué?».

¿Podrías comunicarte con el hermano de Kasem? Dijo que estaría cerca de El Pico de las Arpías. Y eso no está muy lejos de esta zona, ¿no?

«Supongo que podría buscarlo…», accede el fénix a regañadientes.

¿Y, ya de paso, decirle que necesitamos que esta noche no sea invierno? Solo una noche, eso es todo. No hace falta que rompa la bola esa y se meta en un lío con las arpías. Podría, no sé, robársela durante un día o algo así.

Radiante se me queda mirando.

«Es un plan horrible».

Pues es el único que se me ocurre ahora mismo.

Mi familiar niega con la cabeza, resignado.

«Muy bien. Lo intentaré».

Echa a volar hacia el norte sin previo aviso, montaña arriba.

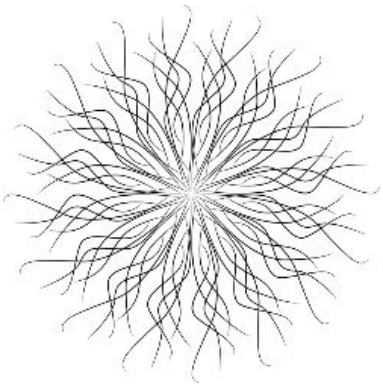
¡Gracias!, le grito mentalmente. *¡Eres el mejor familiar de todos!*

«Eso ya lo sé», refunfuña el pájaro mientras se pierde en la lejanía y su voz se hace cada vez más distante.

Bien, pienso para mí misma. *Ahora a buscar una forma de distraer al antiguo para darle un respiro a Kasem.*

Cierro los ojos, me concentro y, a pesar de que mi magia no está cien por cien recuperada (sigue sintiéndose en parte como si fuera alquitrán y ajena a mí), logro convocar una poderosa tormenta sobre las cabezas de los dos contendientes.

Veamos cuántos de mis rayos más fuertes seguidos puede llegar a aguantar el cuerpo del vampiro original.



Capítulo 105



Noemí

El número es cincuenta y siete.

El vampiro cae del cielo como yo he caído de rodillas, jadeante y agotada, ya hace rato. Los rayos que le he lanzado no son ni de lejos tan poderosos como el que empleé contra la nigromante, que me dejó al borde de la muer…, *no*, me corrijo, *que me mató.*

Pero sí lo bastante fuertes como para funcionar con cualquier otra criatura que no sea una poderosísima bruja o un vampiro primordial cabreado y algo chamuscado.

¿El problema?

Que el dichoso ser está cayendo del cielo hacia mí. Lo que significa que, más que caer, se ha hartado de que intente chamuscarlo y seguramente viene a arrancarme las entrañas o algo peor.

Por suerte, Kasem vuela más rápido que él y lo intercepta antes de que me alcance, pero es una buena llamada de atención además de una manera de poner en perspectiva nuestra diferencia de poderes al verlo enzarzarse con el ser de nuevo cuando mis rayos, que han dado todos en el blanco, apenas le han causado molestias y unos cuantos trozos de piel chamuscada y humeante.

¿Qué más puedo hacer? Si la magia de tormenta no funciona, ¿qué otra cosa puedo hacer? Maldita sea, no se me ocurre nada más.

A los pies de la montaña, Bicharraco berrea y se alza sobre cuatro de sus patas traseras como si quisiera echar a volar y ayudar a su compañero a derrotar a la criatura oscura, sin embargo, el pobre solo logra hacer temblar las rocas a su alrededor y deshacerlas cada vez que escupe…

—¡Bicharraco!

Si hubiera alguna manera de poder usar su ácido o su veneno, tal vez el vampiro antiguo se vería afectado por ello y ganaríamos ventaja.

—¿Noe?

Mi hermana sale de la cueva, acompañada por su omega y por algunos esclavos rezagados que han decidido asomar la cabeza al fin para ver qué es lo que pasa.

Me incorporo y me sacudo la nieve de los pantalones, acercándome a ella.

—¿Estás bien?

—Sí. Sí —me asegura ella, y, tras echarle un vistazo a su cuerpo entero, parece que así es—. Solo ha sido un golpe en la cabeza. Los lobos sanamos rápido.

Frunce el ceño y mira al cielo.

No se me escapa que no le quita la mano de la cintura a su omega a pesar de lo mal que huele, el pobre. Aunque no es que yo, precisamente, me pueda quejar de malos olores. Sería una hipócrita.

—Hola —me saluda el chico, que no parece tener más de unos diecinueve, diría yo.

—Hola —le sonrío con amabilidad.

—Noe —interrumpe Arya, llamando mi atención—. Voy a llevarme a estas gentes de aquí. Les daremos cobijo en nuestras cuevas.

—¿Y Kasem? —me angustio.

Ella niega con la cabeza.

—Ya has visto lo poco que sirvo contra esa cosa. Él tiene más posibilidades que yo —replica—. Ven con nosotros, Noe. Aquí solo estás en peligro.

—No —niego de manera rotunda—. No lo abandonaré.

—Como quieras —dice mi hermana, sorprendiéndome por lo rápido que ha aceptado que me quede—. Sé que sabes apañártelas sola, pero, si ves que Kasem pierde, por favor, *corre*. No te quedes ahí parada por la conmoción.

Siento que Arya ya ha asumido que eso es lo que va a pasar y que, por ende, nos da a ambos, a Kasem y a mí, por perdidos. Lo que duele.

Duele mucho, sobre todo, al ver la devoción con la que mira a su omega. La misma con la que me miraba a mí de niñas.

En ese mismo instante, el pedestal en el que la tenía se rompe y comprendo que, para conocer a una persona de verdad, a fondo, ambas deben estar de pie sobre la misma base.

Veo a Arya tal y como es: generosa, pero vana; amable, pero exigente; apasionada, pero proclive a las rabietas y a intentar salirse con la suya.

Y la quiero igual.

Porque, además, muchos de esos rasgos yo también los comparto.

Supongo que nos parecemos más espiritualmente que físicamente, incluso.

—Te quiero, Arya.

—Y yo a ti, Noe. Nos vemos cuando vuelvas —me dice mirándome fijamente a los ojos, como esperando una promesa de mi parte.

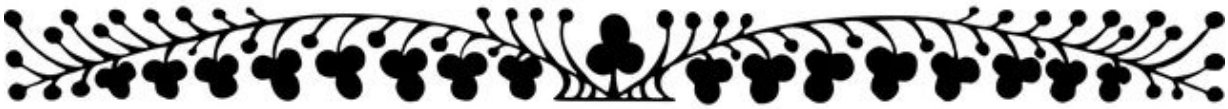
—Claro —le aseguro con una sonrisa tirante.

Me abraza con fuerza antes de irse.

Y yo preparo mi siguiente ronda de ataque que haga que la atención del original se desvíe de Kasem y le rezo a los dioses que escuchen para que Radiante logre convencer a Pantros de que cumpla el cometido de acabar con el invierno el tiempo justo para que nosotros podamos vencer al antiguo.



Capítulo 106



Pantros

Esto es una jodida mierda.

Hace un frío que me hiela hasta los huevos, las arpías no me lo están poniendo fácil a la hora de negociar con ellas por el anillo del difunto marido de mi cliente (al que se comieron, por cierto), y estoy hasta los cojones de que esos bichos feos que no parecen otra cosa que pajarracos con tetas intenten seducirme para reproducirse o, a veces, atacarme para comerme.

Son un tanto impredecibles, la verdad.

Me esperaba asesinatos, explosiones, peleas a muerte y todo eso, pero lo único que he obtenido uniéndome a La Mano Negra es un dolor de cabeza constante y nieve en las putas botas porque a las idiotas estas les gusta demasiado el frío y tienen un cachivache que ha hundido la tierra en un invierno perpetuo y…

—¿Qué mierda haces tú aquí, pajarraco?

Es el familiar de la chica de mi hermano, eso está claro. No hay ni un solo pájaro igual en el mundo. Se ha posado en el alféizar de mi ventana tan pancho mientras yo me comía una manzana que, por suerte, mamá me ha empaquetado en una de las runas que llevo en el bolsillo junto con otras de mis frutas y comidas favoritas.

Él me pía y señala con su pico hacia la torre que se puede ver a través de la ventana de mi «habitación» de invitados, que tan cortésmente me han ofrecido (y yo que creía que eso era algo bueno, ahora sé que solo lo hacían para intentar retenerme aquí) y que no es más que un cuadrado con paredes de piedra cubiertas de hielo en algunas partes y un suelo lleno de paja.

Para ser las dueñas de este lado de la isla, viven como una mierda.

—¿Qué pasa con la torre? ¿Que es de hielo? Eso ya lo sé.

El pájaro chirría con frustración.

—Pues aprende a hablar mi idioma.

Él tiene el descaro de picotearme en la mano.

Yo le siseo enseñándole los colmillos a modo de advertencia. Estoy de muy mal humor y no tengo ganas de juegos.

—Oye —se me ocurre de repente—, ¿tu preciosa dueña está por aquí? —y luego añado—: No habrá venido también mi hermano a ver si lo estoy haciendo bien, ¿no?

Me indigno en extremo de solo pensarlo. Kasem es un cabrón sobreprotector y no me extrañaría nada que hiciera eso.

Me asomo por la ventana y miro hacia todos lados. A diferencia de él, yo no soy brujo, sino tan solo un mero vampiro, así que no tengo un puto radar en la cabeza para percibir presencias a mi alrededor a kilómetros de distancia. Y él lo sabe, así que debe de estar fuera de mi rango olfativo, el muy capullo.

El pájaro me picotea la mano otra vez.

—Como vuelvas a hacer eso, te convierto en mi cena —le advierto.

Pero él solo chirría y señala de nuevo hacia la torre de manera insistente.

Frunzo el ceño y trato de pensar, algo que no se me da tan bien como a mi hermano, lo admito. Soy más de acción que de cosas sesudas.

—¿Quieres algo que hay en la torre? —le pregunto al pájaro. Él se excita de repente y bate las alas como queriendo decirme que he acertado—. Pero en la torre solo está la maldita esfera climática. —Abro los ojos como platos—. Oh…, no querrás que la robe, ¿no? Lo siento, es que eso no entra dentro de mi misión.

El pájaro se frustra de nuevo. Su rostro, para ser solo un par de ojos, plumas y un enorme pico, es bastante expresivo. No como el de las arpías.

—Oye, ¿está Kasem aquí o no? ¿Es esto cosa de mi hermano? —Él niega con la cabeza a lo primero y asiente a lo segundo.

Qué pájaro tan listo.

—¿Así que mi hermano quiere que robe la esfera climática de las arpías?

Él vuelve a asentir de nuevo.

—Vale. Lo pillo.

Me rasco la barbilla de manera pensativa.

—A la mierda. Pensar no es lo mío y si Kasem me ha pedido eso, por algo será.

Salto de la ventana los seis pisos que me separan de la nieve del suelo y decido ir primero a por el anillo (no quiero joder mi primera misión). Sé que está en la tesorería de las arpías, donde guardan las cosas valiosas que portaban sus víctimas, a las que se llevan volando a su pequeña ciudad de hielo y piedra para comérselas.

No es tan difícil encontrarlo como me temía. El dibujo del anillo proporcionado por la mujer que me contrató es bastante bueno, y las arpías lo almacenan todo con un orden del que carecen en el resto de su ciudad, llena de nidos de paja y mierda de mujeres pájaro gigantes por todas partes.

Tengo que dejar inconsciente a la arpía que custodia la entrada a la cámara de los tesoros (el contrato decía «matar solo cuando sea estrictamente necesario», ya que el asesinato es algo más caro de lo que la clienta podía pagar y, por ende, no se incluía en el precio. Y La Mano Negra es muy estricta con estos temas), cosa que no es fácil porque estas mujeres pájaro miden unos dos metros y sus alas emplumadas son potentes armas, además de las lanzas que siempre portan.

—Me he llevado un golpe en la puta cara con el músculo de su ala —me quejo al pájaro, que me sigue al interior de la cámara de manera impaciente.

Encuentro el lugar donde guardan los anillos, cuidadosamente ordenados en un expositor de terciopelo, y cojo el que es exacto a la imagen de la clienta, saliendo de allí por patas tras meter a la guardiana dentro de la cámara y cerrar la puerta. No sea que alguien la vea inconsciente en el pasillo y dé la alarma.

—Y ahora a por la bola de cristal del clima. Es eso lo que quiere mi hermano, ¿no? —le pregunto de nuevo al pájaro para asegurarme.

Él asiente con énfasis.

—Como me estés tomando el pelo, te despedazo.

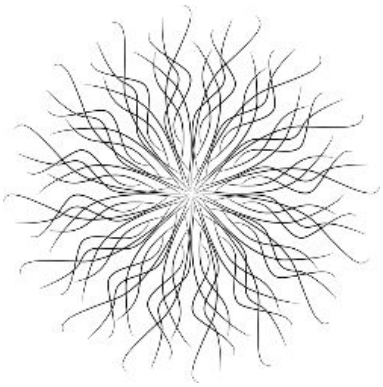
Es una amenaza vana porque se trata del familiar de la chica de mi hermano, pero eso el pajarraco no lo sabe.

El familiar tiene los cojones de ponerme los ojos en blanco. A mí, que he matado por menos que eso.

Irritado, pongo rumbo a toda prisa hacia la torre, sabiendo que estará bien custodiada.

Más le vale a Kasem que esta no sea una broma de las suyas o una manera de cargarse mi contrato con La Mano, o se lo diré a nuestros padres.

Al menos, la bronca que le echarían por joderme el trabajo sería épica, me digo para aplacar mis sospechas, enfocado y listo para la batalla.



Capítulo 107



Noemí

Ya debería de haber amanecido.

Sin embargo, observo los huecos que hay entre las nubes que he convocado y el cielo sigue oscuro y grisáceo.

Maldita piedra de las arpías o lo que sea que usen para controlar el clima. Espero que Radiante se haya hecho con Pantros para lograr destruirla o, al menos, apagarla y dejar entrar el sol.

No me extraña que el antiguo eligiera estas tierras para hacer su guarida. Las arpías y su pasión por el invierno le vienen muy bien.

Kasem sigue luchando en las alturas y, de vez en cuando, aprovechando que se separan tras haber intentado desgarrarse o cortarse la cabeza el uno al otro otra vez, yo le lanzo un rayo al antiguo con cuidado de que no le dé a mi vampiro.

Pero mi mercenario se está cansando. Se le nota cada vez más. Sus movimientos son más lentos y sus heridas, cada vez más frecuentes.

Debimos haberle hecho caso y haber dejado al omega a su suerte, se me pasa por la cabeza. E inmediatamente me siento culpable y mi cabeza, sin mi permiso, se llena de las imágenes de una visión: mi hermana acudiendo a Segreilla y pidiendo un mapa de su omega; mi hermana entrando en la cueva del antiguo con la soberbia que solo un alfa o un vampiro pueden tener; mi hermana siendo asesinada y devorada…

Las imágenes me hielan el estómago, y comprendo entonces que mi profecía se ha cumplido. Que, si yo no hubiera estado aquí, Kasem no habría podido impedir que el antiguo se la comiera, cabezota como es mi Arya. Ella se hubiera negado a dejar a su omega en esas cuevas y habría pagado el precio con su vida. Y él no habría llegado a tiempo para salvarla.

Solo Kasem es capaz de enfrentarse a esta criatura y, aun así, le está resultando muy difícil estar a la par con él.

Venga, Radiante, por favor. Por favor, mando mis pensamientos al aire, pero dudo que él los escuche. Está muy lejos, en lo alto de la montaña, donde espero que Pantros también esté y que nos ayude a acabar con esto.

Solo el sol puede volver débil a esta criatura. Solo el astro rey puede ayudarnos ahora a acabar con ella.

De repente, la tierra tiembla y la nieve comienza a desvanecerse. El viento se llena de gritos y ecos distantes, agudos como los de un pájaro pero con cuerdas vocales humanas.

De un manotazo, quito las nubes del cielo que había convocado y me doy cuenta de que el clima está cambiando. De que la hierba está creciendo allí donde la nieve se derrite y se transforma

en poderosos ríos que descienden por la montaña en cascadas. De que el cielo es cada vez más amarillo y naranja.

Está amaneciendo.

La primavera al fin ha llegado a las tierras perpetuamente heladas y, con ella, los gritos del antiguo cuando los primeros rayos de sol que estas tierras ven en milenios le queman la piel más profundamente de lo que casi todo mi poder ha podido hacer hasta ahora.

El anciano desciende, dirigiéndose hacia su cueva, huyendo del sol que cada vez se eleva más en el cielo.

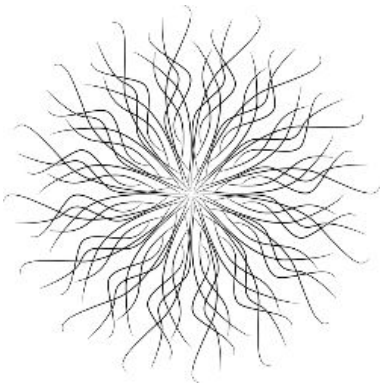
Y Kasem lo persigue con las garras de los pies extendidas y lo agarra de los hombros, obligándole a encarar al sol.

Llena de una esperanza que me estaba empezando a abandonar, convoco algo de maná y lanzo un rayo sobre la tierra, incendiando la hierba recién salida de su sueño alrededor de la entrada de la cueva para que el antiguo no pueda aterrizar sin quemarse con un fuego que, junto a las llamas del sol, lo harán arder como un trozo de madera seco.

Nadie es inmortal en este mundo.

Solo tienen vidas largas (a veces, como en su caso, demasiado largas).

Nada más.



Capítulo 108



Noemí

Aun a pesar de todos nuestros esfuerzos, el antiguo tarda en morir.

Poco a poco, como si fuese leña húmeda en vez de reseca, su piel y sus huesos van quedando al descubierto bajo los potentes rayos del sol, que iluminan cada sombra y cada recoveco en el que él habría podido ocultarse.

Pero lo conseguimos.

Al final, el vampiro, que debe de tener al menos cinco mil años porque los de su especie se extinguieron más o menos en esas fechas, cuando sus propios descendientes les dieron caza al creerlos barbáricos e imposibles de adaptar en cualquier sociedad, muere lentamente mirando al sol por primera vez en su larga vida, convirtiéndose en cenizas negras que tiñen la hierba y que pronto el viento primaveral esparce por el verdor de los campos que cubren ahora las montañas, bosques y valles de este lado de la isla.

Kasem aterriza entonces a mi lado, tambaleándose, y yo agarro su figura de casi tres metros como puedo, porque pesa una barbaridad.

—¿Estás bien? —le pregunto, angustiada una vez más por sus heridas y poniendo una mano sobre uno de los cortes, deseando tener poderes sanadores en vez de eléctricos.

—Sanaré.

Lo abrazo con tanta fuerza que los músculos me duelen.

—Gracias —le digo—. Por todo. Por tu valentía. Por salvarnos. Por…

—No me des las gracias. Prefiero los hechos a las palabras.

Alzo el rostro y observo sus rasgos de murciélago humanoide.

—Esta vez me he contenido y no he usado todo mi maná.

Él sonríe con una boca repleta de intimidantes colmillos que harían temblar a cualquiera, menos a mí.

—Lo sé —me besa la frente con cuidado—, a eso me refería. Dime, listilla, ¿has aprendido ya tu lección?

Frunzo el ceño.

—¿Qué lección?

—Que tu vida es para mí lo más importante en este maldito mundo oscuro. Y que, sin ti, yo no soy nada más que un cascarón vacío y sin moral.

Se me hace un nudo en la garganta.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Por eso tienes que cuidarte más que nadie, Noemí. Porque para mí eres lo único por lo que vale la pena vivir.

—¿Y qué hay de tu familia?

Él encoge un hombro.

—Los quiero y lloraría si los perdiera, pero no me rompería como tú eres capaz de romperme.

—Oh, Kasem. Yo también te amo.

—¿Incluso con esta forma?

—Con esta forma y con cualquier otra —le digo con vehemencia—. Para mí también eres único en el mundo. Si te pasara algo…, no creo que pudiera seguir.

Él frunce la frente y sus orejas puntiagudas se mueven con inquietud.

—Pues deberías poder seguir.

—No seas hipócrita.

—Seré lo hipócrita que desee ser, listilla. Mi prioridad es que vivas, ¿entiendes?

—Y la mía que tú también vivas, conmigo, los dos juntos, ¿entiendes? Nada de el uno sin el otro. Nada de sacrificios, ni tuyos ni míos.

Se me queda mirando unos segundos con unos ojos que parecen dos agujeros bicolores, uno plateado y el otro color carmesí.

—Muy bien —contesta—. Acepto el trato, Noemí. Ambos o nada.

Yo le sonrío.

—Ambos o nada —repito—. Y juntos para siempre jamás.

—Siempre y cuando completemos el vínculo.

Alzo una ceja.

—¿No está ya completo? Dijiste que estábamos casados mágicamente.

Él me sonríe. Un gesto extraño en una boca que solo tiene afilados colmillos.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —repito.

—Para que el vínculo esté completo, tendrías que beber de mi sangre y yo de la tuya.

—Oh…, ¿pero eso no me convertiría en vampiresa?

—Eso te convertiría en algo de lo que existen muy pocos en el mundo: una Bruja de Sangre.

—¡Ostras! —exclamo, mareándome cuando pienso en ello. En todo el poder del que dispondría, aunque no tengo ni idea de para qué lo usaría—. ¿Podría hacer mis propios sellos y todo eso?

—Sí. Y también aprender otros tipos de magia, no solo la de la tormenta. Aunque puedes elegir no hacerlo, mi madre se enfocó en su nigromancia y en los sellos y nada más, y le va bien.

Curvo los dedos sobre su pecho musculoso. Con esta forma, parece más un demonio que un vampiro.

—¿Tendré que conocer a tu familia?

Él asiente.

—Y, por desgracia, a la vieja corte de Vadalia.

De solo pensarlo me mareo de nuevo.

—Oh, dioses. ¿Voy a conocer a más gente nativa de Vadalia? ¿En serio? ¿E iré a tu castillo? ¿Tenéis biblioteca?

—Claro que tenemos biblioteca.

Estoy a punto de empezar a dar saltitos de la emoción.

Él suspira.

—No me lo digas: vas a incordiar a preguntas a cada noble con el que te cruces.

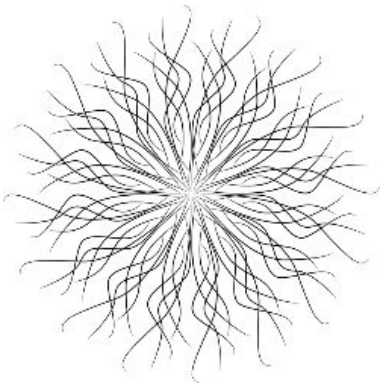
Me muerdo los labios por dentro.

—¿Es eso algo malo?

Él sonríe con saña.

—Oh, no, cariño —ronronea—. Te aseguro que puedes hacerles *todas* las preguntas que quieras. Sean las que sean. Y que toda la biblioteca estará a tu entera disposición si acep…

—¡Acepto!



Capítulo 109



Noemí

Voy a casarme formalmente con Kasem.

Él me ha explicado que para ello tendríamos que ir a su castillo, hablar con sus padres y luego realizar una ceremonia tradicional porque él, lo quiera o no, es un príncipe y es lo que se espera de él. Y yo he comprendido a estas alturas que, aunque se queje y haga comentarios sarcásticos, Kasem siempre hace lo que se espera de él cuando se trata de su familia.

Una familia que podría ser también la mía. De solo pensarlo me pongo nerviosa. ¿Les gustaré? ¿Les caeré mal? Ojalá que no. Ojalá que podamos llevarnos bien, aunque yo no tenga ni idea de cómo comportarme en familia más allá de la relación codependiente que mantenía con Arya de pequeñas y la que tengo ahora, más distante porque al fin he comprendido que no va a venir conmigo.

No.

No solo eso.

Lo que he comprendido es que ninguna de las dos podemos volver a nuestras antiguas vidas. Hemos cambiado demasiado como para ello.

Arya es ahora la alfa responsable de una manada con mil proyectos en la cabeza para imponer más igualdad entre subgéneros y promocionar los derechos sociales en Rundra una vez haya apaciguado a su antiguo harén, que sigue causándole problemas. Y yo ya no me veo volviendo a mi antigua vida. Una vida donde, además, las personas que no fueran humanas o fae (solo admitidos en las sociedades humanas por su belleza e inteligencia) son parias excluidas incluso por el gobierno que se supone que debe protegerlas.

Ni tampoco veo a Kasem viviendo conmigo en un apartamento en una sociedad que lo condenaría por ser vampiro con la misma fuerza que a mí me juzgaría por ser bruja.

Antes creía que el país de donde yo provenía, Wysteria, era el más civilizado. Ahora no paro de verle defectos. Supongo que acabar en la piel de los desechados por la sociedad pone las cosas en perspectiva a la fuerza y te obliga a pensar más allá de tu carrera, tu trabajo y tus libros, que era lo único en lo que yo me centraba, ignorando todo tipo de información o noticias que no tuvieran que ver con mi cátedra.

Ahora veo que esa ignorancia fue cruel con personas que no lo merecían, pero de poco sirve pensar en ello y no hacer nada, porque seguirán sufriendo hasta que las cosas no cambien en Wysteria.

De todas formas, esas son cosas que yo sigo sin poder cambiar, aunque lo intentase a la fuerza, así que me centro de nuevo en el hecho de que… ¡me voy a casar con Kasem!

«Sí, eso ya lo has repetido al menos diez veces en tu incesante paseo por la habitación», refunfuña Radiante.

El bello pájaro fénix ha vuelto con Pantros a la zaga y nada más y nada menos que la bola de cristal con la que las arpías controlaban el clima en un bolsillo de su ajustado pantalón.

—Solo pretendía cogerla prestada un poquito, pero se me echaron encima como…, en fin, como arpías —dijo cuando le preguntamos—, así que la cogí y salté de la torre. Y entonces toda la nieve empezó a derretirse con la rapidez de un huracán y acabé cayendo en un río de agua helada cuyas corrientes me dejaron a saber dónde. El pájaro me encontró y me guio hasta aquí.

Su hermano le dio un abrazo de oso, para sorpresa del otro vampiro, y le palmeó la espalda diciéndole que no se preocupara y que le ayudaría a devolver la piedra para que las arpías no se la tuviesen jurada hasta el final de los tiempos (al parecer, son extremadamente rencorosas), así que hace dos días se fueron de viaje los dos y todavía no han vuelto. Aunque imagino que no tardarán en llegar.

Alguien llama a la puerta justo cuando estoy pensando en lo mucho que me gustaría tener otra noche de bodas anticipada con Kasem a su regreso.

—¿Sí?

Arya entra con una sonrisa seguida por su omega, cuyo nombre todavía no conozco. Parece un chico muy tímido, no deja de agachar la cabeza cada vez que alguien le mira o le habla y es de pocas palabras. Imagino que debe de haber sufrido mucho en la cueva del antiguo, e incluso puede que antes, quién sabe. No parece haber llevado una vida amable, aunque ahora Arya lo vista con las más finas de las prendas de su pequeña ciudad subterránea.

Nos damos un abrazo nada más vernos que dura un par de minutos.

—Ven —le dice luego al omega—. Te presentaré a mi hermana. —Él se acerca de manera obediente, pero no alza la mirada del suelo

y sus mejillas, por alguna razón que no quiero pensar, se ruborizan cuando mira de reojo a mi hermana—. Noe, este es Casei. Casei, ella es mi hermana mayor y mi mejor amiga, Noemí.

—Hola…

—Hola —saludo con una amplia sonrisa—. Encantada de conocerte formalmente al fin. Cualquiera diría que habías desaparecido al llegar aquí.

Mi comentario, dicho en tono de chanza, hace que tanto Arya como Casei se pongan rojos como una remolacha y, como consecuencia, yo también al imaginar por qué el chico no había salido mucho de los aposentos que comparte con mi hermana.

Me aclaro la garganta para romper el momento incómodo.

—En fin, que es un placer conocerte… Ups.

Mala elección de palabras.

—Corta el rollo, Noe —bufa Arya de risa.

—¿Os habéis casado ya? ¿Se casan los licántropos? —me intereso.

—Eeh… —Arya se queda en blanco por la pregunta inesperada —. Técnicamente sí.

—¿«Técnicamente»?

—Solo hace falta…, en fin…, ya sabes.

—Ah. Qué fácil.

Aunque a mí me pasó algo parecido con Kasem cuando nuestras magias decidieron fusionarse y me salió el tatuaje de la pelvis.

—Entre los lobos, las cosas suelen ser fáciles, mi señora —habla Casei con voz dulce, mirando a Arya con una sonrisa devota.

Yo resisto las ganas de bufar.

—¿Lo del harén está del todo solucionado, entonces? —le pregunto a mi hermana—. ¿No más agobios?

Tanto Arya como Casei hacen una mueca de resignación muy similar.

—Ya no me acuesto con ellos ya que no pueden obligarme a nada ni con amenazas —me explica Arya—, pero, aunque he disuelto el harén, han hecho un grupo de protesta.

—¿De protesta de qué?

Esto de los omegas y los alfas es muy complicado. Y yo que creía que todos los omegas eran víctimas. Supongo que eso depende del alfa y de las normas que se sigan en la manada.

—De que, como ya no son «míos», por decirlo de alguna forma, la mayoría se han quedado sin alfa. Y eso en la cultura licántropa es un escándalo. Así que han involucrado a los betas para que ellos también se unan para pedirme que les deje ser un harén hasta que yo encuentre a los alfas que les corresponden —me cuenta mi hermana con expresión resignada.

—¡Pero qué morro tienen! ¿Así que estás obligada a hacerles de casamentera?

Ella se encoge de hombros.

—Al menos es mejor que antes. Me estaban volviendo loca con sus rabietas cada vez que me negaba a acostarme con el omega de turno.

—Qué fuerte.

Supongo que la vida de mi hermana, por muy alfa que sea, no va a ser ideal. Aunque no es que en Rundra (o en nuestro antiguo hogar) lo sea para nadie. Supongo que, dentro de lo que cabe, estará bien.

Ya me he hecho a la idea, más o menos, de que tiene intenciones de quedarse y yo de irme. De que el sueño en el que separábamos nuestros caminos se va a hacer real, y que no va a tardar. Pero eso no significa que no vaya a venir a verla cuando quiera. Sé que, si le digo a Kasem que anhelo ver a mi hermana, él viajará conmigo hasta aquí para que pueda abrazar a Arya cuanto me plazca y ver cómo le van las cosas.

—Te irás cuando el vampiro regrese, ¿verdad?

Asiento.

—Ese es el plan, sí.

—¿Y si te pido que te quedes conmigo?

Le sonrío con tristeza y la cojo de la mano, apartándole el pelo de la cara con la otra.

—Creo que tanto tú como yo sabemos que tenemos caminos separados.

—Así que es verdad que estás casada con él. —Ella hace un gesto de desagrado—. Uno de los gamma me ha dicho que percibe un vínculo mágico entre los dos. Si fue forzado…

—¡No lo fue! —me apresuro a negar.

Ella relaja los músculos con alivio. Todavía me resulta extraño ver a mi anteriormente delgada hermana tan musculosa como una culturista.

—Le quieres de verdad, ¿eh?

Le sonrío como si hubiera dicho que va a ser primavera para siempre en esta tierra.

—Sí. Y mucho.

Ella se ríe entre dientes.

—No sé lo que ves en él, pero quién soy yo para juzgar. —Mira con ternura a su omega—. Al fin y al cabo, los licántropos no nos emparejamos ni casamos de manera que otros considerarían normal.

—A la mierda la normalidad, yo me quedo con lo que somos ahora. ¿Y tú?

Eso la hace reír a carcajadas.

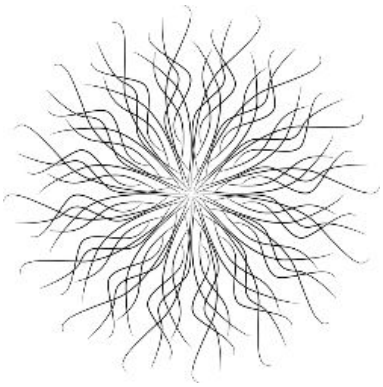
—¿Dónde está mi tímida hermana y qué has hecho con ella? —pregunta con tono de broma—. Y mil veces sí a tu pregunta.

Arya y Casei se quedan un rato más, aunque la que más habla es mi hermana, que me cuenta sus planes para crear una sociedad licántropa igualitaria bajo su amparo como alfa *prime*. Casei apenas añade unas líneas a la conversación con su pequeña y dulce voz, y yo principalmente escucho hablar a mi hermana, fascinada por cómo ha volcado todo lo que es: ambición, lucha contra las injusticias, búsqueda de la verdad…, todo eso que siempre ha sido, en su nuevo rol en la vida, aceptándolo sin más como si ser humana o no jamás hubiera importado desde un principio.

Y tiene razón porque, al fin y al cabo, ¿qué importa de qué especie seas?

Lo único verdaderamente importante en este oscuro mundo es si eres capaz de amar o no. Ya sea platónicamente o románticamente, o como sea.

Lo único que realmente importa es que tengas corazón, y nada más.



Capítulo 110



Noemí

Cuando Kasem vuelve, nos despedimos de todos, incluido Pantros, que tiene que ir a entregarle el anillo a la persona que lo contrató a través de La Mano Negra.

El vampiro no deja de hacer bromas a costa de su hermano mayor y de lo enamorado que está de mí (aunque lo dice con palabras menos finas) hasta que Kasem, literalmente, le patea el culo y lo manda a tomar por culo al pueblo al que tiene que ir a terminar su misión.

—Nos vemos luego en casa —lo despide con un empujón—. No la cagues.

—¡Pero si la misión ya está hecha! ¿Cómo mierdas iba a cagarla?

—Porque en el camino hay mujeres y, por ende, sangre de la que te gusta… Pantros, *no* —gruñe Kasem al ver la cara que ha

puesto su hermano al oír sus palabras.

—No se me había ocurrido.

—Pantros… —dice Kasem en tono de advertencia.

—¡Qué genio eres!

Antes de que Kasem pueda agarrarlo del cuello, el vampiro más joven echa a correr hacia la salida de las cuevas a toda velocidad.

Kasem maldice por lo bajo durante varios minutos, pero, cuando al fin se calma, se da cuenta de que estamos solos en la habitación… y de que yo me he quitado la ropa mientras él rabiaba contra su hermano.

—Espera —me dice de repente, dejándome patidifusa.

—¿No quieres?

—Claro que quiero —bufa él—. Pero antes tengo que contarte algo.

—¿Y ese algo no puede esperar? —gimoteo, abriéndome de piernas para enseñarle lo mojada que estoy tras pasar días pensando en él en su ausencia.

Él me mira el coño con seriedad.

—Es lo más bonito que he visto en mi vida. Toda una obra de arte.

Cierro las piernas con vergüenza.

—No te burles.

—Decía la verdad —contesta con los ojos repletos de ardor y la mirada pesada y caliente.

—¿Qué querías contarme? —le pregunto yo para esperar a que se me pase la vergüenza y las ganas de reírme tontamente por el cumplido.

—Ah. He matado a tu abuela y a tu madre, además de a su aquelarre. Lo siento.

Me lo quedo mirando con la boca abierta.

—¿Que has hecho qué?

—He matado a…

—¡Te he oído! —Me levanto de golpe y me acerco a él en busca de heridas que todavía no hayan sanado. Tardó varios días en curarse del todo tras la pelea con el antiguo y me tuvo preocupada todo ese tiempo—. ¿Te hicieron daño? ¿Te atacaron? ¡¿Cómo se atreven?! ¿Estás herido?

Las preguntas salen de mi boca a borbotones, una tras otra a la velocidad de la luz.

—Calma. Estoy bien. Sucedió hace tiempo. Cuando tú estabas… con un pie en la otra puerta.

Muerta, quiere decir. Le cuesta decir esa palabra ahora que ya no está furioso conmigo y que sabe que no lo volveré a hacer.

—Ya veo. ¿Te atacaron? —vuelvo a preguntar.

Él me sorprende negando con la cabeza.

—Necesitaba sus corazones para hacer un conjuro con el que traerte de vuelta a la vida.

Palidezco muchísimo y él me agarra para que no me tambalee.

—¿Las mataste por mí?

—No —niega él—. Las maté por mí. Porque no podía imaginar un mundo sin ti y porque soy extremadamente egoísta, como ya

sabes.

—Oh, Kasem.

Por muy de asesino a sangre fría que vaya, sé que debe de haberle costado contarme esto. Debe de haberle removido algo la conciencia matar a las brujas que tenían mi sangre en las venas.

—¿Vas a perdonarme así de fácilmente? ¿No me vas a gritar? ¿Ni a llorar? Aunque preferiría que me gritaras a eso último.

Yo suspiro.

—Dime una cosa —le pido, en cambio—, cuando yo desperté, tú estuviste tan débil durante más de una semana y tus heridas no se curaban debido a ese conjuro, ¿no es así?

Él se tensa y no dice nada.

Y esa es mi respuesta: un rotundo afirmativo silencioso. A estas alturas, lo conozco demasiado como para no entenderlo.

—¿No me odias por ello?

—No, cariño. Claro que no —le susurro, acariciándole el pelo—. Lo siento sobre todo por Kaela, pero ella fue la que decidió abandonarnos y volver a su aquelarre a pesar de que conocía las consecuencias de sus acciones y sabía que la iban a castigar por ellas. Y no las dejó jamás para volver con nosotras, ni se disculpó ni actuó como madre cuando atacaron a Arya o cuando me seguía a mí…, aunque admito que mi rabia tampoco es que la dejara hablar mucho.

—¿No te dijo nada como madre?

—Me dijo «lo siento si eso te ofende, pero eres mi hija porque te he parido», o algo así.

—Uno no es familia solo por la sangre.

—No —concuerdo—. No lo es. Cada vez que me pedía que me uniera a su aquelarre o que menospreciaba a mi hermana por no tener magia en las venas, me enfadaba mucho con ella. Me siento… No sé cómo me siento. Tengo emociones contradictorias, la verdad. Era mi madre, aunque, al mismo tiempo, no lo era. No sé cómo explicarlo, excepto que si no llorar a moco tendido por ella me hace mala persona, entonces supongo que tendré que aceptar que lo soy.

—No creo que seas una mala persona, Noemí —me contradice Kasem, besándome la frente—. Es normal sentir esa distancia emocional con quien ha estado alejado de ti durante tantos años. Sobre todo si, cuando os reuníais, ella solo te pedía que te unieras a su aquelarre y alabara que fueras bruja, repudiando a la persona a la que sí que considerabas tu familia.

—Gracias, Kasem. Me siento mucho mejor, la verdad.

Sus manos me recorren la piel desnuda de la espalda.

—Yo también lo siento por Kaela, pero, aunque sintiese por ella la más mínima compasión, la hubiera matado igualmente para traerte de vuelta.

—¿En serio?

—Y, aun sabiendo el monstruo que puedo llegar a ser, no solo físicamente, ¿todavía me quieres?

—Yo te querré siempre, Kasem, eres tan parte de mí como yo lo soy de ti.

Lo beso con ganas, aunque sé que es extraño y morboso sentir que es una confesión romántica más de su parte.

Sus manos bajan hasta mis nalgas y Kasem las aprieta, alzándome un poco para frotar su pelvis contra la mía en un vaivén que he echado mucho de menos.

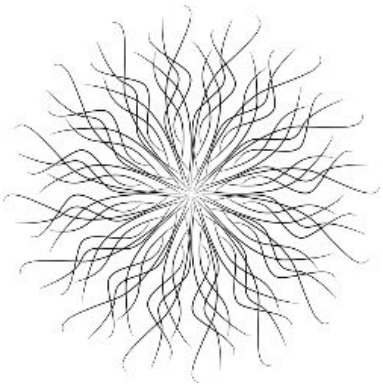
Me lleva hasta la cama sin esfuerzo mientras seguimos besándonos, sin poder parar de tocarnos, de estremecernos, de jadear y de necesitar más y más y más.

Lo desnudo con manos impacientes y él se deja, sonriendo cuando, en mi impaciencia, los dedos se me enredan en su nueva chaqueta de cuero negro cuando trato de quitársela. Él se deshace de sus ropas con un chasquido de sus dedos.

—Adoro ese conjuro. Es el primero que voy a aprender cuando sea Bruja de Sangre.

Kasem se echa a reír con ganas.

Y me hace el amor con tanta pasión que tardo un día entero en poder levantarme luego de la cama.



Capítulo 111



Noemí

Nos despedimos de Arya una semana después. A pesar de saber que ahora tenemos caminos diferentes y que ella es lo suficientemente fuerte como para afrontar el suyo (siempre lo ha sido), me cuesta mucho dejarla atrás.

—Vendré a visitarte —le prometo, sabiendo que ella no dejará atrás a su manada (que incluye ahora a una docena de refugiados de varias especies rescatados de la cueva del antiguo).

—Más te vale.

El abrazo que nos damos dura varios minutos y se siente como si realmente fuera una ilusión el que vayamos a separarnos, pero al fin ella me suelta y retrocede un paso.

—Te quiero, Noe. Ten cuidado allá donde vayas.

—Yo también te quiero. No te metas en líos mientras yo no esté aquí, ¿vale?

Ella pone los ojos en blanco y me da un rápido beso en la mejilla.

—Será mejor que os vayáis antes de que haya otra tormenta de nieve.

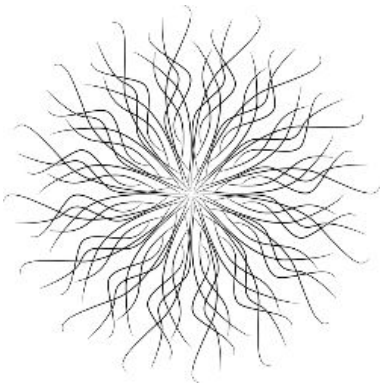
Desde que las arpías recuperaron su esfera, se han estado vengando con saña mediante el clima. En una semana ya ha habido dos que han durado varias horas.

Dejar a Arya atrás es una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida, pero sé, en mi corazón, que mi hermana estará bien.

—¿Nos vamos? —inquiere Kasem desde la entrada a las cuevas, a unos metros de mí.

Asiento.

Sin embargo, no dejo de mirar la alta y fuerte figura de mi hermana mientras montamos en Bicharraco y salimos de su territorio.



Capítulo 112



Noemí

Recorrer Rundra al modo de Bicharraco hace el camino mucho más rápido y fácil, pero no evita que de vez en cuando nos topemos con alguna criatura oscura.

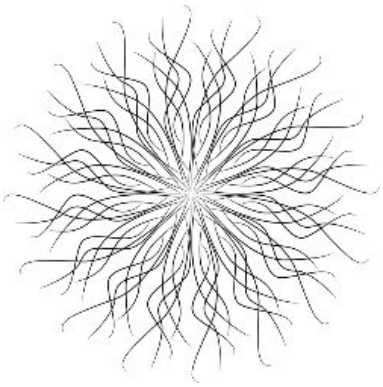
Cuando cae la noche, Kasem y yo montamos el campamento. Mientras él se encarga del fuego y de hacerme la cena (durante el día comemos comidas rápidas a lomos del guiverno), yo extiendo mi saco de dormir abierto bajo las estrellas y lo espero. Una vez he comido, charlamos un rato o follamos hasta que me agoto y, entonces, Kasem me acuna entre sus brazos mientras duermo.

Bicharraco y Radiante son buenos vigilantes y más de una vez se encargan de matar a alguna criatura oscura que se acerca al campamento a olisquear alguna presa potencial cuando mi vampiro y yo estamos ocupados, así que mientras hacemos el amor nos despreocupamos de todo excepto del placer del otro.

Kasem es incansable, pero siempre sabe cuándo parar, cuándo estoy agotada o cuándo no debe beber de mí porque el cansancio del viaje ha hecho mella en mí, por mucho que yo se lo pida. Y yo me pregunto si algún día, cuando sea Bruja de Sangre como lo es él, con la sangre de vampiro en mis venas y el poder de la brujería en la sangre, seré tan insaciable como él.

La respuesta me llega clara a la mente: sí.

Muchas noches, me duermo con una sonrisa imaginando días en los que estoy con él a solas, en una gran cama, exigiéndole más sin agotamiento ni sensibilidad en el coño que haga las cosas incómodas de por medio.



Capítulo 113



Noemí

Tardamos meses en salir de Rundra y llegar hasta la frontera de la base de La Mano Negra, donde los dinosaurios que nos cruzamos, que deben de haber aprovechado el agujero que hizo el otro guiverno para escapar de las instalaciones, huyen despavoridos de Bicharraco nada más verlo.

Cuando nos topamos con las puertas, vemos que estas han sido reparadas, al igual que la verja electrificada, que parece haber sido reforzada con titanio.

—El único metal que los guivernos no pueden corroer. Al menos esta vez han invertido en seguridad, como les dije que deberían hacer hace siglos —dice Kasem en tono aprobatorio al verlo.

—¿Sangriento? —pregunta una voz, y una cabeza asoma por encima de uno de los pilares de cemento reforzados y se lo queda mirando—. Joder, acabo de ganar una apuesta.

Puedo imaginarme a Kasem alzando una ceja con irritación.

—¿Habéis apostado por mi misión?

El hombre le sonríe.

—Solo sobre si a estas alturas seguías vivo o no —le explica en tono contento—. No es habitual que tardes tanto en una misión y Rundra es el país más peligroso que existe, ya lo sabes. Y que sepas que me has hecho más rico de lo que ya soy. Bienvenido a casa, capullo.

—Gracias, cabronazo.

El hombre, que me suena un montón y que tiene el largo pelo blanco, dirige entonces su mirada hacia mí.

—Eres la clienta.

Asiento.

—¿Y dónde está la otra? —frunce el ceño al preguntar—. A la que había que rescatar —aclara.

—Mi hermana ha decidido quedarse en Rundra.

Me mira como si pensara que Arya está majara. Cosa que comprendo porque estamos hablando de *Rundra*.

—Entonces la misión ha sido un fracaso, supongo.

—De eso nada —protesto yo—. Mi hermana está a salvo y eso es lo que yo quería.

—Niña —me dice el hombre—. Los de La Mano nos tomamos muy en serio y, debo decir al pie de la letra, los contratos. Y, si no recuerdo mal, el tuyo especificaba que debíais volver las dos a tu país sanas y salvas.

—Ya, pero…

Kasem me da un leve codazo que me hace callar.

—De peros nada. Sangriento no ha cumplido. Habrá que revisar el contrato y el precio de la misión.

Cierro la boca de golpe, comprendiendo que es posible que me devuelvan algo del dinero que invertí en contratar a Kasem por una nimiedad como esta.

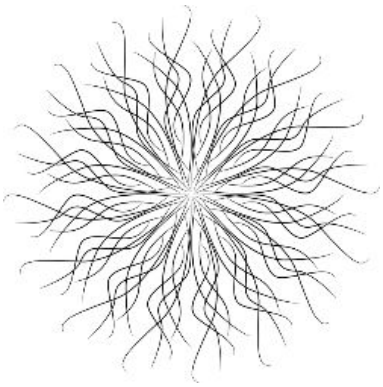
—Entiendo. Supongo que habrá de ser así, sí —asiento con prontitud.

—Avisaré a la base de que vais para allá.

—Genial —le digo, deseando salir de Rundra de una vez.

—Por cierto, ¿qué hacéis a lomos de un puto guiverno? ¿Y desde cuándo tú eres bruja, niña? —Luego se queda mirando a Radiante, que hincha el pecho con arrogancia, y alza una ceja—. Y traéis también un puto fénix de ampliación de maná. Una criatura que se creía extinta. —Dirige su atención hacia Kasem de nuevo—. Vas a tener que dar muchas explicaciones, muchacho.

—Ya lo sé —suspira Kasem—. Pero antes vas a tener que abrirnos la jodida puerta, ¿no crees?



Capítulo 114



Noemí

Kasem se pasa toda la tarde dentro de la oficina de la líder de la base, explicándole los detalles de la misión (supongo) y, cuando sale, lo hace con una cara de tremendo cabreo que me sorprende.

La mujer rubia sale detrás de él y se dirige a mí antes de que Kasem pueda impedírselo.

—¡Tú! —me gruñe en tono acusatorio—. ¿Has engatusado con tu magia de vidraz a uno de mis mejores solados?

La miro con la boca abierta.

—Te he dicho que eso no ha sido así —le sisea Kasem con ira, interponiéndose entre ambos—. Y que te metas en tus propios asuntos.

—¡A callar! —le ordena en tono imperativo—. Estás encoñado, tu opinión no cuenta.

—Oiga —trato yo de hablar—. Él y yo nos casamos por un… un accidente.

No sé de qué otra manera definir «tuvimos sexo y, tras ello, resultó que nuestras magias se habían casado entre sí».

—Así que no es consentido. Lo sabía. ¡Akiko! —llama, y una mujer delgada de rasgos asiáticos sale de entre las sombras a unos metros de mí.

Ni siquiera la había notado con mis poderes.

—Ni se te ocurra ponerle la mano encima —gruñe Kasem, enseñándole los colmillos a la nueva.

—Llévate a la chica y hazle una prueba de la verdad.

—¡Y una mierda! —exclama el vampiro con rabia—. No vais a implicaros en mi vida privada ni a tocarle un pelo a Noemí mientras yo esté vivo.

—Lo hago por tu bien, niño —le asegura la líder—. Haz lo que te digo, Akiko.

—Sí, señora.

La pequeña mujer me coge del brazo y, de repente, el pasillo de espera desaparece y reaparecemos en una sala que no había visto antes, en cuyo centro hay un único sillón de madera pulida.

—Siéntate, por favor —me indica Akiko señalando hacia el sillón.

Yo niego con la cabeza.

—Quiero volver con Ka… con Sangriento.

—Antes debemos saber si lo has hechizado, si eres una espía o si lo has seducido por su poder.

La miro con la boca abierta, como con su líder.

—¡Yo jamás haría eso! —protesto con vehemencia.

—Si es cierto, no tienes nada que temer. —A pesar de su dulce voz, suena como una amenaza—. Y ahora, por favor, siéntate para que podamos comenzar la sesión.

—¿La sesión de qué?

—Si no te sientas, me temo que tendré que obligarte.

La miro y pienso que tal vez, en una batalla, podría con ella. Aunque ¿qué diría eso de mí a los ojos de los compañeros de Kasem que solo intentan protegerlo? No soy culpable y, tenga el método que tenga esta chica de saberlo, lo mejor y lo más sensato es dejar que ella aclare las cosas con su líder.

—Muy bien —accedo—. Pero como me hagas daño…

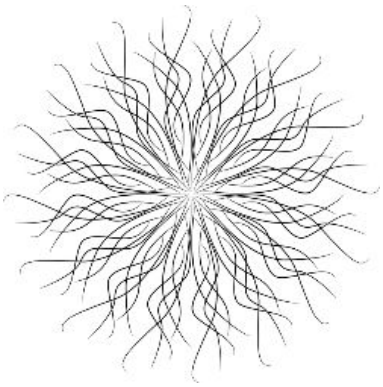
—El procedimiento no causa dolor. Solo mareos.

Me siento en el sillón con movimientos tirantes, nerviosa y un poco asustada por todo esto.

Ella se me pone delante y se inclina hacia mí, colocando una mano en mi frente.

—Voy a empezar —me comunica.

Abro la boca para decirle que estoy preparada, pero de ella solo sale un grito de sorpresa y dolor cuando la siento dentro de mi cabeza.



Capítulo 115



Noemí

—Me has mentido —jadeo cuando recupero el control de mi mente.

Ella se encoge de hombros.

—Si no lo hubiera hecho, te habrías resistido.

—¡Joder! ¡Claro que me habría resistido! ¿Tú sabes lo que ha dolido eso? Y, además, te has metido en mi cabeza, en mis recuerdos, sin mi consentimiento.

Ella asiente.

—Sé lo mucho que duele, sí. Y sí, también, a tu otro comentario.

Será cabrona. Su rostro muestra una total y absoluta indiferencia.

—Tienes suerte de que no te chamusque por lo que has hecho.

Eso la hace sonreír levemente.

—Si lo hicieras, pagarías las consecuencias. Y eso a Kasem lo destrozaría.

Tiene razón y la odio por ello.

—¿Y bien? —gruño—. Ahora que sabes todo lo que nos ha ocurrido, ¿cuál es el veredicto?

Ella eleva la vista y contempla el techo, oscuro en algunos lugares por el moho.

—El matrimonio es consentido. No lo has hechizado a propósito ni pretendes conseguir poder político a su costa. La misión tampoco era una trampa para conocerlo en persona ni poner en peligro a La Mano Negra, ya que no estás interesada en nuestros secretos.

Yo suelto un bufido.

—Eso podría habértelo dicho sin que entraras en mi cabeza.

—Pero, si no lo hubiera hecho, la líder de la base no te creería. Ni a Kasem tampoco, dado que está comprometido contigo.

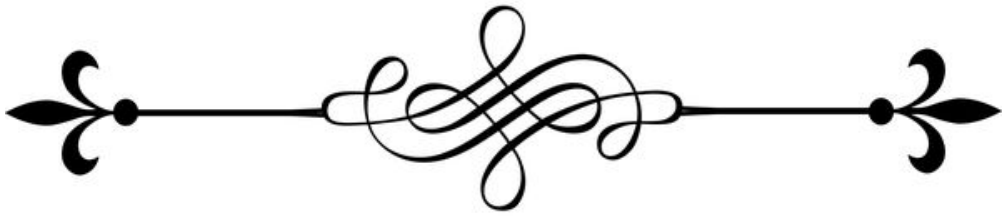
Rechino los dientes porque vuelve a tener razón.

—Muy bien —le digo—. ¿Y ahora qué?

—Ahora, he de informar a la jefa —me anuncia, y camina hasta las sombras, desapareciendo en ellas como si estas fueran una puerta abierta para ella.



Capítulo 116



Kasem

—¡Deja de destrozar cosas!

—¡Devuélveme a Noemí de una puta vez! ¿Dónde la has escondido?

Rompo otra puerta y asomo la cabeza, pero nada. Y la base está hecha para que los sensores, como yo, no puedan extender sus sentidos para localizar a la gente, así que estoy jodido.

Si no la encuentro rápido voy a hacer que todo este maldito sitio arda, aunque ello me meta luego en problemas con La Mano.

—Te lo he dicho: no le hará daño. La traerá de vuelta cuando me haya informado de todo para que yo pueda tomar una decisión.

—¿Y por qué coño te crees que puedes tomar una decisión con respecto a mi vida privada?

La jefa se cruza de brazos.

—Porque además de ser tu jefa de sección, te aprecio, Kasem. Y a tus padres, también. Así que deja de montar un escándalo y de acojonar a todo mi personal y estate quietecito.

—Y una mierda.

—Solo te estoy pidiendo que confíes en mí —se exaspera ella.

—¿Igual que yo te he pedido hace veinte minutos que confiaras en mí y que no estaba hechizado? —siseo con ironía.

Ella alza la mirada hacia los cielos pidiendo paciencia y yo arranco otra puerta y, al ver que hay gente dentro, busco a Noemí entre ellos, rugiendo y creando una estampida cuando no la encuentro. La gente rompe los cristales de la ventana y salta por ella, aterrada.

Y entonces Akiko tiene la mala suerte de salir de entre las sombras… sin Noemí.

La agarro del cuello y la alzo antes de que la jefa pueda hacer nada por impedirlo.

—¿Dónde está ella y qué le has hecho?

—Kasem —me dice la líder en tono de advertencia—, suéltala.

—Lo haré cuando me responda.

—Ella está viva —jadea la mujer asiática.

Solo eso hace que la suelte.

—¿Dónde?

—En el segundo sótano.

—¿La has llevado a una puta cámara de tortura? —rujo.

Akiko corre hacia la sombra más cercana y reaparece tras la líder de la base, acojonada.

—No la he torturado —se apresura a decir—. Solo he comprobado que lo que tú decías era cierto.

—¿Y bien? —pregunta de malos modos la jefa.

Akiko asiente.

—Ella es inocente.

—Tal y como yo os había dicho, joder.

Las dejo atrás sin miramientos y camino hasta la pared más lejana del pasillo, usando mi magia para hacerla estallar y así abrir un boquete por el que poder pasar.

La escalera hacia el segundo sótano está oculta tras esta pared. Siempre lo he sabido, sin embargo, como la tortura no era mi nicho de trabajo, he fingido que no percibía los sellos de ocultación de la pared sobre el sótano secreto de la sección de inteligencia de la base.

Oigo a la jefa maldecir a mis espaldas, pero me importa una mierda. Que se queje todo lo que quiera. Bajo las escaleras al segundo sótano tras saltar sobre los escombros y me encuentro con unos cinco miembros del personal, todos ellos vestidos con delantales blancos y la mayoría con manchas de sangre.

—Largo —les ladro.

Una vez más, tengo el placer de ver una estampida de seres cuyo poder nunca podrá compararse al mío mientras me pasan de largo para subir por las agrietadas escaleras.

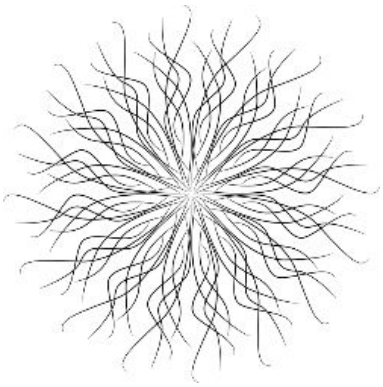
Encuentro a Noemí en la decimoquinta sala. Está sentada en un sillón de madera y se aferra la cabeza con las manos. Todo mi

mundo se tambalea al pensar que está llorando hasta que ella alza la mirada, parpadea con ojos secos y me sonríe.

—Me has encontrado.

Avanzo rápidamente hacia ella, la cojo del brazo para levantarla y la abrazo con fuerza contra mi pecho.

—Ya te lo dije, listilla. Yo siempre te encontraré, estés donde estés.



Capítulo 117



Noemí

Nos largamos de la base ese mismo día.

No importa que la mujer rubia proteste cuando Kasem mira por el ventanal, señala uno de los aviones aparcados frente a nosotros y suelta: «me llevo ese». Ni tampoco que ella le diga que estaba siendo preparado para otra misión.

Kasem, que no me suelta de la mano, los ignora a todos y camina junto a mí hacia el avión, deteniéndose solo para despedirse de Bicharraco, que nos esperaba tranquilamente tumbado al pie de las escaleras que llevan a la entrada de la base.

—Sé un buen chico y vuelve a casa, ¿vale? —le pide con afecto, palmeándole el costado con la mano libre—. Cómete a muchas lamias y a sarnosos que no sean de la manada de Arya y bebe mucha agua. Y ten cuidado con los vampiros que no sean yo o con las hembras de guiverno, que puede que intenten devorarte tras emparejarse contigo para poner huevos.

Bicharraco emite un sonido desconsolado. Parece entender que es el final de nuestro viaje juntos.

Me siento rara cuando la despedida me emociona tanto que estoy a punto de llorar.

—Adiós, Bicharraco —le digo, sonándome los mocos con un pañuelo que Kasem me tiende, solícito—. Eres un guiverno precioso. Muchas gracias por cargar con nosotros y ser nuestro amigo. Y cuídate, ¿vale?

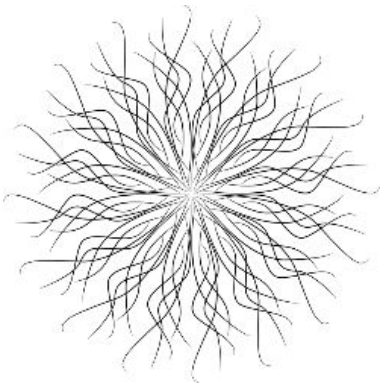
Cualquiera que me viera no creería que estoy llorando a moco tendido por un guiverno, pero así es.

Bicharraco berrea otra vez, como si no quisiera irse, aunque, tras otra palmadita y un suave «vete a casa» de Kasem, da media vuelta y se va por el sendero por el que hemos llegado.

—Espero que se coma a algún dinosaurio por el camino.

Me río con ganas cuando le oigo decir eso con tanta saña.

Supongo que algunas cosas nunca cambiarán, y el odio de Kasem por los dinosaurios que se comen los cables de la base es una de ellas.



Capítulo 118



Noemí

El viaje en avión es de lo más tranquilo.

Kasem pilota y yo me siento a su lado, en el asiento del copiloto, y charlamos sobre un poco de todo mientras Radiante duerme tranquilamente acurrucado en uno de los asientos.

Por suerte, este avión no tiene bodega de carga ni monstruos que vayan a intentar matarnos, lo que es un alivio, la verdad. No me había dado cuenta de que estaba en tensión constante desde que empezó todo hasta que nos hemos ido de la base.

Soy feliz.

Arya está bien y siguiendo el camino que ella ha elegido, Radiante está conmigo y Kasem me ama.

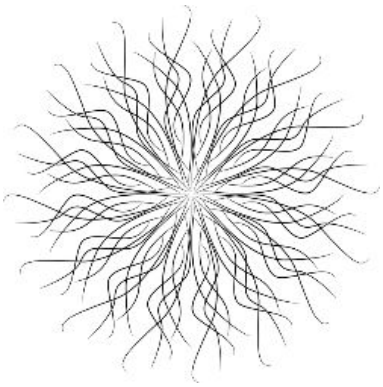
¿Qué más podría pedirle a la vida?

Y aunque conocer a mis suegros me preocupa un poco, creo que les caeré bien. Y lo de la corte, en fin, lidiaré con ello conforme

vengan las cosas, o los ignoraré como hace mi marido y me dedicaré a explorar esa enorme biblioteca de la que Kasem no deja de hablarme, toda ella de tomos rescatados de reinos caídos, como Vadalia.

La vida es bella porque las personas que tengo en ella son bellas para mí.

Y no podría pedirle nada más.



Capítulo 119



Epílogo

Noemí

El lugar al que vamos, una vez lo veo de lejos, no es lo que me esperaba.

—Se parece a los antiguos tapices sobre Vadalia.

Kasem se ríe entre dientes.

—La isla se llama Secondo Vadalia. Un refugio que se construyó hace más de tres mil años para los que huían del país en ruinas. Mayoritariamente, por desgracia, aquí vinieron a parar muchas de las familias nobles de aquel entonces —me explica—. ¿Ves esas mansiones que rodean el castillo? Eso es a lo que me refiero.

Estoy sin aliento.

—¿Me estás diciendo que…?

—Ajá —responde él antes de que pueda terminar la pregunta —. Aquí solo se habla vadálico y son todos, excepto mis padres, unos pedantes que se aferran a un país que ya no existe y se niegan a salir de la maldita isla para ir a explorar el mundo.

Vaya. Parece que les tiene mucha rabia.

—Imagino que no te lo pusieron fácil por ser el príncipe heredero.

Él pone cara de resignación.

—Has dado en el clavo. Llevan asaltándome a preguntas como «¿cuándo vas a reconquistar Vadalia y a llevarla a su antigua gloria» desde que tenía trece años.

—Ostras.

—Más que ostras, ostias es lo que se merecen. En fin, que no les hagas mucho caso, ¿vale? Mis padres seguramente quieran organizar una fiesta y los nobles se te echarán encima para pedirte otro heredero a ver si este les hace caso, aunque yo trataré de impedirlo.

Me ruborizo porque ni siquiera había pensado en tener hijos.

—¿Tú quieres tener hijos? —le pregunto.

Él se encoge de hombros.

—Si tú quieres, por mí bien. Tampoco es que la idea me haga dar saltitos de ilusión ahora mismo.

Eso me hace soltar un suspiro de alivio.

—Yo tampoco creo que esté preparada para ser madre en estos momentos.

Kasem me guiña un ojo mientras aterriza el avión en un hangar cerca del castillo. Ya hay gente reunida esperándonos a los lados de la pista, como si supieran que su príncipe vuelve a casa de su misión.

—Mis hechizos de vasectomía temporal van muy bien para eso. No te preocupes.

Le sonrío con amor.

—Gracias.

Él alza una ceja con sorpresa.

—¿Por qué me las das?

—Por ser tú.

Él se ríe con incomodidad y felicidad al mismo tiempo.

—Te me estás poniendo ñoña, mi listilla. Anda, vamos al jaleo de presentarte a mis padres y a la corte antes de que podamos escaparnos y huir con la excusa de una luna de miel.

—¿Luna de miel?

—¿Por qué crees que he cogido prestado el avión? Las islas Maldiveis suenan genial en esta época del año, ¿no crees? Están bien lejos de la política y de las preguntitas insolentes de los nobles. Y allí no hay monstruos, además.

Me río con ilusión.

—Las Maldiveis suenan geniales.

Nos besamos mientras el motor se apaga y alguien vitorea cuando nos ve, haciendo que me ruborice.

—¿Lista?

Aspiro una bocanada de aire y cuadro los hombros.

—Muy bien. Lista.

Hora de conocer a sus padres y a su corte y luego huir por patas para nuestra luna de miel.

¿Quién me iba a decir a mí que mi vida daría un giro como este?

Radiante vuela sobre nuestras cabezas mientras los padres de Kasem se adelantan y me saludan con gritos de deleite al percibir que estamos casados mediante la magia. Su madre me abraza con fuerza. Huele a pino y a lavanda. Mientras que su padre, que tiene un enorme parecido con Kasem, le palmea el hombro y le felicita por haber encontrado al fin a una vidraz capaz de soportarle en tono de broma.

Los miro a ambos y pienso «esta familia me gusta» y, mientras nos conducen hacia el castillo saludando a la gente cuyas preguntas y vítores pasamos de largo, alzando la mano con una sonrisa, siento que no me costará ser feliz entre ellos.

FIN